



ONOMIA

P06176

05

ERALE DE

1817

13758

97e

010107



1080018927



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Colección 1423 BENTLEY, BENTLEY

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
CAPILLA ALFONSO REYES BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
3-23-85 MICROFILMADO B-50

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

POESÍAS

SELECTAS CASTELLANAS,

Desde el tiempo de Juan de Mena,
hasta nuestros días,

RECOGIDAS Y ORDENADAS

POR D. MANUEL JOSEF QUINTANA.

NUOVA EDICION.

TOMO SEGUNDO.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA GENERAL DE BIBLIOTECAS
MADRID, S.
POR GÓMEZ FUENTENEUBO Y COMPAÑÍA.

Núm. Clas. 861.08
Núm. Ayuso León 074
Núm. A de 10102
Repetidamente 102

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA GENERAL DE BIBLIOTECAS
MADRID, S.
POR GÓMEZ FUENTENEUBO Y COMPAÑÍA.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Volvado y Teller

MADRID, S.

POR GÓMEZ FUENTENEUBO Y COMPAÑÍA.

1817
10102

Pa 676
25
4.2
1814



FONDO EMERITIO
VALVERDE Y TELLEZ

132858

POESÍAS
DE VARIOS AUTORES.

CANCION

De Don Diego de Mendoza. (*)

Y a el sol revuelve con dorado freno
Los ligeros caballos nuestra via,
Acabando la mas corta carrera:
Ya callienta, ya da nueva alegria
De la estrella mas fria el tibio seno:
Ya las nubes esperece por deluzra:
Ya parte mas afuera
Del cielo, y apartada
Ve la luz demasiada:
Yo cautivo que muero, quiere amor
Que de mi huya el claro resplandor;
Y que siempre le siga como loco,
Teniendo al sol en poco,
Y que muriendo busque mi dolor.

(*) Nació en Granada por los años de 1500, y murió en Valladolid en 1575. Mas que por sus poemas es conocido por su Historia de la Rebelion de los Moriscos de Granada.

Tomo II.

010107

Pa 676
25
4.2
1814



FONDO EMERITIO
VALVERDE Y TELLEZ

132858

POESÍAS

DE VARIOS AUTORES.

CANCION

De Don Diego de Mendoza. (*)

Y a el sol revuelve con dorado freno
Los ligeros caballos nuestra via,
Acabando la mas corta carrera:
Ya callienta, ya da nueva alegria
De la estrella mas fria el tibio seno:
Ya las nubes esperece por deluzra:
Ya parte mas afuera
Del cielo, y apartada
Ve la luz demasiada:
Yo cautivo que muero, quiere amor
Que de mi huya el claro resplandor;
Y que siempre le siga como loco,
Teniendo al sol en poco,
Y que muriendo busque mi dolor.

(*) Nació en Granada por los años de 1500, y murió en Valladolid en 1575. Mas que por sus poemas es conocido por su Historia de la Rebelion de los Moriscos de Granada.

Tomo II.

10107

La ira del cruel y duro invierno
 Haye so tierra, y los rabiosos vientos
 No sueñan ya por bosque ni montaña:
 El cielo da los días ya contentos,
 Ya muestra la montaña el rostro tierno,
 Ya sale á retozar por la campaña
 La sabrosa compana
 Del viento delirado.
 Yo ausente y olvidado
 No mengua mi tristeza y desconsuelo;
 Antes rompo las peñas con mi duelo,
 Y los montes de duelo suspirando;
 Mas poco cura el cielo
 Que viva el triste desamado amando.

La verde yerba coronando viene
 De varias flores la pintada tierra,
 Que al estrellado cielo se parece:
 Los tiernos ramos no tienen mas guerra
 Con el soberbio viento, ni conviene
 Temor del duro yelo que entorpece.
 Ya ningunas parecen

De las capreas hojas:
 Y tú, fortuna, arrojas
 Tanto dolor en mí, tanta agonía
 Quanto ellos hora tienen de alegría.
 Cada cosa en su tiempo fin alcanza:
 Y en la tristeza mía
 No hay tiempo que remedie mi esperanza.

En el mar sosegado al manso viento
 Tiende la vela alegre el marinero,
 Seguro ya de la cruel tormenta;
 En alta popa con navio ligero
 Corta agua espumosa y va contento,
 Sin tener con las cirgas nubes cuenta,
 Ni espera mas afrenta:
 Y en mi vida importuna
 Qualquier tiempo es fortuna;
 Siempre me veo cubierto de cuidados
 Que en lágrimas quebrantan sus nublados,
 O enemiga fortuna! ó cruda suerte!
 No son unos pasados,
 Quando me llegan otros á la muerte.

El pastor amoroso embebecido
 En la cumbre del monte esta cantando,
 O en la fresca arboleda y verde prado,
 Y con sabrosa flauta remediando
 La siva voz, ó ya el dulce sonido
 Del agua clara y viento delicado,
 Presente su ganado

Que escucha sus querellas:
 Yo triste que con ellas
 Vivo solo en lugar adonde oídas
 No pueden ser de nadie, ni sentidas,
 Paso mi vida en doloroso llanto;
 Y si hubiese mil vidas
 Todas las pasaria en otro tanto.

Bien sabes tú, emción, que primavera,
 Qué sol es el que espera
 Mi alma en esta ausencia:
 Que males en presencia
 Me puedes dar mas conocido daño,
 Y en tanta soledad aborrecer,
 Huyendo como extraño
 Todo aquello que á todos da placer.

Del mismo Autor.

LETRILLA.

Esta es la justicia
 Que mandan hacer
 Al que por amores
 Se quiso prender.

Engañó al mequino.
 Mucha hermosura,
 Faltó la ventura,
 Sobró el desatino.
 Errado el camino.
 No pudo volver,
 El que por amores
 Se quiso prender.

Mándanle escribir
 Aunque no contente,
 Y si se arrepiente
 Que no ha de huir,
 Que quiera morir,

Y no pueda ser:
 Que esta es la justicia
 Que mandan hacer
 Al que por amores
 Se dexó prender.

Entró simple y ciego,
 Mas no sin raxon,
 Hizose aficion
 De lo que era juego.
 El encendió el fuego
 En que habia de arder,
 Quando por amora
 Se quiso prender.

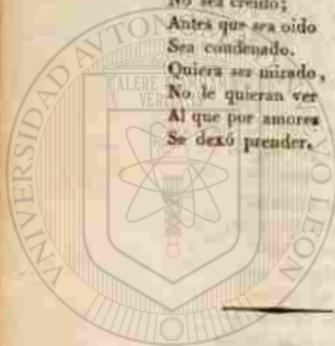
Sufra disfavores
 Hechos por antojo,
 Haganse del ojo
 Sus competidores;
 Y los miradores
 Echenlo de ver;
 Que esta es la justicia
 Que mandan hacer

Al que por amores
 Se quiso prender.

Si acaso algun dia
 Habla con su dama,
 Mire ella al que ama,
 Y con él se ria.
 De envidia y porfia

Se ha de mantener
El que por amores
Se quiso prender.

Diga su cuidado,
No sea creído;
Antes que sea oído
Sea condenado.
Quiera sea mirado,
No le quieran ver
Al que por amores
Se dexó prender.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

POESÍAS

POESÍAS

DE FRANCISCO DE FIGUEROA. (*)

ÉCLOGA.

TERCI.

TERTI, pastor del mas famoso río
Que da tributo al Tago, en la ribera
Del glorioso Sebeto, á Dalar umbrar
Con ardor tal, que fué mil veces visto
Tendido en tierra en doloroso llanto
Pasar la noche; y al nacer del día,
Como suelen tornar otros del sueño
Al ejercicio usado, así del llanto
Tornar al llanto, y de una en otra pena
Rompiendo el ayre en semejantes voces.

Fiero dolor, que del profundo pecho
De este tu propio antiguo usado nido
Sacas tan abundante y larga vena,
Alloxa un poco; ó dolor fiero l'alloxa,
Fiero dolor, un poco, y de las lágrimas
Que en mis ojos escurridas hacen turbia

(*) Natural de Alcalá de Henares; Societá de Españas
de mediados el siglo 16.

Tomo II.

Mi débil vista, alguna parte enxuga.
 Porque con este hierro, que algún día
 Ha de dar fin á mi cansada vida,
 En este tronco escriba mis querellas:
 Do por ventura la engañosa Dafne
 Tornando de la esca calurosa
 Y sedienta á buscar ó sombra ó agua,
 Vuelva acaso los ojos y los lea:
 O si esto no, serán piadoso exemplo
 A amorosos pastores. . . Dafne ingrata,
 Que mientras vas con sol nuevo alegre
 Del espacioso mar las bravas ondas
 Que crecen con mis lágrimas mirando,
 O en jardín delectoso, al manso viento,
 De cuidados de amor libre pasas;
 Tu Tirsi, ay Dios! tu Tirsi un tiempo, yaco
 Solo con su dolor en esta seiva:
 Que ya ni el verde prado, ó fresca sombra,
 Ni olor suave de diversas flores,
 Ni dulce murmurar de clara fuente,
 Le es dulce ó cara sino el llanto solo.

¡Quantos pastores, quantas pastorcitas
 Amorosas oyendo mis gemidos
 Conmigo consolándose han floreado!
 ¡Que me dixo una vez la blanco Alcea
 Movida á compasión! ¡que dixo Clori,
 La rubia Clori, amor de mil pastores!
 Que quando yo cantando, ella vestida
 Del amor que me tiene entre estas rianza

Escondida, tu nombre oyó en mis versos,
 Dixo: ¡ay amargas voces, quam impresas
 Os tiene el corazón! Hermoso Tirsi,
 De tus riberas no pequeña gloria,
 ¿Qual estrella cruel, qual fiero saña
 Te mueve contra ti? tú mismo buscas
 Tu presto fin en tus mas tiernos años. . .
 ¿No te ví, Tirsi, yo, ¡ah que bien debo
 Acordarme del día! en las solemnes
 Bodas de Alcipe estar, qual prado en Mayo
 De guirnaldas ganadas en mil pruebas
 Cercado en derredor, ulano y ledo?
 ¿Que tienes ya de aquel, de aquel que pido
 A mi mismo robarme? ¿á donde es ida
 Tu gracia? ¿á donde la color del rostro?
 ¿A donde está la fuerza de tus ojos
 Amorosos ó airados? ¿quien te tiene
 Parado tal, que si tu imagen viva,
 Desde aquel para mí tuitado día,
 Esculpida en mi pecho no estuviera,
 Te conociera apenas? Mira, Tirsi,
 Mira, cruel, que el justo amor debido
 A tu Clori ¡tan mal en Dafne empleas.
 Mas así va, con estos los misterios
 De la diosa cruel, Reyna de Cipro,
 Que desiguales ánimas y formas
 Se deleyta enlazar con frío yugo.
 Alcipe ama á Damon; Damon á Clori:
 Arde Clori por Tirsi: Tirsi ingrato

Por Dafne: Dafne está entregada á Glauco:
 En Glauco no hay amor... apenas puede
 Estenchar hasta aquí, que tirado en vista,
 Y muy mas dentro el corazón, la dixé:
 Hoye, huye de mí, malvada Cloti,
 No me fatigues mas con falsas nuevas.
 Ella se fué, mas levantó primero
 Los ojos lagrimosos hacia el cielo,
 Y no sé si pidió de mi venganza.
 Pero bien se la doy desde aquella hora
 Imaginando estoy el como sea
 Que por amar á Glauco, á Tirci olvides.
 De secreta virtud pequeña yerba,
 No nace planta en este prado ó valle,
 De quien no tenga yo cierta noticia,
 Y la sepa apropiár á sus efectos.
 ¿Quando nació jamas por aquí en torno
 Contiéndala pastoril, que yo no fuese
 Elegido juez por ambas partes?
 ¿Quando en fiesta quedé sin algún premio?
 Testigos son esta zampaña y vaso,
 Y ese collar que cuelga de tus pechos.
 Pues si veros se precian, ya te diéron
 Otro tiempo loor más dulce veros.
 ¿Mis ovejas que van presas del lobo
 No te diéron un tiempo de sus partos?
 ¿No te diéron más luertés fruta y flores?
 ¿Por que me ha de vencer, pastor ageno,
 Y si no vil, que yo ménos famoso?

¿En que me excede Glauco? ¡Ah Dafne ingrata,
 Ah Dafne desleal, perjura Dafne!
 ¿Por que quiero esperar que venga á pasos
 Perezosos la muerte? aunque está cerca,
 Yo quiero apresurarla. En esto prueba
 A levantarse; pero no sostienen
 Los pies débiles carga tan pesada.
 Torna á caer, y con dolor de verse
 Esturbar el morir, corre á la muerte
 Perdiendo los espíritus vitales.
 Mas presto torna á su pesar la vida,
 Y torna juntamente el llanto amargo.

DE JORGE DE MONTEMAYOR. (*)

CANCION.

Oros, que ya no veis quien os miraba
 Quando erades espejo en que él se via,
 ¿Que cosa padeis ver que os dé contento?
 Prado florido y verde do algun dia
 Por el mi dulce amigo yo esperaba,
 Llorad conmigo el grave mal que siento.
 Aquí me declaró su pensamiento;
 Olle yo cuitada,
 Mas que serpiente airada,
 Llamandole mil veces atrevido:
 Y el triste allí recadido,
 Parece que es ahora y que le veo,
 Y aun ese es mi deseo.
 ¡Ay si ahora le viese, ay tiempo bueno!
 Ribera umbrosa, ¿que es de mi Sireno?
 Aquella es la ribera, este es el prado,
 De allí parece el soto, el valle umbroso,

(*) Pórtuguez: natural de Montemor; floreció á mediados del siglo 16: fue el que con su *Diana* introduxo el gusto de las mercedes pastorales.

Que yo con mi rebaño repastaba;
 Veis el arroyo dulce y sonroso
 Do pacia la siesta mi ganado,
 Quando mi dulce amigo aqui moraba:
 Debaxo de aquella haya verde estaha,
 Y veis allí el otero,
 A do le vi primero,
 Y do me vio: dichoso fue aquel dia
 Si la desdicha mia
 Un tiempo tan dichoso no acabara.
 O haya! ó fuente clara!
 Todo está aqui, mas no por quien yo peno,
 Ribera umbrosa, ¿que es de mi Sireno?

Aquí tengo un retrato que me engaña,
 Pues veo á mi pastor, quando lo veo,
 Aunque en mi alma está mejor sacado:
 Quando de velle llega el gran deseo,
 De quien el tiempo luego desengaña.
 A aquella fuente voy que está en el prado,
 Arrimomele al sauce, y á su lado
 Me siento; ay amor ciego!

Al agua nuro luego,
 Y veo á él, y á mi como le via.
 Quando él aqui vivia:
 Esta invencion un rato me sustenta,
 Despues caygo en la casaca,
 Y dice el corazón de ansias lleno,
 ¿Ribera umbrosa, que es de mi Sireno?

Otras veces le hablo, y no responde;
 Y pienso que de mí se está vengando,
 Porque algún tiempo no le respondía:
 Mas dígame yo triste, así llorando:
 Hablad, Sireno, pues osais adonde
 Jamas imaginó mi fantasía.
 No veis, deci, que estáis en la alma mía?
 Y el todavía callado
 Y estarse allí á mi lado.
 En mi seso le ruego que me hable,
 ¿Que engaño tan notable,
 Pedir á una pintura lengua ó seso!
 ¿Ay tiempo, tú que en un peso
 Estaba mi alma, y en poder ajeno!
 ¿Ríbera umbrosa, que es de mi Sireno?
 No puedo jamas ir con mi ganado
 Cuando se pone el sol en nuestra aldea,
 Ni iré allí venir á la majada,
 Sino por donde, aunque no quiera, ves
 La choza de mi bien tan deseado,
 Ya toda por el suelo derribada.
 Allí me siento un poco descuidada
 De ovejas y corderos,
 Hasta que los vaqueros
 Me dan voces diciendo: ¡ola pastora!
 ¿En quien piensas ahora?
 Y el ganado pasciendo por los trigos:
 Mis ojos son testigos

Por quien la yerba crece al valle ameno,
 ¿Ríbera umbrosa, que es de mi Sireno?

Razon fuera, Sireno, que hicieras
 A tu opinión mas fuerza en la partida,
 Pues que sin ella te entregué la mia:
 ¿Mas yo de quien me quejo ya, perdida?
 ¿Pudiera alguno hacer que no partiera
 Si el hado ó la fortuna lo queria?
 No fue la culpa toya, ni podría
 Creer que tú hicieras
 Cosa con que ofendieras
 A este amor tan llano y tan sencillo;
 Ni quiero presumillo,
 Aunque haya muchas muestras y señales:
 Los hados desiguales
 Me han anublado un cielo muy sereno:
 ¿Ríbera umbrosa, que es de mi Sireno?
 Cancion, mira que vayas donde digo:
 Mas quédate conmigo,
 Que puede ser te lleve la fortuna
 A parte do te llamen importuna.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Edo. 1625

DE GIL POLO. (*)

CANCIONES PASTORALES.

Es el campo ventaroso
 Donde con clara corriente
 Guadalquivir hermoso,
 Dexando el suelo abundoso
 Da tributo al mar potente;
 Galatea desdenosa
 Del dolor que á Licio daña,
 Ha alegre y bulliciosa
 Por la ribera arenosa
 Que el mar con sus ondas baña.

Entre la arena cogiendo
 Conchas y piedras pintadas,
 Muchos cantares diciendo
 Con el son del ronco estruendo
 De las ondas alteradas:

Junto al agua se ponía,
 Y las ondas aguardaba,

(*) Valenciano; autor de *La Diosa encerrada*: Bo-
 rrojo después de mediado el siglo 16.

Y en verlas llegar luisa;
 Pero á veces no podía,
 Y el blanco pie se mojaba.

Licio, al qual en sufrimiento
 Amador ninguno iguala,
 Suspendió allí su tormento
 Mientras miraba el contento
 De su pulida zagala.

Mas cotejando su mal
 Con el gozo que ella habia,
 El fatigado zagal
 Con voz amarga y mortal
 De esta manera decia:

Niña hermosa, no te vea
 Jugur con el mar horrendo,
 Y aunque mas placer te sea
 Huye del mar, Galatea,
 Como estas de Licio huyendo.

Dexa ahora de jugar,
 Que me es dolor importuno,
 No me hagas mas penar,
 Que en veinte cerros del mar
 Tengo zejos de Neptuno.

Causa mi triste cuidado,
 Que á mi pensamiento creas,
 Porque ya está averiguado,
 Que si no es tu enamorado,
 Lo será quando te veas.

Y está cierto; porque amor
Sabe desde que me hirió,
Que para pena mayor
Me falta un competidor
Mas poderoso que yo.

Dexa la seca ribera,
De está el alga infructuosa,
Guarda que no salga afuera
Alguna marina fiera
Enroscada y escamosa.

Huye ya, y mira que sienta
Por tí dolores sobrados,
Porque con doble tormento
Zelos me da tu contento
Y tu peligro cuidados.

En verte regocijada
Zelos me hacen acordar
De Europa, Ninfa preciada,
Del Toro blanco engañada
En la ribera del mar.

Y el ordinario cuidado
Hace que pienso continuo
De aquel desdentado Ahado,
Orilla el mar arrastrado,
Visto aquel monstruo marino.
Mas no veo en tí temor
De congoja y pena tanta,

Que

Que bien sé por mi dolor
Que á quien no teme al amor
Ningun peligro le espanta.

Guárte pues de un gran cuidado,
Que el vengativo Cupido
Viéndose menospreciado,
Lo que no hace de grado,
Suele hacerlo de oculto.

Ven conmigo al bosque ameno,
Y al apacible sombrio
De clorosas flores lleno,
Da en el día mas sereno
No es enojoso el Estío.

Si el agua te es placentera,
Hoy allí fúete tan bella,
Que para ser la primera
Entre todas, solo espera
Que tú te laves en ella.

En aqueste raso suelo
A guardar tu hermosa cara
No basta sombrero ó velo,
Que estando al albeo cielo,
El Sol morena te para.

No escuchas dulces concertos
Sino el espantoso estruendo
Con que los bravos vientos

Tomo II.

4

Con soberbios movimientos
Van las aguas revolviendo.

Y tras la fortuna fiera
Son las vistas mas suaves
Ver llegar á la ribera
La destrozada madera
De las anegadas naves.

Ven á la dulce floresta,
De natura no finé escasa,
Dónde haciendo alegre fiesta
La mas colorosa aiesta
Con mas deleyte se pasa.

Haye los soberbios mares;
Ven, verás como cantamos
Tan deleytosa cantares,
Que los mas duros peñares
Suspendemos y enguismos;

Y aunque quien pasa dolores,
Amor le fuerza á cantarlos,
Yo haré que los pastores
No digan cantos de amores,
Porque huelgues de escucharlos.

Allí, por bosques y prados,
Podrás leer todas horas,
En mil robles señalados
Los nombres mas celebrados
De las niñas y pastoras.

Mas seráte cosa triste
Ver tu nombre allí pintado,
En saber que escrita fuiste
Por el que siempre tuviste
De tu memoria borrado.

Y aunque mucho estés airada,
No creo yo que te asombre
Tanto el verte allí pintada,
Como el ver que eres amada
Del que allí escribió tu nombre.

No ser querida y amar,
Fuerza triste deplacer,
¿Mas que tormento ó pesar
Te puede, Niña, causar
Ser querida y no querer!

Mas desprecia quanto quieras
A tu pastor, Galatea:
Solo que en estas riberas
Cerca de las ondas fieras
Con mis ojos no te vea.

¿Que pensamiento mejor
Oyilla el mar puede hallarse
Que escuchar el ruisenor,
Coger la olorosa flor,
Y en clara fuente lavarse?

Pluguiera á Dios que gozaras
De nuestro campo y ribera,

Y porque mas lo preciaras,
Oxala tú lo probaras,
Antes que yo lo dixera.

Porque quanto alabo aqui
De su crédito lo quito,
Pues el contentarme á mi
Bastará, para que á ti
No te venga en apetito.

Licio mucho mas le hablaba,
Y tenia mas que hablalle,
Si ella no se lo estorbara,
Que con desdenosa cara
Al triste dice que calle.

Volvió á sus juegos la fiera,
Y á sus llantos el pastor,
Y de la misma manera
Ella queda en la ribera,
Y él en su mismo dolor.

CANCIÓN II.

Quando con mil colores dividido
Viene el verano en el ameno suelo,
El campo hermoso está, sereno el cielo,
Rico el pastor, y próspero el ganado:
Filomena por árboles floridos
Da sus gemidas,
Hay fuentes bellas
Y en torno de ellas
Cantos suaves

De Ninfas y aves;
Mas si Elvina de allí sus ojos parte,
Habrá contino invierno en toda parte.

Quando el helado cierzo de hermosura
Despoja yerbas, árboles y flores,
El canto dexan ya los ruiseñores,
Y queda el yerno campo sin verdura.
Mil horas son mas largas que los dias
Las noches frias.
Espesa niebla
Con la tiniebla
Oscura y triste
El ayre visto;
Mas salga Elvina al campo, y por do quiera
Renovará la alegre primavera.

Si alguna vez envia el cielo airado
El temeroso rayo ó bravo trueno,
Está el pastor de todo amparo ageno,
Triste, medroso, atonito y turbado:
Y si granizo ó dura piedra arroja,

La fruta y hoja
Gusta y destruye,
El pastor huye
A paso largo
Triste y amargo;
Mas salga Elvina al campo, y su belleza
Desterrará el recelo y su tristeza.

Y si acaso tañendo esté ó cantando,
 A sombra de olmos ó altos valladares,
 Y está con dulce acento á mis cantares
 La lira y la calandria replicando;
 Cuando suave espira el fresco viento,
 Cuando el contento

Más soberano

Me tiene ufano,

Libre de miedo,

Lozano y ledo;

Si asoma Elvina airada, así me espanto

Que el rayo ardiente no me aterra tanto.

Si Delia en perseguir silvestres fieras,

Con muy castos cuidados ocupada

Va de su hermosa esquadra acompañada

Buscando sotos, campos y riberas,

Nspres y Hamadriadas hermosas

Con frescas rosas

Le van delante,

Está triunfante

Con lo que tiene:

Peró si viene

Al bosque donde caza Elvina mía,

Parecerá menor su lozanía.

Y quando aquellos miembros delicados

Se lavan en la fuente esclarecida,

Si allí Cantis estuviera, de corrida

Los ojos abaxara avergonzados:

Porque en la agua de aquella transparente

Y clara fuente,

El mármol fino

Y peregrino,

Con beldad rara,

Se figurara,

Y al atrevido Actéon si la viera,

No en ciervo, pero en mármol convirtiera.

Cancion, quiero mil veces replicarte

En toda parte,

Por ver si el canto

Amansa un tanto

Mi clara estrella

Tan cruda y hella;

¡Dichoso yo si tal ventura hubiese,

Que Elvina se ablandase, ó yo muriese.

DE PEDRO DE ESPINOSA. (*)

IDILIO.

Fábula del Genil.

TAMBIÉN entre las ondas fuego enciendes,
 Amor, como en la esfera de tu fuego,
 Y á los Dioses de escarcha también prendes,
 Como á Vulcano con lascivo juego:
 Del sacro Olimpo á Júpiter descendes,
 Y á Febo dexas (sin su lumbré) ciego,
 Y á Marte pones con infame prueba,
 Que de tu madre las palabras beba.

El claro Dios Genil sintió tus lazos,
 Que á la Náyade Cinaris adora;
 Ella le hace el corazón pedazos,
 Y él crece con las lágrimas que llora:
 Corra las aguas con los blancos brazos
 La Ninfa, que con otras Ninfas mora
 Debaxo de las aguas cristalinas
 En aposentos de esmeraldas finas.

(*) Natural de Antepuera; murió en 1650. Fué el que recogió varias poesías de su tiempo con el título de *Flores de poetas ilustres*.

El despreciado Dios, su dulce amante
 Con las Náyades vido estar bordando,
 Y por enternecer aquel diamante,
 Sobre un pescado azul llegó contando:
 De una concha una cítara sonante
 Con destriñados dedos va tocando:
 Paró el agua á su queja, y por olla
 Los azules se inclinórn á la orilla.

Vosotras, que miráis un fuego ardiente,
 Seréis (dice) testigos de mi pena,
 Y del rigor y término taclemente
 De la que está de gracia y desden llena:
 Neptuno fué mi abuelo, y de una fuente,
 Que es de una sierra de cristales vena,
 Soy Dios, y con mis ondas fuera Tétis
 Si no atajara mi camino el Bétis.

Vestida está mi margen de espadaña,
 Y de viciados apios y mastranto,
 Y el agua clara, como el ámbar, baña
 Troncos de mirtos y de laure santo:
 No hay en mi margen silvadora caña,
 Ni adella, mas violetas y amaranto,
 De donde llevan flores en las faldas,
 Para hacer las Hénides guarnaldas.

Hay blandos lirios, verdes mirabelés,
 Y azules guarnecidos olelés;
 Y allí las clavellinas y claveles
 Parecen sementera de rubies:

Hay ricas alecufas, y aliqueles
Roxos, blancos, gualdados y turques,
Y derraman las auraz con su aliento
Ambaraz y azabares por el viento.

Yo, quando salgo de mis grutas hondas
Estoy de frescos pálios cobijado,
Y entre nácares crespos de redondas
Perlas mi márgen veo estar honrado:
El sol no tibia mis cerúleas ondas,
Ni las enturbia el balador ganado;
Ni á las Napcas, que en mi orilla cantan
Los pintados lagartos las espantan.

Allí del olmo abrazan ramo y cepa
Con pámpanos apados los sarmientos,
Falta lugar por donde el rayo quepa
Del sol, y soplan los delgados vientos:
Por flexibles tarayes sube y trepa
La inexplicable yedra, y los contentos
Ruiseñores trinando, allí no hay selva,
Que en mi alabanza á responder no vuelva.

¿Mas que aprovecha, ó lumbre de mis ojos,
Que conozcas mis padres y riquezas,
Si despreciando todos mis despojos,
Te contentas con sola tu belleza?
Dixo, y la Ninfa de matices roxos
Cubrió el marfil, y vuelta la cabeza
Con desden, da á entender que el Dios la enoja,
Y arroja el bastidor, y el oro arroja.

Quedó elevado así, como se encanta
El que escuchó la voz de la sirena:
Helóse su voz en la garganta,
Como cercado de engañosa hiena:
No tanto á virgen temerosa espanta
Serpiente negra, que pisó en la arena,
Ni al yerto labrador en noche triste
Bayo veloz, que de temor le embista.

En sí volvió del ya pasado espanto,
Quando quiso el contrario del contento,
Y halló que ya las aguas de su llanto
Le llevaban nadando el instrumento:
La libertada cólera entre tanto
Le obligó á que dixese, y el tormento:
¡O tú, hija de montes y de fieras!
Por fuerza has de quererme, aunque no quieras.

Dixo así, y codicioso del trofeo,
Al alosar del viejo Bétis parte,
Cuyo artificio atraa dexa el desseo,
Que á la materis sobrepoja el arte:
No da tributo Bétis á Nerco;
Mas, como amigo sus riquezas parte
Con él; que es rey de rios, y los Reyes
No dan tributos, sino ponen leyes.

Vé que son plata lisa los umbrales,
Claros diamantes las lucentes puertas,
Bicas de clavazones de corales,
Y de pequeños nácares cubiertas:

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

ALFONSO REYES

Edic. 1885

Vé que rayos de luces inmortales
Dan, y que están de par en par abiertas,
Y las quiciales de oro muy rollizo,
Que muestran el poder de quien los hizo.

Columnas mas hermosas, que valientes,
Sustentan el gran techo cristalino:
Las paredes son piedras transparentes,
Cuyo valor del Occidente vino:
Brotan por los cincientos claros fuentes,
Y con pie llorando en líquido camino
Corren cubricado con sus bellas linfas
Las carnes blancas de las bellas Ninfas.

De suelos parlos, de molinos techos,
Hay docientos bondinimas zleobas,
Y de menudos junicos verdes lechas,
Y encima colchas de pintadas tobas:
Maldiciratos zrragos por estrechos
Paco murmurán entre juncias y ovas,
Desde á los Dioses el profundo sueño
Cabre de aloraidiceras y helados.

Vido, entrando fient, un virgen coro
De bellas Ninfas de desnudos pechos,
Sobre cristal tornando granos de oro,
Con verdes crivos de esmeraldas hechos:
Vido, ricos de lustre y de tesoro,
Pallages de carambuco en las lechas,
Que estaban por las puntas adornados
De racimos de aljoferes helados.

Va.

Un rico asiento de diamante fíco
Sobre gradas de nácar se sustenta,
Donde prendadas perlas de rocío
Al alcazar dan luz, al sol afreita:
El venerable viejo, Dios del río,
Aquí con santa magestad se sienta,
Reclinado en dos urnas reñucientes,
Que son dos caños de abundancia fuentes.

Ya que huyó la admiracion del fuego,
Que abrasaba al amante despreciado,
Su queja al padre Bétis cuenta luego,
No sé si mas lloroso que turbado:
Dió luz á su justicia, estando ciego
De lágrimas, que amor habia brotado;
Y no hubo menester el Dios amigo
Ni mas informacion, ni mas trabajo.

No será tu aficion con desden rota,
Le dice Bétis, que tambien tu orilla
Mercedió á Falso, como el sacro Eurota,
Por quien desprecia Júpiter su silla:
Granada de tus templos es devota,
Si hecatombe á mis templos da Sevilla,
Y por ti guiso ilustre vasallago
Desde el Hidaspes dulce al negro Aráx.

En Cólcos, junto á un ancho promontorio,
Hay unas grutas de alabastro fino,
Donde nació, entre arenas de alaborio,
Un Triton, que á servir á Bétis vino:

Tomo II,

4

A este manda llamar á consistorio
A todos los del reyno cristalino,
Los quales, al sagrado mandamiento,
Vienen veicendo por el agua el viento.

Ricas garnachas de riqueza suna
Unos visten de tiernas esmeraldas:
Otras, como á la Garza fúcil pluma,
Cubren de escama de oro las espaldas
Con ropas blancas de cuajada espuma:
Otros vizen cenidos con gozrnaldas,
Brotando olor los cristalinos cuernos
De tiernas flores, y de tallos tiernos.

Quantas viven en fuentes Ninfas bellas
(Que burlan los satiricos silvanos,
Que arrojándose al agua por cogellas,
El agua aprietan con lascivas manos)
Viniéron, y á una parte las doncellas,
A otra los moços, y á otra los ancianos,
Se sientan, qual conviene á tales huéspedes,
En blandas sillas de mojjados céspedes.

Ya que corrió el silencio las cortinas,
Dando angosto casquío al blando asiento,
Y las vistas suspensas y divinas,
A Bétis fueron penetrando el viento,
Y entre los labios de esmeraldas finas
Pararon, el con grave movimiento
Socullió la cabeza sobre el pecho,
Y perlas sudó el suelo, y llovió el techo.

No con el mar de España tengo guerra,
Dice, ó saliendo de mi márgen corva,
Quiero cubrir las faldas de la tierra,
Mientras teme dudosa que la sorba:
Ni pardo monte, ni cerules sierra
De mi profundidad el paso estorba;
Mas hoy se casa un claro Dios divino,
Que ha merecido á Bétis por padrino.

Tú, Genil, á quien ciñen mirto y laureo
(No cañaveras frágiles, tus sienes,
Y, como el Cundo del nevado Tauro,
Montes de plata por principio tienes:
Tú, aquel potente Dios, á quien el Buro
Señor te hace de mayores bienes,
Pues que sus Ninfas en liviano coro,
Para darte tributo ciernen oro:

Hoy gozarás de Cinaris los brazos;
Y tú, Niufa, el valor de ser su Esposa,
Y en legitimo fuego, y dulce lazos,
Dexaréis á Cidalida envidiosa.
Dixo; y ella, huyendo los brazos,
Volvió turbada la cerviz de rosa,
Nasciada al tierno llanto, que comienza,
Roxo color de virginal vergüenza.

No hay Dios, á quien el llanto no recuerde,
Si con la compasión hace su tiro;
Y así el aljéfar, que la Niufa pierde,
Costó mas de un sollazo y de un suspiro;

Y hubo alguno, que el crin del sauce verde
Tendió sobre la frente de sañío;
Mas los arroyos, que á la puerta estaban,
Del desden de la Ninfa marmuraban.

Como quando en solícitos tropieles,
Por mayor ingratid de sus castillos
Ricos de odor, vestidos de doseles,
Entre selvages cercas de tomillos,
Guardando rubias perezosas mielcs
En urnas de panales amarillos,
Se oyeron las abejas en esquadra,
Así el rumor por la soberbia quadra.

Lágrimas rímas de tus luces bellas
Lloves en tanto que Genil te imita,
¡O Cinaris! mas todas tus querellas
Béris mirando, el caso faciliza:
Que el melindre, que es dado á las doncellas,
Piensa que el libre espíritu te quita;
Y así, queriendo hacer un monte llano,
La mano de Genil puso en tu mano.

Llenos de euidia noble se levantan
Los Dioses del sagrado coliseo,
Y con las lenguas de agua dulce cantan
Alegres: Himeneo, Himeneo:
Mas de impreviso, sin pensar, se espantan,
Porque la Ninfa, viendo el caso feo,
Y su virginidad así oprimida,
Quedó florando, en agua convertida.

DE LUIS BARAHONA DE SOTO. (*)

ÉGLOGA.

Silvana, Fenicia, Silvecia, Pílas, Poeta

POETA.

Las bellas Hamadriades, que cris-
Cerca del breve Dairo el bosque umbrano,
En un florido y aloroso prado;
En un tan triste dia,
Quanto despues famoso,
Por ser del pastor Pílas celebrado,
Hicieron que el ganado
De este pastar y de otros, que albreando
Al mal seguro pie de la nevada
Sierra halláron, estuviesen quedos,
Los versos y cauciones escuchando;
Que en loor cantaron de una mel legrada
Ninfa, despues que con mortales bledos,
Tomillos y canturosos
Cubieron los preciosos carne y huesos.

(*) Natural de Lucena: floreció á fines del siglo 16.

De cedros, mirras, bálsamos y palmas,
 De incienso y cinamomo desgajado
 Flexibles varas, que despues texidas
 Pur las hermosas palmas,
 Se fuéron transformando
 En blandos canastillos, do las vidas
 De sus tallos partidas
 Las frescas rotas fuéron despidiendo:
 Y juntamente de un olor precioso,
 Ellas y el mirto, y lirio azul y blanco,
 Un aura delicada enriqueciendo,
 Porque el Favonio, al tiempo presuroso
 No pareciese en solo voces franco,
 De olor, sonido y lumbré
 Poniendo al mundo en celestial costumbre.

Silveria, de Felicio celebrada,
 Y la que celebró el pastor Silvano,
 Reformador del bético Parnaso,
 Y la que fue cantada
 Del que ya gozó ulano
 Del ayre y cielo libertado y raso,
 Dolidas mas del caso,
 Las hebras de hrocedo á las espaldas
 Sueltas, por sus gargantas despidiendo
 La corriente, que dan á sus pastores,
 Ceñidas por las sienes con guirnaldas
 Vagas y bellas, al amor prendiendo
 Con nueva ajaba y nuevos pasadores,

Honraron con su acento
 Y entriquecieron el delgado viento.

No preste aliento en olmos y avellanos
 El céfiro apacible, ni nos siembre
 De aljófar cristalino el verde suelo,
 Ni nos hinchas las manos
 El meloso Septiembre
 Con dorado racimo ternuzuelo,
 Ni nos otorgue el cielo
 Los madroños, bellotas y castañas,
 Dulces manzanas y sabrosas nueces,
 Ni alegres flores de la primavera,
 Ni á las silvestres cabras las montañas,
 Los verdes ramos den (qual otras veces),
 Y la manada de hambrienta muera,
 Si no fuere aplacada
 Con lumnas la alma de la Ninfa amada.

La oscura selva de árboles texidos,
 Cubierta de alcornoques y quexigos,
 A quien la inexplicable yedra abrazas,
 Serán de sus gemidos
 Fielísimos testigos,
 Y del dolor que el alma me embarazas.
 La parlera picaza,
 Diversa en paso de las otras aves;
 Y desde aquellos troncos la corneja,
 Que solo mal agüero nov pregona,
 Dirán que alegres versos y suaves

Por este siglo no ocupó su orjeja
 En quanto abraza nuestra obliqua zona,
 Ni se retumba el llano
 Con más que Tírra, frecuentada en vano.

SILVANA.

Pues que sus fuerzas y color refrena
 El encendido Febo, y la villana
 Gente no teme de sufrir su lumbré,
 Ni ronca voz resueca
 De la cigarra vana
 Que añade en los calores pesadumbre,
 Y sobre la alta cumbre
 El seco y frío temporal asoma,
 Ocasionando tórnulos funestos,
 Y á Tírra nos dá el cielo helada y erta,
 Mostremos el dolor que al alma doma
 En las palabras y los tristes gestos,
 Y la alegría con la Ninfa muerta,
 Siempre sea este día
 Honrado en llanto, y salto de alegría.

Solemnes pompas, verros funerales
 Honra cada año la dichosa tierra,
 Que oculta y guarda los amados huesos:
 Las castos animales
 Y la blanca hécerra
 Con sangre ablanden los terrones ticos:
 Violetas y cantosos,

Ligustres, blancos lirios y azucenas,
 Alelíes, rosas, trebol, madre-selva.
 Aquí marcelitos dexen lustre y vida,
 Y aqueste día ofrezcan tristes penas,
 No solo al río, siera, campo y selva,
 Mas á la gente oculta y escondida
 En Galos y Britanos,
 Y quantos hace el sol meridianos.

FENISA.

Si con sus rayos el noveno día
 La blanca Aurora el mundo oscuro diere,
 Las nubes con su rostro destruyendo,
 Una novilla mis
 Al que mejor corriere,
 Y áncal que lucharé dar pretendo;
 Y al otro, que blandiendo
 El recio brazo, abraza mayor trecho,
 Un toro de cerviz macizo y duro;
 Y un hucy hermoso al que mejor cantare;
 Y al que de versos epitalio hecho
 Sobre el sepulcro me escribiere, juro
 Dirlo lo que él en mi llamada amare;
 Y lo que es mayor gloria,
 Nombre inmortal, y palma de victoria.
 Veudrá vromero el Dios de los pastores,
 Con vermello y sus sangre nacido,
 Que en vivas conchas se produce y cria,
 Por ámbos derredores

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 "ALFONSO REYES"
 Año. 1925 MONTERREY, MEXICO

10107

De sus sienes ceñido
 Con las monteses ramas que solía:
 Y vendrán á porfia
 Pastores fuertes diestros y zagales,
 Qual por correr, qual por luchar, llevando
 Dulce victoria, premio victorioso;
 Pues los marchitos versos funerales,
 Las largas faldas ornata pintando
 El tómbulo funesto y doloroso,
 Lleno de cipres verde,

Que enteramente su color no pierde.

Pon casta oliva y olorosa tea,
 Con la sabina yerba y el incienso,
 En sacros fuegos, quemaré el redaña
 De no manchada ó fea
 Cordera, cuyo censo
 A tal sepulcro pagaré cada año.
 Despues por fértil caño
 De los cobrados vasos la caliente
 Leche, con sangre viva entreverada,
 Haré mojar la victima húmusa,
 Y la yema del vino, que la gente
 De la rica Luceña da á Granada,
 La triste faz de la terrestre diosa
 Vertida humedeciendo,
 Vendrá los sacrificios consumiendo.

Si les es á las almas concedido,
 Desnudas ya de corporales cargas,

Prestar oreja á los piadosos llantos,
 Divina Tarsa, oído
 Habéis nuestras amargos
 Querellas, que suspensos tiene á tantos
 Fruales, fieras, cantos:
 Mas donde quiera que las tristes voces
 Nuestras te hallean, ó en el cielo illustre,
 O al derredor de robles y manzanos,
 O ya que eliseos aposentos goces,
 Pasada el agua lóbrega y palustre,
 O junto al olmo de los sueños vanos,
 Rogamos que recibas
 En voces nuestras intenciones vivas.

Tu alma bella nuestras selvas, creo,
 Hermiosa Niufa, que anilará lustrando
 Con sossegado y saludable vuelo,
 Y así de mí deseo
 Las voces escuchando
 Nos has de ver culpar de injusto al cielo.
 Verás el verde suelo

De vergonzoso y triste no dar flores,
 Ni los fruales apacibles frutos,
 Ni claras aguas las delgadas fuentes,
 Ni los zagales publicar amores,
 Ni nuestros ojos sin dolor enxutos,
 Ni las cabrillas, ni las de dos dientes
 Pecar la tierra grama,
 Ni responder al hijo, si las llama.

Pues si las voces tristes comprendes,
Y ves que el humo de las piederacruz
No purga el hato y recental rebaño,
Y nuestro mal entiendes,
¿Por que, mi Tirsa, sufres
Vivir los tuyos en notable engaño?
Pues uno y otro daño
Con sólo responderas sanarias,
O con mostrarnos tu hermosa cara,
O con dexterte ver por do pasara.
Pues tú eres, Tirsa, que en placer solías
Dar á la noche y redondea clara,
Con rostro alegre y labios cantares;
Mas ya tu castilena
Nos dexa sola su memoria en peza.

SILVANO.

Tú con palabras dulces y elegantes
A las contiendas término pusiste:
Mil veces inclinabas á victoria,
Pastores litigantes,
De suerte que saliste,
Contentos ellos, tú con igual gloria.
Y aun tengo en la memoria,
Que á veces en las ondas cristalinas
Mostraste tu cabeza cubierta de oro,
Cantando versos del pastor Silvano:
A cuyo son delaxo las encinas
El ganado de Pílas y Peloro

Rumió

Rumió la yerba el uno y otro en vano:
Mil veces se arrojaron
Al agua, mas tus carnes no tocáron.

Yo vide al tiempo que la Aurora muestra
En este día su rosada lumbre
Al triste Pílas húmedas mejillas,
A quien la mano diestra
De la doliente cumbre
Era columna, y de ella las rodillas:
Que de estas florecillas
Con sus lamentos marchitó tal suma,
Y desgajó de robles tanta rama,
Rompiendo de las peñas tanta parte,
Qual suele hórcas en la helada bruma;
Y qual el cervo, que hirió la brama,
Con ardientes suspiros á invocarte
Se compelió, y cantados
Aquestos versos dixo mal limados.

TITIL.

Sin tu presencia, Tirsa, el fresco viento
Helado quema las fragantes yerbas,
Y el vultro trigo, que en el suelo echamos,
Perrece en el momento:
Las uvas son acerbas
Que de las tiernas vides desgajamos,
Y en el lugar ballamos
De trigo, avena, y de cebada blanca
Ballico inútil, y del lino grama,

Tomo II.

5

Y de leche dulce amargo cardo.
 Ni nos alegran ya con mano franca
 Cé:es y Beco, y en perpetua llama
 En todo tiempo me consumo y ardo,
 Hasta que venga el día
 Que goce de tu eterna compañía.

Dos blancas reses, de vedejas llenas,
 De cada quatro quartos poderosas,
 Exerctadas al palestra oficio,
 De lirios y asucenas
 Las frentes, y de rosas
 Coronadas he puesto al sacrificio:
 Y siempre es mi exorcicio
 Honrar con premios el sepulcro amado,
 Haciendo fiestas, ya con tallos tiernos,
 Ya con sus flores, ya con dulces frutos.
 Los toros y novillas he apartado
 De sus becerras, que con los internos
 Mugidos cerca los fúnebres lutos,
 Al tiempo temeroso
 Que el trabsiado cuerpo va al reposo.

Descansa en paz, hermosa, casta y bella,
 Y tierna carne; que el dorado Apolo
 Con sacros versos te eterniza y canta;
 Y la nocturna estrella,
 Que sigue el primer paso,
 Tu tierra huella con pasadosa planta:
 Y el Tauro se levanta

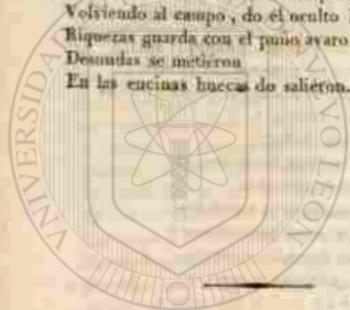
Antes que el sol, y de apio, pino y laureo,
 Y de quejigo, premios virtuosos,
 Guirnaldas hechas en tu fiesta ofrecen;
 Y sus divinas aguas nuestro Dairo,
 De leche y miel, y de oro muy precioso
 Sobre sus faldas siembra y enriquece,
 Quedando el suelo honrado,
 Que fué á tus huesos por sepulcro dado.

Loable envidia en las vecinas Ninfas
 Forzó á seguir de aquestos las pisadas,
 Que en compas de alabastro y vidrio hechas
 Las cristalnas linfas,
 Con azahar templadas,
 Con rosas y violetas contrahechas,
 Y en estas nada estrechas
 De esia y amarantho y mirabeles,
 Y de alliana y sauco tristes flores;
 Y los cogollos hebradores tiernos
 De plátanos, naranjos y laureles,
 Presentan por los anchos derredores
 De tu sepulcro, á quien por mil inviernos
 Los genios apacibles
 Harán tus blancos huesos inmovibles.

POSTI.

El roxo Apolo entonces transmontando
 Sembró de varias nubes el Poniente,
 Ya azules, ya violadas, ya sangrientas,
 Ya aquestas despiutando,

Con tal de la aparente
 Color de aquestas; y otras mal contentas,
 Al rostro suyo atentas,
 Así imitaban el metal bruñido
 Del mismo Felo con las fimbrias de oro,
 Quando otras de la plata el lustre claro;
 Y así las Ninfas, el cantar rompido,
 Volviendo al campo, do el oculto Moro
 Riquezas guarda con el pulso avaro,
 Desnudas se metieron
 En las encinas huecas do salieron.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

DE VICENTE ESPINEL (*)

FRAGMENTO DE UNA EPÍSTOLA.

Incendio y rebato en Granada.

¿A quien no hizo remover la planta
 El gran terror de la ciudad famosa,
 Que de Juan honra la reliquia santa?

¿Quien no tembló de ver una rubiosa
 Ira del suelo; y aun quizá de arriba
 Amenaza á los hombres espantosa?

Rompe y asuela, y al romper derriba
 De la pólvora el roncó trueno el maro:
 En que la miserable casa estriba.

Vuelan naderos por el ayre oscuro
 Sobre el humoso remolino, y vuelto
 Del grave golpe, arrebatado y duro.

(*) Nació en Granada en 1574, y murió en Madrid en 1634. Introdujo en la escuela la ciencia exacta, y fué inventor de las máquinas, que se llamaron de su nombre *Espinelicas*.

A cuales dexan en su sangre envueltos
Entre los brazos de la esposa amada,
A cuales del troncon los miembros sueltos.

Húndense casas al temblar Granada,
Vela, sonaba, en el Alhambra, vela,
Traycion, toca á rebato, hay ordenada.

Disparan todos: huye el mozo y vuela,
El virgo corre, la parida enfada
Al niño, y lleva en brazos la hijuela:

Huye esparcido el oro por la espalda,
La doncelluela, en lo demas desanda;
Que á nadie mueve el azcar, ni esmeralda.

Un confuso alarido, ayuda, ayuda,
Suena de gritos: nadie, á nadie llama,
Que no hay quien por salvarse al otro acuda.

Creces la sorda y tragadora llama:
Traspasa á Durro, y de un horrible estruendo
Pase al molino, y dió la nueva á Allama,

Piedras de nuevo, y leños esparciendo,
Que amenazaban la soberbia combre,
Y á trechos van las torres combatiendo.

Flexan vigas de inmensa pesadumbre,
Ladrillo y planchas por el ayre vago,
Y espesos globos de violenta lumbre;

Y en el Alhambra hacen tal estrago,
Que las Reales Casas, qual Numancia,
De fuego y humo parecieron lago.

Del Rey Chiquito la encantada estancia,
De alabastro, azul, y oro inextinguible
Cayó, como del dueño la arrogancia.

¡Mas que mucho, si el troeno incomfortable
Parte anuló de la del gran Monarca,
Del gran Meduza fibérica admirable!

Venise rayos de toda la comarca,
Que el Etna ardiente con la noche oscura,
Manifiesta y descubre quanto abarca.

Dura el hambriento fuego, el daño dura,
Tiembla el Consejo, que al mayor le falta,
Que la Audiencia Real no está segura.

Cada qual de la dulce cama salta
A reparar los daños generales,
Aunque á hijos y esposas haga falta.

¿Mas quien repara repentinos males,
Que los famosos y altos edificios
De Troya parecian ser aciales?

Las puertas rotas, la clausura y quicios
De las vírgenes sacras, que el esposo
Christó hacen perpetuos sacrificios.

Que de una lixa el golpe panderoso
De Catalina en el convento santo,
El quarto abrió del virginal reposo.

No atemoriza á las ovejas tanto
En el aprisco del cuidadoso dueño,
Nocturno rayo del mortal espanto.

Como la arrojadiza piedra y leño
De Dios á las ovejas encerradas.
Puso terror en lo mejor del sueño.

Cruzan las calles gentes á mandadas,
Pasan y encuentran, sin saber por donde,
Del sin vida enemigo mal guardadas,

Que al nido en las entrañas se le esconde:
Tropella al nido, al otro desbarata,
Da en el primero, y al de atrás responde:

Destriba, rompe, hiede, parto y mata:
Trastorna, arroja, oprime, estrella, asuela,
Envuelve, desaparece y arrebatá.

Consumo, despedaza, esparce y vela
Traga, deshace, y sin piedad sepulta
A quien del dano menor se recela.

¿Que te movió, que no dexaste oculta,
Homicida sangriento, la endiablada
Invencion de que tanto mal resulta?

Que esa alma cruel descomulgada
(En descubrir la pólvora) no pudo
Con aparente bien ser engañada.

Que un alma feroz, áspero y crudo,
Y un odio de Timon á los humanos
Movió el bestial entendimiento rudo:

Que sin ella vencieron los romanos,
Y engrandecieron sus excelso nombres,
Con esfuerzo, valor, industria, y manos.

Quando del infernal hedor te asombres
Del azufre, y la pólvora, el infierno
Verás que disfrazaste entre los hombres;

Que por tu dano en el tormento eterno
Quizá (ó me engañó) llevará la nueva
De tanto lloro y sentimiento tierno.

Si Falaris hiciera en tí la prueba
De tu invencion ganara mayor gloria,
Que por el Toro maldiciones lleva.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
CENTRO GENERAL DE BIBLIOTECAS

DE DON JUAN DE ARGUJO, (*)

SONETOS.

I.

A Baco.

A tí de alegres vides coronado
Baco, gran padre domador de Oriente,
He de cantar, á tí que blandamente
Templas la fuerza del mayor cuidado:

Hora castigues á Licurgo airado,
O á Panteo en sus arcos insolente;
Hora te unire la festiva gente
En sus concites dulces y regalado.

O ya de tu Ariadax al alto asiento
Sulus ufano la murtal corona;
Ven fiteil, ven humano al canto mio:

Que si no desmerezo el sauro aliento,
Mi voz quembrará la opuesta zona,
Y al Tibre inundará el Hispalo río.

(*) Natural de Sevilla, y Veinticuatro de esta Ciudad: fué el protector mas generoso de los poetas de su tiempo: floreció á fines del siglo 16.

II.

Jupiter á Ganimedés.

No temas ¡ó bellissimo Troyano!
Vicudo que arrebatado en nuevo vuelo
Con corvas niñas te levanta al cielo
La feroz ave por el ayre vano.

¿Nunca has oído el nombre soberno
Del alto Olimpo? ¿la piedad y el zelo
De Júpiter, que da la lluvia al suelo,
Y arma con rayos la tonante mano,

A cuyas sacras aras humillado
Gruesos toros ofrece el Tencero en Ida,
Implorando remedio á sus querrelas?

El mismo soy, no al Aguila eres dado
En despojo; mi amor te trae, olvida
Tu amada Troya, y sube á las estrellas.

III.

Del Tiempo.

Mira con quanta priesa se desvia
De nosotros el sol al mar vecino,
Y aprovecha, Fernando, en tu camino
La luz pequeña de este breve día,

Antes que en tenebrosa noche fría
Pierdas la senda, y de buscarla el tino,

Y aventurado en menos del destino
Vagües errando por incierta vía.

Hágunte agenos casos enseñado,
Y el miserable fin de tantos pueda
Con fuerte exemplo apertibir tu olvido.

Larga carrera, plazo limitado
Tienes, velos el tiempo corre, y queda
Solo el dolor de haberlo mal perdido.

IV.

Las Estaciones.

Vierte alegre la copia en que atesora
Bienes la Primavera, da colores
Al campo, y esperanzas á los pastores
Del premio de su fe la bella Flora:

Pasa ligera el sol, adonde mora
El Cáncer abrasador, que en sus ardores
Destruye campos, y marchita flores,
Y el orbe de su lustre decolora.

Sigue el loimedo Otoño, cuya puerta
Adornar Baco de sus dones quiere,
Luego el Invierno en su rigor se extrema.

¡O variedad común! mudanza cierta!
¿ Quien labes que en sus males no te espere?
¿ Quien labrá que en sus bienes no te tema?

V.

V.

Apolo á Dafne.

Victorioso laurel, Dafnes esquivá,
En cuyas verdes hojas la memoria
De tu rigor, y de mi triste historia
Quiere el amor que eternamente viva;

La antigua palma y abundante oliva,
A ti de hoy mas inclinarán su gloria;
Tú cenirás en premio de victoria
Del fuerte vencedor la frente aliva.

Dixo el burlado Cintio, y á la dura
Corteza acido la contempla, y luego
Repite: Dafne fiera! mármol frio!

Del rayo ardiente vivirás segura,
Que no es bien que consienta ageno fuego,
Quien pudo resistir el fuego mio.

VI.

Sisifo.

Sube ghalando con mortal fatiga
El grave peso que en sus bombros lleva
Sisifo al alto monte, y quando prueba
Pisar la cumbre, á mayor mal se obliga.
Cae el fiero peñasco, y la enemiga
Suerte cruel su nuevo afán renueva;

Tomo II.

6

Vuelve otra vez á la difícil prueba,
Sin que de su trabajo el fin consigá.

No iguala aquella á la desdicha mía;
Pues a'gun tiempo alivia en su tormento
Los homabros á tal carga desiguales.

Sufro peso mayor á tal porfia,
Que un punto no perduna al pensamiento
La impórtuna memoria de mis males.

VII.

Lucrecia.

Baña llorando el ofendido pecho
De Colatino la consorte amala,
Y en la tirana fuerza disculpada
Si no la voluntad, castiga el hecho.

Rompe con yerro agudo el casto pecho,
Y abre camino al alma, que indignada

Baxa á la oscura sombra; do vengada
Aun duda si su agravio ha satisfecho.

Venecó al paterno llanto endurecida,
Y de su esposo el ruego, que no basta,
Menosprecio con un fatal desvío.

Ceda al debido honor la dulce vida,
Que no es bien, dixo, que otra ménos casta
Ose vivir con el exemplo mio.

VIII.

La Avaricia.

Castiga el cielo á Tántalo inhumano
Que en ímpia mesa su rigor provoca,
Medir queriendo en competencia loca
Saber divino con engño humano.

Agua en las aguas busca, y con la mana
El árbol fugitivo casi toca;
Huye el copioso Eridano á su boca,
Y en vez de fruta aprieta el ayre vano.

Tú que espantado de su pena admiras
Que el cercano manjar en largo ayuno
Al gusto falte, y á la vista sobre:

¿Como de muchos Tántalos no miras
Exemplo igual? y si codicias uno,
Mira al avaro en sus riquezas polbre.

IX.

Artemisa.

Lábra Artemisa el grande mansoleo,
Que los altos pirámides afronta
Del Egipcio soberbio; y no contenta
Busca á su ilustre fe mayor trofeo.

Del tierno y casto pecho en nuevo empleo
Hacer sepulcro al nuevo esposo intenta,
Cuyas cenizas de su amor sedienta
Bebe con ansias de inmortal deseo.

En vano, dice, pretendió la muerte
De ti, dulce Mausolo, dividirme,
Y en largo olvido sepultar tu gloria.

Que de su injuria puede defenderse
Mi pecho mas que el bronce y mármol firme,
Y eternizar mi amor y tu memoria.

ALERE FLAMMAM
VERITATIS

X.
Ariadna.

¿A quien me quejare del cruel engaño
Arboles mudos, en mi triste duelo?
Sordo mar! tierra extraña! nuncio cielo!
Fingido amor! costoso desengaño!

Huye el pérfido autor de tanto daño,
Y quedo sola en peregrino suelo,
Do no espero á mis lágrimas consuelo,
Pues no permite olivio mal tamaño.

Dioses, si entre vosotros hizo alguno
De un desamor ingrato amarga prueba,
Vengadme os ruego del traidor Tesen.

Tal se quejaba Ariadna en importuno
Lamento al cielo, y entretanto lleva
El mar su llanto, el viento su deseo.

XI.

Orfeo.

Desiertas selvas, monte yerto y frío,
Ródope que en el cielo tocar osas,
Vosotras de Estrimón ondas hermosas,
A quien venos presume el llanto mio:
Seréis testigos largo tiempo, si,
De mi dolor, y quejas lastimosas
Que en vano esparzo al ayre, y con piadosas
Voces al Rey del lago obscuro casto.

Así cantando llora el Tracio amante,
Y á sus blandos acentos ensudece
El viento, y la agua su corriente enfrena;

Y enternecidas truecan el semblante
Las fieras; corto alivio! mientras crece
Del ya perdido bien la justa pena.

XII.

La Tempestad y la Calma.

Yo vi del rozo sol la luz serena
Turbarse, y que en un punto des fallece
Su alegre luz, y en torno se oscurece
El ayre con tiniebla de horror llena:
El anstro parecíase airado enojar
Crece su furis, y la tormenta crece.

Y en los ombros de Atlante se estremece
El alto Olimpo, y con espanto truena.

Mas luego vi romperse el negro velo
Deshecho en agua, y á su luz primera
Restituirse alegre el claro día;

Y de nuevo esplendor ornado el cielo
Miré, y dixé: ¿quien sabe si le espera
Igual mudanza á la fortuna mia?

XIII.

Horacio Cocles.

Con prodigioso exemplo de osadía
Un hombre nuro en el Romano puente,
Resistir solo de la Etrusca gente
El grueso campo que pasar porfia.

Ni la enemiga fuerza le desvia,
Ni de su vida el cierto fin presente,
Que su valor dexar no le consiente
La difícil empresa en que insistia.

Oygo del roto puente el son fragoso,
Quando al Tibre el varon se precipita
Armado, y sale de él con nueva gloria;

Y al mismo punto escucho del gozoso
Pueblo las voces, que aclamando grita:
Viva Horacio! de Horacio es la victoria.

XIV.

Al Guadalquivir.

Tú á quien ofrece el apartado polo,
Hasta donde tu nombre se dilata,
Preciosos dones de inciente plata,
Que envidia el rico Tajo y el Pactolo;

Para cuya corona, como á solo
Rey de los rios, entreteje y ata
Palas su oliva con la rama ingrata,
Que contempla en tus márgenes Apolo;

Claro Guadalquivir, si impetuoso
Con crespas ondas y mayor corriente
Culrieres nuestros campos mal seguros;

De la mejor Ciudad, por quien famoso
Alzas igual al mar la altiva frente,
Respeto humilde los antiguos muros.

DE BALTASAR DE ALCAZAR. (*)

RECORDILLAS.

Está Jaen, donde resido
Vive Don Lope de Sosa,
Y dírete, Ines, la cosa
Mas brava de el que has oido.

Tenís este coballero
Un criado Partiguera...
Pero enemis, Ines,
Si te parece primero.

La mesa tenemos puesta,
Lo que se ha de cenar junto,
Las tazas del vino á punto;
Falta comenzar la fiesta.

Comienze el viñillo nuevo,
Y échale la bendicion;
Yo tengo por devocion
De santiguar lo que bebo.

Franco fue, Ines, este toque;
Pero arrojame la buta:

(*) Sevillano: vivió á principios del siglo 17, y se ignoran las demas circunstancias de su vida.

DE VARIOS.

Vale un florin cada gota
De aqueste viñillo aloque.

¿De que taberna se trata?
Mas ya... de la del Castillo:
Diez y seis vale el quartillo,
No tiene vino mas baxo.

Por nuestro Señor que es miña
La taberna de Alcocer:
Grande consuelo es tener
La taberna por vecina.

Si es ó no invencion moderna,
Vive Dios que no lo sé;
Pero delicada fué
La invencion de la taberna.

Porque allí llevo sediento,
Pido vino de lo nuevo,
Muelenlo, dímelo, bebo,
Págolo, y voyme contento.

Esto, Ines, ello se alaba,
No es menester alaballo:
Sola una falta le hallo,
Que con la priesa se escala.

La ensalada y salpicon
Hizo fin, ¿que viene ahora?
La morcilla, gran senora,
Digna de veneracion.

¡Que oronda viene y que bella!
Que traves y exundia tiene,
Páreceme, Ines, que viene
Para que demos en ella.

Pues sux, encójase y entre,
Que es algo estrecho el camino...
No echas agua, Ines, al vino,
No se escandalice el vientra.

Echa de lo tras sueño,
Porque con mas gusto comes:
Dios te guarde, que así tomas,
Como sabía, el buen consejo.

Mas di ¿no adoras y precias
La morcilla ilustre y rica?
¡Como la traydora pica!
Tal debe tener especias.

¡Que llena está de piñones!
Morcilla de cortesanos,
Y asada por esas mazas
Hechas á cebar lechones.

El corazon me rebienta
De placer: no sé de tí.
¿Como te va? yo por mí
Sospecho que estas contenta.

Alegre estoy vive Dios:
Mas oye un punto sutil;
¿No pusiste allí un candil?
¿Como me parecun dos?

Pero son preguntas viles,
Ya sé lo que puede ser:
Con ese negro heber
Se acrecientan los candiles.

¡Probemos lo del pichel,
Alto licor celestial,
No es el aloquillo tal,
Ni tiene que ver con él.

¡Que suavidad! que clareza!
¡Que rancio gusto y olor!
Que paladar! que color!
Todo con tanta fineta.

Mas el queso sale á plaza,
La moradilla va entrando,
Y ámbos vienen preguntando
Por el pichel y la taza.

¡Prueba el queso, que es extremo.
El de Pinto no le iguala,
Pues la acetyina no es mala,
Eico puede vogar su remo.

¡Haz pues, Ines, lo que aules,
Daca de la bota llena:
Seis tragos: hecha es la cena,
Levántense los manteles.

Ya, Ines, que habemos cenado
Tan bien, y con tanto gusto,
Parece que será justo
Volver al cuento pasado.

DE GUTIERRE DE GETINA.

MADRIGAL.

Ojos claros serenos,
 ¿de dulce mirar sois alabados,
 ¿Por que si me mirais, mirais airados?
 Si quanto mas piadosos
 Mas bellos pareceis á quien os mira,
 ¿Por que á mi solo me mirais con ira?
 Ojos claros serenos,
 Ya que así me mirais, miradme al ménos.

DE LUIS MARTIN.

MADRIGAL.

La cogiendo flores;
 Y guardando en la falda
 Mi Ninfa, para hacer una guirnalda;
 Mas primero las toca
 A los rosados labios de su boca,
 Y les da de su aliento los olores.
 Y estalla (por su bien) entre una rosa
 Una abeja escondida,
 Su dulce humor tortando;
 Y como en la hermosa
 Flor de los labios se balló, atrevida
 La picó, sacó miel, fuése volando.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

®

POESÍAS

DE LUFERCIO LEONARDO DE ARGENSOLA.

A Felipe II en la canonización de San Diego.

Es estas santas ceremonias pias,
 Adonde tu piedad, Filipo Augusto,
 Con admirables rayos resplandece,
 Verás como dexando el cetro justo
 Despues de largos y felices dias
 Al nuevo tronca que á tu sombra crece,
 Nuestra Madre santisimsa te ofrece
 Los mismos cantos, y la mesma palma;
 Y ya nos muestra como en cierta idea,
 Que tal quiere que sea
 La gloria entónces de tu cuerpo y alma:
 Y que al inmenso templo que dedicas
 Al gran Levita, que en la ardiente llama
 Examinó la de su amor divino,
 Ha de venir devoto el peregrino,

No solo convidado de tu fama
 Por contemplar las iras de oro ricas,
 Sino á probar si á su congoja aplicas
 Saludable remedio desde el cielo,
 Como lo das á todos en el suelo.

Tú enseñado á escuchar humanos ruegos,
 Y á ser conus defensa de los humildes,
 Serás de todos ellos invocado,
 Y justamente uniéndose los nombres
 Tendrémos dos Filipos y dos Diegos,
 Y un altar solo á entrambos dedicado:
 Que pues has con tu mano levantado
 El primero que á Diego se dedica,
 Aquí y allí serás su compañero,
 Y exemplo verdadero
 De como Dios tambien se comunica
 Debaxo de la purpura preciosa
 Como debaxo el áspero vestido;
 Que no son abreviadas no sus manos.
 ¿Mas de qual de tus muchos solares-humanos
 Te darémos entónces apellido?
 ¿Si lucirá la espada rigorosa?
 ¿O setos cillo en tu cordón hermoso
 Sus hojas tenderá el olivo sacro,
 Por propia insignia de tu simulacro?
 ¿O si quando la trampa horrible diere
 Señal en los exercitos, y tirada
 La roxa Cruz el viento en las banderas;

Y de la muerte la vision horrenda
 Envuelta en polvo y humo discurriré
 Por medio las esquadras y armas fieras,
 Tu nombre ha de sonar en las primeras
 Voces, que dice la española gente
 Pidiendo por tu medio la victoria?
 ¿O si querrás la gloria
 De ser en los conuilios Presidente
 Donde se trate del gobierno humano,
 Del qual nos dexas admirable exemplo?
 ¿O si será mas propio que el piloto
 Quando lucharé con el Euro y Noto
 Prometa ronco visitar tu templo,
 Y allí colgar las velas por su mano?
 ¿O que en tu proteccion el rubio grano
 El labrador ensuciva, y le suplique
 Que por tu medio Dios lo multiplique?

Primeró vivirás felices años,
 Introduciendo por el ancho mundo
 La santa paz, y la justicia unidas,
 Y gemirá Pluton en el profundo
 De ver por tí deshechos los engaños,
 Y á Dios tantas oraciones convertidas,
 Y que las escrituras no entendidas
 Como el otro Filipo les declaras.
 Teme tambien, y no sin causa, viendo
 Lo que hoy está haciendo,
 Que á mayores empresas te preparas,
 Y que si per honrar la sepultura

De Diego, das de tu piedad tal muestra,
 Por quitar al tirano la de Christo
 Has de dar un exemplo nunca visto,
 Y derribar sus idolos tu diestra,
 Venciendo en medio de la noche oscura
 Como el gran Gedeon, pues en tí dura
 La insignia del vellon, con que Dios quiso
 Darle de la victoria cierto aviso.

Cancion, el ser humilde no te espante,
 Que es hoy fista de humildes, y se precia
 De ser su amparo el Rey mayor del suelo;
 Bien puedes atreverte, pues el zelo
 Hace precioso el don, y se desprecia
 Aunque raro y costoso el arrogante.
 Mas pues se me permite que yo cante
 Entre los cisnes del famoso Henares,
 Mucho harás si de humilde te precizes.

TERCETOS.

Descripcion de Aranjuez

Hay un lugar en la mitad de España
 Donde Tajo á Xarama el nombre quita,
 Y con sus ondas de cristal lo baña:

Que nunca en el la yerba vís marchita
 El sol, por mas que el Etiopie encienda,
 O con su ausencia hiele al duro Scita.

O que naturaleza condescienda,
O que vencida dexé obrar al arte,
Y serle en vano superior pretenda:

Al fin jamas se ha visto en esta parte
Objeto triste, ni desduido el suelo,
O cosa que de limite se aparte.

Contrarias aves en consorcio vuelo
Los ayres cortan, y en iguales pinitas
Las plantas suben alabando al cielo.

Las fieras enemigas aquí juntas
Forman una república quieta,
Merclándose en sus pastos y en sus juntas;

Sin temer que el leñal las acometa,
O liera el plomo con terrible estruendo,
O con mortal silencio la sienta.

Las fuentes cristalinas, que subiendo
Caustra su curso y natural consumbre
Están los claros ayres dividiendo,

Rocian de los árboles la cambre,
Y llexan, á las nubes imitando,
Forsadas de su niema presadumbre

Sobre las bellas flores, que adornando
El suelo, como alfombras africanas,
Las están con mil lazos esparciendo.

Las calles largas de sumos y llanas
Envidia pueden dar á las ciudades,
Que están hoy de las sayas mas ufanas.

¿Pues quien podrá costar las amistades
Con que las plantas fértiles se prestan,
Y templan sus contrarias calidades?

Y como no se impiden, ni molestan
Por ver su fruta en extrágeras hojas,
Ni del agravio aplatan y protestan;

Como tú, fragil hombre, que te enojas
Si tener ves al otro lo que es tuyo,
Y con rabia la usurpas y despojas.

Comunica el gran Tajo el humor suyo
A qualquier de los árboles de llega,
Sin atender si es hijo propio, ó cuyo:

Al hosped no sea alimentos niega,
Ni al natural desecha, y así luce
Corona rica de su hermosa vega.

Si la region remota ve, que aplaca
Alguna planta suya en esta, luego
La envia, y á su dueño satisface.

Y así la que se junta de que al fuego
De los templos da olores, no es mas rica,
Ni la fragio ningun Latino ó Griego.

Qualquiera aquí su condiccion aplica,
Aunque su origen trayga de otra parte,
Do el sol ménos, ó mas se comunica.

Suple la falta de la tierra el arte,
Y del calor con limite, y del hielo
Aquello que convicne les reparte.

Hay planta que miró en su patrio suelo
El sol al mismo tiempo que la luna
En este mira en la mitad del cielo :

Y no por esto siente falta alguna
De la virtud, que tuvo ella en su tierra,
Como si aquella y esta fuesen una :

La qual en senos concavos encierra
Las aguas usurpadas al gran río,
Donde los peces viven sin ver guerra.

Putiera en cada qual un gran navio
De aquellos que á Neptuno son mas graves,
Navegar sin temor de hallar huxio :

Mas solamente aqui navegan aves
De aquellas que á la muerte se sperciben
Con cantos apacibles y suaves.

Aqui redes y engaños se prohiben,
Y así discurren sin temor las fieras,
Y á los hombres pacíficas reciben.

La hermosura y la paz de estas riberas
Las hace parecer á las que han sido
En ver pecar al hombre las primeras.

Alzase al lado del jardin florido
Con quatro hermosas fuentes una casa,
Que mune el sol su semejante ha herido.

Del alto chapitel hasta la haza
Niguna imperfeccion hallarse puede,
Si el gran Vitruvio vuelve, y la compasa.

Pues lo interior, que á lo exterior excede
En materia y en arte, que tal sea
Con esto solo declarado quede :

Que nuestro gran Filipo dió la idea,
Y en ella sus cuidados deposita,
Quando su corte dexa y se recrea.

Que puesto que los hombros jamas quita
Del peso, con que Atlante desmayara,
Con eso lo aligera y facilita.

Los árboles, las aves, la agua clara
En este verde sitio son testigos
De las heroycas obras que prepara :

Del modo con que traza los castigos
A la cerviz, que huyó del yugo santo,
El premio regalando á los amigos.

Las aves mezclan su acordado canto
Entre los dulces y ásperos decretos,
Que han de poner despues al mundo espanto.

Y aquellos profundísimos secretos,
Que á los ausentes Principes desvelan,
Y les tienen los ánimos inquietos ;

Aquí con los Ministros se rebelan,
Y el tiempo del gran Jano se abre ó cierra,
Los pueblos se castigan ó consuelan ;

Y la espantable y poderosa guerra
Aguarda que de aqui le den materia
Para cubrir de sangre el mar y tierra.

Mas no dentro los límites de Iberia,
Donde la paz y la justicia santa
Previenen con cuidado á tal miseria.

Aquí se engendra el rayo, mas no espanta
Sino al loco Nembrot, que contra el cielo
Muros de barro frágiles levanta.

Filipo, tú tambien, que del zulo
Y padre, emulación gloriosa al mundo
Protectes, y en su pérdida conócelo;

Mientras tu padre con tiber profundo,
Y tu niñez te escusa del trabajo,
Entre esas flores andas vagabundo.

Tiempo vendrá que no te ofrezca Tajo
En su ribera conchas, mas caballos,
De aquellos que la lieben más abajo:

Y que tú y esos niños tus vasallos
Armados con virras en guerras lanzas
Las que agora jugas de tiernos tallos.

Entónces cumpliras las esperanzas,
Que das de tu valor, dexando libres
A los que dan agora del fozas;

Y ya la Grecia espera que la libres,
Que abras el piso del sepulcro santo,
Y que la espada en su defensa vibres:

¿O tienes á la ira! ¿por que tanto
El punto subes, que entre el son horrendo
De las trompetas suena ya mi canto?

Vuélveme

Vuélveme á la ribera, donde vienda
Estaba con el Príncipe á su hermana
Rayos de luz y flechas despídido:

Tal es el monte Cinto á su Diana
Rodeada de vírgenes hermosas
Fingió la antigüedad en forma humana.

No huyen, no, las fieras temerosas;
Mas íntes como víctimas sagradas,
Se ofrecen á sus flechas poderosas.

Las flores del divino pie pisadas
Ya miran con desprecio á las estrellas,
Y son de las estrellas envidiadas;

Y puesto que la esperan gozar ellas,
Y saben que en el mundo su presencia
Las hace con los hombres ménos bellas:

La detienen acá con su influéncia,
Y proponen su daño y su desca
Forzadas de la eterna Providéncia.

¿Pero que mar inmenso es el que veo,
¿O divina Isabel! de tus virtudes,
Donde pierde las fuerzas Himéno?

Que tanto á todos sobras, que sacudes
El yugo dulce y fuerte, que procura
Que á llevar con tu cuello hermoso ayudes:

Y libre, como Fénix, tu hermosura
Al dichoso Aranjuz se comunica
Entre sus claras aguas y verdura...

Tomo II,

8

SONETOS.

I.

Tanto mi grave sentimiento pudo
Que en la mano de herbura violencia
Hizo dando lugar á la clemencia
Volver el filo del cuchillo agudo.

¿Hay por ventura de diamante escudo
Que pueda hacer tan firme resistencia,
Como de un alma pura la inocencia
Que ofrece el pecho al vencedor desnudo?

Yo vi, yo vi los ojos, no es mentira,
Que muerte amenazaban, detenerse
Con blando afecto en la miseria mía;

Y deshacerse los nublados de ira,
Y la santa piedad aparecerse;
Que todo es fácil si en la fe se fia.

II.

Este prolixo y tenebroso día,
El qual con piedra negra notar quiero,
Memoria es dignamente del primero
De mi vida, si es vida aquesta mía.

Entonces lo lloraba en profecía,
Y de su soledad tomando agüero,
En tanto que viviere ya no espero
Tener en el sucesos de alegría.

Odioso me será, y odian sea
Al cielo y á la tierra eternamente,
Pues en él se me esconde Galatea;

Entre las noches líbregas se cuenta,
Y en él ninguna seccion jamas se vea
Digna de que la fama la sustente.

III.

Tras importunas lluvias amaneco
Coronando los montes el sol claro,
Salta del lecho el labrador avaro
Que las horas ociosas aborrece.

La corva frente al duro yugo ofrece
El animal, que á Europa fue tan caro:
Sale de su familia firme amparo,
Y los sarcos solicito enriquece.

Vuelve de noche á su muger honesta,
Que lumbré, mesa y lecho le aperece,
Y el enxambre de hijuelos le rodea.

Fáciles cosas conu con gran fiesta,
El sueño sin envidia le recibe:
Oh corte! ¡ó confusion, quien te dexa!

IV.

Yo os quiero confesar, Don Juan, primero,
Que aquel blanco y carmin de Doña Elvira
No tiene de ella mas, si bien se mira,
Que el haberle costado su dinero.

Pero tambien que me confieses quiero,
Que es tanta la helidad de su mentira,
Que en vano á competir con ella aspira
Belleza, igual de rostro verdadero.

¿Mas que mucho que yo perdido ando
Por un engaño tal, pues que sabemos
Que nos engaña así naturaleza?

Porque ese cielo azul que todos vemos
Ni es cielo, ni es azul; ¿Lastima grande
Que no sea verdad tanta belleza!

Lleva tras sí los pámpanos Octubre,
Y con continuas aguas ins-lente
No sufre lbero márgenes ni puente,
Mas ántes los vecinos campos cubre.

Moucayo como suel ya descubre
Coronada de nieve la alta frente,
Y el sol apenas vemos en Oriente
Quando la opaca sombra nos le cubre.

Sienten el mar y selvas ya la saña
Del aquilon, y encierra su bramido
Gente en el puerto, y gente en la cabaña:

Y Fabio en el umbral de Tais tendido,
Con vergonzosas lágrimas le baha,
Debiéndolas al tiempo que ha perdido.

VI.

Imágen espantosa de la muerte,
Sueño cruel, no turbes mas mi pecho,
Mostrándome cortado el nudo estrecho,
Consuelo solo de mi adversa suerte.

Busca de algun tirano el muro fuerte,
De jaspe las paredes, de oro el techo;
O al rico avaro en el angosto lecho
Has que temblando con sudor despierte.

El uno vea el popular tumulto
Romper con furia las herradas puertas,
O al sobornado siervo el hierro oculto.

El otro sus riquezas descuelicetas
Con llave falsa, ó con violento insulto;
Y díxale al amor sus glorias ciertas.

POESÍAS

DE BARTOLOMÉ DE ARGENSOLA.

CANCION.

De los campos y mares se apodera
Céfiro tu ministro á su albedrío
Formando el tiempo, amor, que mas te agrada:
Pues con máquinas vuelve ya el navío,
Que enxuto reposaba en la ribera
A la tranquilidad tiranizada;
Y creciendo las olas á su entrada
Tiende los lienzos al favor del cielo.
El prado ríe, y su virtud fecunda
De cisa mil partos fértiles abunda,
Que blanquesa rígido del hielo:
Mas con el blando vuelo
Del pacífico soplo abre los poros,
Y pródigo descubre sus tesoros.

Tú, armado de ternuras y suspiros
En los silvos de céfiro te arrojas,
Y en su espacioso distrito sereno
Oyes dulces querellas y congojas,
Y se encuentran recíprocos los tiros,

DE BARTOLOMÉ DE ARGENSOLA.

87

Que de néctar bañaste y de veneno.
Tal vez acudes al amado seno
De Ericina, la qual te abraza y prende,
Y en su carro sentada, y tú en sus faldas
Sembrando varias flores y guirnaldas,
Dexa volar sus Cisnes, y descendiendo
Donde Adónis atiende
A la robusta caza, y con mil bellas
Niñas lo busca y lo regala entre ellas.

Todo es amor y paz, las piedras aman
Dando suspiros mudos, y las vides
En alegre silencio amor las caza,
Con los soberbios árboles de Alcides:
Las flores se entretexen y se llaman,
Y tu flecha las hiela y las abraza.
El mismo sol enamorado pasa
Tan risiúto el riage, que parece
Que persigue la Ninfá de Penco:
Y para ostentacion de su deseo,
La pompa de la luz con que amaneca
Trémula resplandece
Sobre las ondas, y las rosas dora
Que pintó con su púrpura la aurora.
Las rosas quando dellas mas compuesta
Su abril adorna la nativa espina:
Que una sus hojas qual belleza inculta
Cofundiada dilata, otra se inclina
Dentro en sí misma tímida y modesta.

Con virginal vergüenza medio oculta ;
 Algunos en niñez ménos adulta
 Dentro el materno manto se aprueban
 Para salir también á competencia.
 De toda la olorosa diferencia :
 A quien las rayas, que á su sombra viven ,
 La gloria que reciben
 ¡ Cambio divino ! abriendo su armonía ,
 La recompensan en sintiendo el día , etc.

EPÍSTOLA.

Yo quiero , mi Fernando , obedecerte ,
 Y en cosas leves discurrir contigo
 Como quien de las graves se divierte.
 Por lo qual será bien , que las que digo
 No salgan fuera del distrito nuestro ,
 Que al fin van de un amigo al otro amigo.
 Y no soy tan soberbio ni tan diestro
 En dar preceptos , ni advertir enmiendas
 Que aspire á proceder como maestro.

Digo pues que me place el ver que atiendas
 Tanto á las filosóficas verdades ,
 Que siempre de sus órdenes dependas.

Pero que alguna vez te desengades
 De aquel rigor , y el gusto no apremiado
 Se cebe en mas benignas facultades.

Que si ellas guardan su nativo agrado ,
 No será menester que lo compelas
 A seguir lo que yo le persuado.

Que allí no hay que ocurrir á las cautelas
 Que por ventura un tiempo exercitabas ,
 Como lo enseñan hoy nuestras escuelas.

Quando para probar tu intento andabas
 Afilando entimeinas , que volantes
 Salen de las dialécticas aljabas.

Porque á lo ya pacífico levantes
 Por diversion el gusto , con las nuove
 Pierides ingenuas y elegantes.

Y la cansada historia que nos debe ,
 A pesar de la muerte , exemplos vivos
 Por los vestigios de la edad te lleve.

Y sabiendo despues de sus archivos ,
 Al poético ardor se ofrezca el pecho
 Dispuesto á pensamientos mas altivos.

Esta excelente inclinacion sospecho ,
 Sin que preceda rigoroso exámen ,
 Que es la que mas te dexa satisfecho.

Signela pues : por mas que la desamen
 La inconsideracion y la fortuna ,
 No alijas con violencia tu dictámen.

Y quando en la sazón mas inoportuna
 Sigue aquel en la selva unos ladridos
 Al resplandor escaso de la luna ;

Y el otro rinde al juego los sentidos,
O en indignos sugetos que no ignoras
Anda nuestros patrios divertidos;

Tú retirado las nocturnas horas
Escribe á vigilante lamparilla,
O en la estudiosa luz de las auroras;

Canta el rapaz que la razón humilla
Remedios nuevos, con primar juntando
En los versos deleyte y maravilla.

Y si te instiga mas, dulce Fernando,
La fama de magnánimas acciones,
Costumbres y Provincias explorando;

O si á canto mas digno te dispones,
Inquiriendo el concurso de los siete
Planetas y sus varias impresiones;

Resúcvete al designio y acomete,
Que á seguir sus estímulos resueltos
El obo encerraras en tu retrete.

Pero si no te hallares desenvuelto
En consonar nuestro language, fia
La empresa al generoso verso suelto:

Porque la libertad de la armonía,
Como solo sus números respecta
De emparentar las voces se desvia.

Y el que atrevete á la parte mas perniciosa,
Ponderando y musiendo consonantes
A ridículo estorbo se sujeta.

El ser forzoso que apercebas antes
Lo ménos sustancial verbos y nombres
Que suenen con acentos semejantes;

Y que si ha de acabar la estanza en hombres,
Como si te mostrase alguna fiera,
Diga el verso anterior que no te asombres.

Por esto apenas oyes rima entera,
Con ámbas partes fáciles y llanas,
Y excluyes por ociosa la primera:

Como para guisar palustres ranas,
Que sospechoso el cuerpecillo todo
Las piernas solo nos ofrecen sanas.

Y quando aplaya el Nilo, de este modo
Causa el fecundo sol generaciones
En las graseras del informe lodo:

Que organiza los húmedos terrones,
Escurban ya los pies, gruñen las testas,
Sin darles forma entera de ratones.

Desde que llevan consonante acuestas
Miran su trabazon los versos ruda,
Con voces no importantes ni dispuestas.

Concedo que á las veces nos ayuda,
Y spoya la sentenciá si lo ablanda
El arte, ó á mejor lugar lo muda.

La fuerza del dinero, ó sirve ó manda,
Y la del consonante, que igualmente
Per uno de estos dos extremos anda.

Mas quien por una cláusula eloqüente,
Para un final escrita de antemano,
Pasa inculta la parte precedente;

¿En que se diferencia de un tirano,
Que por medios injustos encamina
Alguna utilidad del trato humano?

Perezca la política doctrina
Que por sacar de la maldad ganancia
La ley de las virtudes arruina;

Pero si acomodar la consonancia
Con liberalidad ó con miseria,
Es en las rimas caso de importancia;

El escritor abunde en la materia,
Para que se le vengan á la pluma
Quantas palabras vuelan en Iberia.

Mas el furor nativo no presume
Reducirlas á número y concierto
Sin sumo estudio y sin industria suma.

Homero en estas ondas tan experto,
Que sobre trozos de animosas naves
Responde como quicula en el puerto,
Para ser mas acepto á las suaves
Musas, surcó primero lenguos días,
Profundos golfos de otras cruzadas graves.

Si tu para las dos filosofías
Ya por Platon, de Sócrates conoces
Las siempre misteriosas ironías;

Y

Y prender te dexaste de las voces
Con que suele el sutil Estagirita
Dar caza á los espíritus veloces;

Por esta docta antigüedad escrita
Dexa correr tu ingenio y sin recelo,
Conforme á su eleccion roba ó limita.

Suelta despues al voluntario vuelo
Pomposa vela en gulfos mas remoto
Que no descubra sino mar y cielo:

No navegante ya, sino piloto
Intrepido á las olas mas lentas,
Tanto como á los impetus del Noto.

Quiero decir que quando en los corrientes
Métodos varios te hayas dado filos,
Con destreza ya propia los frecuentes.

Porque los dos genéricos estilos
Mas de un naufragio nuevo nos avisa,
Que no por frequentados son tranquilos.

Obliga el uno á brevedad concisa,
Que aunque la demasiada luz desama
Proxia la elocucion peynada y lisa;

Y no solo el honor del epigrama
Recibe calidad de este precepto,
Sino la lira con que amor nos llama:
El trágico favor puesto en aprieto,
Y la sátira en este caso amiga
Siempre del panegirico perfecto.

Tomo II.

9

El émulo de Píndaro lo diga
 Por quien Venosa el título recibe,
 Que á venerar á Tebas nos obliga.

Y en el Romano autor, que en prosa escribe
 Desde que falleció su Augusto anales,
 El compendioso laconismo vive.

A Trajano sus dotes inmortales
 Refiere Plinio en este acento puro,
 Sin voces tenebrosas ni triviales.

¿De las primeras quien corrió seguro,
 Si el Presbítero docto de Cartago
 Aspirando á ser breve quedó oscuro?

Mas quien el genio floreciente y vago
 De Séneca llamó cal sin arena
 No probó los efectos de su alhago.

No niego yo que de sentencias llena
 La agudeza sin límites congoja,
 Y al rigor con que hierre nos condena.

Como la nieve que granizo arroja
 Sobre esperanzas rústicas floridas
 Que aquí destronca, y allá deshoja.

Y al golpe de las recias avenidas
 Mira el cultor su industria defraudada
 Que yace entre las raras esparcidas.

La fuerza que nos venga arrebatada
 En esta brevedad yaculatoria
 Si quieres que deleyte y persuada;

Aunque por ambición de mayor gloria,
 Fleche cada palabra una sentencia,
 Y olte cada sentencia una victoria.

Que en el segundo estilo hay eloquencia
 Que entre la igual corriente del progreso
 Anima su fervor con la frecuencia:

Y en su mediocridad lleva gran peso,
 Pues sin que lo envilezca, ni la encumbre,
 Le suele dar mas prospero suceso.

Pruebase por razón y por costumbre,
 Que, aunque no influye en término tan breve,
 Insta con mas vigor la mansedumbre:

Como en invierno descender la nieve
 Tan sosegada vemos, que al sentido
 Parece que ni baja ni se muere;

Pero en valles y montes recibido
 De la caudida lluvia el humor lento,
 Los cubre, y fertiliza sin ruido.

Con la perseverancia de ese aliento
 Canta Homero las iras juveniles,
 Y el orbe escucha atónito ó atento.

Y Maron los afectos pastoriles,
 El culto agreste, y el varon Troyano
 Que el cielo arrebató al furor de Aquiles.

Este que llama el vulgo estilo llano
 Encubre tantas fuerzas, que quien osa
 Tal vez acometerle suda en vano.

Y su facilidad dificultosa
También convida, y desanima luego
En los dos corifeos de la prosa.

Fulmina la retórica del Griego;
Pero desata aquel vigor divino
En la igualdad frecuente con sosiego.

No ménos el Demóstenes Latino
Para cuya riqueza usurpa el oro,
Que nació en minas Aticas, Arpino.

Yo he mucho que lo hurte para el decoro
De algun poema, y hecho el aparato
Me asenté sobre el arca del tesoro.

Porque me profanó el exilado ingrato
De gran causa civil, á pesar mio,
Y es menester purgarme de su trato.

Que al fin no sufre la altivez de Clio,
Que canto venerable se medite
Sino en la soledad de su desvio.

Demás de esto, no falta quien me incite
A que si ornarme de laurel deseo,
Los números Latinos exercite;

Porque gusta de ver aquel musco
La ostentacion del dístico gallardo
Tropellar la quietud del espondeo.

Y quando equal prosigue, y este tarda,
Mas gracia de esta prieta y deste espacio
Que de los pies de nuestro verso guarda.

Mas yo sé bien el sueño, con que Horacio,
Antes el mismo Rómulo, me enseña,
Que llevar versos al antiguo Lacio,

Fuera lo mismo que á los bosques leña,
Y trastornar en Bétis ó en Ibero
Una vasija de agua muy pequeña.

Nuestra patria no quiere, ni yo quiero
Abastar un poema eclectico
De lenguaje y espíritu extranjero:

Pues quizado me quisiera dar propicio
Marosa para su fábrica ceatones,
¿ Quien sabe qual surgiera el edificio?

Con mármoles de nobles inscripciones,
(Teatra un tiempo y aras) en Sagunto,
Fabrican hoy tabernas y mesones.

Ya me parece pues que al mismo punto,
Que me retiro á vida libre y sola,
Imitaciones y advertencias junto.

Y que mi Musa fiel, como española,
A venerar nuestras banderas viene,
Donde la religion las ensabola.

Que en los silrosos montes de Pirene,
En ningún tiempo infieles ni profanos,
Las espadas católicas previene:

Peró que las recibos de sus manos
Los héroes, que recogió por lidiadores
Contra los esquadrones Africanos:

UNIVERSIDAD DE BURGOS
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO X EL SABIO"
Sede: DEPARTAMENTO DE HISTORIA Y GEOGRAFÍA

Quando por dar señal de sus favores
Sobre uno de los árboles, fué vista
Cándida Cruz vibrando resplandores.

Con lo qual dió principio á la conquista
El Rey, en los fervores de la guerra,
Por su velocidad llamado *Jesús*;

Porque al impetu horrible con que cierra
Como de flor de sacudidas ramas,
Se cubre de arcos pánicos la tierra.

Acero en limpias órdenes de escama
Texte á nuestros campeones las lorigas,
Que ilustradas del sol arrojan llamas.

Y en ambas huestes fieras y enemigas
Héctores, Turnos, Nisos, Telamones
Exercitan las hélicas fatigas:

Ni con esfuerzo de inclitos varones
Faltáran otras vírgenes guerreras
Como en Frigias y en Tuscos esquadrones.

Aquí verás Pentésileas fieras,
Camilas fuertes, que dexada el arte
De Arachne, siguen tropas y banderas.

Ni caerá ocioso el arco en esta parte,
De cuyos tiros nacen los deseos
Con que amor solicita el mismo Marte.

Las ramas de los rabiles pirineos
Desgajará el honor de las hazas;
Y en tanto que lo viste de trofeos,

Sonará el abolorio en sus montañas
Progenitor de tantos graves nietos,
Que hoy veneramos en las tres Españas.

No guardaré el rigor de los preceptos
En muchas partes, sin buscar excusa
Ni perdon por justísimos respetos.

Y si algun Ariararco nos acusa,
Sepa que los preceptos no guardados
Cantarán alabanzas á mi Musa:

Que si sube mas que ellos ciertos grados
Por obra de una fuga generosa,
Contentos quedarán y no agraviados.

Así habrás visto alguna Ninfa hermosa
Que desprecia el ornato ó le modera
Quizá con negligencia artificiosa:

Que es mucho de hermosura verdadera,
A veces consultar con el espejo,
Mas por la adulacion que de él espera,
Que por necesidad de su consejo.

FRAGMENTO DE OTRA EPÍSTOLA.

Apólogo de las dos Ratones.

Quiero oponerme al tráfago injurioso,
Cansador de improvisas turbaciones,
Para que no me saalien el reposo.

Aquello de los dos cantos ratones,
Que en Horacio con gusto habrás leído,
Oye, aunque el repetirlo me perdones.

Rústico vivió el uno, y conocido
Del otro, al qual, si bien fué cortésano
Le convidó en su campo al pobre uido.

Y siendo escaso, ó provído el villano
A conservar su provision atento,
A honor del huésped alargó la mano.

Derramó sus legumbres, hacinmento
De que guardaba en despensa llena,
Y los trozos de lardo macilento.

De pasas, de garbanzos, y de avena,
Ufano entresacó lo mas reciente,
Y con los labios lo sirvió en la cena.

Mas hecho el cortesano á diferente
Gusto, de sus manjares fingió agrado
Y probó algunos con soberbio diente.

En paja muéle entonces recostado
(Prospero lecho) el gran raton yacia
Dueño de aquel vivar afortunado:

Que royendo unos tronchos se abstenia
De lo bueno y repuesto, porque el hijo
Se acreditase con la demasia.

Al qual, riyendo, el cortesano dixo:
¿No me dirás, amigo, por que pasas
La vida en este misero escondrijo?

¿Antepones las selvas á las casus,
Y al sabor de los mas nobles manjares
Unas legumbres debiles y escasas?

Ruégote que esto yermo desampares:
Vente conmigo á mejorar tu suerte,
Donde venzas los últimos pesares.

Que todos somos presa de la muerte,
Y quanto ella mas lazos apercebe,
Con mas cautela el sabio los divierte.

Este pues breve espacio, que se vive,
¿Quien tan sin arte sirve á su destino,
Que de alimento substancial se prive?

Persuadido con esto el campesino,
Sule tras él por el hoscaje escuro,
Y hacia la corte siguen el camino.

Llegados entran por el roto muro,
Y en casa de uno de los mas felices
Magnates se pusieron en seguro:

En cuyos aposentos los tapices
Por la paciencia bélgica texidos
Mostraban sus figuras de matices.

Sobre los techos de marfil bruñidos
Los carmesies adornos de la China,
A la púrpura tiria preferidos.

Aquí el raton campestre se reclinó,
Y sin que el caro amigo se lo evite
La quadra y sus adornos contumia.

Y en los platos, reliquias de un convite,
Que una fiel mesa le ofreció, procura
Que el vientre de su ayuno se desquite.

UNIVERSIDAD DE BURGOS
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1911

Muy hallado tras esto la figura
Hace de alegre huésped, discurriendo
Por la pieza con libre travestura.

Pero cesó el placer por el estruendo,
Con que cierran las puertas principales,
Por no esperado entonces, mas horrendo.

Los canes luego (honor de los umbrales)
Como acostumbraban con lastridos altos
De su fidelidad dieron señales.

Aquí de timo los ratones faltos,
Hayen hasta subir por las paredes,
Y ambos cayendo, chillan, y dan saltos.

Mas luego el campesino, tú que puedes,
Le dice al cortesano, llevar esto,
Podrá bien ser, que en su vivienda quedés:

Que yo á tentar la fuga estoy dispuesto,
Y con celeridad tan proseguida,
Que á mi quietud me restituya presto:

Donde no hay asechanza que la impida;
Por incapaz del trato, ó por indigno,
Volveré á la escasez de mi vida.

Todo quanto me ofieres, te resigno:
Con tu abundancia á tu placer te dexo
Por un hoyo sin luz, pero benigno.

Este el suceso fuis, y este el consejo,
Que yo venero, con haberlo dado
Un tímido y silvestre animalejo.

SONETO I.

Ya el oro natural crespes, ó estiendar,
O á componerlo con industria aspire:
Lucir sus lazos, ó sus ondas mire,
Quando libre á tus damas lo encomiendas:

O ya, por nueva ley de amor, lo prendas
Entre ricos diamantes y zafires,
O haxo hermosas plumas lo retires,
Y el traje varonil fingir pretendas:

Búscate Adónis por su Vénus ántes,
Por su Adónis te tiene ya la Diosa;
Y á entrambos los engañan tus cabellos:

Mas yo en la misma duda milagrosa,
Mientras se hallan en ti los dos amantes,
Muero por ambos, y de zelos de ellos.

SONETO II.

Dime, Padre comun, pues eres justo,
¿Por que has de permitir tu providencia,
Que, arrastrando prisiones la inocencia,
Suba la freude á tribunal augusto?

¿Quien da fuerzas al brazo, que robusto
Hace á tus leyes firme resistencia?
¿Y que el zelo, que mas las reverencia,
Gina á los pies del vencedor injusto?

Venno, que vibran victoriosas palmas

Mazos iniquas; la virtud gimiendo
Del triunfo en el injusto regocijo.

Esto decía yo, quando riendo
Celestial Ninfa apareció, y me dixo:
¿Ciego, es la tierra el centro de las almas?

EPIGRAMA I.

Viéndose en un fiel cristal
Ya antigua Lice, y que el arte
No hallaba en su rostro parte
Sin estrago natural,
Dixo: hermosa mortal,
Pues que su origen lo fué,
Aunque el mismo amor le dió
Sus flechas para rendir,
Viva obligada á morir;
Pare á envejecer ¿porqué?

EPIGRAMA II.

Quatro dientes te quedaron,
(Si bien me acuerdo) mas dus,
Ella, de una tos volaron,
Los otros dos de otra tos.

Seguramente toser
Puedes ya todos los dias,
Pues no tiene en tus encías
La tercera tos que hacea

NOTICIAS DE LOS ARGENSOLAS.

Luperco nació en la ciudad de Barbastro en 1563; estudió Filosofía y Leyes en Huesca, y después en Zaragoza Historia, Floquencia y Lengua. Vino por los años de 1578 á Madrid de Secretario del Duque de Villahermosa, y al instante se hizo conocer por sus talentos. En Madrid compuso las tres tragedias *Fido*, *Isabela* y *Alcandro*, representadas con tanto aplauso, al creómos á Cervantes. La viuda del Papaenador Maximiliano II, le hizo su Secretario, y su hijo el Archiduque Alberto, Gentil-hombre de su cámara. Este nuevo empleo le obligó á fixarse en Madrid, quando á poco despues, entrando á reynar Felipe III, se le nombró Cronista del Reyno de Aragón. En cumplimiento de este cargo emprendió escribir los Anales de aquel país, y aunque llegó á tener bastante adelantado este trabajo, se ignora si le concluyó, y que parado esto. Eotómos vivía en Zaragoza entregado al estudio y á los placeres del campo; mas vuelto á Madrid á tiempo que el Conde de Lemus pacia de Virrey á Nápoles, se le bevó de Secretario del Virreynato; en cuyo empleo vivió Luperco hasta el año de 1613, que fué el de su muerte, acaecida en Nápoles, teniendo cincuenta de edad. Su erudito y los aplausos que disfrutó como hombre publico, como literato y poeta fueron muy grandes. Se ignora por que razón se quemó en una hoguera todos sus versos; hallándose quedado solamente los que estaban en poder de sus amigos. Imprimos despues con la poesía de su hermano.

Barcelomé Leonardo de Argensola, un año mas jóven que su hermano Lupericio, siguió la carrera eclesiástica, y puede decirse que en toda la demás fué comun la suerte de los dos. Unos fueron sus estudios: al infinito de su hermano debió ser Rector de Villahermosa y Capellán de la Emperatriz, y seguir á Nápoles al Conde de Lenox. Muerto Lupericio, debió al Pontífice un Canonato de Zaragoza, y á los Estados de Aragón que le nombrasen Granada del Reyno. Dedicado al estudio y al retiro vivió en aquella ciudad hasta el año de 1633 en que murió de setenta y quatro de edad. Sus obras son: la *Historia de las Molucas*, publicada en otro; los *Anales de Aragón*, impresos en 1630, y las *Rimas*, recogidas y publicadas por el hijo de Lupericio juntamente con las de este en 1634.

POESÍAS

DE D. ESTEVAN MANUEL DE VILLEGAS.

IDILIO.

Dafne *Daméas.* *Poeta.*

POETA.

VINIERONSE á juntar Dafne y Daméas,
 Pastor de cabras uno, otro vaquero,
 Mientras las unas pascen inquietas,
 Y las otras el sol huyen severo,
 Quales por las roturas mas secretas,
 Y quales, al soplar cierzo ligero,
 Por las amenas sombras distraídas,
 Con paz gozadas, con piedad movidas.

Era robusto, sí, Dafne y mancebo,
 Al exercicio duro entonces dado:
 Daméas mozo, pero no tan nuevo
 En el oficio de guardar ganado:
 Rigen cayados de tarray y acebo,
 Y cada qual sombrero coronado
 De achuche y laurel, y al cabo de ellos
 Zarrones pardos sobre blancos cuellos.

La floxa ociosidad, y el grave estío
De la pesada siesta, entónces grave:
El susurrar de céfiro, y el río,
Fresca la sombra, querellosa el ave:
La varada extendida; y el esbrío
Aun no cansado de pacer suave,
En Dafnis ocasionáron voz dispuesta,
Y en Daméas después voz y respuesta.

¿No ves, ó Polifemo, como tira
La blanca Galatea á tu ganado,
Con muestras de retoro, no de ira,
Mauzanas libres desde el mar salado?
Y melve, gigante: pues, el rostro, y mira
Con quanta desnudez, con quanto agrado
Del pecho de cristal perlas derrama,
Y con su boca de coral te llama.

Llamate duro, y amador grosero:
Y tú, cantando al son de tu cicuta,
Miseró no la ves; antes austero
Huyes el cuerpo á la tirada fruta:
Solo tu mastinillo lisongero
La sigue jugueton, que se reputa
Por digno del favor de Galatea;
Y ella se lava al mar, y él la rastrea.
Pero ya desde allí vuélve lozana,
Como el acanto en medio del Estío,

Quando las verdes hojas engalana,
Quando al fin de arrebol purpura el brio:
Ella pues, bien quisiera ser humana,
Sin dárte á conocer su desvario:
Que en las cosas de amor siempre acontece
Que la que no es hermosa lo parece.

Respetos vence, y honras destituye
Solo por conuover tu pecho duro:
Y si otras veces tus allagos huye,
Hoy les promete paces de seguro:
Postra pues esta vez, postra y destruye
Las alivices de su enhiesto muro:
Que amor al que se atreve da castas:
Pero escuchad al bárbaro en Daméas.

DAMÉAS.

Vila, no hay duda, vila, caberzizo,
Si, por el Pan que rige mi manada,
Desde el instante que en mis calzas hizo
Tiro burlan con fruta colorada;
Y aunque su desnudez me satisfizo,
No por eso de mí será obligada:
Que la mire, no hay duda, y con deseo;
Si, por el reluciente con que veo

Sol de mi frente, que será en mis dias
Luz á mis pasos, Júpiter á mi cautivo,
Si ya no son verdad las profecias
Del misero Telemo el adivino:

Que plegue al cielo que en sus canas frías
Se venga el odio del infausto sino,
Y desmintiendo el juicio de Telemo,
Ciegue á sus hijos, dexé á Polifemo.

Soy, si me adviertes, cuerdo enamorado,
Y en extremo sagaz, pues porque sea
De su loca pasión más estimado,
Desdeñó liago al amor de Galatea:
Zelos la doy, y linjo que el agraso
De Kenife me abraza y me espolea;
Celebro su hermosura, y ella entónces
Pierde el color, y queda qual los broncea.

Otras veces rabiosa con los relas
Sale del fondo mar, como la laba
Que va desalentada á sus hijos los
En busca del villano que los reza:
Luego mis atos encudriña, y se los
Negros rincones de mi parda alcoba;
Y yo por mas encarecer su yerro,
Hago al descuido que la ladre el perro.

Ella con esto se halla tan rendida
De la tierna pasión que Venus labra,
Que ya esté vergonzosa, ya rendida,
Agora zelo, agora se detabra,
Siempre busca mi amor de amor herida,
Como el cabrito el paso de la cabra
Quando en el monte con furor violento
Oye la rama sacudida al viento.

Verás que ya el regalo, ya el mensaje
Me envia cuidadosa, á quien yo luego
Cierro las puertas, dándole hospedage,
Si no á su amor, á la afición que niego:
Otras veces al fin digo á su page,
Que si pretende mejorar su fuego,
Jure de darme por Neptuno y Dicitis
Fin á mis gustos, gusto á mis amores.

Y que en la siempre verde cabellera
De esta, que miras, veга caudalosa,
Me unlla lecho conyugal siquiera,
Pues hijo soy de dios, si ella es de diosa.
Con esto parte el nuncio y se aligera;
Y aunque, qual virgen, la halla vergonzosa,
Boyo que Venus despenó en mi seno,
Bien se que en ella sembrará veneno.

No soy tan fiero, no soy tan deformo
Como dicen de mí los que me ofenan;
Antes al buen dictamen soy conforme,
Si las aguas del mar no lisongean:
Donde una siesta, quando mas enorme
El sol las dora, y ellas le platean,
Puede mirarme bien, porque su espejo
Del rostro que me hurtó sacó su reflexo.

Vine robusto en él, no femenino,
Y aunque robusto, por extremo hermoso,
Erguido como el álamo y el pino,
Y mas que el ciervo corredor brioso:

Pero del suelto que á mis manos vino,
 Con que ayer era cáñero ganchoso
 La de Zeusipo mal casada nuera
 Gozó una espalda, y la cabeza entera.

Vine este sol tambien, que es por Apolo
 Igual al que de lux nace en Oriente:
 Solo le tengo porque aquel es solo,
 Y esto conviene al cielo de mi frente:
 No peyuo eris, no vejas alcoholala,
 Pero de barba y eris hago un torrente
 Que desgrajado por espada y pecho,
 Con ser inmenso mar, les vengo estrecho.

El blazco diente que alimenta y cria
 El elefante asiático y tardío,
 Negro parece mas que noche umbría,
 Si llega á compararse con el mio:
 Y porque de Rotitaris saba
 Una leccion que tengo á desvario,
 Al mirarme tan plácido y sereno,
 Luego tres veces me escupi en el seno.

POETA.

Esto apenas canto Dametas, quando
 Dafne besó su faz, y él á su beso,
 Respondió con abrazos, engendrando
 Amor en ellos amoroso exceso:
 Y qual sus flautas á cantar trozando,
 Poco á poco se van del monte esposo.

Con su vacada el uno al fresco río,
 Y el otro á su redil con su cahrio.

ODA I.

Ea alabanza de Garcilaso.

Si al apocible viento,
 Eterno huésped de este prado umbrío,
 Regulado instrumento,
 Dulce tal vez, y secretario mio,
 Hemos cantado á solas
 Tu dulces ojos, yo anagreas golas;

Ea, de aquel famoso,
 De aquel ilustre, mayoral cantemos,
 Que con pie generoso
 Pisó del Tajo márgenes y extremos,
 Hasta que la Garona

Le vió blandir las armas de Belona,
 ;Quan cubierto de acero
 El Aquitano conoció sus bríos
 En el salto fiero,

Y desatando manantiales ríos
 De galicinas yenas,
 Murallas intrudó, coluro almenas!

Mas luego que al sosiego,
 Del trance duro retiraba el brazo,
 Yéaus le ardia en furgo,
 Dócil al yugo, fácil al regazo,

Y el cantaba en espumas
Tomando ora la espada, ora la pluma.

Así como solía
Al ampararse de su voz postrera
El ciané que á porfía
Aguas paró del lestro en la ribera,
Que fueron á sus males
Rocas de yelo, ó yelos de cristales.

Bien lo dirá la fuente,
Dígallo amor también, que amor lo sabe,
Si quando era su corriente
Cantando á veces tierno, á veces grave,
Maldixo su fatiga,
Y el casto engaño de su dulce amiga.

Mas ay! detente un poco,
Detente, lira, pues que aquí Salicio
Desalentado y loco,
Cuerdo en perder entónces el juicio,
También paró su canto,
Colgó su lira, y empezó su llanto.

ODA II.

Al Céfiro.

Dulce vecino de la verde selva,
Huésped eterno del Abril florido,
Vital aliento de la madre Venus,
Céfiro blando,

Si de mis ansias el amor supiste,
Tú, que las quejas de mi voz llevaste,
Oye, no temas, y á mi Ninfa dile,
Dile que muero.

Filís un tiempo mi dolor sabía,
Filís un tiempo mi dolor lloraba,
Quisome un tiempo; mas agora temo,
Temo sus iras.

Así los Dioses con amor paterno,
Así los cielos con amor benigno
Nieguen al tiempo que feliz volares,
Nieve á la tierra.

Jamas el peso de la nube parda,
Quando amanece en la elevada cumbre,
Toque tus hombros; ni su mal grauzo
Hierra tus alas.

CANTILENAS Y ANACREÓNTICAS.

I.

Como rosa que nace
En el jardín cercado
No sujeta al arado
Ni al ganado que paca,
Cuyo primer aumento
El sol, el agua, el viento
Crece, cria y alhaga,

Con cuya vista paga
 Del dueño amado el zelo,
 A quien promete el cielo
 De piedad cada día,
 Cristal que la rocía;
 Que mientras no es tocada
 Crece su lozania,
 Y es de todos amada;
 Mas si en agena mano
 Pierde el lustre lozano,
 Y á decir comienza
 La nativa vergüenza,
 Al paso que es amada
 Viene á ser desdenada:
 Así la virgen bella
 En tanto que es doncella
 Es de todos querida,
 Con el alma y la vida;
 Mas quando se ve faltar
 De dignidad en alta,
 Si busca quien la quiera,
 Es mas aborrecida
 Que ponzoosa sierpa.

II.

Amada Filomena,
 Que entre aquestos laureles,
 Con doliente armonía

Significa

Significa la pena,
 Que los brazos crueles
 Del infame Teceo
 Obráron aquel día:
 Pues la terca porfia
 Que aviva tu deseo
 En cantar mil pesares
 Por desiertos lugares,
 Al son de la corriente,
 Que despensa esta fuente,
 En ti qual siempre veo;
 Ya con gemido triste
 Querrellándote al cielo,
 Ya con tácito vuelo
 Recelando la injuria,
 Que por tus ojos viste;
 Deten, deten la furia
 En derramar querellas,
 Y á las altas estrellas
 Que se nos muestran pias,
 Dexa las tuyas bellas,
 Canta las tristes mias.

III.

Yo vi sobre un tomillo
 Quejarse un paxarillo,
 Viendo su nido amado,
 De quien era esquilado,
 De un labrador robado:

Tomo II.

Vile tan congojado ,
 Por tal atrevimiento ,
 Dar mil quejas al viento ,
 Para que al cielo santo ,
 Lleve su tierno llanto ,
 Lleve su triste acento .
 Ya con triste armonía
 Esforzando el intento ,
 Mil quejas repena ,
 Ya cansado callaba ,
 Y al nuevo sentimiento
 Ya socorro volvía :
 Ya circular volaba ,
 Ya rastroero corría ,
 Ya pues de rama en rama
 Al rústico seguía ,
 Y saltando en la grama ,
 Parece que decía :
 Dame, rústico fiero ,
 Mi dulce compañía :
 Y que le respondía
 El rústico : no quiero .

IV.

Lleguen esos rubies
 Con que graciosa ries ,
 Bella Lidia , a mi boca ,
 Pues amor los provoca ,
 Y espóranse sus muelas

Como esparcirlas muelas,
 Lleguen : que amor lo quiere ;
 Amor que sana y hiere ;
 Amor , hijo de Marte ,
 Que reyna en toda parte ;
 Amor que si atosiga ,
 Luego cura y mitiga ;
 Amor niño y gracioso ,
 Que con fuego amoroso
 Nos hizo en todo iguales .
 Lleguen pues tus corales ,
 Lidia , ¿ quien te acordada ?
 ¿ No ves que si se tarda
 Un punto , un solo instante
 Tu regalado beso ,
 Perderás un amante ,
 Y yo perderé el seso ?

V.

En tanto que el cabello
 Resplandeciente y bello
 Luce en tu alhiva frente
 De cristal transparente ,
 Y en tu blanca mejilla
 La púrpura que brilla ,
 La púrpura que al labio ,
 No quisó hacerle agravio ;
 Goza tu abril , Drusila ,
 En esta edad tranquila .

Coge, coge tu rosa,
 Muchacha desdenosa,
 Antes que más viva,
 Vejex te lo prohíbo.
 Porque si te rodea
 Y en ti su horror emplea,
 Quizá lo hará de suerte,
 Que llegues á no verte,
 Por no verte tan fea.

V.I.

Lidia, Amor y yo estando,
 ¡O dulce y claro día!
 Cogiendo tiernas flores,
 La beldad contemplando,
 De aquella que allí vis;
 En sus varios colores,
 Senti nuevos olores
 Derramarse en mi alma;
 Senti dichosa calma
 Esparcirse en mis venas;
 Y libre de las penas,
 Que hasta allí amor tirano
 En sujecion eterna,
 Obró con llama interna
 Y con ingrata mano.
 Lidia amorosa y tierna
 Embelercida estaba;
 Amor que la miraba

Con señas que me hacia,
 Mis ánimos movia,
 Y al hecho me llamaba.
 Yo de amor incitado,
 Por fin de mis congojas,
 En sus mejillas rojas
 Libre mi boca añado:
 Mas ella que usurpado
 Su néctar vió sabroso,
 Y en el trance forzooso,
 Su clavel en mi labio,
 Por vengar tal agravio
 De amor la flecha toma,
 Con que las almas doma,
 Y así vengar intrueta
 Esta suave afrenta:
 Pero amor que la mira,
 Piadoso á mis querellas,
 Hirió sus carnes bellas
 Con la indomable vira.
 Lidia hañada en ira,
 Viendo rotos los bronces
 Que imaginó inmortales,
 Y con la esfera iguales,
 Dixo; pierda la vida
 Quien vive inadvertida,
 Niño, de tu centella,
 Quedando desde entonces.

Ella de amor herida,
Y yo de amores della.

VII.

Miraba Lidia atenta

Las flores que le ofrece
Su jardín heredado,
Cuyos pies humedecan
El cristal desatado,
De una fuente sedienta:
Amor, que solo intenta
Darle algunos pesares,
En unos colmenares,
Principios deste daño,
Con ligeros talares
A robar fué sus mieles:
Las abejas crueles,
Movidas del engaño
A gozar la venganza,
Sin ninguna tardanza
Con puntas de diamantes
Se aprestan asurrantes:
Mas vicidose burladas,
Unas se vuelven luego
A sus dulces moradas
Otras con vago juego
A gustar los liciores
De las nativas flores,
Se esparcea revolando.

De aqueste iniquo bando,
Una, la mas traviesa,
Se llega á Lidia hermosa,
Y pensando que es rosa
La boca le atraviesa.

VIII.

Sobre el márgen de un río,
De árboles tanto umbrío,
Quanto de linfas claro,
Dónde se halla reparo
Contra el can del estío,

Dormido yace el ciego
Cuyo blando sosiego
En éxtasis tenía
Todo quanto solia
Arder en vivo fuego.

Tambien yace su aljaba,
Que no ya le colgaba,
Del hombro reluciente;
Ni del brazo pendiente
El arco le agrava.

El yace al fin dormido,
Y Lidia que le vido
Despierta, y levantada,
Qual tigre estimulada
Al cazador rendido.

A la aljaba arremete,
Y al vendado acomete,
Que ya entonces decía,
Viéndola que tenía
La ocasión del copete;

Lidia, mal te aprovechas
Si con armas bien hechas
Quieres vengar enojos;
Donde tienes tus ojos
No has menester mis flechas.

IX.

Al son de las castañas,
Que saltan en el fuego,
Echa vino, muchacho,
Beba Lesbia, y juguemos.
Si quiera el Capricornio
Tire lanzas de yelo,
Mal agüero á casados,
Buen auspicio á solteros.
Enemigo de Baco,

Quando estaba en el suelo,
Destrozándole vides,
Rumiándole sarmientos,
Y agora no tan dócil,
Que no procure vernos,
Aguados con mil aguas,
Y helados con mil hielos.
Yo apostaré, mi Lesbia,

Que si le diese el cielo
Poder en causa propia,
Que nos hiciere virtuos.
¡O como el insolente
Diera fin al viñedo,
Y juntamente en Darro
Con todos los sedientos!
Porque daños mayores
Se le siguen al cuerpo
Beber tus aguas, Tajo,
Que echarse en las del Ebro.
Pero ya que los astros
Mejor que esto lo hicieron;
Echa vino, muchacho,
Beba Lesbia, y juguemos.

X.

Aquellos dos verdugos
De las flores y pechos,
El amor y la abeja
A un rosal concuzrieron.
Lleva armado el muchacho
De saetas el cuello,
Y la bestia en pico
De agujones de hierro.
Ella va susurrando,
Caracoles haciendo,
Y el crizando mil risas,
Y cantando mil versos,

Pero diéron venganza
Largo á flores, y á pechos,
Elle muera queulando,
Y el herido volviendo.

XII.

Ya de los altos montes
Las encumbradas nieves,
A velles hondas baxan
Desesperadamente.
Ya llegan á ser rios
Las que antes eran fuentes,
Corridas de ver mares
Los arroyuelos breves.
Ya las campañas secas
Empiezan á ser verdes,
Y porque no heodas,
Aguas enloquecen.
Ya del Liceo monte
Se escurhan los rabeles
Al paso de las caliras,
Que Titiro defiende.
Pues es, compañeros,
Vivamos dulcemente,
Que todas son señales,
De que el verano viene.
La castimpora salga,
La cítara se temple,
Y beba el que haylare,
Y beyle el que bebiere.

XII. (*)

Quiero cantar de Cadmo,
Quiero cantar de Atridas,
¡Mas ay! que de amor solo
Solo canta mi lira.
Renuevo el instrumento,
Las cuerdas mudo aprita,
Pero si yo de Alcides,
Ella de amor suspira.
Pues, heroes valientes,
Quedais desde este dia;
Porque ya de amor solo,
Solo canta mi lira.

XIII.

En medio del silencio,
Quando la Ursa corre
Veloz hácia la mano
De la estrella Roctex;
Quando el piadoso sueño
Esparce sus licores,
Suspendiendo el trabajo
De los cansados hombres;
Amor á mi ambula,
Llegó acaso una noche,
Y llamando á las puertas,

(*) Estas y todas las siguientes son traducciones e imitaciones de Anacreonte.

Del sueño despertóme;
 ¿Quién es el atrevido,
 Airado dixé entonces,
 Que á tales horas llama,
 Y al que duerme interrompe?
 Abre, piadoso huésped,
 Las puertas, me responde,
 Y dexa el miedo, amigo,
 Que mi llamar te pone.
 Porque soy un muchacho
 Que ando toda la noche
 Perdido por ser ciego,
 Y helado por ser pohre.
 Yo movido á sus ruegos,
 Y amigable á sus voces,
 Las puertas abrí luego,
 Porque entre el que las rompe.
 Quando vi un niño ciego
 Al modo de los Dioses,
 Con alas en sus hombros
 Y en su carcax arpones.
 Subile á mí aposento,
 Encendí mis carbones,
 Enxugué sus cabellos,
 Y apagué sus temblores.
 Sus manos con las mías
 Le apreté, y él entonces,
 Viéndose redimido
 Del hielo y sus rigores;

Probenos,

Probenos, dice, el arco,
 Por si el nervio se encoge,
 Y estirando la cuerda
 El pecho atravesóme.
 Luego con mil risadas
 De mi casa salíose,
 Diciendo al despedirse;
 Huésped, queda á los dioses:
 Pero primero advierte,
 Que tras hacer tal golpe,
 Mis arcos quedan sanos,
 Y tú con mil dolores.

XIV.

La rosa de Cupido
 Juntemos á Lico,
 Y della laureados,
 Bebamos y juguemos.
 La rosa que á las Boreas
 Es suave ornamento,
 Y del verano alegre
 El cuidado primero:
 La rosa que á los dioses
 Es deleyte, y por esto,
 De rosas coronado
 Danzas sigue el de Vénus.
 Haz pues, ó padre Baco,
 Que de rosas compuesto,
 Y de lira adornado,

Tomo II.

12

Me reciba tu templo.
 Suaves daré olores,
 Suaves diré versos,
 Y juntos yo y mi dama
 Suaves baylaremos.

XV.

Amada palomilla,
 ¿De donde, di, ó a donde
 Vienes con tanta prisa,
 Vas con tantos olores?—
 ¿Pues á ti, que te importa?
 Sabrás que Anacreonte
 Me envia á su Batilo,
 Señor de todo el orbe:
 Que como por un hiumo
 Me emancipó Dione,
 Nombróme por su page,
 Y él por tal recibíme.
 Soyas son estas cartas,
 Soyas estos renglones,
 Por lo qual me promete
 Libertad quando torne.
 Pero yo no la quiero,
 Ni quiero que me ahore;
 ¿Porque de que me sirve
 Andar cruzando montes,
 Comer podridas vacas,
 Ni pararme en los rübles?

A mi pues me permite
 El mismo Anacreonte,
 Comer de sus viandas,
 Beber de sus licuores:
 Y quando bien brindada
 Doy saltos voladores,
 Le cubro con mis alas,
 Y él dulce las recoge.
 Su citara es mi cama,
 Sus cuerdas mis colchones,
 En quien suavemente
 Duermo toda la noche.
 Mi hitoria es esta, amigo;
 Pero queda á los Dioses,
 Que me has hecho parlera,
 Mas que graja del monte.

XVI.

Una taza me forja
 De plata; pero en ella,
 Vulcano; no me pintes
 Armadas ni pelesas.
 ¿Porque yo que con Marte?
 Solo harás que ella sea,
 Ya que no la mas ancha,
 La mas honda que pudesas.
 Ni tampoco me esculpas
 Las lucientes estrellas,
 Ni el carro de las Osas,

Ni el Orion que hiela.
 ¿Que á mi las Pleyadas
 O el Boótes me prestan?
 Pero grábame vides
 Con racimos que pendan,
 Y á Baco juntamente
 Que los exprima en ella,
 Con Amar y Batilo
 Más bullo que las bellax.

XVII.

Si alargarse pudiera
 Nuestra vida con oro,
 Sin duda le buscara
 Por un mundo ó por otro;
 Y así luego á la muerte
 En el día forzoso,
 Le diera una gran suma,
 Porque volviera el hombro.
 Pero ya que es vedado
 Hacer del hado logro,
 ¿De que sirve el gemido?
 ¿De que sirve el sollozo?
 También si inexcusable,
 Es la via del Orco,
 ¿Para que las riquezas?
 ¿Para que los tesoros?
 Pues ea, venga el vino
 Que me salté á los ojos,

Que entre mis camaradas
 Quiero hacerme heodo.
 Y tambien la muchacha
 Con risadas y gozos,
 Y déme mil abrazos,
 Que yo le daré otros.

XVIII.

Al amor descuidado
 Cogieron las Pimpleas,
 Y con grillos de flores
 Al Decoro le entregau.
 Luego para el rescate,
 La misma Citerrea
 Previene muchos dones,
 Y da grandes riquezas.
 Pero quando lo libre,
 Tenga por cosa cierta,
 Que amor tarde se arranca
 Si á ser esclavo empieça.

XIX.

Si eres hombre que vales,
 Quantas la selva verde
 Contiene breves hojas
 A contar doctamente;
 O quantas, sin errarte,
 Arenas el mar tiene,
 A ti solo encomiendo,
 Que mis amores cuentes.

Y quanto á lo primero,
De Atenas cuenta veinte,
A quien añade quince,
Por número siguiente.
Luego los de Corinto,
Cateras nada estéril,
Que es Corinto en Acaya
De azar hellas mugeres.
Los de Lesbos tras estos
Con los Lontos refiere,
Y los de Caria y Rodas,
Que son mas de cien viates.
Pues di ¿tanto has amado?
O! si advertirme quieres,
Ann no cuento los Siroz,
Ni los de Egipto alegres;
Ni menos los de Cendia,
Cuya viciosa gente
Está debaxo el yugo
Del amor que enloquece.
¿Pero que? no es posible
Sin cansarte, que scierte
A nombrar los de Cádiz,
Que yace en el poniente,
O los de Bactria é India
Tierra en aromas fértil;
Todos, todos catores,
Que mis pechos encienden.

X X.

Agora que suave
Nace la primavera
¿No ves como las Gracias
De rosas mil se llenan?
¿No ves como las ondas,
Del ancho mar quietas,
Aflojan los furoros,
Y amigas se serenán?
¿No ves como ya nada
El ámade, y empieza
La grulla á visitarnos,
Y el sol á barrer nieblas?
Los trabajos del hombre
Ya lucea y ya medran,
La vega pare gramas,
La oliva flores echa,
Las cepas se coronan
De pámpanos que engendran,
Y de bullicates hojas
Los campos y alamedas.

X X I.

Amor entre las rosas,
No recelando el pico,
De una que allí volaba,
Abeja, salió herido;
Y luego dando al visuto,

Mil dolorosos gritos,
 En busca de su madre
 Se fué qual torbellino.
 Hallola, y en su gremio
 Arrojado esto dixo:
 Madre, yo vengo muerto,
 Sin duda, madre, espíro,
 Que de una sierpecilla
 Con alca vengo herido,
 A quien todos abeja
 Llaman, y es basilisco.
 Pero Vénus entónces
 Le respondió á su niño
 Si un animal tan corto
 Da dolor tan prolixo,
 Los que tú cada día
 Penetras con tus tiros,
 ¿Quanto mas dolorosos
 Que tú estarán, Cupido?

ROMANCE.

A mejorar la vendimia
 Saliéron Filis la bella,
 Y Amor y Baco, deidades
 Uno en uvas, y otro en flechas,
 Las Gracias tres descendidas
 Van con las Niufas compuestas,
 Y entre las aras del gusto

La lascivia y la belleza.
 ¡Ay Dios, quan dulce camina
 Entre la pompa soberbia
 La tigre! ¡Mal haya, Celio,
 Quien mas parare en la aldea!
 Toma el sombrero de rna,
 Dame la parda montera,
 Que amor, con ser cortesano,
 Ya canta toscas endechas.
 Ay, si me permite el cielo,
 Llegar adonde me veas,
 Con quanto gusto al trabajo
 Diré, muchacha, mis fuerzas!
 Por tres labradores diestros,
 El alña se fia en ellas,
 Trabajaré sin cansarme,
 Como yo presente os tenga.
 ¡O quantas cepas viudas,
 Serán por mis manos hechas,
 Quando caygan sus racimos
 Desde el cuchillo á la cesta!
 Usar acciones villanas,
 No lo tendré por afrenta,
 Que el sol las usó en Afriso,
 Entre las vacas y ovrjas.
 ¡Que poco le aprovecharón
 Sus estutas diligencias,
 Ni el dulce son de su lira,
 Ni el oro de sus madejas!

UNIVERSIDAD DE BREV. LUGO
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

¡ "ALFONSO REYES"

ANDE. 1695. 00000001. 000000

Contra la pasión del alma
 Nada valieron sus yerbas,
 Que al arte de medicina
 Venió de amor la saeta.
 Del gran mayoral Admeto
 Trató las anchas dehesas,
 Llevando el zurrón al lado
 Con la lira y la merienda,
 Tejiendo mimbres estaba
 Mientras las vacas le dexan,
 Y de la leche exprimida
 Natas cuaja, y queso encella.
 ¡O quantas veces la hermana
 Le vió beñada en vergüenza,
 Con el becerro en los brazos
 Subir las ásperas cuestras!
 Y quantas veces los toros,
 Quando él cantaba en las peñas,
 Interrumpieron sus voces
 Con bramidos de fureza!
 Y ni por eso olvidaba
 La dulce imagen de aquella
 Que por ser laurel sin alno,
 Le dió la saya á sus huellas.
 Desmayado en su memoria,
 O pensativo en su idea,
 Tal vez pagaron las vacas
 Su descuido y negligencia.
 Animo pues al trabajo,

Saca el ganado á la vega,
 Llévale al agua en paciencia,
 Y al redil quando anochezca,
 Y sepa el amor en ámbos,
 Yo en mi viña, y tú en tu selva,
 Que un labrador y un vaquero
 Sirven mas, quando mas pensan.

NOTICIAS DE D. ESTEVAN MANUEL DE VILLEGAS.

Natural de Nagera, en la Rioja, nació en 1595, y pasó los primeros años de su vida en Madrid, de donde á los catorce fue á estudiar Leyes á la Universidad de Salamanca. Entónces fue quando escribió sus Cantilenas á que dió el nombre de *Delicias*, limadas, segun el mismo dice, á los veinte años, y que acompañadas de sus traducciones y demás poesías publicó en 1618 con el título de *Estilicis*. Pero puede decirse que sus estudios poéticos acabóron al mismo tiempo que acabó su juventud. Los cuidados domésticos le ocuparon en adelante, y la escasez de su hacienda le obligó á pretender largo tiempo algun empleo con que suplirla. Todos sus deseos en esta parte se malograron. El resto de su vida le pasó en su patria, dedicado á tareas de erudición que tampoco le consiguieron utilidad ninguna. En su vejez trabajó la obra de *Consultas de Severino Boecio*, reimpresa con las *Tróicas* de nuestros dias, y murió en Nagera en 3 de Setiembre de 1679, á los 74 años de su edad.

APÉNDICE (*)

DE LUPERCIO DE ARGENSOLA.

SATIRA.

Contra la Marquesilla.

Muy bien se muestra, Flora, que no tienes
Desta mi condicion noticia cierta,
Pues piensas enmendalla con desdenes.

Tú pensarás que guardaré tu puerta
Desde que se recogen las gallinas,
Hasta que el ronco gallo las despierta:

Y que quando á las horas matutinas
Se levantan los Frayles, y darrienda
Tus émulos están y tus vecinas,

Me estaré yo en la calle consumiendo,
Y por el agujero de la llave
Lo que en tu casa tienes inquiriendo.

(*) Por en descuido, que no pudo remediarle á tiempo, se traspasaron estas tres composiciones, y ha sido preciso colocarlas en este lugar.

Y

Y que te sufríre despues muy grave
Pidícalote perdon, porque me seas
Asible como suelen, y suave.

Pues porque si lo crees, no lo crees,
Y sepas que no ignoro con quien trato,
Es bien que mis odiosos versos leas.

Aquí verás un natural retrato
De nuestras diferentes condiciones,
Por mas que tú lo encubras con recato.

Ahora me parece que te pones
Mucho mas colorada que tu sayo,
Y me das un millon de maldiciones.

Diciendo que primero que me vaya,
Quedarás satisfecha de la injuria,
Aunque dificultades tien mil haya.

Y yo por todo el oro, que Liguria
A España con usuras arrebata,
No quiero hacermee digno de tu furia:

Ni quiero dar mi vida tan barata,
Ni ver del Africano la frontera,
Cosa que por tu causa alguno tenta.

Escríbale pues sátiras quien quiera,
Que yo alabanzas solas quiero darte,
Hasta que tú te canses, ó yo canera.

Ya, ya me tienes, Flora, de tu parte,
Que, como tus costumbres amo tanto,
Mudable soy tambien por imitarte.

Tomo II.

13

Quiero dexar la plama , que me espanto
De ver ese furor tras ordinario,
Y dar de contrición señal con llanto.

Pero tengo conmigo un tu contrario,
Que tiene prometido defendermé
Contra el poder de Xerxes y de Dario :

X no me da lugar de recogerme ,
Antes con amenazas me provoca :
Dios sabe si ofenderte es ofenderme.

Pero no puedo más, ni fuerza es poca ;
Tú ni me defendieras del que digo
Siquiera con el syre de la boca.

Y pues he de cobrar un enemigo ,
Escojamos, dé dos , el menor daño
Demas, que la razon , y verdad siga.

En el mas fértil mes de todo el año ,
O Flora, yo te ví, que no debiera,
Aunque no ha resultado dello engaño.

Y luego, como frágil y ligera,
Antes de conocerme, ni yo hablarte,
Me desculcaste ser tu prelo era.

Mas, como se de Ovidio mal el arte,
No procuré poner en Troya el fuego,
Aunque te ví contenta descuidarte.

Habo manjares, y tras ellos jurgo ;
Y como vi colgar allí la yedra,
El vino reputé por malo luego.

A todo estuve qual si fuera piedra,
Tan fuera de pensar en tus amores,
Como Hipólito estubo en los de Fedra.

Mil veces repetiate mis loores,
Que en tí los engendró mi negra fama,
(Diceslo así, y es bien que así lo dores :)

Y para declararme que eres dama
Tan grave, que la corte señorea,
O por mejor decir, quema tu llama ;

Como quien confesar algo desea,
Y lo quiere decir por negativa,
Para que lo contrario se le crea ;

Así me declaraste, quan esquiua
Con grandes cortesanos habias sido,
A quien de libertad tu valor priva.

Tras esto me juraste haber venido
Al lugar donde estabas, por hablarme,
Y la visita falsa haber fingido.

Pensaste, no lo dudo, colocarme
Encima de los cuernos de la luna,
(Y aun por ventura dellos adornarme.)

Jamas infante tierno de la cana
Oyó tan dulces nombres repetidos
De su madre con besos importuna ;

Como yo las oi, pero fingidos,
Solo para eubrir las cantas redes,
Con que á tantos enredos los sentidos.

Sin preceder servicio hacer mercedes
Daré que sospechar, á quien no sea
De los con quien hacer tu labor puedes.

Créame quien lo oyere, ó no me crea,
Digo, que sospeché, sospeché, digo,
Viéndote tan stable, sin ser fea.

Mas soy de ingratal tan enemigo,
Que, por corresponder al beneficio,
Agradecida me mostre contigo.

Hubo tambien en ello su artificio;
Porque sé que resbala facilmente
En tales ocasiones el juicio.

Y tú te imaginabas suficiente
A poderme llevar, como de rizada,
A todos tus anteojos obediante.

Así lo creo yo, porque mi hacienda
Es ménos que el tesoro veneciano,
Y otro tanto ha de dar quien te pretenda.

Al fin, como si fuera yo aldeano,
Que se admira de ver con perlas y oro
La gorra del soberbio cortesano,

Así me descubriste tu tesoro,
(Esto disimulando, como acaso,
Y sin perder allí de tu decoro);

¿Hubo baxilla por ventura, ó vazo,
Que delante de mí no te sirviese,
Buscando tú ocasion á cada paso?

Y porque tus esclavas todas vieses,
Y que con siervas libres, ó prestadas,
Como soy malicioso, no creyese;

Todas delante mí fueron llamadas,
Y por cierto descuido no muy grande
Con ásperas palabras afrentadas.

No hay mayor como necio, que así manife-
En casa de un Señor á los sirvientes,
Y en guerra con aquellos y estos ande;

Como tú con tus siervas diligentes,
Solo para mostrar tu preeminencia,
Haciendo ostentacion con los presentes.

Mandábase traer en mi presencia
(Sin haber menesterias) tus arpillas
De ménos oro llenas, que apariencia.

Estaba la esclavilla de rodillas,
En tu imaginacion, de mí notada
Por una de las siete maravillas.

¡O Flora, como estabas engañada!
Que entonces el Eunuco revolvia,
(Comedia de Terencio celebrada);

El qual en sus exemplos me decía,
Que desean las damas de tu trato
Las Esclavas tener, que Tays tenia;

Y que soles comprarlas muy barato;
Que un ignorante Fedria las presenta
En competencia de un Trason bravato.

¡Mira quan al revés salió tu cuenta!
Que lo que tú por honra descubrias,
En mi se convirtió para tu afrenta.

Y quando mas compuesta te ponias,
Como quien ya mirándose la sombra,
Conmigo de tu crédito perdias.

No pienses, si lo piensas, que me asombra
Un lechu de damasco granadino,
Y á un lado y á otro la murisca alfombra:

Que soy, si no lo sabes, adivino,
Y no tienes un clavo, ni una hebilla,
Que no sepa de donde, y como vino.

Véote santiguar con maravilla
De esto que voy diciendo; pues no dudas,
Que fabula serás en esta villa.

Saba á, quien no las sabe, tus virtudes,
Las cuales te sustentan todo el año,
Aunque ya vendrá tiempo en que las dudas.

Quiero vender al mundo desengaño,
Que, aunque es poca la gente, que lo entiende,
Sé que te puedo hacer no poco daño:

Y que si, por tu mal, abro mi tienda,
La tuya quedará tan abatida,
Que un ochevo en un año no se venda.

Mas tengo condiccion tan comedida,
Que no quiero quitarte la ganancia,
Contando los enredos de tu vida.

En tí tienda sus redes la ignorancia,
Para los que pidieren á sus padres
De su porcion debida la sustancia.

A estas muerdas, y á los otros ladres:
Y por ver á sus hijos lastimados,
Te den su maldiccion doscientas madres.

Tengas mil hombres viejos engañados,
En sus canadas barbas te regales,
Haciendo rios presa en sus durados:

Y á otros, que se precian de leales,
Con vanos favorecillos entretengas,
Y presques mas de espacio sus reales.

Con los que veas ardientes, te detengas,
Y con los que veas tibios, te apresures,
Y á todos en comun enredo tengas.

Delante de tu madre te mesures,
Fingiendo que la temes, y que ignora
Los favores que das, y así lo jures.

Y si te vieres sola, bella Flora,
Y el necio sin pagarte se desmanda,
Di luego; ¡ay Dios, que vale mi señora!

Y quando veas al triste que se ablanda,
Lleguen el Portugues con el Joyero,
Este con oro, el otro con holanda.

Durás, como los Médicos, no quiero,
Alargando la mano á la presea,
Con que te esté rogando el majadero,

Y dirás, como sueles, si desas
Ser tu favorecido, que dé muestra,
En donde su afición mejor se ves.

Ayúdate tu madre ó tu maestra,
Dándote mil recaudos al oído,
(Lección de toda parte propia vuestra).

Estése el otro necio sin sentido,
Mientras habéis vuotras, muy compuesto,
O, como así decimos, muy corrido:

Que no me quiero yo poner en esto,
Ni descubrir tus faltas en la calle,
Pues se descubren por sí tan presto.

Pero no será bien que sufra y calle
Cierta tributo, censo, ó alcabala,
Pues tú no te avergüenzas de cobralle.

Quando este quien digo de la sala,
Le vuelves á llamar con gran caricia,
O sales tú con él hasta la escala:

Y allí disimulando tu colicia,
Le pides un catalogo de cosas,
Como si les debiera por justicia.

El, ambas las mejillas hechas rosas,
Arrepentido ya de verse en ello,
Y de emprender empresas tan costosas,

No sabe que decir, que tiene el cuello
Cruído con tus brazos, y los ojos
Clavados, por su mal, en tu cabello.

Quiero satisfacer á tus antojos;
Y quisiera también á ménos costa
Comprar, pues que se venden, los despojos.

Imagínate tú la bolsa angosta,
O por ser muy avaro, ó por ser pobre,
Personas de quien buyes por la posta:

Y para hacer sudar por fuerza al robre,
O como buen artífice en la piedra
Tocando, conocer si es oro, ó cobre,

Enmarañaste del qual verde yedra,
(No te comparo mal, pues que se dice,
Que nunca el árbol que la tiene medra),

Diciendo, buena prueba, Señor, hice
De vuestra fe, si no fingida, tibia,
Con que, para mi mal, me satisface.

Si yo os mandara humedecer la Libia,
Si oponer vuestros hombros á la carga,
Que en los de Atlante nunca el tiempo alivia;

Si peregrinacion pidiera larga,
Donde estuviere en duda el volver vivo,
O cierta en el progreso vides amarga;

¿Pudierades estar muy pensativo?
¿Pudierades dudar de tal manera,
Y mostrarnos conmigo mas esquivo?

Pues yo sé bien alguno, que quisiera,
Y como que quisiera, que pagara,
Porque lo que á vos pido, le pidiera:

Que ni tan pobre soy, ni tan avara,
Que por necesidad, ó por codicia
En cosa tan pequeña reparara.

Mal de mi condicion tenéis noticia:
Que, aunque no lo truxerades tan presto,
No os sacara yo prendas por justicia.

Pero no reparemos más en esto:
Solo vivid seguro de que os amo,
Y que no os seréis jamas molesto.

El triste ya qual pece asido al hamo,
O como ciego páxaro, que viene
Llamado con el son de su reclamo,

Ni en dudas, ni en peligros se detiene;
Quiere tomar prestado, ó con usura,
Sin ver si de pagarlo modo tiene.

Promete allí sin tasa, ni cordura,
Y niega, que jamas dudase en algo,
Y aun, para ganar crédito, lo jura.

Así lo crea yo de un noble hidalgo,
Respondes tú, soltando la cadena,
Que quisiera yo mas la de mi galgo.

Atraviesas luego Magdalena,
Pide para chapines, ó una toca,
Y tu pago de lanas pide estrena.

A aquella tu lo dice, calla boca,
Y á este otro, tú, rapaz, tambien te atreves:
Y por detras les senas con la boca.

Ni á la carne se da tu prieta el juéves;
Como le dais vosotras entre dientes,
Diciendo, pagarás lo que no debes.

O tú, que con pagarlo no lo sientes,
Y causarás, pidiéndoles prestado,
Despues á tus amigos y parientes:

Si alguna vez, ó veces has pasado
De Aragon á Castilla, y en los puertos
Del uno, y otro reyno registrado:

Adonde los derechos hacen tuertas,
Y con decreto, y orden de justicia
Rohan en los poblados y desiertos:

Adonde puede tanto la codicia,
Que no son tan mudables Venecianos,
Quando á alguno prometen su amicia:

Como aquellos ladrones, y villanos
En olvidar al Rey, si el cauante
Les pone de sus armas en las manos:

Conocerás agora, ó adelante,
Que es mayor el trabajo, que se pasa
Con Flora, de quien andas ciego amante.

Y tú, Flora: tambien modera, y tasa
Los derechos tiránicos, que llevas
De entradas y salidas de tu casa;

Pues solamente debes ropas nuevas
Al entrar por los puertos el derecho,
Y no será razon que á mas te atrevas.

No quieras descubrir tu avaro pecho,
Ni como mercaderes tener oroja
Abierta solamente á tu provecho.
Y no digo con esto, que eres vieja;
Mas téngote por ropa tan traída,
Que descubres la hilaza por la ceja.

Pues quien se ve fingió la recogida,
Ha de soltar á su pesar la risa,
Si sabe, como yo, tu buena vida.

Verte salir con tu Señora á Misa,
Como Frayle novicio, que no mira
Acá, ni allá mas suelo del que pisa.

¿A quien tu gravedad allí no admira?
¿Quien no dirá, que puedes llevar palma,
Y que á las once mil tu intento aspira?

Quien sepa como yo, que en esa calma
Suceden por momentos torbellinos,
Que surgen las agenas, y tu alma.

Ni lo dirán tampoco tus vecinos,
Que ven salir, y entrar en tu posada
Los recién emplumados palominos.

Ni lo dirá tu hermana, que se entada
De estar labrando soliman y mudas,
Ella desnuda, y tú muy enojada.

Ni el que suele soltarme cien mil dudas,
(Si se lo preguntase), cuyo nombre
Es del que sucedió en lugar de Judas.

Ni

Ni lo dirá, bien sabes, aquel hombre,
Que en darte, y abstenerse tal anduvo,
Que le doy Alexandro por renombre.

Ni lo dirá tampoco quien estuvo
De Mantua, por tu causa, foragido,
Y el perdon por dineros después hubo.

Ni menos lo dirá quien ha leído
Lo que con apariencia va cubierto,
Si con la vista pasa del vestido.

Yo digo de vosotras (y es lo cierto)
Que sois de las fantasmas y visiones,
Que vido San Antonio en el desierto.

Debaxo de esas ropas y jubones
Imagino serpientes enruscadas,
Uñas de grifos, garras de leones.

Si sois fuera de casa convidadas,
Desechais mil viandas, que son buenas,
Solo para fingiros delicadas.

Tomaislas con dos dedos, y aun apénas,
Ni dellas exhibis mas que á un doliente
Le dan nuestros modernos Avicenas.

Fingis os muy honestas juntamente,
Y á la palabra equívoca no clara
Le dais luego el sentido maldiciente;

Y puestas ámbas manos en la cara
Llamais al que la dixo torpe y necio,
Quizá porque mejor no se declara.

Tomo II.

14

Y con desden, y grande menosprecio
Burláis de algún galán, que por ventura
Os tuvo en su poder á poco precio.

Pues quien del mal de amor sanar procura,
En vuestras casas, si pudiere, os vea
Sin tanta gravedad y compostura:

Y será convertir la que desea
En un fiero demullo, poco digo,
Si cosa se pudiese hallar mas fea.

Y mas si no tenéis allí testigo,
Y salís de la cama descompuestas,
Mostrando de los pies hasta

¡Que fieras parecéis! que deshonestas!
Con los ojos hinchados, y sobre ellos
Dios negras, y tendidas mubes puestas;

Bevueis en vesijas los cabellos,
Corro los de las lunas infernales,
O largos, como colas por los cuellos.

Torciendo cuerpo y brazos, dais señales
Mezclados con bostezos, del desseo
Que muere vuestros súmos bestiales.

Pues para transformar el rostro feo,
No vais á fuente clara, ó rio santo,
Adonde fue Nuama por Eliseo.

Tampoco lo mudáis con mago canto,
Ni buscando las yerbas fabulosas,
Quando la noche tiende el negro manto:

Antes lo transformáis con otras cosas,
Poniendo las cabezas en arquillas,
Yo no digo que bien, pero olorosas.

¿Quien podrá numerar las garrañillas
Dedicadas al sucio ministerio,
Unguentos, botecillos, y pastillas?

Aquí para enrubiar el sahumerio
De aqueste mismo acyete, que blanquea
Los huesos de la boca, ó cimenterio.

Allí la miel mezclada, que se euppica
Con mostaza y almendras en ser muda,
Para mudar color á la que es fea.

En otra parte ya la vereis ruda,
En otra ya en acyete convertida,
Que dicen que al cabello el color muda.

La leche con xabon vereis cocida,
Y de varios acyetes composturas,
Que no sabré nombrarlos en mi vida.

Acyete de legartos, y rasuras
De ajónjoli, jamaín y adormideras,
De almendras, nata y huevos, mil mixturas.

Aguas de mil colores y maneras,
De rábanos y arnear, de aluente
De melon, calabazas y de peras.

El acyete de enebro propiamente
Para curar el mal á las orejas,
Aquí sirve de oficio diferente.

Agua de alumbre, buena para viejas,
Que quita las arrugas, que los años
Les cargan, como fuelles, en las cejas:

Y ellas (ó ceguedad!) con darse baños,
Qual parche de atambor tiran el cuero,
Como si no venciese el tiempo á engañas,

Pero debiera yo nombrar primero
Al magno saliman tan vuestro amigo,
Como lo fué de Francia el otro fiero,

El qual os da justísimo castigo,
Pues solo por salir con vuestro intento,
Os valeis del venena y enemigo:

Y mudándole nombres ciento á ciento,
Queréis arrebozallo, como usura,
Con nombre de mohatra, ó quitamiento,

Agora lo vendeis por agua pura,
En pasta con azúcar, piedra luego,
Mudándole de especies y figura.

Y que pondréis las manos en un fuego,
Decís, si no os leváis con agua sola,
Pudiendo lo contrario ver un ciego.

Quan mal se cubre el gato con la cola,
Quan mal se cubre el fuego sin dar humo,
Así la que se afeyta y arrebola.

Otros afeytes hay, que no los sumo:
Porque en imaginallas tanto hieden,
Que de congoja y rabia me consumo.

Ni ser nombrados todos aquí pued en,
Porque como se inventan cada día,
En infinito número proceden.

Y porque me parece, que sería
Afrenta, de sus nombres acordarme,
Y que á los que me hablasen oleria:

Así he determinado prepararme,
Y por haber tratado de estas cosas,
En una fuente líquida pargarme.

Ni son en sus manjares mas curiosas,
Puesto que allá en lo público preguntan,
Que sin ellos se pasan como diosas.

Encinas de los platos se amontonan,
Y hoy comen lo que ayer quedó fiambre,
Que ni por ser helado lo perdonan.

Diréis, que son las hijas de la hambre,
O quales avestruces suficientes
Á digerir el hierro, y el arambre.

Aquí no se comprehenden las prudentes,
Que siguen las virtudes: que las tales
No llevan composturas aparentes.

No son todas las leyes generales:
Que muchas excepciones hay en ellas;
Ni las cosas del mundo son iguales.

En las timieblas lucen las estrellas,
A vueltas de los cardos nacen flores,
Y entre agudas espinas rosas bellas.

Destas despues yo cantaré loores :
Que no se han de mezclar con las profanas ,
Las cosas excelentes , y mayores .

Tú , Flora , y otras damas cortesanas
Sois estas enemigas , de quien trato ,
Perdida por comer , y andar galanas .

Con esto le doy fin á tu retrato ,
Y parecete tanto , que me afrento
De haberlo concertado tan barato .

Pero tengo por premio tu contento ,
Del qual , por ser yo causa , participo ,
Y el nombre de mis obras acrecigato .

Así creció de Apéles y Lisipo
La fama, solos ellos retratando
Al lijo venturoso de Filipo .

Ahora con razon estoy dudando ,
Pues he de retratarme , donde , y como
Me puedo yo estar viendo , ó imitando .

La mano mas pesada , que de plomo ,
Inoliediente al arte desatina ,
Si el cansado pincel en ella tomo .

Parece (y es posible) que adivina ,
Que (como siempre el conocerse ha sido
Cosa dificultosa y peregrina) .

Yo de mi proprio gusto persuadido ,
Como pienso que soy , querré pintarme ,
Por falta de no haberme conocido .

Yo mismo no sabré vituperarme ,
Y , aunque verdad dixese , ménos puerdo
(Si ya no es defendiendome) alabarme .

Si como quando vine de Toledo
Me supiese pintar , en testimonio
De tocar las verdades con el dedo :

O como me pintaba Don Antonio ,
(Puesto que es al reves) , yo jurara ,
Que te espantases ménos de un demonio .

Alguno con razon me culparia ,
Si me pintase mal , y tu figura
Por obra de otra mano juzgaria .

Y quien tener buen crédito procura ,
(Segun dice Caton) jamas lo cobra ,
Si le pierde una vez por desventura .

A mi no me hace falta , ni me sobra :
Quiero , pues , consecrarle como cuerdo ,
Alzando , como dicen , mano de obra .

Ya fué un pintor (del nombre no me acuerdo ,
Y de que no me acuerde no le espante ,
Que ya de la memoria mucho pierdo) :

Ni sé bien si fué Zeusis , ó Timantes ,
(Yo me fatigo poco de estas cosas ,
Por ser disputas propias de pedantes) :

Este pintor pintando las tres cosas ,
Delante del pastor Troyano puestas ,
Desuadas , y del oro codiciosas ,

(Que suelen muchas veces las honestas
Al rústico por él así mostrarse,
Y á los que no lo tienen muy compuestas):

En Juno y en Minerva señalarse
Tan de véras mostró, que no podía
Para pintar á Yéous mejorarse:

Y viendo que pintarla convenia,
Para no ser culpado, más hermosa,
Lo qual, aunque quisiese, no sabia:

Al arte sacorrió con ingeniosa
Astucia, sus defectos encubriendo,
Y pintando de espaldas á la Diosa.

Yo, pues, la misma falta conociendo,
De poder retratarle desconfío,
Si al discreto pintor no voy siguiendo.

Y pues has de llevar retrato mio,
Verás por las espaldas mi retrato;
Que con volverlas, Flora, me desvío
De tu conversacion, favor y trato.

CANCIÓN DEL MISMO.

Alivia sus fatigas
El labrador cansado,
Quando su yerba habla escarcha cubre,
Pensando en las espigas
Del Agosto abrasado,
Y en los lugares ricos del Octubre:

La hoz se le descubre
Quando el arado apaña,
Y con dulces memorias le acompaña.

Carga de hierro duro
Sus miembros, y se obliga
El jóven al trabajo de la guerra:
Haye el ocio seguro;
Trueca por la enemiga
Su dulce, natural y amiga tierra;
Mas quando se destierra,
O al asalto acomete,
Mil triunfos y mil glorias se promete.

La vida al mar confia,
Y á dos tablas delgadas
El otro, que del oro está sediento;
Escóndesele el día,
Y las olas hinchadas
Suben á combatir el firmamento:
El quita el pensamiento
De la muerte veclax,
Y en el oro le pone y en la mina.

Dexa el lecho caliente
Con la esposa dormida
El cazador solieto y robusto:
Sufré el cierto inclemente,
La nieve endurecida,
Y tiene de su afán por premio justa
Interrumpir el gusto,

Y la paz de las fieras
En vano cantas, fuertes y ligeras.

Premio, y cierto fin tienes
Qualquier trabajo humano,
Y el uno llama al otro sin mudanza:
El invierno entretiene
La opinión del verano,
Y un tiempo sirve al otro de templanza,
El bien de la esperanza
Solo queda en el suelo,
Quando todos huyeron para el cielo.

Si la esperanza quitas,
¿Que le dexas al mundo?
Su máquina disuelves y destruyes:
Todo lo precipitas
En olvido profundo,
Y del fin natural, Florida, huyes:
Si la cerviz rechuyes
De los brazos amados,
¿Que premio piensas dar á los cuidados?

DE BARTOLOMÉ DE ARGENSOLA.

SATIRA

Contra los vicios de la Corte.

DICESME, Niño, que en la corte quieres
Introducir tus hijos, persuadido
A que así te lo manda el ser quien eres.

Que ya la obligación, con que han nacido,
Concede á su primera edad licencia,
Para que intenten á volar del nido.

Que en los umbrales de la adolescencia
Poniendo acibar junto de la leche,
O el pedagogo evitas, ó su ciencia;

No porque como inútil se deseche,
Sino porque les des la que él no alcanza,
Que al trato humano mas les aproveche.

Supuesto, dices, que han de hacer mudanza,
¿A donde ocurrirán como á la corte
Única perfeccion de su crianza?

Si estás resuelto de seguir su norte,
Precediendo consulta, no me atrevo
A estorbarlo, por mucho que te importe.

Y la paz de las fieras
En vano cantas, fuertes y ligeras.

Premio, y cierto fin tienes
Qualquier trabajo humano,
Y el uno llama al otro sin mudanza:
El invierno entretiene
La opinión del verano,
Y un tiempo sirve al otro de templanza,
El bien de la esperanza
Solo queda en el suelo,
Quando todos huyeron para el cielo.

Si la esperanza quitas,
¿Que le dexas al mundo?
Su máquina disuelves y destruyes:
Todo lo precipitas
En olvido profundo,
Y del fin natural, Florida, huyes:
Si la cerviz rechuyes
De los brazos amados,
¿Que premio piensas dar á los cuidados?

DE BARTOLOMÉ DE ARGENSOLA.

SATIRA

Contra los vicios de la Corte.

DICESME, Niño, que en la corte quieres
Introducir tus hijos, persuadido
A que así te lo manda el ser quien eres.

Que ya la obligación, con que han nacido,
Concede á su primera edad licencia,
Para que intenten á volar del nido.

Que en los umbrales de la adolescencia
Poniendo acibar junto de la leche,
O el pedagogo evitas, ó su ciencia;

No porque como inútil se deseche,
Sino porque les des la que él no alcanza,
Que al trato humano mas les aproveche.

Supuesto, dices, que han de hacer mudanza,
¿A donde ocurrirán como á la corte
Única perfeccion de su crianza?

Si estás resuelto de seguir su norte,
Precediendo consulta, no me atrevo
A estorbarlo, por mucho que te importe.

Mas si en virtud de otro consejo nuevo
Quisieres ver que el tuyo es peligroso,
Mira quan sin efugios te lo pruebo.

Bien que si huyendo el paternal reposo
Al espanto te expones, ó á la ira
Por algun caso, ó grave, ó afrentoso;

Si tus amadas prendas (á quien mira
Como á su luz tu patria) ver desear
Despojos de la pública mentira;

Y si cebarse en las molatras feas
(Habiéndo el patrimonio trastornado)
Te persuade alguno que los veas;

Si ciegos al honor, y del cuidado
Del gobierno político incapaces,
Y de las calidades de su estado;

Si viciosos, al fin, y contumaces,
En luxuria, y en gula; vengon presto,
Tráelos á la corte, muy bien hacen.

Mirando estoy, que te santiguas desto,
Y que enojado quedas, ó risueño,
Llamandome filósofo molesto;

Pues enfrenas la ziza; ó templea el ceño,
Y en mi defensa escuchame entretanto,
Que estas proposiciones desempeño.

Si está en vriedad, que no nos mueve tanto
Docta declamacion, Griega ó Latina,
Como el exemplo vivo, ó torpe, ó santo;

De

Del padre, que á sus hijos disciplina
Con mal exemplo, ¿ quien dirá que es prueba
De la águila, que al sol los examina?

¿ Pues dar rienda á la edad ferviente y nueva,
No es culpa de indiscreto amor paterno,
Que á manifesta perdicion la lleva?

El diestro agricultor al árbol tierno
De recientes raices no lo expone
Luego á las inclemencias del invierno:

Que hasta que su virtud se perfeccione,
De hojosas ramas entretexe setos,
Cuya defensa en torno le corone.

Así con Préceptores, y preceitos
Lucirán esos niños, pues los crías
Para que excedan á los mas perfectos.

Y ordénales que busquen muchos dias
La mas útil verdad en las Historias,
Y aprendan de las dos filosofias,

Con que medio se alcanzan las vitorias,
Y se guarda la paz; y al fin que apliquen
El pensamiento á verdaderas glorias.

Para esto harás que siempre comuniquen
Con tales hombres, que seguramente
A imitar sus costumbres se dediquen,

Y porque hay enenigos en Oriente,
Y en Africa los hay, y el siglo nuestro
Acá produce ocasionada gente;

Tomo II.

16

Tomen espadas negras, y algun diestro
A enseñázel con modo á herir comience,
(Solo en aquella facultad maestro.)

Mas al trabajo (el qual si abunda, vence,)
Sucedá el ocio; pero no tan largo,
Que contra la virtud se desvergüence.

Y así en el ayo, que los tiene á cargo,
Culra mas que las canas el honete,
Sepa ser dulce, y si conviene, amargo.

Goce los mismos gajes, que el decreto:
Que, en bien de tus caballos si pagaste
Precio tan excesivo por Amete;

No has de juzgar que el ordinario baste,
Para el que de tus hijos trayga cuenta,
A quien como á segundo padre lluraste.

Has que en sus aposentos no consienta
Un paje disoluto; ni allí suene
Cancion de las que el vulgo vil frecuente:

Cancion, que de Indias con el oro viene
Como el á seminarens, y perdernos,
Y con lasciva cláusula entretiene.

Al curioso inventor de usos modernos,
Copete, y goma, que lo carguen de heuo,
Como al huey coccedor sobre los curruos.

El quadro, que no fuere casto y bueno,
En ningún caso por sus puertas entre,
Porque parece almibar, y es veneno.

Y haz que tanto concierto se guarde entre
Sus pages, que un desnudo, un desaliño
En bufete, ó en silla no se encuentre.

Gran reverencia se le debe á un niño:
En los principios su salud consiste;
Por esto á su observancia le constriño.

Porque en su edad con tanta fuerza embiste
Las sencillas potencias el objeto,
Que ninguna un momento le resiste:

Antes agarran del primer conceto,
Y andan como los ojos de la sierva
Atendiendo á sus maños con respeto.

El vaso nuevo así el olor conserva,
Que la primera vez le cupo en suerte,
Ya ministrando á Baco, ya á Minerva.

Pues si en lo que le aplican se convierte
Un niño, ¿ puede hacerla mayor tiro
Quien de sanos principios le divierte?

Mi opinion es al fin (por que no aspiro
A caminar por senda tan andada,
Formando con preceptos otro Giro)

Que quando les conozcas arraygada
Con la eleccion, que al ciego error condensa,
La fuerza á proseguir determinada;

Que entónces vengan muy en hora buena,
Para que con su exemplo nox refrenen
De lo que aquí nos turba, y desordena.

Pero si agora en este tiempo vienen,
¿Que piensas que hallarán, sino ocasiones
Adonde pierdan el candor, que tienen?

¿Que Fabios toparán, ó que Cipiones?
¿A que Laodemonia los envias
Bigida formadora de varones?

Nano, si á los leones los confias,
La inocencia una vez sola en su lago
Fue recibida con entrañas piás.

Y así el punto, en que lleguen, por aciago
Con carbon nota; como quien confiesa,
Que juzga por certísimo su estrago.

Tienen aquí jurisdicción expresa
Todos los vicios, y con mero imperio
De ánimos juveniles hacen presa:

Juego, mentirs, gala, y adalterio,
Fierros hijos del ocio, y aun peores
Que los vió Roma en tiempo de Tiberio,

Y los de sus horribles sucesores:
Las noches de Caligula, y de Nero
Son á nuestros portentos inferiores.

De Sibaris el trato halló severo,
Su juventud viciosa penitente,
Si con la desta corte la confiero.

Aquí es tenido en poco quien no miente,
Quien paga, quien no debe, quien no adula;
Y quien vive á las leyes obediente:

Y admitido al honor, quien disimula
En pacífica piel hambre de liera,
Que con modesto nombre la intitula.

Pase el que en su patria no pudiera
Fiarle á su muger, y por insoluto
Quebró los grillos, y la cárcel fiera:

Religiosos apóstatas ocultos
En mentiroso traje de seglares,
Sediciosos, y autores de tumultos.

De semejantes monstruos, que á millares
Nuestro teatro universal admite,
De Principes amigos familiares,

Los nocturnos solaces del convite
En indecentes casas celebrado
¿Hay aquí autoridad que los evite?

¿Pues mira tú si un jóven, frequentado
De los tales, podrá salir modesto,
Aunque de tres aceros venga armado?

Ninguno fué torpísimo de presto:
Que el agua poco á poco le combate,
Mas quando acuerda, se halla descompuesto.

Andad acá, señores, que es disparate
Estar leyendo, dice un Ganimédes
Destos, que andan perdidos á remate.

Si habeis venido á estar entre paredes,
Y á no ser visto, claven esa puerta,
Y pongau campanilla, torno, y redex.

Como si no viniere en el cubierta
La mas perjudicial, que le embaraza
La vida, y la salud le desconcierta.

Salen juntos al Prado, que es la plaza
De armas, donde la gran Reyna de Guido
La gente alista, y sus facciones traza.

Queda el hisoño ya persuadido
A frequentar los árboles, saeta,
De que (sin que lo sienta) quedó herido.

Los Narcisos lo admiran á la Seta,
Que mas por rancias, y almidon suspira,
Que por la predición de la Goleta.

Luego que el bazo á dar bigote aspira,
No diré yo si lo arma, ó si lo affige
Con pegajoso baño de alquitira;

Rindese á un fiel Acates, que lo rige,
A cuya risa, y voz, que desentona,
Cosa, que hubiera de imitar, corrige.

Este á sus meretrices le aficiona,
Y en el error del Laberinto ciego
Sin prevencion le empuja, y le aprisiona.

Otro en cuevas sacrilegas de juego,
Donde suenan blasfemias exquisitas
Dignas de celestial vengador fuego.

Parecen mesas bárbaras de Scitas,
Y su estruendo el del címbalo, ó tinaja,
Donde habitaba el Tarentino Architas.

Cállase aquí quien forma la ventaja,
La industria del artífice, que juega,
O la suerte, que yace en la baraja.

Al fin qualquier novel, que se le allega,
O le reduce la virtud á menos,
O alguna grave enfermedad le apega.

Convidale otro á visitar los senos
Desta gran poblacion, de seda y oro,
Y de pinturas admirables llenos,

Que á ley de ingenio valen un tesoro;
En la de Dios, él sabe lo que cuesta
Leda en el cisne, Europa sobre el toro,

Vénus prodigamente deshonestá,
Sitiros torpes, ninfas fugitivas,
Y entre las suyas Ciuita descompuesta.

Que las tendria por figuras vivas,
Quien juzgarlo á sus ojos permitiese,
Tanto como las juzga por lascivas.

¡Mas que ni un cortes pámpano creciese
El favor del pínxel, ni otro piadoso
Velo, que á nuestra vista se opusiese!

En esta sala el Genoves vicioso
Bañado en ámbar las usuras vierie,
O en juego, ó en convite delicioso.

Tiene nuestra Española con tan fuerte
Mágica preso al Ligurino bravo,
Que en la lluvia de Dánae lo convierte.

UNIVERSIDAD DE BURGOS
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES" 4

Madrid 1875 BINTIPPEY, MADRID

Conservas, que navegan desde el cabo
De Zeylan, toman puerto en su posada,
Sin que Neptuno quiera ser su esclavo.

Y allí en brocado envuelta la casada
Por ignoto portillo introducida,
Del yugo marital se desenfada.

Su esposo es noble, y ella bien nacida;
¿Pero aquella paréntesis que importa
En un discurso largo entremetida?

Demas que otra madama, y no de corta
Fortuna, no desdén el hurto mismo,
Y un grave exemplo, si no manda, exhorta.

Deste y otros secretos es alhismo
El confidente amor de una vecina,
Que nunca ha cometido solecismo.

Esposa fué de un César Mesalina,
Y lámparas de bálsamo dexaba,
Techos de oro en la cumbre Palatina:

Y al candil, que en su casa un Lenon daba,
Augusta meretriz
. por vil precio acariciaba.

Pensó, que hurtando el nombre y el postigo,
Que abre y cierra á sus cómplices Lícisca,
Evitara la infamia, y el castigo.

Harto mas canta á su interes se arrisca
Nuestra Godeña, si al galan secreto
Los cambios por injustos le confisca.

No admiten la moneda del decreto
Su coche, sus tapices y sus galas,
Que presupones paga con efeto.

No todas estas fáciles zagalas
Lleva tras sí la liviandad del sero,
Que de otras causas cohren fuerza y alas.

Pues quizá es omisión, si no es consejo,
De benignos maridos, y de tias
De sagaz y compuesto sobrecejo.

Reciben al principio unas bugias;
Mas luego anhelan al metal mas grato,
Y en figura de ninfas son Harpías.

El Mayorazgo es corto, el aparato
Abundante de joyas y de telas,
Para servir al Idolo de ornato.

¿Quien nos dirá (dexadas sus cautelas
Mayores) lo que cuestan sus encajes,
Sus cadenetas, raudas y arandelas?

¿Quien las ciegas mudanzas de los trages?
Que yo por no decirlas, ó por solo
No verlas, habitara entre salvages?

Adonde miran por Zenith el Polo,
O en la Barbaria, que hacea no habitable
Ouzas y Tigres, ó el fervor de Apolo,

El conato á su antojo es variable,
El culto, que les luceña, y hace tersaa
Las mejillas, ni limpio, ni mudable.

Ya en los tocados no andan muy diversas
De las bárbaras mitras, que traían
Sobre el cabello las mugeres Persas.

En cultivarse unánimes porfian:
El ornato sin causa, y así á bulto,
Hasta las mas honestas lo varían.

Gran diferencia va de ornato á culto,
Este lascivia, aquel soberbia arguye,
De una sola atencion distinto insulto.

La humilde sumision del ornato huye,
Como la castidad deste segundo,
Que del ánimo es cierto que la excluye.

Y si aquel pide perlas á otro mundo,
¿Este para sus baños y sus mudas
Auda ménos curioso y vagabundo?

O tú, qualquier que seas, la que sudas,
Arando surcos en los materiales,
Que en la tez natural del rostro engrudas;

Si destilas con esto los metales,
Que taladrán las sienes, ¿que deleyte,
O que esplendor te infunden baños tales?

¿Goma tenaz, y avensinado aceyte
Podránte preservar de las arrugas,
Que anticipa el abuso del afeyte?

¿Que tan molina contra Dios madrugas
A eumendarle su hechura, y del espejo
Al arbitrio aquí mojas, y allí enxugas?

Y el dedo (ya pincel) curte el pellejo,
Donde extiende con líquidos barnices
Las manchas, ó las nubes de un bosquejo.

Risa á la vista, hedor á las narices,
Mentira aborrecible á todo el cielo,
Y á los que del cayéron infelices.

¿Pienas que aúnden gracias al cerbelo
Esas piedras, y perlas que le aplicas?
¡O siglo atroz, de abominable zelo!

¿Que monstruos de otros monstruos multiplicas!
¿Que dixera el severo Tertuliano
A vista de costumbres tan inicicas?

¿Qué se engendra en el distrito humano
Hermosura odorífera, ó laciente,
Das al antojo de un adorno vano?

La piedra, que el Dragon cria en su frente,
Pones, líce, en la tuya: ¿ó quantas veces
Le das sucio lugar no indiferente!

¿Mas las que en los celeros de los peces
Nacióron, no podrán quejarse, viendo
A quao mas leve casco las ofreces?

Pero al lugar donde salí, volviendo,
Porque de divertido no me acuses
(Bien que no sin gran causa) ya me enmiendo:

Y digno, caro Nuño, que rehúsa
Tu gusto, y á tus tiernas palomillas
El vuelo peligroso les escusas:

Que andan muchos Azores por asillas,
De cuyas uñas pendea los despojos
De otras aves incautas y sencillas.

¿Quién en la corte volverá los ojos
Sin topar un objeto, que los venza,
Que abone, y acaricie sus antojos?

Es un mañoso engaño, que comienza
Con título de honesto regocijo,
Y entre manos se os vuelve desvergüenza.

El proverbio vulgar corte ó cortijo,
En mi opinión fue loco, ó fue blasfemo,
Digo de una mordaza quien lo dixo.

El sábio en medio de uno y otro extremo,
Desengañado, estableció vivienda,
Y es todo lo demás vivirla al remo.

Que en Madrid ni hay paciencia ni hay hacienda;
Para vivir al uso; y ménos malo,
Si aquí esperar pudieramos la enmienda:

Pero entre los peligros que señalo,
No hay quien sin vicios ande, ó sin la fuerza,
Que los produce todos, del regalo.

Este es voraz, que en recordando almuera
Y dexa seno para tres comidas,
Aunque por donde entró salga la herza.

El otro entre comadres conocidas,
Que saben mil secretos, reprehende
Entre sus almohadillas nuestras vidas:

X

Y como ocioso de sus labios pende,
Al blando taburete se acomoda,
Y á los chismes inútiles desciende.

Otro, gastada ya su hacienda toda
Con Lesbias, hace el postrero desconcierto,
Y la conduce en clandestina boda.

Al panal de sus labios inexperto
Corrió, para lograr la miel primera,
Con risa del que sabe lo mas cierto.

Y el padre, como Crémes por la nuera,
Que tañe y canta, contra el hijo brama,
Aunque al fin se conforma y se modera.

Hay quien modernas invenciones ama,
Peinado siempre, y limpio como armario,
Que su hacienda, y su crédito derrama;

Y en perdiendo el dinero, hace desinio
Sobre el de los amigos no advertidos,
En quien por esto tiene predominio.

Que diré del que suelta los sentidos
Solo al olor de la primera rosa,
Y acomoda familias y maridos?

Es gran tesoro aquí una hija hermosa,
Aunque ande con su madre tan asida,
Que sin su voluntad no intente cosa.

Y habrá en los que profesan esta vida
Alguno, que se precie de amor puro,
Que eleva el alma al dulce objeto unida?

Tomo II.

16

¿Que salga en los alientos del seguro
Pecho, que con fineza heroica abuyenta
La inclinacion del apetito oscuro?

Todo es torpeza, imperfeccion y afrenta,
Que estraga la salud, y en tiempo breve
La vida, que en sus gustos apacienta.

Otro verás, que á atreccentar se atreve,
Cercado de valientes y cruéles.
El número famoso de los nueve.

Al sol nos muestra horrendos sus lechreles,
Bien que á la luna él sabe si acometen
La riuá tan ligeros, como fieles:

Y para que estúis mismos le respiten,
Finge la voz, ó bárbara, ó robusta,
Porque á inhumanidad se lo interpreta.

No de caballos generosos gusta,
Para correr los montes y los valles
Del Belgio helado, y de la Libia adusta:

Pero slaba sus brios, y sus talles,
Para sacar centellas de guijarros,
Quando nos desempiedran nuestras calles.

Y no se corren de andar bizarros
Con rostros opillados y sutiles,
Y quizá de comer cascos de barros.

¿No fuera gran vergüenza ver, que Aquiles,
Y el gran Hector trataran con ahinco
En estas travesuras femeniles?

En comprar dixes, en feciar un brinco
Traen cinco sentidos ocupados,
(Si no carecen del comun los cinco);

Y aunque el uso los tenga disculpados,
Pero saben tan poco de otras cosas,
Que es risa (antes dolor) ver sus cuidados.

Sus motes, sus empresas amorosas
(Honor de sus adargas en las fiestas)
Te lo dirán, si examinarias osas:

O en la ocasion urgente sus respuestas
Envueltas en sofistica doctriua,
Aun á los nuevos lógicos molestas.

Discrecion, que afectada determina
La voz ántes pacífica en su quicio,
Primero aguardare una calchicina.

¡O quantos hallarás, que (á su juicio)
No influyen otras partes esenciales
En la nobleza, que ignorancia y vicio!

¿No ves llorar las artes liberales,
(Que este nombre les dieron, porque en ellas
Se exercitaban hombres principales)

De que hagan sacilegio el recogellas,
Ni en un zaguan? Y así como en estrana
Region vierten en vano sus querellas.

El gran Cipion soñá en la campana
Peleando, oponerse al sol y al hielo,
Como lo saben Africa y España:

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1875 MONTERRAT, 24 DE JULIO

Y se preciaba de saber del cielo
Causas y efectos, y la agreste ciencia,
Que fructífero vuelve el rudo suelo.

Los triunfos que adquirió en su adolescencia
Vió Roma; y en el cómico Proscenio,
Por el edificado, su elocuencia:

Con quien sus convidados Lelio y Ento,
Al tiempo que en la olla hervían las coles,
Conferían en pláticas de ingenio.

Y entre nuestros preciados Españoles,
No robustos, ni dados al trabajo,
Ni curtidos por hielos, ni por soles;

El que con traza escribe, es hombre baxo,
Y estiman por ilustre al que figura
Por letras unos pies de escarabajo,

Que el diablo (á quien semeja su escritura)
No las descifrará, si en quince dias
Con diabólica industria lo procura:

Sus caracteres son, pero vacías
Señales; y así no las interpretes,
Como ellas lo merecen, por impías.

Mas piensa la frialdad, que en sus hilletes
Desta letra verá Madamaíela,
Que vocallos trocados, que juguetes!

Anda el confusillo en conuincela
Por lograr un conoeto, ó dicho bueno;
Y alábolo, si en esto se desvela:

Pero vino á acostarse el vientro lleno
De pavo, y el celebro se le abrezza
Del gran licor, que se avivó al sereno.

Porque hizo media noche en cierta casa:
Hubo mimos, hayló la Ristricionaisa,
(Turba, que en fiesta las tinieblas pasa.)

Duerme, y antes que pida la camisa,
Ya son las doce, y pasará buira rato,
Y perdone el precepto de la Miaz.

¡ Pues quan digno es de ver el aparato,
La priesa y ceremonia, que anda entre ellos,
Quando se está vistiendo el mentecato!

Un ministro le crespá los cabellos,
Mientras que al otro allá formas inventa
(Mas que las del panal) de abrir los cuellas.

¡ Di, el brasero y los hierros, que calienta,
No le condenarán por Cirujano,
Que apercibe cauterios, legza y tieanta?

Todos andan vistiendo á Don Fulano,
Porque él de floxo y lánguido no puede
A tales usos alargar la mano:

O piensa que es grandexa, y finge adrede
No saberse vestir; porque el aseo
Solamente á los siervos se concede.

Pone el rostro á lo Turco ó Nabateo,
Mostachos y aladares se perfila,
(Que es belleza tener algo de fen.)

Luego su Consejero, ó su Sibila
¡Que calumnias, que plásticas secreto
En sus orejas fáciles destila!

Hablale, ó con deanedo, ó sin respeto,
(Dominio viene á ser, mas que privanza,
Que tiene mas de un Príncipe sujeto)

Y como executor de su esperanza,
(Odio común de los demás criados)
A todos sus antojos se abalanza.

Pero su industria es tal, que los pescados,
Como á su Antonio los sirvió Cleopatra,
Del agua se los da en la red guisados.

Traza el empeño á cambio, la muestra
En el ayre acomoda, y siempre flecha
Al que en las mismas aras idolatra.

Y aunque á su dueño el corazón le estrecha
Por una parte la molesta usura,
Por otra á nuevas fraudes se pertrecha.

Al xon de los doblones asegura
Con las fuerzas que pide al que las presta,
Y se dexa enlazar de la escritura:

Que la tardanza sola es la molesta,
Y así con sus privados clandestinos,
A vista de la cédula hace fiesta:

Como de algun efecto los sobrinos,
Que arribando las bulas, que tarlaban;
Besan aquellos sacros pergaminos.

Pues ver quando los plazos se le acaban,
Con que cauto desvio arma la treta,
A los que antes sin ley le desarmaban:

Que si engañado el acreedor le aprieta,
Por mas que le persiga diligente,
Le entretiene, le hurta, y le sujeta;

De suerte, que agraviado y obediente
Le da otros plazos, y contemporiza,
Aunque conoce que otra vez le miente:

Y quando á judicial rigor le atiza,
Le ruega, y turba y del concierto escrito,
Proteo en formas nul se le desliza.

En efecto en la ley de su apetito
No hay palabra, no hay fe, no hay gentileza;
Antes cobrando fuerzas del delito,

No atiende mas á fueros de nobleza,
Que un Juez perquisidor, que acelerado
Se opone á Dios, y á la Naturaleza.

Destos niños Madrid vive logrado,
Y de viejos tan frágiles como ellos,
Porque en la misma escuela se han criado:

Que quando el tiempo, al fin, para vencellos,
Con no previsto invierno se incorpora,
Sus barbas plateando y sus cabellos;

Este les pone luto, aquel los dora
Con fuego, baño, y peyne fementido,
Resistiendo á la fuerza vencedora.

Como si fuera injuria haber vivido,
O al sol pudiesen detener las riendas,
O infundir en sus ánimos ovido.

Ni á vosotras, ó tocas reverendas,
Autoridad y norte de la casa,
Ha de negar mi masa sus ofrendas.

Por vuestras manos su comercio pasa,
Los lechos conyugales, y aun las cunas
Mancilla vuestra industria, ó las abrasa.

El agraz virginal de las alunas
En las premas arroja que no maduro,
Sin aguardar tardanzas importunas.

Descovunta el candado, humalla el muro,
En la familia toda infunde sueño,
Introduce al adúltero seguro.

Ni un fiel ladrido, ni un rumor pequeño
A su eficaz superstición se opone,
De las potencias absoluto dueño.

Pero no he de negar, que aunque aficione
La inclinación al gusto, hay otra rueda
Superior, que está más quina compone:

La grave autoridad de la monada,
Del áspero desden nunca ofendida,
Porque jamas oyó respuesta aceda.

Arbitro de la muerte y de la vida,
Que figa del valor, y del derecho,
Porque del trato humano se despida.

Y así todo es venal, no hay sano pecho:
Cada qual Epicuro, ó Aristipo,
Su deleyte pretende, ó su provecho.

Si tú pudieses ver, como el Menipo
De Luciano, en los ayres sostenido,
Quando hierve esta corte de Filipo;

De su desórden, tráfago y ruido,
Sin otros argumentos impartantes,
Quedarías asaz persuadido.

Como aquí de Provincias tan distantes
Concurran, ó por gracia, ó por justicia,
Diversas lenguas, trages y semblantes;

Necesidad, favor, zelo, codicia
Forman tumulto, confusion, y prisa
Tal, que dirás, que el orbe se desquicia.

Tropel de litigantes atraviesa,
Con varias quejas, varios ademanes,
Sus causas publicando en voz expresa.

Entre mil estropeados Capitanes,
Que ruegan y zimenzan todo junto,
Quando nos encarecen sus afanes;

Los vivanderos gritan, y en un punto
Cruzan entre los coches los entierros,
Sin que á dolor ni horror mueva el difunto.

Las voces, los ladridos de los perros,
Quando acosan la fiera, aquí resuenan,
Y aquí forjan los Cíclopes sus hierros.

Todos esperan, y discordes penan,
Segun la disonancia de los fines,
Y prosiguen lo mismo que condenan.

Mas dirás, que no todos son ruines,
Que entre los vicios las virtudes nacen,
Como entre yedras, rosas y jazmines.

¿Pues eso no está claro? Que aunque yacen
Sordas, tal vez avivan las acciones,
Y á su nobleza misma satisfacen.

Mas hísteme mostrar las ocasiones,
Y peligros, que vencen las mas veces,
Y el grande riesgo á que tus hijos pones.

Y digo al fin, que si los aborreces,
Y no admitiendo el parecer segundo,
Constante en el primero permaneces;

Que si en tu casa hay pozo bien profundo,
O alta ventana, allá los precipita:
Que en los castigos no desplace al mundo
Quien por clemencia el mas horrendo evita.

ROMANCERO.

PARTE I.

ROMANCES MORISCOS.

I.

Sale la estrella de Vénus
Al tiempo que el sol se pone
Y la enemiga del día
Su negro manto descoge:
Y con ella un fuerte Moro
Semejante á Rodamonte
Sale de Sidonia armado:
De Xerez la vega corre
Por dō entra Guadalete
Al mar de España, y por donde
De Santa Maria el puerto
Recibe famoso nombre,
Desesperado camina,
Que aunque es de linage noble,
Le dexa su dama ingratis
Porque se sueña que es poltre.
Y aquella noche se casa

Con un Moro feo y torpe,
 Que es Alcayde de Sevilla
 Del Alcázar y la Torre.
 Queixabase giavemente
 De un agravio tan enorme,
 Y á sus palabras la vega
 Con el ceo le responde.
 Zayda, dice, máx vírala
 Que el mar que las naves sorbe,
 Mas dura é inexorable
 Que las entrañas de un monte;
 ¿ Como permities, cruel,
 Después de tantos favores,
 Que de prendas que son mías
 Ajenas manos se adornen?
 ¿ Es posible que te abracés
 A las cortezas de un roble,
 Y dexas el árbol tuyo.
 Deseando de fruto y flores?
 ¿ Dexas un pobre muy rico,
 Y un rico muy pobre escoges,
 Y las riquezas del cuerpo
 A las del alma antepones,
 ¿ Dexas al noble Gañal,
 Dexas seis años de amores,
 Y das la mano á Alhenzaydo
 Quando apenas le conoces?
 Ala permítala, enemiga,
 Que te abrozeza y le adorea,

Que

Que por zelos le suspires,
 Y por ausencia le lloures.
 Y que de noche no duermas,
 Y de dia no reposes,
 Y en la cama le fastidies,
 Y que en la mesa le enojés:
 Y en las fiestas y en las zaubras
 No se vista tus colores,
 Ni aun para verle permita
 Que á la ventana te asomes.
 Y menosprecie en las cañas,
 Para que mas te alborotes,
 El almayzar que le labres,
 Y la manga que le bordes,
 Y se ponga el de su amiga
 Con la cifra de su nombre,
 A quien le dé los cautivos
 Quando de la guerra torne.
 Y en batalla de Christianos
 De velle muerto te asombres,
 Y plegue á Alá que suceda
 Quando la mano le tomes.
 Y si le has de aborrecer
 Que largos años le goces,
 Que es la mayor maldición
 Que pueden darte los hombres.
 Con esto llegó á Xerez,
 A la mitad de la noche,
 Halló el palacio cubierto

Tomo II.

17

De luminarias y voces,
 Y los Moros fronterizos
 Que por todas partes corren
 Con mil hachas encendidas
 Y las libreas conformes.
 Delante del desposado
 En los estribos se pone,
 Que tambien anda a esbollo
 Por honra de aquella noche.
 Arrojado le ha una lanza,
 De á parte á parte pasole:
 Albetutóse la plaza,
 Desistió el Moro su estoque,
 Y por en medio de todos
 Para Medina volvióse.

II.

Azarque ausente de Ocaña
 Llora, hlastica, se allige,
 Y aunque ausente y olvidado,
 Poco siente, pues que vive.
 Jurando está por su amor,
 Y por la espada que tiene,
 Que tiene en la guararnion.
 Contas de aquella á quien sirve,
 De no volver á Toledo
 Hasta que del Tajo al Tiber
 Sus amargas hazañas
 En las mezquitas se pinten.
 Celidaxa de mis ojos,

¿ Quien te habla, quien te escribe?
 ¿ A quien escribes y hablas,
 Que mis memorias impide?
 Siendo tú de sangre real,
 ¿ Como fuis posible, dime,
 Que tan presto quibrantases
 La palabra que me diste?
 Acuérdate, Mora ingrata,
 Que paseado en tus jardines,
 Por darme tu blanca mano,
 Que tropezabas hiciste;
 Y que alzóndote del suelo
 Heclias de ámbur y de ámbitel.
 Una cuentera me entregaste,
 Porque me mostraba libre.
 Y al despedirte de mí,
 Dando suspiros terribles
 Me dixiste: ten, Azarque,
 Cuenta con que no me olvides.
 Tu Rey entró de por medio,
 No supe lo que me dixes.
 Entró tu justa mudanza,
 Que con la luna compires.
 Que si va á decir verdad,
 No hay Rey hamsuo que obligue
 A que no se acuerde el alma
 De la memoria en que vive.
 Con él te quedaste usana,
 Sin tí muriendo me vine.

A mí me abrazan tus zelos,
 Y él tus abrazos recibe.
 Contarásle por baldon,
 Que pocas fiestas te hize,
 Que malos motes saqué,
 Porque mas tu gusto estime.
 Quando diga si me amaste,
 Yo apostaré que le dices,
 Que tan infame hazeza
 De tu valor no imagine.
 Y que tu esquivá arrogancia,
 Y tu condition terrible
 Apenas la vencen Reyes,
 Quanto mas hombres humildes.
 El tiempo lo trueca todo,
 Yo me acuerdo que te vide
 Tan regaladora mia,
 Como del Rey á quien sirves.

III.

El Aloyde de Molina
 Manso en paz y bravo en guerra
 Con sus Capitanes todos
 Llegó á la vista de Atienza,
 De dō volvió victorioso
 Sin daño y con grande pena,
 De cautivos bautizados
 Y de Christianas banderas.
 Entró por la puerta el Mora,
 Y corriendo á media rienda

A la orilla de su dama
 Soberbio y contento llega.
 Dos vueltas por ella dió,
 Y al dar la tercera vuelta,
 Desterrando sus temores
 Celinda salió á la reja,
 Diciendo furiosa y loca:
 Si tú tuvieras vergüenza,
 No correrias por mi calle,
 Ni pararas á mi puerta.
 Mal haya, Celinda Mora,
 Tan determinada ó necia,
 Que para vivir en paz
 Se aficionó de la guerra.
 Por ser tu alfange tenido,
 Mas que no por tu nobleza
 Ofreci á tu nombre solo
 Lo que ves en tu presencia.
 Sin considerar primero,
 Que es claro que no concuerdan,
 Con entrañas de diamante,
 Entrañas que son de cera.
 ¿Que impoeta que mis regalos
 En paz y en amor te tengan,
 Si al son del pisteno ronco
 En furia y odio los truecas?
 No niego, yo que no acudes
 Con voluntad á mis quejas,
 Pero acudes con mayor

Al ruido de una escopeta.
 Pues esas cosas estimas,
 Justo es que esas cosas quieras,
 Que pues en tanto las tiras
 Méenos soy yo que son ellas.
 Cúñete tu corvo alfange,
 Embrázate tu rodela,
 Y llama tu fiel Aestes
 Que te lleve las saetas.
 Sal a hacer escaramuzas
 Por el monte y por la vega
 En tu caballo tordillo,
 Y en tu fronteriza yegua.
 Tala los campos christianos,
 Roba las christianas tiendas,
 Desde el campo de Almazan
 Hasta el monte de Sigüenza.
 Dexa á Celinda del todo,
 Pues tantas veces la dexas,
 Y acuéñe á tus obras vivas,
 Pues que me haces obras muertas.
 No te llamarán mis ojos,
 Aunque viendo su miseria,
 Llorarán sin ver los tuyos
 Mi soledad y tu ausencia.
 Esto dixo, y al momento
 Cerró del balcón las puertas,
 Sin tener lugar el Moro
 De poderla dar respuesta.

IV.

No en azules tabalies,
 Corvos alfañes dorados,
 Ni coronados de plumas
 Los bonetes afriechos,
 Sino de lato vestidos
 Entráron de quatro en quatro
 Del malogrado Alistar
 Los afligidos soldados,
 Tristes marchando,
 Las trompas roneas,
 Los atambures desteñados.

La gran empresa de Fenix,
 Que en la baudera volando,
 Apenas la trató el viento
 Temiendo el fuego tan alto,
 Ya por señas de dolor
 Barre el suelo, y dexa el campo,
 Arrastrado con la seda
 Que el Alfez va arrastrando.
 Tristes marchando, etc.

Salió el gallardo Alistar
 Con cien Moriscos gallardos
 En defensa de Motril,
 Y socorro de su hermano;
 A caballo salió el Moro,
 Y otro dia desdichado
 En negras andas lo vuelven.

Por donde salió á caballo.
Tristes, etc.

Caballeros del Maestre,
Que en el camino encontraron
Encubiertos de unas cañas,
Furiosos le saltaron;
Hirieronle malogrado,
Murid Alistar malogrado,
Y los suyos aunque rotos,
No vencidos se tornaron.

Tristes, etc.

¡O como lo siente Zayda!
¡Y como vieru llorando
Mas que las heridas sangre,
Sus ojos aljófar blanco!
Dilo tú, amor, si lo viste;
Mas ay! que de lastimado
Diste otro nudo á la vesada,
Por no ver lo que ha pasado.
Tristes, etc.

No solo le llora Zayda,
Pero acompañanla quantos
Del Albaicín á la Alhambra
Beben de Genil y Darro.
Las damas como á galan,
Los valientes como á bravo,
Los Alcaydes como á igual,
Los plebeyos como á amparo.
Tristes marchando, etc.

V.

Batléndole las hijadas
Con los duros acicates,
Y las riendas algo floxas,
Porque corra y no se pare,
En un caballo tordillo,
Que tras de sí dexa el ayre,
Por la plaza de Molina
Viene diciendo el Alcayde:
Al arma, Capitanes,
Suenen clarines, trompas y atabales.

Dexad los dulces regalos,
Y el blando lecho dexadle;
Socorred á vuestra patria,
Y librad á vuestros padres.
No se os haga cuesta arriba
Dexar el amor suare,
Porque en los honrados pechos
En tales tiempos no cabe.
Al arma, Capitanes, etc.

Anteponed el honor
Al gusto, pues menos vale;
Que aquel, que no le tuviere,
Hoy aquí podrá alcanzalle.
Que en honradas ocasiones
Y en peligros semejantes
Se suelea premiar las armas
Conforme al brazo pujante;

Al arma, Capitanes, etc.
 Dexad la seda y brocado,
 Vestid la usalla y el ante,
 Embroxad la adarga al pecho,
 Tomad lanza y corvo alfange,
 Haced rostro á la fortuna,
 Tal ocasion no se escape,
 Mostrad el robusto pecho
 Al furor del fiero Marte.
 Al arma, Capitanes, etc.

A la voz mal entousada
 Los éurmes mas cobardes
 Del honor estimulados
 Ardiendo en cólera salen,
 Con mil penachos vistosos
 Adornados de turbantes,
 Y siguiendo las banderas
 Van diciendo sin pararse:
 Al arma, Capitanes, etc.

Qual tímida ovejuela
 Que ven el lobo delante,
 Las bellas y hermosas Moras,
 Llenan de quejas el ayre;
 Y aunque con femal pecho
 La que mas puede mas hace,
 Pidiendo favor al cielo
 Van diciendo por las calles:
 Al arma, Capitanes, etc.

Acudieron al asalto
 Los Moros mas principales,
 Formándose un esquadron
 Del vulgo y particulares;
 Y contra dos mil christianos,
 Que estan talando sus panes,
 Toman las armas furiosos,
 Repitiendo en su language:
 Al arma, Capitanes,
 Suenen clarines, trompas y atabales.

V I.

Recoge la rienda un poco,
 Para el caballo que aguija
 Medroso del seicate
 Con que furioso le picas;
 Que sin uso de razon,
 A mi parecer te avisa
 De aquel venturoso tiempo,
 Que tú, ideal, olvidas:
 Quando ruabas mi calle,
 Midiendo de esquina á esquina
 Con tus corbetas el suelo,
 Mis ventanas con tu vista.
 ¡O cruel á mi memoria!
 Pues por ella me castigas,
 Abrasando mis entrañas
 Con estas entrañas frias.
 ¡Que de prendas que fucha
 De tu voluntad fingida!

¡ Que de verdades me debes !
 ¡ Y yo á ti, que de mentiras !
 Ayer temiste á mis ojos,
 Hoy vences á quien temias;
 Que amor y tiempo en mil años
 No están iguales en un dia.
 Pensaba yo que en tu nombre
 Mi esperanza fuese rica
 En prendas de quien tú eres,
 Y de quien son mis caricias.
 ¿ A donde enseñan engaños?
 Por merced que me lo digas:
 Defendéme del tiempo,
 Y de tí no tendré envidia.
 Mas bien pudiera saberlo,
 Si yo saberlo queria,
 Quando escuché tus razones,
 Y vi tus quejas escritas.
 Disculpas pensabas darme,
 No quiero que me las digas,
 Para la dama que engañas
 Será mejor que te sirvan.
 Ya te causas de escucharme,
 Bien es ya que te despidas
 De mi alma y de mis ojos
 Como de mis zelosias.
 Esto dixo al Moro Axarques
 La bella Zayda de Olias,
 Y cerrando su balcon

Día

Dió principio á sus desdichas.
 El Moro picó el caballo
 Y hácia el terrero le guia,
 Murmurando de su estrella,
 Que á mil mudanzas le inclina.

VII.

Diamante falso y fingido
 Engastado en pederal,
 Alma fiera en duro pecho,
 Que ninguna fiera es mas;
 Ligero como los vientos,
 Mudable como la mar,
 Inquieto como el fuego
 Hasta hallar su natural;
 Si las lágrimas que vierto
 Fuera lenguas para hablar,
 Injurias me faltarían
 Para culpar tu maldad.
 ¡ Que injurias podré decirte !
 Mas no te quiero injuriar,
 Porque al fin quien dice injurias
 Cerca está de perdonar.

A todas dices que son
 Las que contento te dan
 Para tu gusto mentira,
 Y que yo soy tu verdad.
 Y con esto piensan todos
 Que debo á tu voluntad

Tomo II.

18

Quantos caminos emprendes,
 Para que te deba mas.
 Si como yo conociesen
 Tu condicion natural,
 A otro blanco mirarian
 Adonde tus flechas van.
 Yo sé, traydor, que estas quejas
 Muy poca pena te dan,
 Porque al fin quien dice injurias
 Cerca está de perdonar.

Cansada estay, enemigo,
 De sufrir y de llorar
 Causa agena y propios daños,
 Tu placer y mi pesar.
 Mis enemigos acoges;
 Porque al fin conoces ya,
 Que quando no puedan obras,
 Palabras me matarán.
 Sospechas dudosas fueron
 Causa de todo mi mal,
 Y zelos averiguados
 Convalenciendome van.

Al cie'lo quiero dar voces;
 Pero mejor es callar,
 Porque al fin quien dice injurias
 Cerca está de perdonar.
 Así Fátima se queja
 Al valiente Reduan
 En el jardin de la Alhambra,

Al pie de un verde arrayan.
 El Moro que está sin culpa,
 Aunque no sin pena está,
 Así le la blanca mano
 Y así comienza á hablar:
 Cesad, hermosas estrellas,
 Que no es bien que lloréis mas,
 Que si á mí me llamais piedra,
 En piedras hacéis señal.
 Y no penseis que me agravio
 De que injurias me digais,
 Porque al fin quien dice injurias
 Cerca está de perdonar.

VIII.

Mira, Zayde, que te avito,
 Que no pases por mi calle,
 Ni hables con mis mugeres,
 Ni con mis cautivos trates:
 Ni preguntes en que entiendo,
 Ni quien viene á visitarme,
 Ni que fiestas me dan gusto,
 Ni que colores me placen.
 Basta que son por tu causa
 Las que en el rostro me salen,
 Carrida de haber mirado
 Moro que tan poco sabe.
 Confieso que eres valiente,
 Que razas, hiendes y partes,

Y que has muerto mas Christianos
 Que tienes gotas de sangre :
 Que eres gallardo ginete ,
 Y que danzas , cantas , tañes ,
 Gentilhombre , bien criado ,
 Quanto puede imaginarse :
 Blanco , rubio por extremo ,
 Esclarecido en linage ,
 El gallo de las bravatas ,
 La gala de los donayres :
 Que pierdo mucho en perderte ,
 Que gano mucho en ganarte ,
 Y que si nacieras mudo ,
 Fuera posible adorarte .
 Mas por este inconveniente
 Determino de dexarte ,
 Que eres pródigo de lengua ,
 Y amargan tus libertades .
 Y habrá menester ponerle ,
 Quien quisiere sustentarte ,
 Un Alcazar en el pecho ,
 Y en los labios un Alcaýde .
 Mucho pueden con las damas
 Los galanes de tus partes ,
 Porque los quieren briosos
 Que hiendan y que desgarren .
 Y con esto , Zayde amigo ,
 Si algun hanquete les haces ,
 El plato de tus favores

Quieres que coman y callen .
 Costoso fué el que hiciste ,
 Venturoso fueras , Zayde ,
 Si conservarame supieras ,
 Como supiste obligarme .
 Pero no saliste apénas
 De los jardines de Tarfe ,
 Quando hiciste de tus dichas
 Y de mí desdicha alarde ;
 Y á un Morillo mal nacido
 Me dixéron que enseñaste
 La trezta de mis cabellos ,
 Que te pase en el turbante .
 No pido que me la des ,
 Ni que tampoco la guardes ,
 Mas quiero que entiendas , Moro ,
 Que en mi desgracia la traes .
 Tambien me certificaron ,
 Como le desafiaste ,
 Por las verdades que dixo ,
 Que nunca fueran verdades .
 De mala gana me rio ,
 ¡ Que donoso disparate !
 Tú no guardas tu secreto ,
 ¿ Y quieres que otro lo guarde ?
 No quiero admitir disculpa ,
 Otra vez vuelvo á avisarte ;
 Esta será la postrera ,
 Que me veas y te hable .

Dixo la discreta Mora
Al altivo Abencerrage,
Y al despedirle replica,
Quien tal hace que tal pague.

IX.

Di, Zayda, ¿de que me avistas?
¿Quieres que muera y que calle?
No des crédito á mugeres,
No fundadas en verdades.
Que si pregunto en que entiendes,
O quien viene á visitarte,
Son fiestas de mi contento
Las colores que te salen.
Si dices tom por mi causa,
Consuelate con mis males,
Que mil veces con mis ojos
Tengo regadas tus calles.
Si dices que estás corrida
De que Zayde poco sabe;
No supe poco, pues supe
Conocerte y adorarte.
Conoces que soy valiente,
Y tengo otras muchas partes;
No las tengo, pues no puedo
De una mentira vengarme.
Mas ha querido mi suerte,
Que ya en quererme te causes;
No pongas inconvenientes
Mas de que quieres dexarme.

No entendi que eras muger
A quien novedad aplice,
Mas son tales mis desdichas,
Que ya aun lo imposible hacen.
Hánme puesto en tal estrecho,
Que el bien tengo por ultrage,
Y alábasme por hacerme
La nata de los pesares.
Yo soy quien pierdo en perderte,
Y gano mucho en ganarte,
Y aunque hablas en mi ofensa,
No dexaré de adorarte.
Dices que si fuera mudo
Fuera posible adorarme;
Si en mi daño yo lo he sido,
Enmudezco en disculparme.
¿Hate ofendido mi vida?
¿Quieres, señora, usarame?
Basta decir que yo hablé
Para que el pesar me acabe.
Es mi pecho calabozo
De tormentos inmortales;
Mi boca la del silencio
Que no ha menester Alcaýde.
El hacer plato y banquete
Es de hombres principales,
Mas de favores hacerlo
Solo pertenece á infames.
Zayda cruel, hasme dicho,

Que no supe conservarte,
 Mejor supe yo quererte,
 Que tú supiste pagarme.
 Mienten los Moros y Moras,
 Y miente el villano Atarfe,
 Que al yo le amenazara,
 Bastara para matarle.
 Este perro mal nacido,
 A quien yo mostré el turbante,
 No le fio yo secretos
 Que en baxo pecho no caben.
 Yo he de quitarte la vida,
 Y he de escribir con su sangre,
 Lo que tú, Zayda, replicas,
 Quien tal hace que tal pague.

X.

Si tienes el corazon,
 Zayde, como la arrogancia,
 Y á medida de las manos
 Dexas volar las palabras,
 Si en la vega escaramuzas,
 Como entre las damas hablas,
 Y en el caballo revuelves
 El cuerpo, como en las zambras;
 Si el zyre de los bohordos
 Tienes en jugar la lanza,
 Y como danzas la toca,
 Con la cítarra duanzas;

Si eres tan diestro en la guerra
 Como en pasar la plaza,
 Y como á fiestas te aplicas,
 Te aplicas á la batalla:
 Si como el galan ornato,
 Usas la lucida molla,
 Y oyes el son de la trompa,
 Como el son de la dulzayna:
 Si como en el regocijo
 Tiras gallardo las cañas,
 En el campo al enemigo
 Le atropellas y maltratas;
 Si respondes en presencia,
 Como en ausencia te alabas;
 Sal á ver si te deslendes,
 Como en el Alhambra agravias.
 Y si no osas salir solo,
 Como lo está el que te aguarda;
 Alguno de tus amigos
 Para que te ayuden saca.
 Que los buenos Caballeros
 No en palacio ni entre damas
 Se aprovechan de la lengua,
 Que es donde las manos callan;
 Pero aquí que hablan las manos,
 Ven, y verás como habla
 El que delante del Rey casca.
 Por su respeto callaba.
 Esto el Moro Tarfe escribe

Con tanta cólera y rabia,
Que donde posee la pluma,
El delgado papel rasga.
Y llamando á un page suyo,
Le dixo, rete al Alhambra,
Y en secreto al Moro Zayde
Da de mi parte esta carta,
Y dírsale que le espero
Dónde las corrientes aguas
Del cristalino Genil.
Al Generalife bañan.

XI.

Así no marchite el tiempo
El abril de tu esperanza,
Que me digas, Tarfe amigo,
Dónde podré ver á Zayds.
La forastera te digo,
Aquella recien casada,
La de los rubios cabellos,
Y mas que cabellos gracias.
Aquella que en menosprecio
De las damas cortesanas
Celebran los Morcos nobles,
Con gloriosas alabanzas.
Voy por ella á la mezquita,
Por ella voy á las zambraas,
Y aunque tan caro me cuesta
No puedo velle la cara.

Encúbrese de mis ojos,
Cierta señal que me agravia,
Y aunque mas, Tarfe, me digas,
No tengo celos sin causa.
Después que á Granada vine,
¡Nunca viniera á Granada!
Sale mi Alcaýde de noche,
Y aun no viene á la mañana.
Enfídanle mis caricias,
Y estar conmigo le enfada,
No es mucho que yo le cause
Si en otra parte descansa.
Si está en el jardín conmigo,
Si está conmigo en la cama,
No solo las obras niega,
Mas me niega las palabras.
Si le digo, vida mia,
Me responde, mis entrañas;
Pero con una tibieza
Y un yelo que me las rasga.
Y mientras mas le regalo,
Como trae vestida el alma
De pensamientos traydores,
Enseñame las espaldas.
Si me enlazo de su cuello
Baxa los ojos, y baxa
La cabeza, y de mis brazos
Da vuelta y se desenlaza;
Arrojando unos suspiros

Del infierno de sus ansias,
 Que mis sospechas enciende,
 Y mis contentos abrasa.
 Si la causa le pregunto,
 Dice que yo soy la causa;
 Y miente, que allí me tiene
 Ociosa y enamorada.
 Pues decir que le he ofendido;
 En infierno de amor arda,
 Si despues que le conozco
 Me he asomado á la ventana,
 Si he tomado mano agena,
 Si ha visto toros ni cañas,
 Y si en parte sospechosa
 Se han estampado mis plantas.
 Y Mahoma me maldiga,
 Si por guardarse en mi casa
 La ley de su gusto sola
 Las del Alcorán se guardan.
 Mas para que gasto tiempo
 En darte cuentas tan largas,
 Si el alcance que le he hecho
 Tú lo sabes y lo callas?
 No jures, que no te creo:
 ¡Aquella muger mal haya,
 Que de vuestros juramentos
 Redes para el gusto libra!
 ¡Que traidores son los hombres!
 ¡Como sus promesas falsas,

Muerte

Muerto el fuego, desaparecen
 Como escritas en el agua!
 ¡Ay Dios! que me acuerdo quando...
 Aquí el silencio me falta,
 Una congoja me viene,
 Tenme, Tarfe, no me cayga.
 Dixo llorando Adalifa
 Zelosa de su Abenamar,
 Y en brazos del Moro Tarfe
 Se ha quedado desmayada.

XII.

Por la plaza de San Lucar
 Galan paseando viene
 El animoso Gazul
 De blanco, morado y verde.
 Quiere partirse gallardo
 A jugar cañas á Gelves,
 Que hace fiestas su Alcayde
 Por las paces de los Reyes.
 Adora una Abencerrage,
 Reliquia de los valientes
 Que mataron en Granada
 Los Zegries y Gomezes,
 Por despedirse y hablalle
 Vuelve y revuelve mil veces,
 Penetrando con los ojos
 Las venturosas paredes.
 Al cabo de una hora de años,

Tomo II.

19

De esperanzas impaciente,
 Vióla salir al balcon
 Haciendo los años breues.
 Arremitió su caballo
 Viendo aquel sol que amanece
 Haciendo que se arrodille,
 Y el azuelo en su nombre bese.
 Con voz turbada le dice:
 No es posible suorderme
 Cosa triste en esta ausencia,
 Viendo así tu vista alegre.
 Allá me llevan sin alma
 Obligacion y parientes;
 Volverás mi cuidado
 Por ver si de mí le tienes,
 Dame una empresa en memoria,
 Y no para que me acuerde
 Sino para que me adorne,
 Guarde, acompaña y esfuerce.
 Zelosa está Lindaraxa,
 Que de zelos grandes muere
 De Zayde la de Xerez,
 Porque su Gazal la quiere,
 Y de esto la hau informado
 Que por ella ardiendo muere
 Y así á Gazal le responde:
 Si en la guerra te sucede
 Como mi pecho desea,
 Y el tuyo falso merece,

No volverás á San Lúcar
 Tan usno como surles
 A los ojos que te adoran,
 Y á los que mas te aborrecen.
 Y plegue á Alá que en las cañas,
 Los enemigos que tienes
 Te tiren secretas lanzas,
 Porque mueras como mientas.
 Y que traygan fuertes xacos
 Debaxo los alquiciles,
 Porque si quieres vengarte,
 Acabas y no te vengas.
 Tus amigos no te ayuden,
 Tus contrarios te atropellen,
 Y que en hombros de ellos salgas
 Quando á servir damas entres.
 Y que en lugar de llorarle
 Las que engaña y entretienes,
 Con maldiciones te ayuden,
 Y de tu muerte se huelguen.
 Pienza Gazal que se burla,
 (Que es propio del inocente),
 Y alzándose en los estribos,
 Tomarle la mano quiere.
 Miente, le dice, Señora,
 El Moro que me reynelre,
 A quien estas maldiciones
 Le vengau, porque me venguen.
 Mi pecho aborrece á Zayda,

De que la mud se arrepiante,
 Malditos sean los años,
 Que la servi por mi suerte:
 Dexóme á mí por un Moro,
 Mas rico de pobres bienes.
 Esto que oye Linderaxa,
 Aquí la paciencia pierde;
 A este punto pasó un page
 Con sus caballos ginetes,
 Que los llevaba gallardos
 De plumas y de jaeces.
 La lanza con que ha de entrar
 La toua y fuerte arremete,
 Haciéndola mil pedazos
 Coutra las mismas paredes.
 Y manda que sus caballos
 Jaeces y plumas truequen,
 Los verdes truequen leonales
 Para entrar leonado en Gelvez.

XIII.

De los trofeos de amor
 Ceroneadas ambas sienas,
 Muy gallardo entra Gazul
 A jugar cañas á Gelvez,
 En un overo furioso
 Que al ayre en su curso excita,
 Y su pujanza y vigor
 Un leve freno detiene.

Llegado á do están las damas,
 En los arzones se meto,
 Y en pie se pusieron todas
 Bien ciertas que mas merece.
 Entre ellas estaba Zayda,
 De quien un tiempo doliente
 Fué favorecido el Moro.
 Aunque agora la shorrrece.
 Y como vido á Gazul,
 Renovóse el accidente,
 Y tanto quanto le mira,
 Mas le adora y mas le quiere.
 Y así qual puesta en balanza
 Dando el alma mil vayvenes
 Zelosa y arrepenida
 Diversas cosas revuelve.
 Alminda que vido á Zayda
 Que de nuevo se entristece,
 Para divertir, la dixo,
 Lo descubra lo que sientes.
 Tomó Zafira la mano,
 Y la plática suspende
 El albanoto y estruendo
 De los que á las cañas vienen.
 Estaban ya las quadrillas
 Dentro del cerco y palenque
 Con berberiscos naciones
 Y marlotas diferentes.

Al son de bárbaras trompas
 Los caballos impacientes
 Con relinchos y bufidos
 Por medio la turba hien den.
 Revuélvense unos con otros,
 Y con ánimos valientes
 Con leves cañas procuran
 Ofenderse quanto pueden.
 Duro grao rato la fiesta,
 Pero ¿ne como sucede,
 Que todo á la fin se acaba,
 Todo se acaba y perrece.
 Daba prisa el cano tiempo
 A Apolo porque detiene
 Su velocísimo carro
 De su tardanza impaciente:
 Y quando llegó al ocaso,
 Su contrario que lo siente,
 Con no menor movimiento
 Iste las alas y viene.
 A cuya venida todos
 Por medio el campo arremeten,
 Y de su esfuerzo pagados
 Mandaron cesar los Juces.

XIV.

No es razon, dulce enemigo,
 Si acaso me quieres bien
 Que por dar contento á Zayde,

Tan torca á mi llanto estás.
 ¿Que aspid de Libia, señora,
 Te ha enseñado á ser cruel?
 ¿Quien te dió entrañas tan duras,
 Que amorosas solian ser,
 Que la gloria que en un año
 Con pura aficion compré,
 Quieres con alma traydora
 Tirarizarla en un mes?
 Dícenme que ese envidioso
 La causa de mi mal es,
 Y que son tus ojos fuentes
 El tiempo que no le ves.
 Pues no es justo, hermosa Laura,
 Que con tan rico laurel,
 Y á fuerzas de le ganado,
 Se adorne un traydor sin ley.
 Vuelve con piedad los ojos,
 Verás rendido á tus pies
 Como se queja Floriardo
 Por el rigor de un desden.
 Con lisonjas me entretienes,
 Y con engaños tambica,
 Hete sido fiel en todo,
 Y en nada me has sido fiel.
 Pues ya mis quejas te enfadan,
 ¿A quien, tigre bárbara, á quien
 De mi dolor daré cuenta
 Sino es á la causa de él?

Y si por pobre me dexas,
Y te mueve el interés,
Si has menester lo que valgo,
Tu esclavo soy, véndeme.

XV.

Reduan, anoche supe,
Que un vil Atrife me ofende,
Y en un infierno insufrible
Trocado mi gloria tiene.
Que un pecho que fue diamante
En blanda cera lo vuelve.
Mis contentos en pesares,
Y en favores sus desdenes.
Tanto pudo su porfia,
Y mi ausencia tanto puede,
Que es ya lo que nunca ha sido,
Y yo no lo que fui siempre.
¡Que de abrazos que la debo!
¡Que de suspiros me debe!
¡Que ardiendo van de mi pecho,
Y se hielan en su nieve!
Gloria la daban mis prendas,
Y consuelo mis papeles,
Lo que mi lengua decia,
Eran inviolables leyes.
Pasó este tiempo dichoso,
Por ser dichoso, tan breve,
Y en mil pesares y enojos.

Se trocaron mis placeres.
¡Quien tal creyera! olvidáme,
Y olvidado me aborrezco.
Por un muro advenedizo,
Que no sé de quien deciendo.
Huelgate, Mora enemiga,
Aunque á mi pesar te huelgues,
Entra ufana en Villarreal,
Donde mis penas te alegren.
Aquese infame Morillo,
Que aborrezco y favoreces,
Atale al hesto tu toca,
Pare que las cañas jurgue.
Que por Alí que has de verla
Teñida en su sangre aleve,
Y en la tuya la tiñera;
Mas soy hombre, y mujer eres.
Por Mahoma, que estoy loco,
Mi sangre en las venas hierve,
La paciencia se me acaba,
Y mi juicio se pierde.
Pero no me tenga el mundo
Por el Aleayde de Velo,
Ni me favorezca el cielo,
Ni la tierra me conserve,
El mas cobarde me mate,
Sin que tenga quien me venga,
Si á esta ciudad, si á este infierno
Adonde mi honra muere,

No la escandalizo, y vengo
 Mis agravios con la muerte
 De ese Morillo cobarde,
 Quo es infame y se me atreve;
 A quien quitare la vida,
 Y mil vidas, si mil tiene.
 Resuelto estoy, Reduan,
 De vengarme, o de perderme;
 Que no noble si está ofendido,
 Fácilmente se resuelve.

XVI.

Al lado de Sarracins
 Xarife está en una zambra
 Hablando en su amor primero
 De que fué la secretaria.
 ¿Sois vos, le dice la Mora,
 Xarife aquel de Daraxa,
 Aquel de se templo, aquel
 Mostrano de perseverancia?
 Tres años ha, caballero,
 Que os llora, por muerto España;
 ¿Si muerto, como en el mundo?
 ¿Si vivo, como sin alma?
 El enamorado Moro
 Por satisfacer la Dama
 Ni en voz humilde ni altiva
 Así su lengua desata:
 El hilo de nuestras vidas

En mano está de las percas:
 Ellas le rompen y tuercen,
 Que fuerza de amor no basta.
 Si hubiera querido el cielo,
 Que para mas mal me guarda,
 Puerta han dado mis empresas
 A más de un morir de fama.
 Mas de una vez el Maestro
 Midió conmigo su lanza,
 Mas de un golpe de los suyos
 Guarda por blason mi adarga.
 En la traycion de Muley,
 Y en la libertad de Zayda
 Si no derramé la vida,
 Fué culpa de mi desgracia.
 Aunque fue (si bien se mide)
 Cosa por razon guiada,
 Que no es justo pueda el hierro,
 Lo que no puede la raba.
 Vi triunfar á mi enemigo
 De quien me venció sin armas,
 Yo el cuello puesto en cadena,
 El su frente coronada:
 Vi adornados sus trofeos
 De mil laureles y palmas,
 Y el ave de Ticio fiero
 Cebarse de mis entrañas.
 Entonces, entonces, muerte,
 A buena sazón llegaras,

Tuviera el sepulcro el cuerpo
Do tuvo su cielo el alma.
Muriera donde á lo meaos
Supiera el mundo la causa,
Donde mis placeres, donde
Murieron mis esperanzas.

XVII

Aquel valeroso Moro
Bravo de la quinta esfera,
Aquel nuevo Apolo en paces,
Y nuevo Marte en la guerra;
Aquel que dexó memoria
De mil hazanas diversas,
Antes de apuntarle el bozo,
Por punta de lanza hechas;
Aquel que es tal en el mundo
Por su esfuerzo y por su fuerza,
Que sus mismos cueningos
Le bendicen y le temblan;
Aquel por quien á la fama
Le importa que se prevenga
Para contar sus hazanas
De mas alas y mas lenguas;
Zulema el ún; el valiente
Hijo del insecto Zulema,
Que dexó en la gran Toledo
Fama y memoria perpetua;
No amando, sino galán,

Aunque

Aunque armado mas lo era,
Fue á ver en Avila un dia
Las fiestas como de fiesta.
En viéndole, la gran plaza
Toda se alegra y se altera,
Que en ver en fiestas al Moro
Les parece cosa nueva.
En los andamios Reales
Los Adalifes le ruegan,
Que se sienta, aunque se temea
Que á todas los escarezca.
Bendiciéndole mil veces
Su venida y su presencia,
Le dan las damas asiento
Dentro en sus entrañas mismas.
Pero al fin Zulema en medio
De los Alcaldes se sienta,
Que lo fueron por entónces
De la mayor fortaleza.
Quando mas breve que el viento,
Y mas veloz que cometa.
Del celebrado Xarama
Un toro en la plaza sueltan.
De aspecto bravo y feroz,
Vista enojosa y soberbia,
Aucha nariz, corto cuello,
Corno ofensible y piel negra.
Desocúpale la plaza
Toda la mas gente de ella,

Tomo II.

20

Solo algunos de á caballo,
 Aunque le temen, le esperan.
 Piensan hacer muerte en él,
 Mas fuertes la suya adversa,
 Pues siempre que el toro embate
 Los maltrata y atropella.
 No osan mirar á las damas
 De pura vergüenza de ellas,
 Aunque ellas tienen los ojos
 En otra fiera mas fiera.
 A Zulema miran todas,
 Y non disfrazada entre ellas,
 Que hace á todas la ventaja
 Que el sol claro á las estrellas,
 Le hizo senas con el alma,
 De quien son los ojos lengua,
 Que esquite aquellos azares
 Con alguna suerte buena.
 La suya bendice el Moro,
 Pues gusta de que se ofrezca
 Algo que á la bella Mora
 De sus deseos de muestra.
 Salta del andamio luego,
 Mas no salta, sino vuela;
 Que amor le prestó sus alas
 Como es suya aquesta empresa.
 Quando ve que á un hombre el toro
 Con pies y manos le huella,
 Y siendo sujeto al hombre

Agora al hombre sujetz.
 A pie se parte á librarle,
 Y aunque todos le vocean,
 No lo dexa porque sabe
 Que está su victoria cierta.
 Llega al toro cara á cara,
 Y con la indomable diestra
 Esgrime el agudo alfange
 Haciéndole mil ofensas.
 Retirase el toro atras,
 Librase el que estaba en tierra,
 Grita el pueblo, brama el toro,
 Vuelve á aguardarle Zulema.
 Otra vez vuelve á embestille,
 Y mejor que la primera
 Le acierta, y riega la plaza
 Con la sangre de sus venas.
 Brama, hufa, escarva, bucle,
 Anda al rededor, patea,
 Vuelve á mirar quien le ofende,
 Y de temelle da muestra.
 Tercera vez le acomete,
 Echando por boca y lengua
 Blanca y colorida espuma
 De corage y sangre bechia.
 Pero ya cansado el Moro
 De verle durar, le acieita
 Un golpe por do á la muerte
 Le abrió una anchurosa puerta.

Levanta la voz el vulgo,
 Caen el toro muerto en tierra,
 Envíale los mas fuertes,
 Bendicele las mas bellas.
 Con alrazos le reciben
 Los Azarques y Vanegas,
 Las damas le envían el alma
 A darle la calurabuena.
 La fama toca su trompa,
 Y rompiendo el ayre vuela,
 Apolo toma la pluma,
 Yo acabo, y su gloria empieza.

XVIII.

Ocho á ocho, diez á diez
 Sarracinos y Aliatares
 Juegan canas en Toledo
 Contra Alarifes y Azarques.
 Publicó fiestas el Rey
 Por las ya juradas paces
 De Zayde, Rey de Belchite,
 Y del Grausino Atarfe.
 Otros dicen que estas fiestas
 Sirviéron al Rey de achaques,
 Y que Zelindaxa ordena
 Sus fiestas y sus pesares.
 Entraron los Sarracinos
 En caballos alazanes,
 De naranjado y de verde,

Marlots y capellares.
 En las selargos traían
 Por empresas sus alfanges
 Hechos arcsos de Cupido,
 Y por letra: *Fargo y sangre.*
 Iguales en las parejas
 Les siguen los Aliatares
 Con encarnadas libreas
 Llenas de blancos follages.
 Llevan por divisa á un cielo
 Sobre los hombros de Atlante
 Y un mote que así decía,
Tendrélo hasta que me canse.
 Los Alarifes siguieron
 Muy costosos y galanos
 De encarnado y amarillo,
 Y por mangas olivazales.
 Era su divisa un nudo,
 Que le desliza un selargo,
 Y un mote sobre el houston,
 En que dice: *Pierzas volen.*
 Los ocho Azarques siguieron,
 Mas que todos arrojantes
 De azul, morado y pagano,
 Y unas hojas por plumages.
 Sacaron selargos verdes,
 Y un cielo azul en que se asen
 Dos manos, y el mote dice:
En lo verde todo cabe.

No pudo sufrir el Rey,
 Que á los ojos le mostrasen
 Burladas sus diligencias,
 Y su pensamiento en valde.
 Y mirando á la quadrilla,
 Le dixo á Selin su Alcayde,
 Aquel sol yo le pondré,
 Pues contra mis ojos sale.
 Azarque tira bohordos,
 Que se pierdan en el ayre,
 Sin que conozca la vista
 A do suben, ni á do caen.
 Como en ventanias comunes
 Las demas particulares,
 Sacan el cuerpo por verle
 Las de los andamios Reales:
 Si se alarga ó se retira,
 Del mitad del vulgo sale
 Un grito, Alá te guie,
 Y del Rey, un murra, dadle.
 Zelindaxa sin respeto
 Al pasar por rocielle,
 Un pomo de agua vertia,
 Y el Rey gritó paren, paren.
 Creyeron todos que el juego
 Paraba por ser ya tarde,
 Y repite el Rey zeloso:
 Prendan al traydor de Azarque.
 Las dos primeras quadrillas

Dexando cañas á parte,
 Fiden lanzas, y ligeros
 A prender al Moro salen,
 Que no hay quien baste
 Contra la voluntad de un Rey amante.

Las otras dos resistian
 Si no les dixera Azarque;
 Aunque amor no guarda leyes,
 Hoy es justo que las guarde.
 Riudan lanzas mis amigos,
 Mis contrarios lanzas alean,
 Y con lástima y victoria
 Lloren unos, y otros callen:
 Que no hay quien baste
 Contra la voluntad de un Rey amante.

Prendiéron al fin el Moro,
 Y el vulgo para libralle
 En acuerdos diferentes
 Se divide y se reparte;
 Mas como falta caudillo,
 Que los incite y los llame,
 Se deshacen los corrillos
 Y su motin se deshace:
 Que no hay quien baste
 Contra la voluntad de un Rey amante.

Sola Zelindaxa grita,
 Libradle, Moros, libradle,
 Y de su balcon quieria

Arrojarse por librarse.
 Su madre se abraza de ella,
 Diciendo, loca ¿que haces?
 Muere sin dárlo á entender,
 Pues por tu desdicha sabes,
 Que no hay quien baste
 Contra la voluntad de un Rey amante.

Llegó un recado del Rey,
 En que manda, que senale
 Una casa de su deudos,
 Y que la tenga por cárcel.
 Dixo Zelindara, digan
 Al Rey que por no trocarne,
 Escogo para prision
 La memoria de mi Azarne,
 Y habrá quien baste
 Contra la voluntad de un Rey amante.

PARTE II.

ROMANCES PASTORILES.

I.

EL tronco de ovas vestido
 De un álamo verde y blanco
 Entre espadañas y juncos
 Bañaba el agua del Tajo,
 Y las puntas de su altura
 Del ardiente sol los rayos,
 Y todo el arbol dos vides,
 Entre racimos y lizas:
 Al son del agua y las ramas
 Heria el céfiro manso
 En las plateadas hojas
 Tronco, punta, vides y árbol.
 Este con llorosos ojos
 Mirando estaba Belardo,
 Porque fué un tiempo su gloria
 Como ahora es su cuidado.
 Vió de dos tórtolas bellas
 Tejido un nido en lo alto,
 Y que con arrullos runcos
 Los picos se están besando.
 Tomó una piedra el pastor,

Arrojarse por librarse.
 Su madre se abraza de ella,
 Diciendo, loca ¿que haces?
 Muere sin dárlo á entender,
 Pues por tu desdicha sabes,
 Que no hay quien baste
 Contra la voluntad de un Rey amante.

Llegó un recado del Rey,
 En que manda, que senale
 Una casa de su deudos,
 Y que la tenga por cárcel.
 Dixo Zelindara, digan
 Al Rey que por no trocarne,
 Escogo para prision
 La memoria de mi Azarne,
 Y habrá quien baste
 Contra la voluntad de un Rey amante.

PARTE II.

ROMANCES PASTORILES.

I.

EL tronco de ovas vestido
 De un álamo verde y blanco
 Entre espadañas y juncos
 Bañaba el agua del Tajo,
 Y las puntas de su altura
 Del ardiente sol los rayos,
 Y todo el arbol dos vides,
 Entre racimos y lizas:
 Al son del agua y las ramas
 Heria el céfiro manso
 En las plateadas hojas
 Tronco, punta, vides y árbol.
 Este con llorosos ojos
 Mirando estaba Belardo,
 Porque fué un tiempo su gloria
 Como ahora es su cuidado.
 Vió de dos tórtolas bellas
 Tejido un nido en lo alto,
 Y que con arrullos runcos
 Los picos se están besando.
 Tomó una piedra el pastor,

Y esparció en el ayre vano
Ramas, tórtulas y nido,
Diciendo alegre y ufano:

Dexad la dulce acogida
Que la que el amor le dió
Envidia me la quitó,
Y envidia os quita la vida.
Pierdase vuestra amistad
Pues que se perdió la mía,
Que no ha de haber compañía
Donde está mi soledad.

Esto diciendo el pastor,
Desde el tronco está mirando
Adonde irán á parar
Los amantes desdichados.
Y vió, que en un verde pino
Otra vez se esta besando;
Admiróse y prouiguió
Olvidado de su llanto:

Voluntades que avasallas,
Amor, con tu fuerza y arte
¿Quien habrá que las aparte
Si apartallas es juntallas?
Pues que del nido os eché,
Y ya tenéis compañía,
Quiero esperar que algun día
Con Filis me juntaré.

II.

De las africanas playas
Alejado de sus huertas
Mira el forzado hortelano
De España las altas tierras.
Mira las golosas cabras
En las peladas laderas,
Que apenas se determinan
Si son cabras ó son peñas.
Tiende la envidiosa vista
Por las abundosas vegas
Y cemarcanas cabanas,
Que casi á la par humean.
Miraba por Gibraltar
Las heladas rocas yertas
Azotadas de las ondas,
Y arrancadas de la arena.
Mira el estrecho cubierto,
Y las hervientes arenas,
Que le parece que bramán,
Y por mil partes resuenan.
O sagrado mar, le dice,
Haz con mis suspiros treguas;
Perdona si ellos ó el viento,
Son causa de tu tormenta.
Pasa en esotra playa;
Que si en ella me presentas,
Te ofreceré un blanco toro
El mejor de mis dehesas.

No quiero que mis deseos
 Vayan á terras agenas ;
 Da vida á un nuevo Leandro,
 Que en tus manos se encomienda.
 Esto diciendo el forzado,
 En las blandas ondas se echó
 Con los brazos á remar,
 Hicende, rompe, rasga y huella.
 Mas allá á la media noche
 Quando los miembros le aquejan
 Temeroso de su dano
 Habló así á las ondas fieras :
 Queridas y amadas ondas,
 Pues determinas que muera,
 Dexadme salir amigas,
 Que yo os pagaré esta deuda.
 Fuese el viento favorable,
 Oyó fortuna sus quejas,
 Y á nacer el rubio sol,
 Hizó pie sobre la arena.
 Dió gracias al mar piadoso,
 Al viento, norte y estrellas,
 Y con ceremonia humilde
 Besó y adoró la tierra.

III.

Al dulce y sabroso canto
 De las aves placenteras,
 Ya recandaba la aurora

La

La oscura nube desierta,
 Quando un pastor desdichado
 De ningun sueño recuerda,
 Porque quien cuidados tiene,
 ¿ Como es posible que duerma ?
 Y por hacer compañía
 A las aves que se quejan
 De algun agravio de amor,
 Así tambien se querella :
 Ingrato amor, Silvia ingrata,
 Ciego amor, hermosa fiera
 Mas que las selvas doblada,
 Y mas que las selvas bella ;
 Quien te dió de Silvia el nombre
 Bien dixo ; pues que las selva
 Las fieras bestias produce,
 Osos y tigres alberga.
 Tú dentro tu pecio hermozo
 Desdeñ y crueldad encierra,
 Fieras mas duras y esquivas
 Que tigres y que otras fieras.
 Pues estas suelen moverse
 A mansedumbre y clemencia,
 Mas á tu rigor no pueden
 Vencer mis dones y ofertas.
 Triste ! que quando te envío
 Flores hermosas y nuevas,
 Tú las desdeñas quizá
 Porque en ti las hay mas bellas.

Tomo II.

21

Y el escogidas manzanas
Te llevo, tú la desechas,
Quizá porque mas hermosas
Las de tu seno se muestran.
Triste! que quando te ofrezco
La dulce miel la desprecias,
Quizá por ser mas sabrosa
La que tus labios encierran;
Pero si no puedo darte
Otros dones de mas cuenta,
Y aquestos en tí se hallan
Con mas dulzura y belleza;
A mi mesmo te he entregado,
Y aun este don menosprecias,
Que en otro tiempo estimaste,
Mas al fin todo se trueca:
Con esto acabó el pastor,
Para no acabar sus quejas,
Hasta que acabe la vida,
O la razon que hay en ellas.

IV.

Presta la venda que tienes,
Amor, á la bella niña
Para que cubra los ojos,
Con que da muerte y da vida.
Los mas libres ecraciones
Prende con sola una vista,
Los mas soberbios sujeta,

Y los mas firmes derriba.
Y aunque muriendo viva,
Goza de gloria el alma que cautiva.
Si no quieres de tus flechas
Gozar solas las cenizas,
Y que de tus tiernos brazos
Te quite el arco y se rinda,
Déxale la venda y huye,
De ella te oculta y te libra;
Que no hay quien hay se le escape
De quantos sus ojos miran.
Y aunque muriendo, etc.
No hay zagal en el aldea
De noble ó de baxa estima
Que la señal de su hierro
No trayga en su rostro escrita.
De lo que las almas sufren
Salen al rostro las pintas,
Y por los ojos descubre
Lo que los suyos lastiman,
Y aunque muriendo, etc.

V.

En tanto que la tormenta
Del airado mar se amansa,
Y que se enxagan las redes
Y mi barquilla descansa;
Al son de las olas fieras,
Que en estas peñas desbravan,

A cuyos golpes se mueven
 Mas que á mis males mi ingrata;
 Quiero hacer un discurso
 De mi vida lastimada,
 Y cantar con voz de cisne,
 Si es verdad que el cisne canta.
 Agora pises la arena,
 Sábrega y hermosa Glauca,
 Desdenando la tormenta
 Como desdeñas mi alma;
 Agora con tus amigos
 Sobre las redes sentada
 Cuentas de los pescadores
 Las enamoradas ansias;
 Escucha las que padezco,
 Hermosa ingrata, á tu causa,
 Que bastarán á absolverte
 A no ser de piedra helada.
 Apenas supo la lengua
 Articular las palabras
 Quando sembré por el ayre
 Mis quejas y tu alabanza.
 Y tú sabes bien que apenas
 Eché las redes al agua,
 Quando me enredé en tus hebras
 Que son redes de esta playa.
 Crecieron en mí los años,
 Y cubrieron las desgracias
 Al peso de mis desdichas

Que fueron siempre pesadas.
 Nunca las puertas de Oriente
 Abrió tan hermosa el alba
 Quando saca de alelíes
 Las bellas sienes ornada,
 Que á los ojos de tu Albano
 No le hicieses tú ventaja
 Con salir ella á dar luz,
 Y tú á lastimar entrañas:
 Ni jamás llegó la noche
 Envuelta en sus negras alas,
 Que de mis llorosos ojos
 No quedases obligada.
 Para obligarte á querer,
 Mil exemplos hay que bastan,
 No solo en los pescadores,
 Mas en las silvestres plantas.
 El mirto quiere á la oliva,
 Y la palma ama á la palma,
 La vedra y la vid al olmo
 Con tiernos brazos le abrazan.
 Solo tú, homicida mía,
 Que tienes de roca el alma,
 A los golpes amorosos
 Ni te humillas ni te alandias;
 No hay piedra en estas riberas
 En cuyas duras entrañas
 No estén por mi mismo escritos
 Los nombres de Albano y Glauca.

No hay piedra en ella tan dura
 Como tu condicion brava,
 Pues me dan el acogida
 Que en tus entrañas me falta.
 Desterráronme desdichas,
 Que siempre son mis contrarias,
 Cadenas cñen el cuerpo,
 Y tus desdenes el alma.
 En la fe que te tenia
 He vivido sin quebralla,
 Que no desatan prisiones
 Los nudos que atan el alma.
 Pero si aquí me anabaren
 Mis ausencias y tu sana
 Dexando á mis enemigos
 En las manos la venganza;
 A tí, desdeñosa mía,
 Quiero suplicar que vayas
 A hallarte en mis exéquias,
 Pues de ellas fuiste la causa.
 Y con un suspiro mudo,
 Con una lágrima falsa
 Sobre el helado sepulcro
 Honras la ceniza helada.
 Esto está diciendo Albano
 En tanto que el mar se anansa,
 Que con enrizado cerro
 Las estrellas amenaza.

VI.

Por un dichoso favor,
 Que ayer me atrevi á pedir,
 De zelos me hacen morir
 Estando muerto de amor.

Vivis tan avaricento
 Mi deseo que buscaba
 Quando en un contento estaba
 Otro segundo contento :

Entendíeronme el humor,
 Y porque aprenda á pedir,
 De zelos me hacen morir
 Estando muerto de amor.

Esto cantaba Riselo
 Despues de haber escuchado
 Las quejas de un ruiseñor
 Que llora y está cantando.
 Maldice sus pensamientos
 Porque voláron tan alto,
 Maldice memorias tristes
 Nacidas de agravios caros :
 Maldice el verde lanrel
 Que en aquel siglo dorado
 Cñó sus dichosas sienes
 Riberas del Tormes claro :
 Maldice la grama verde
 Que paciera su ganado,

Maldice el cencerro nuevo
De su conocimiento mudo.
Maldice una cordruela
A quien ha querido tanto
Que la crió en su zurron
Lleván sola siempre en brazos:
Y maldice á quien zamase
Favor alguno ne gado,
Que si amor anda desgado
Es porque el vestido ha dado.
Por su Narcisa lo dice,
Que en la villa y en el Prado
Por tasa le da los gustos,
Y los zelos no tasados.
Fuése trax esto el pastor
Huyendo de su cuidado,
Pero largo le alcanzó,
Y volvió á pensar doblado.

VII.

Por los jardines de Chipre
Andaba el niño Cupido
Entre las rosas y flores
Jugando con otros niños:
Qual trepa por algún sauce
Presumiendo buscar nidos,
Qual cogiendo el fresco viento
Por coger los paxarillos,
Qual hace jaulas de juncas,
Qual hace palacios ricos
En los huecos de los fresnos

Y troncos de los oliuos.
Quando cubiertas de abejas
Halló el travieso Cupido
Dos colmenas en un roble
Con mil panales nativos.
Metió la mano el primero
Llamando á los otros niños,
Picóle en ella una abeja,
Y sacóla dando gritos.
Huyen los niños medrosos,
El rapaz pierde el sentido,
Vate corriendo á su madre
A quien lastimado dixo:
Madre mia, una avecita
Que casi no tiene pico,
Me ha dado mayor dolor
Que pudiera un basilisco.
La madre que lo conoce
Vengada de verle herido
De quando la hirió de amores
De Adónis, que tanto quiso;
Medio riendo le dice:
De poco te admiras, hijo,
Siendo tú y esa avecita
Semjantes en el pico.

VIII.

Noche templada y serena,
Que como madre piadosa
Das á mis quejas silencio,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

ALFONSO REYES

Edic. 1895 MONTREY, CALIF.

Entre los vivos tú sola;
Oye despacio y no temas;
Pues no ménos que tu sombra
Revelan mis ojos tristes
La venida de la aurora.
En tanto que á estas murallas,
Do mi enemiga reposa,
Dan asalto mis suspiros
Y combaten mis congojas.
¡Cuitado del que llora
A lenguas mudas, y á paredes sordas!

No duermas, fiera enemiga,
Segura de tu victoria,
Que no hay victoria segura
Donde hay fortuna dudosa.
No soy tan flaco contratio
Que mi razon mucha ó poca,
A contrastar no bastara
La tigre mas espantosa.
¡Cuitado del que llora, etc.

Goza, cruel, tu sosiego,
Que esta mi voz leuerosa
Puedo te ofende en quejarse
Si con su daño te gozas.
Den voces por mi las piedras,
Llamándote rigurosa,
Que si de serlo te precias,
Tus enemigos te honran:

Y si por yerro me vieres,
Haz que de verme te asombres,
Que si el pecado es cobarde
Con razon vives medrosa.
¡Cuitado del que llora
A lenguas mudas, y á paredes sordas!

IX.

Apolo con su laurel,
Y el Dios Marte con su roble
Corona de plumas y armas,
De sabios y fuertes hombres,
La memoria de su padre
Tan glorioso entre españoles,
Y la fama que le espera
Con sus eternos loores,
Todos llaman á la guerra
A Lisardo, ilustre jóven,
Que está durmiendo seguro
Sobre la yerba de un bosque.
A la guerra, dice el rio,
Que junto á sus plantas corre;
Las aves sobre los sauces,
Los ganados en los montes.
Parece que todos juntos
Al son de los atambores,
Dicen á la guerra, guerra,
A la guerra, mozo noble,
Despierta metiendo mano,

Ya voy, ya parto, responde:
 Y encontró que era cayado
 Lo que imaginaba estoque.
 No importa, dice el mancocho,
 Que aqueste pellico pobre
 Biberas del Tajo tiene
 Espadas para los hombros.
 Sobre tu vega famosa
 Tengo yo famosas torres,
 Envidiadas por ventura
 De los que mandan las Cortes.
 Adonde las voces suezan,
 A canjuzar se dispone:
 Quando sienten que le tiran
 Llamándolo por su nombre.
 Volvió los ojos arredos,
 Y vió los de Alcida, donde
 Llorando perlas, hacia
 Oriente la tierra entónces.
 ¿A donde te vas sin mí,
 O capitán de traydores?
 Pero Lésardo te dice:
 No te lastimes, amores;
 Que voy a ver una garza,
 Que volaba, y despertóme.
 Pues llévame allá contigo,
 Primero que se remonte;
 Que yo te tendré la flecha,
 Mientras tú la cuerda pones.

Quemarás

Quemarás el sol, mis ojos,
 Envidioso de tus toles;
 Por detenerle, las zarzas
 Herirán tus pies si corres.
 No importa, le dice Alcida,
 Porque ya el sol me conoce;
 Y tú me tienes decir,
 Que quando me ve, se esconde.
 Y otra vez me aseguraste
 Huyendo tus ocasiones,
 Que á las zarzas, por dó iba,
 Mudaban mis pies en flores.
 Mas Lisardo le replica:
 A la guerra voy, amores,
 Apolo, Marte, y la Fama
 Me llaman, que bien los oyes.
 Alcida entónces turbada
 Su rubio cabello rompe,
 Diciendo, enemigo mío,
 Allá voyas, y no tornes.
 Mas vete en paz á tu guerra,
 Que á buen seguro te acoges,
 En llevar el alma mía.
 Por defensa de los galpés.
 Mal podrán mis tiempos años
 Detener tus pies veloces,
 Y más si llevan en ellos
 Mis otras y mis razones.
 Llegó Belardo en aquesto,

Tomo II.

22

Y con algunos pastores
Sobre el pellico de seda
Le vistieron armas dobles.

X.

Una estatua de Cupido,
Que al templo de unos pastores
De dios de amor le servia,
Siendo dios de sinrazones;
Colgaba el pastor Belardo
De la alta rama de un roble,
Que quiere, que lleve el fruto
A su dureza conforme.
Descimándose la honda,
De un arroyo piedras toge,
Y resonando los valles,
La dorada imagen rompe,
Abi te quedarás, le dice,
Persecucion de los hombres,
Maestro de hacer agravios,
Inventor de trayciones,
Aspid fiero que se cria
Dentro de los corazones,
Que su propio sangre bebe,
Y de sus entrañas come,
Locura en que dan las almas,
Alegre mal y bien pobre,
Enfermedad sin remedio,
Que con él se aumenta al doble,

Padre de zelos y olvido,
Ladron de puertas y torres,
Afrentador de linages,
Ingeniero de traydores.
Mejor estarás ahí,
Donde te echen maldiciones,
Que no en los sacros palacios
Adonde necios te adoren.
La estatua solo te afrento
Por si á los cielos te acoges,
Para que viéndote infame,
De allá te arrojen los dioses.
En esto vió que baxaban
Al valle algunos pastores,
Y contándoles el caso
Les ruego que le perdonen.
Por mi parte, dixo Albanio,
No hayas miedo que me enoje,
Que allá me tiene diez años
De mi vida los mejores.
Sinrazon es, dixo Alcino,
Que entonces amaba á Flóris,
Sacar al dios de su templo,
Y deshonoralle en el monte.
El amor en si no es malo,
Mire el hombre lo que escoge;
Que si sus ojos le engañan,
Es justo que ellos le floren.
Mientras ellos argüían,

Se fué acercando la noche,
 Y Filis con otras damas
 Baxó de secreto al bosque.
 Llegó piadoso á Cupido,
 Y de la rama quitóle,
 Como aquella que tenia
 Mayores obligaciones.
 Que no es bien, dixo llorando,
 Que por un villano torpe
 Un dios tan bello se afrente,
 Y que de infame le noten.
 Este hizo á mi hermosura
 Celebrada en todo el orbe,
 Y que ya en mi edad postrera
 Descanso y oro me sobre.
 Con esto muy triste Filis
 De la rama desatóle,
 Haciéndole sepultura
 Entre jasmínes y flores.

XI.

Continuacion del anterior.

¿Quando cesarán las iras
 De tus injustos desdenes,
 Cobarde enemiga mia,
 Que no perdona y puedes?
 Yo canfles a que vençote:
 ¿Que Alcides pierdas que vences
 Dijo á un hombre que te llama,

Siendo flaca, muger fuerte?
 ¿Quando riberas del Tago
 Miraré del sol la frente,
 Sin que me quejas tu lumbre
 Porque de mí no te vengas?
 Cansada tengo la noche
 De llamarla para verte,
 La ventura de escularme,
 Y la luna de esconderse
 Yo que no me contentaba
 Con tus brazos muchas veces,
 Ya me consuelo, enemiga,
 Con ver tu calle, y volverme.
 Los hierros de tu ventana
 Quiere amor que alore y llore,
 A devocion de tu alma
 De queisa se dureza aprenden.
 ¡O larga desdicha mia!
 Mas unes raton que me queje,
 Bien es yerro que te alore,
 Quien anduvo errado siempre.
 Estas piedras son testigos,
 De que cubierto de nieve
 Me hallo mil veces el sol,
 Antes que el tuyo saliese.
 Y agora por no aguardar
 A que tu nieve me queime,
 Paso el puerto temeroso
 De que á tu puerta me quede.

Para que no me conozcan
 Has mudado las paredes,
 De quien era yedra amada,
 Mientras estabas ausente.
 Quizá porque escrito estaba
 El nombre que tú aborreces;
 Que lo borrado en el alma,
 En las paredes ofende.
 Cuando, ingrata, me querias
 No habia quien no truxese
 Los dos nombres en la boca,
 Que ahora enfadan la gente.
 Y así enfada el tiempo mismo,
 De que no puede vencerme,
 Aunque yo lo canto, y digo,
 Que tú hermosura me vengas:
 Que mientras fueres hermosa,
 No dexaré de quererte,
 Y seráslo siempre, ingrata.
 Porque pene eternamente.
 Vengaste tu estatua, amor,
 Afloxa el cordel, no aprietes
 Ofensor miá e del alma,
 Dexa el cuerpo que no siente.
 Tu estatua colgá de un roblo:
 Todo se sufre á quien pierde;
 Viva Filis, venció Filis,
 Vive amor, Belardo muere.
 Con esto orilla del Tóruca

Sus aguas llorando crece
 El mas verdadero amante,
 Y el mas agraviado siempre.

XII.

Quando las sagradas aguas
 Del ancho y sagrado Bétis
 Con la multitud de barcos
 Con dificultad parecen;
 Quando entoldadas las popas
 De juncia y de ramas verdes
 En el agua escaramuzan
 A pesar de sus corrientes;
 Quando mil alegres cantos,
 Que los sentidos suspenden,
 Interrumpen á los vientos
 Y enamoran á los peces;
 Quando en las torres mas altas
 Mil luminarias parecen,
 Y qual veloces cometas
 Atraviesan los cohetes;
 Entonces, mi Jacinto, amor me tiene
 Sin tí, sin mí, sin libertad, sin verte.
 Envidiosos de mí bien
 Fortuna y amor me tienen,
 El uno en prision el cuerpo,
 El otro el alma en sus redes.
 En vez del ligero barco
 Entoldado de laureles

Tengo un triste calabazo,
Do mis pensamientos remen;
El agua por do navega,
Es la que mis ojos vierten;
Que aunque à mi fuego no hasta
Basta para que me ardegne.
Y del implacable fuego,
Que en mis entrañas se enciende,
Qual los cohetes veloces
Salen suspiros ardientes.
Ecos de suspiros tristes
Son mis canciones alegres:
Tal estoy que quando el cielo
Su favor al mundo ofrece.
Futúnces, mi Jacinto, amor me tieno
Sin ti, sin mi, sin libertad, sin verte.

XIII.

Escóndete en tu cañizo,
Serrana, y cierra la puerta,
Que viene sin venda el ciego
Desde la Corte á la aldea.
Ningun Serrano se escapa,
Ni Serrana en toda ella,
Si el con la vista le alcanza,
Que no le hieran sus flechas;
Y en haciendo la presa,
El arco y alas bate con presteza.

No tiene fuerza el acero,
Ni aprovecha resistencia;
Que trae puntas de diamante,
Y en el arco cuerda nueva:
Y si una vez el te tiro,
Guárdate, Serrana bella,
Que en blanda cera conviérte
Pechos de bronce y de piedra:
Y en haciendo la presa, etc.

El mas bravo corazon
Con el mas humilde mezcla;
Y con bravo pecho abate
Las cerviciegas embustas.
Es cazador tan seguro,
Que quien mas huye su diestra,
Con mas presteza le alcanza,
Y mas presto de él se venga;
Y en haciendo la presa, etc.

Zagala, paguete el cielo,
Dixó la Serrana bella,
El ayiso, y entus comas
Dichoso suceso tengas.
Ya conoce aqueste pecho
Con tiempo sus fiasas tretas;
Mil veces mata con heridas,
Y entre las heridas mil veces:
Y en haciendo la presa, etc.

Del centro de mis cuidados
 Robó la mas rica prenda,
 Arrojada en el olvido
 Con guerra de falsas presas.
 Dentro en mil memorias vivas
 Están las conizas muertas;
 Paga al fin como traidor;
 Quitas le sirve poco medra;
 Y en haciendo la presa,
 El arco y ala bate con presteza.

XIV.

Peñas del Tajo deshechas
 Del curso eterno del agua,
 ¿Como el de los ojos míos
 Un pecho tierno no ahlanda?
 Bien parece que se rie
 Entre vosotros la ingrata,
 Que me ha desterrado el cuerpo,
 Y me ha perseguido el alma.
 Gozosa Filis se goza
 De quien me destruye y mata
 Como si el vencer un muerto
 Diese victoria tan alta.
 Humilde sufriendo estoy
 El cuchillo á la garganta,
 Y con ser sentencia injusta
 No le replico palabra.
 Mis agravios me dan voces,

Para que tome venganza;
 Yo scallos, con decirles
 Que poca vida me falta.
 Aconsejoles que sufran,
 Y respóndeme que osrran
 Si como ella tiene el pecho,
 Tuviera yo las entrañas.
 ¿A quien se humilla el leon?
 ¿Quien con ser fiera le agravia?
 Y á mi me mata de zelos
 Una muger enojada.

XV.

Quien dixese que la ausencia
 Causa olvido en quien bien ama,
 Mi firmeza lo desmiente,
 En quien verá que se engaña.
 Ausente en el Tajo vivo,
 Y allí me tiene mi alma
 En sus fértiles riberas
 La salobre Guadiana.
 Crecen mas con el ausencia
 Mi fuego y mi confianza;
 Que la memoria importuna
 Mas mi sentido levanta.
 Ayuda la soledad
 Entre estas sierras ingratas
 A mis voces y á mi llanto,
 A mis quejas y á mis ansias.

Solo con voz mentirosa
 Me responden y me engañan,
 Formada en boudes cavernas
 Y entre peñas erizadas.
 Si amor digo, amor responden,
 Si alma digo, dicen alma,
 Si Titi, responden Titi,
 Y a la llamo, la llaman.
 Ansuecérá tu sol,
 Hará mayo mi esperanza,
 A mis pradas ya sin flores,
 Y a mis agostadas amizas.
 Entónces los falsos etos,
 Y con ellos las montañas
 Callarán y serán mudos,
 O resemblerán si hablan.
 Virado entónces yo mis glorias
 En aquel día que aguardan,
 Por entre conchinas voces
 Daré la vuelta a mi patria.
 Rompiendo montes inciertos
 Dificultades contrarias,
 Iré a tus brazos, Señora,
 Por: con las alas no pisadas,
 Vendráste tú a mí corriendo
 De gaza y gitan benada,
 Mirarás firme mis ojos,
 Mirarás alegre a tu cara,
 Colgarás de mi cuello,

Pendez

Penderé de tu garganta,
 Harémos los dos alegres
 Una vida de dos almas.
 Así cantaba Menalio,
 Dándose triste esperanza,
 Respirando de sus penas,
 Porque quien llora descansa.

XVI.

Soledad que aflige tanto,
 ¿Que pecho habrá que te sufra?
 Libertad preciosa y cara,
 Mal haya quien no te busca.
 Por una parte paredes,
 Por otra rejas tan juntas,
 Que ni el sol por ellas entra,
 Ni las penetra la luna.
 En los balcones caudados,
 En las puertas llaves duras,
 Y dura la condicion,
 Que nos cierra y que nos culpa.
 El invierno en lo sombrío,
 En verano en las estufas,
 Medio encantados los ojos,
 Y la lengua casi muda,
 De pesares todo el año,
 De placer hora ninguna,
 Soledad que aflige tanto,
 ¿Que pecho habrá que te sufra?

Tomo II.

23

A los discretos nos niegan,
 Y quando necios nos buscan,
 Nos sacan á que nos muelan
 Con razones importunas.
 Eternos son nuestros males,
 Nuestros bienes de fortuna:
 Libertad preciosa y cara,
 Mal haya quien no te busca.
 Aquesto cantaban
 A sus almohadillas
 Dos niñas labrando
 Pechos de camisas.
 Cerrolas en madre,
 Fuese por la villa
 A dar parabienes,
 Y á consolar viudas.
 ¿Que ha visto en el tiempo,
 Dixo la mas chico,
 Señora, que tierra
 Lo que no solia?
 ¿Quien canta de noche?
 ¿Quien habla de dia?
 ¿Quien hay que nos lesa?
 ¿Quien que nosa escriba?
 Estrechura tansa
 Plegue á Dios nos sirva
 De que el sufrimiento
 Desespere aprisa.
 En corrillos andan

Todas las vecinas
 Sembrando sospechas,
 Cogiendo malicias.
 El gusto pasado
 Se trocó en acibar,
 La soltura en cárcel,
 En llanto la risa.
 A lo que es recato
 Llamarán casida,
 Que ha dado el honor
 Ligerza y altiva.
 Madre la mi madre,
 Miedo guarda viña,
 Mas hace quien ruega,
 Que no quien castiga.
 Si la planta nace
 De suyo torcida,
 Tarda la endereza
 Varas que la arriman.
 Escuchais consejos
 De dueñas valdías,
 Que en la Iglesia posan
 Cuentas y mentiras.
 Y sobre nosotras,
 Vuestros enemigas,
 Parecéis nublado,
 Que aturba y graniza.
 Yo de mi cosecha
 Me soy Testina,

Medrosa de engaños,
Y esperanzas tibias,
No echéis tantas llaves,
Porque no se diga,
Que no hay que fiar
De quien no se fia.

XVII.

Escuchad, las que de amor
La falsa ley adoráis,
Y veréis en mis desdichas
Su gloria y cielo infernal.
Mal digo, no me escuchéis,
Que si de vétras amais,
En amantes corazones
El desengaño es mortal.
Un basilisco adoré
Cárcel de mi libertad
Que mataba con los ojos,
Y daba vida en matar.
Enamoréme qual niña,
Supe como vieja amar,
Que amar sus iguales busca,
Y en las almas no hay edad.
Dile el alma de mi pecho
Lo mas que le pude dar,
Que el niño amor, como es dios,
Nunca menos que almas da,
Quiso me mas que á sus ojos,
Yo le gané en la mitad;

Mas si es igual el amor,
Nunca es la ventura igual.
Engañóme con palabras,
Que no faltarán jamas,
Mas quando se carga mucho,
Son fáciles de quebrar.
Dexóme como tirano,
A otra sirve, y quiere mas:
Las que amais, mirad si es pena,
Si acaso podeis mirar.
Dos años contentos estuve
Sin temor de aqueste afán,
Que quando se goza el bien,
Nunca se recuerda el mal.

XVIII.

Deten tu curso, fortuna,
De perseguirme te cansa,
Que para tan fieros golpes
Tan flaca fuerza no basta.
Mas si nací sin ventura,
Y sujeto á tus mudanzas,
Sin remedio á mis desdichas
Anda con su rueda varia.
Solo el tiempo me consuela,
Que tiene ligeras alas,
Y nada en él permanece,
Porque al fin todo se cansa.
Y así aunque me falta el bien,

No he perdido la esperanza ;
 Que el mal temprano ó tarde
 Por mas que me atormente, ha de acabarse.
 Corre, fortuna enemiga,
 De mis bienes descuidada,
 Sube á todos en tu cumbre,
 Y á mí hasta el centro me baxa.
 Triunfa á prisa de mis males,
 Ríete de mis desgracias,
 Emudece en mi provecho,
 Y para mi dano habla.
 Dame disgustos sin cuenta,
 Y ponme á los gustos tasa ;
 Que yo en el tiempo confío ;
 Y así, aunque el bien me falta,
 No he perdido del todo la esperanza.

Dicen que ve muchas penas,
 El que tiene vida larga ;
 Mas yo bien poco he vivido
 Y en tan poco he visto hartas.
 Nada sino penas tengo,
 Las glorias de mí se apartan,
 Halla en cosas ciertas dadas,
 Sonme las propias contrarias.
 Mas de la recia tormenta
 Solgo asido como á tabla,
 Del tiempo que es mi defensa,
 Porque al fin todo lo acaba.
 Y así, aunque el bien me falta,
 No he perdido, etc.

Tengo un noble pensamiento.
 Que me desfunde y me guarda ;
 Si me derriban desdichas
 En sus hambros me levanta.
 De ordinario está conmigo,
 Nunca de mí precho falta,
 Memorias tristes un cercan,
 Y él solo las desbarata.
 Alégrame en mis tristezas,
 Pero no lo estimo en nada,
 Sino que le ayude el tiempo,
 Porque al fin todo lo acaba,
 Y así, aunque el bien me falta,
 Y así, aunque el bien me falta, etc.

A orillas de Manzanáres
 Un auseate de su patria
 Esto á sa fortuna dice,
 Que con él ha sido avara.
 Y entre suspiros y quejas
 Se volvió á mirar el agua,
 Y cesando el llanto tierno
 Le dixo aquestas palabras:
 El curso llevas ligero,
 Corres aprisa, y no paras ;
 Pero acabarás el tiempo,
 Que el tiempo todo lo acaba.
 Y así, aunque el tiempo me falta,
 No he perdido del todo la esperanza :
 Que el mal temprano ó tarde
 Por mas que me atormente, ha de acaba-
 rarse.

XIX.

Enemiga de mis glorias,
 Hírtate de mis agravios,
 Que mas sufrimiento tengo,
 Que rigar tu pecho ingrato.
 Tu hermosura me ha vencido;
 Pero no tus desengaños.
 Que quanto mas me aborrecas
 Mas en tu yelo me abraso.
 ¿ Como puede ser posible
 En mi y en ti tal milagro,
 Que tú me mates el alma,
 Y que yo te adore tanto?
 Por ser de mí fe testigos
 Estas paredes de marmol,
 Ya con mi llanto deshechas.
 Solo con ellas descanso:
 Pero si viviste dentro
 Seránme testigos falsos,
 Que encantas con la belleza
 Como otro Orfeo cantando.
 Mi remedio está en la muerte,
 Pero mi vida en tus manos;
 Que porque jamas descansen
 Vive mi muerte à tu cargo.
 Pues no te cansa olvidarme,
 No puedo cansarme amando,
 Aborrécame riendo.

Que yo te amaré llorando,
 Y en esta eterna porfia
 Eternamente vivamos,
 Porque no triunfe la muerte
 De dos extremos tan altos.



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



PARTE III.

ROMANCES HEROYCOS.

Belleza de Elena.

Dexa una soberbia torre
De aquellas que al fuerte alcázar
De la inexpugnable Troya
Sirven de adorno y de guarda;
Los mas anochados varones
Sobre cuyos hombros carga
Todo el peso de la guerra
Que es mayor que el de las armas;
Estaban mirando un dia
Una reñida batalla
Que fuera del ancho muro
Troyanos y Griegos traban.
Ven que de una parte y otra
La tierra en su sangre bañan,
Y que alaridos y polvo
Hasta el cielo se levantan.
Que unos se encuentran furiosos
De tal suerte, que las astas

HEROYCOS.

271

En piezas al ayre suben,
Y ellos á la tierra baxan.
Que otros firmes en la silla
Ponen mano á las espadas,
Y dan y reciben golpes
Hasta dar tambien las almas:
Que los caballos sin durão
Relinchan, correa y saltan,
Y á muchos de los de á pie
Atropellan, hierren, matan:
Y que dentro en la ciudad
Las miserables Troyanas
Cuyos maridos pelean
En defensa de la patria,
Con ansia mortal se afligen
Rostro y cabellos maltratan,
Y los ojos en el cielo
Le piden justa venganza.
Hijas por sus padres lloran
Por sus hermanos y hermanas,
Cuyas lamentables voces
Lastiman duras entrañas.
Todo es confusion y estruendo,
Alaridos, golpes, rabia,
Al fin como en cruda guerra
Del tirano amor cansada.
Viendo tan triste tragedia
Los que tristes la miraban,
Y de ver bien fin teniendo

SUPERINTENDENCIA DE NUEVO LIBRO
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO BETES"

Madrid 18...

Poca ó ninguna esperanza;
 Bañan lágrimas sus ojos,
 El dolor su pecho rasga,
 Y á voces llaman la muerte
 Que los libre de ver tantas.
 Un rayo á Júpiter piden
 Contra la que ha sido causa
 De una guerra tan prolixa
 Por hermosa y por liviana.
 En esto vieron que Elena,
 Principio de estas desgracias,
 A la misma torre sube
 A ver los males que causa.
 Y viendo que su hermosura
 Es mas divina que humana
 Pues con ser tal la de Vénus,
 Le hace notable ventaja;
 Juzgándola poderosa
 Para rendir libres almas
 Sin que desden aproveche
 Ni otras preveniciones valgan;
 A una voz dicen llevados
 De una fuerza extraordinaria
 Que tiene en sí la belleza
 Contra quien fuerzas no bastan;
 ¡Dichoso el que en esta guerra
 Alcansa ventura tanta,
 Que por tu defensa muere
 Para que viva su fama!

Si yerros de amor nanidos
 Es justo el perdón que alcanzan,
 ¿Quién á París se le niega
 Siendo su ocasion tan alta?
 Grecia y Troya en esta empresa
 Ambas están disculpadas,
 Con razon te pide aquella,
 Y esta con razon te guarda:
 Los que teniéndote ausente
 Con injuriosas palabras
 De ti al cielo dimos quejas,
 Presente le damos gracias,
 No exyguimos de la tuya,
 Que si tanto nos levantas,
 Ni Marte podrá ofendernos
 Ni ser fortuna contraria.
 Diosa de hermosura, vive,
 Y con tu vista regala
 A este Troyano pueblo
 Que te defiende y te ampara.
 Esto diciendo, advirtieron
 Que el Rey Priamo los llama
 Para oír los no creídas
 Pronósticos de Casandra.

II.

Al Rey Rodrigo.

Quando las pintadas aves
 Mudan están, y la tierra

Atenta escucha los rios
 Que al mar su tributo llevan;
 Al escaso resplandor
 De qualquiera luciente estrella,
 Que en el medroso silencio
 Tristemente centellea;
 Teniendo por mas segura
 De trage humilde la muestra,
 Que la arcechada corona
 Ni la envidiada riqueza;
 Sin las insignias reales
 De la magestad soberbia,
 Que amor, y temor de muerte
 Junto á Guadalete dexa;
 Bien diferente de aquel,
 Que antes entró en la pelea
 Rico de joyas, que al Godo
 Dió la victoriosa diestra;
 Tintas en sangre las armas
 Suyas alguna y parte agena,
 Por mil partes abolladas,
 Y rotas algunas piezas;
 La cabeza sin almete,
 La cara de polvo llena,
 Imágen de su fortuna
 Que en polvo se ve deshecha;
 En Orella su caballo
 Tan cansado ya, que apenas
 Mueve el presuroso aliento,

Y á veces la tierra beba;
 Por los campos de Xeres,
 Gelboá florosa y nueva,
 Huyendo va el Rey Rodrigo
 Por montes, valles y sierras.
 Tristes representaciones
 Ante los ojos le vuelan,
 Hierre el temeroso oido
 Confuso estruendo de guerra.
 No sabe donde mirar,
 De todo teme y recela,
 Si al cielo, teme su furia,
 Porque hizo al cielo ofensa;
 Si á la tierra, ya no es aya,
 Que la que pisa es agena.
 ¿Pues que, si dentro en sí mismo
 Con sus memorias se encierra?
 Mayor campo de batalla
 Dentro el alma le apareja;
 Y entre sollozo y suspiros
 Así el Rey Godo se queja:
 ¡Desventurado Rodrigo!
 Si esto en otro tiempo hicieras,
 Y hubieras de tus deseos
 Al paso que agora llevas;
 Y á los asaltos de amor
 No mostraras la flaqueza,
 Tan indina de hombre Gudo,
 Y mas de Rey que gobierna,

Gozara su gloria España,
 Y aquella fuerte defensa,
 Que ya por el suelo yace,
 Y el color cambia á las yerbas.
 Amada enemiga mia,
 De España segunda Elena,
 ¡O si yo naciera ciego!
 ¡O tú sin beldad nacieras!
 Maldito sea el punto y hora
 Que al mundo me dió mi estrella,
 Pechos que me dieron leche
 Mejor sepulcro me dieran.
 Pagara á la tierra el censo,
 Y en su soledad durmiera
 Con los Cónsules y Reyes,
 O con los plebeyos de ella.
 Quitárale á la fortuna
 Carro en que triunfar pudiera,
 Y na Rodrigo para España
 Materia de tantas quejas.
 Traydor Conde Don Julian,
 Si uno solo es el que yerra,
 ¿Por que tan injustamente
 Hiciste comera la pena?
 No ofendí yo al Africano,
 ¿Por que Africano te venga?
 ¿Oh si este agudo puñal
 Hiciera tus falsas venas!
 Mas iba á decir Rodrigo;

Pero las palabras medias
 Las arrebató el enojo,
 Y entre los dientes las quiebra.
 Y diciendo á Dios España
 Que el Bárbaro señorea;
 Junto su Orelia querido
 La luz enemiga espera.

III.

Roldán, y Bernardo del Carpio.

El invencible Frances,
 Fuerte Senador Romano,
 Aquel que al bravo Agrican
 Le venció y tornó Christiano;
 Y ganó del fiero Almonte
 El rico cuerno preciado,
 Con que hizo desafíos,
 Que al mundo puso en espanto;
 Aquel que en Albraca solo
 Venció todo un campo armado
 Y nunca siendo vencido
 Venció las hadas y el hado;
 Qual suele mostrar mas luz
 La luz que se está acabando,
 Está en la guerra postrera
 Postrera fuerza mostrando.
 Y no le basta el orgullo,
 La buena espada y caballo,
 Que lo ha el Señor de Brava

Con el que nació en el Carpio
 El qual habiendo ya hecho
 De sangre Francesa un lago,
 Y que al fin de aquella empresa
 Estaba el Roldán gallardo;
 El gran sobrino de Alfonso
 Furioso hasta al de Carlos:
 Hállale en sangre teñido,
 Y él viene en ella bañado.
 Los mas bravos corazones
 Que humano pecho ha encerrado,
 Juntos á batalla vienen
 Con fuerza y ánimo osado.
 Para verla se suspende
 La del uno y otro campo,
 Entre la esperanza y miedo
 Los corazones temblando.
 El cielo que á Otilando espera,
 Fortuna que se ha cansado,
 Dan y quitan la victoria
 De un Francés á un Castellano.

IV.

Detente, buen mensajero:
 Qué Dios de peligros guarde,
 Si acaso eres Albanes
 Como lo muestra tu traje;
 Y dime de aquel tu dueño
 Que perdido en Roncesvalles,

Los Moros de Zaragoza
 Presentaron á Amurátes.
 ¿En que entretiene los dias
 De la mañana á la tarde?
 Aunque todo es de noche
 Para quien vive en la cárcel.
 Y dime, si está muy triste,
 Que no es posible que baste
 Su valor y su paciencia
 Para destierro tan grande.
 Y si es verdad, como dicen,
 Que libertad quieren darle,
 Para que vuelva otra vez
 A cautivar libertades.
 Que despues que aquí se trata
 Su libertad y rescate,
 Dos mil albas han salido,
 Y nunca la soya sale.
 No sé que tiene de bueno,
 Que en toda Alemania y Flandes
 No hay muger que no le adore,
 Ni hay hombre que no le alebe.
 Siendo su sangre tan buena,
 Que nadie iguala su sangre,
 Vale mas él por sí solo,
 Que por su nobleza vale.
 Yo soy á quien no conoce,
 Y quien de solo miralle
 Matar los toros un dia,
 No hay gusto que no me mate;

Y con saber que en viniendo
Ha de acabar de matarme,
Ruego á Dios que presto sea
Aunque él me remedie tarde.
Ese cautivo, Madama,
Que fué de los Doce Pares,
Le responde el mensajero,
Cerca está de rescatarse.
Brovas galas se aparejan
De vestidos y plumages,
Para de España salir
Y entrar en Francia galanes.
Pero no espero, Señora,
Vuestro remedio ni aun tarde,
Que aunque ahora libre el cuerpo,
Tiene el alma en otra parte.
Muchos tiempos ha que adora
A la hermosa Bradamante,
Tan justamente perdido,
Que llama gloria sus males.
La Francesa que esto oyó
Sin que mas razon aguarde,
Cerró la ventana, y fuése
Rompiendo á voces los ayres.

V.

Regalando el tierno vello
De la boca de Medoro,
La bella Angélica estaba
Sentada al trouco de un olmo.

Los bellos ojos le mira
Con los suyos piadosos,
Y con sus hermosas labios
Mide sus labios hermosos.
¡Ay Moro venturoso,
Que á todo el mundo tienes envidioso!

Convaleciente del cuerpo
Estaba el dichoso Moro,
Y tan enfermo del alma,
Que al cielo pide socorro.

Enternecida á las quejas
Angélica de Medoro,
Le cura con propia mano,
Y queda sano del todo.
¡Ay Moro venturoso,
Que á todo el mundo tienes envidioso!

A las quejas y dulzuras,
Que los dos se dicen solos,
Descubriendoles el eco
Orlando llegó furioso;

Y viendo á su yedra asida
Del mas despreciado tronco,
Pone mano á Durindana
Lleno de zelos y enojo.
¡Ay Moro venturoso,
Que á todo el mundo tienes envidioso!

VI

*Aquí gozaba Medoro
 De su bella desolata,
 A pesar del Painiño
 Y de las Maras de España:*
*Aquí sus hermanas brazos
 Como yedra que se enlaza,
 Colieron su cuello y pecho,
 Haciendo un cuerpo dos almas.*
 Estas palabras de fuego
 Escritas con una daga
 En el mármol de una puerta
 El Conde Orlando miraba;
 Y apenas leyó el renglon
 De las postreras palabras,
 Quando con voces de loco
 Echo mano á Durindana,
 Y dando sobre las letras
 Una y otra cuchillada,
 Con el encantado acero
 Piedras y centellas saltan.
 Que de palabras de amor
 No solamente en las almas,
 En las piedras entra el fuego,
 Y de ellas sale la llama.
 La columna dexa entera,
 Como lo está su esperanza,
 Que confiesa ser mas firme,

Que no el valor de sus armas.
 Entrando la casa adentro,
 Vió pintada en una quadra
 La amarilla y fiera muerte,
 Que á los pies de un niño estaba.
 Conoció que era el amor
 En las flechas y la aljaba,
 Y unas letras que salian
 De las manos de una dama.
 Lo que decian repite,
 Como quien no entiende nada,
 Que en males que vienen ciertos
 Es gloria engañar al alma.
 Los letras dicen: Medoro,
*El grande amor de tu esclava
 Ha de vencer á la muerte,
 Que aun muerta vive quien ama.*
 No tiene el Conde paciencia,
 Que alborotando la sala,
 Despellaza quanto mira,
 ; De amor injusta venganza!

VII

Don Pedro el Cruel.

A los pies de Don Henrique
 Yace muerto el Rey Don Pedro
 Mas que por su valentia
 Por voluntad de los cielos.
 Al envaynar el puñal

El pie le puso en el cuello ,
 Que aun alli no está seguro
 De aquel invencible cuerpo.
 Rimieronles dos hermanos
 Y de tal suerte rimieron ,
 Que fuera Caín el vivo
 A no haberlo sido el muerto.
 Los exércitos movidos
 A compasion y contento ,
 Mezclados unos con otros
 Cavan á ver el suceso.
 Y los de Henrique
 Cantan, repican y gritan,
 Viva Henrique.
 Y los de Pedro
 Clamorean , doblan , lloran
 Su Rey muerto.
 Unos dicen que fué justo ,
 Otros dicen que mal hecho ,
 Que no es Rey cruel , si nace
 En tiempo que importa serlo.
 Y que los yerros de amor
 Son tan dorados y bellos,
 Quanto la hermosa Padilla
 Ha quedado por exemplo.
 Que nadie verá sus ojos,
 Que no tenga el Rey por cuerdo,
 Mientras como otro Rodrigo
 No puso fuego á su Reyno.

Los que con ánimos viles
 O con lisonja ó por miedo
 Siendo del bando vencido,
 Al vencedor siguen luego;
 Valiente llaman á Henrique,
 Y á Pedro tirano y ciego ,
 Porque amistad y justicia
 Siempre mueren con el muerte.
 La tragedia del Maestre,
 La muerte del hijo tierno,
 La prision de Doña Blanca,
 Sirven de infame proceso.
 Algunos pocos leales
 Dan voces pidiendo al cielo ;
 Justicia pidiendo al Rey ,
 Y mientras que dicen esto ;
 Los de Henrique , etc.

Llora la hermosa Padilla
 El desdichado suceso
 Como esclava del Rey vivo ,
 Y como viuda del muerto.
 ¡ Ay Pedro ! que muerte infame
 Te han dado malos consejos ,
 Confianzas engañosas ,
 Y atrevidos pensamientos !
 Salió corriendo á la tienda ,
 Y vió con triste silencio
 Llevar cubierto su esposo
 De sangre y de paños negros.

Y que en otra parte á Henrique
 Le dan con aplauso el cetro ;
 Campanas tocan los unos,
 Y los otros instrumentos.
 Como acrecienta el dolor
 La envidia del bien ageno,
 Y el ver á los enemigos
 Con favorable suceso ;
 Así la triste Señora
 Llora y se deshace, viendo
 Cubierto á Pedro de sangre,
 Y á Henrique de oro cubierto.
 Echó al cabello la maso
 Sin tener culpa el cabello,
 Y mezclando perlas y oro,
 De oro y perlas cubió el cuello.
 Quiso decir, Pedro, á voces,
 Villanos, vive en mi pecho ;
 Mas poco la aprovechó ;
 Y mientras lo está diciendo ;
 Los de Henrique, etc.
 Rasgó las tocas, mostrando
 El blanco pecho encubierto,
 Como si fuera cristal
 Por donde se viera Pedro.
 Desmayóse ya vencida
 Del poderoso tormento,
 Cubriendo los bellos ojos,
 Muerte, amor, silencio y sueño.

Entre tanto el campo todo
 Aquí y allí van corriendo,
 Vencedores y vencidos,
 Soldados y caballeros,
 Y los de Henrique, etc.

VIII.

Desafío del Cid. ()*

Non es de senudos homés
 Ni de infanzones de pro
 Facer dennesto á un fidalgo,
 Que es tenido mas que vos.
 Non los fuertes barragants
 Del vuestro ardid tan feroz
 Prueban en homés ancianos
 El su juvenil furor.
 Non son buenas fechorias
 Que los homés de Leon
 Fieran en el rostro á un viejo,
 Y no el pecho á un infanzon.
 Cuidaras que era mi Padre
 Del laín Calvo sucesor,
 Y que no sufren los tuertos
 Los que han de buenos blaxos.
 ¿ Mas como vos atrevisteis

(*) Este y los siguientes están sacados del Romancero del Cid.

A un home, que solo Dios,
 Siendo yo su hijo, puede
 Facer aquesto, otro nou?
 La su noble faz niublásteis
 Con nube de deshonra,
 Mas yo desfaré la niebla
 Que es mi fuerza la del sol;
 Que la sangre despercude
 Mancha, que finca en la honor,
 Y ha de ser, si bica me lembro,
 Con sangre del malhechor.
 La vuestra, Conde tirano,
 Lo será, pues su furor
 Os movió á desaguizado
 Privándoos de razon,
 Mano en mi padre pusísteis
 Delante el Rey con furor,
 Cuidá que lo denodásteis,
 Y que soy su hijo yo.
 Mal fecho hicísteis, Conde,
 Yo vos reto de traydor,
 Y catad si vos atiendo;
 Si me causará pavor.
 Diego Lainéz me hizo
 Bien cendrado en su crisol;
 Yo probaré en vos mis fuerzas,
 Y en vuesa mala intencion
 No vos valdré el ardimiento
 De mañero lidiador;

Pues para me combatir
 Traygo mi espada y troton.
 Aquesto al Conde Lozano
 Dixo el buen Cid Caapedor,
 Que despues por sus lozańas
 Este nombre mereció
 Dióle la muerte y vengós,
 La cabeza le cortó,
 Y con ella ante su padre
 Conteito se affuvió.

IX.

Quejas de Doña Ximena.

Sentado está el Señor Rey
 En su silla de respaldo,
 De su gente mal regida
 Desavenencias juzgando:
 Dádivoso y justiciero
 Premia al bueno y pena al malo,
 Que castigos y mercedes
 Hacen seguros vasallos.
 Arrastrando luengos lutos
 Entraron treinta fidalgos,
 Escuderos de Ximena,
 Fija del Conde Lozano,
 Despachados los macecos,
 Quedó suspenso el palacio,
 Y así comenzó sus quejas

Humillada en sus estrados,
 Señor, hoy hace tres meses
 Que murió mi padre á manos
 De un muchacho, que las tuyas
 Para matador eridron.
 Quatro veces he venido
 A tus pies y todas quatro
 Alcançé prometimientos,
 Justicia jamas alcanço.
 Don Rodrigo de Viver
 Rapaz, orgulloso y vano
 Profana tus justas leyes,
 Y tú amparas un profano.
 Tú le celas, tú le encubres,
 Y despues de puesto en salvo,
 Castigas á tus Merinos,
 Porque no pueden prendallo.
 Si de Dios los buenos Reyes,
 La semejanza y el cargo,
 Representan en la tierra
 Con los humildes humanos;
 Non debiera de ser Rey
 Bien tenido, y bien amado,
 Quiso faller en la justicia
 Y esfuerza los descaçtas.
 Mal lo miras, mal lo piensas;
 Perdona si mal te fablo,
 Que la injuria en la muger
 Vuelve el respeto en agravio.

No haya mas, gentil doncella,
 Respondió el primer Fernando,
 Que ablandarab vuestras quejas
 Un pecho de acero y mármol.
 Si yo guardo á Don Rodrigo,
 Para vuestro bien le guardo,
 Tiempo vendrá que por él
 Convertais el gozo en llanto.
 En esto llega á la sala
 De Doña Urraca en recado,
 Ayiela del brazo el Rey,
 Donde está la Infanta estrárom.

X.

Contestacion entre el Cid, y el Abad Bermudo.

Fablando estava en el claustró
 De San Pedro de Cardena
 El buen Rey Alfonso al Cid
 Despues de Misa una fiesta:
 Trataban de las conquistas
 De las mal perdidas tierras
 Por peccados de Rodrigo,
 Que amor disculpa y condena.
 Propuso el buen Rey al Cid
 El ir á ganar á Cuentas;
 Y Rodrigo mesurado
 Le dice de esta manera:
 Nuevo sois, el Rey Alfonso,

Nuevo sois Rey en la tierra :
 Antes que á guerras vayades
 Sossegad las vuestas tierras.
 Muchos daños han venido
 Por los Reyes que se asentan,
 Y apénas han calentado
 La corona en la cabeza.
 Y vos no estais muy seguro
 De la calumnia propnesta
 De la muerte de Don Sancho
 Sobre Zamora la Vieja;
 Que aun hay sangre de Bellido,
 Algúer que en fidalgar venas,
 Y el que fizo aquel venablo,
 Si le pagan, hará treinta.
 Bermudo en lugar del Rey,
 Dice al Cid : si vos aquejan
 El cansancio de las lides,
 O el desno de Ximena,
 Id vos á Viyar, Rodrigo,
 Y dexadle al Rey la empresa,
 Que hombres tiene tan fidalgos,
 Que no volverán sin ella.
 ¿ Quien vos mete, dixo el Cid,
 En el Consejo de Guerra,
 Frayle honrado, á vos agora
 La vuesa cogulla puesta?
 Subid vos á la tribuna,
 Y rogad á Dios que vuezan,

Que non venciera Josué
 Si Moyses no lo ficiera.
 Llevad vos la capa al coro,
 Yu el prudon á las fronteras,
 Y el Rey sosiegne su casa
 Antes que busque la agena;
 Que no me farán cobarde,
 El mi amor y la mi queja,
 Que mas traygo siempre al lado
 A Tizona que á Ximena.
 Home soy, dixo Beraudo,
 Que antes que entrara en la Regla
 Si no venci Reyes Moros,
 Eugendré quien los venciera;
 Y agora en vez de cogulla
 Quando la ocasión se ofrezca
 Me calaré la celada
 Y pondré al caballo espuelas.
 Para fugir, dixo el Cid,
 Podrá ser, padre, que sea,
 Que mas de aceyte que sangre
 Manchado el hábito muestra.
 Callede, le dixo el Rey,
 En mal hora que no en buena.
 Acordarsevos debía
 De la jura y la balleta.
 Cosas tenedes el Cid,
 Que farán fallar las piedras,
 Pues por qualquier núeria

Faceis campaña la Iglesia,
 Passa el Conde de Oñate
 Que llevaba la su drena,
 Y el Rey por fierer mesura
 Acompaña a la puerta.

XI.

Reconocion de Alfonso VI. al Cel.

Si atendeis que de los brazos
 Vos alce atended primero,
 Si no es bien que con los míos
 Guide subires al cielo.
 Bien estais afinojada,
 Que es pavor veros enhiesto,
 Asiento es asar delido
 El suelo de los soberbios.
 Descubierta estais mejor,
 Despues que se han descubiertos
 De vuestras altaverias
 Los mal guisados sucesos.
 ¿En que os habeis empachado,
 Que desde el pasado invierno
 Non vos han visto en las Cortes,
 Puesto que Cortes se han fecho?
 ¿Por que, siendo Cortesano,
 Traxis la barba y cabello
 Descumpuesto y desviado
 Como los padres del yerno?

Pues aunque vos lo pregunto,
 Asaz que bien os entiendo,
 Bien conozco vuestras mañas
 Y el semblante salagüño
 Querris decir que cuidando
 En mis tierras y pettechos
 No cuidades de aliauyos
 La barba y cabello lanago.
 Al de Alcalá contrariasteis
 Mis treguas, paz y concierto,
 Bien como si el querer mio
 Tuviérades por mi vueso.
 A los fronterizos Moros
 Díz que tenéis por tan vuestos
 Que os adoran como a Dios;
 Grandes algos habeis dellos.
 Quando en mi jurá os hallasteis
 Despues del triste meses
 Del Rey Don Sancho mi hermano,
 Por Bellido, traydor muerto;
 Todos besaron mi mano
 Y por Rey me obedecieron;
 Solo vos me contrailasteis
 Tomándome juramento.
 En Santa Gadea lo fice
 Sobre los quatro Evangelios,
 En el ballestón donde,
 Teniendo el quadriño al pecho.
 Matárades a Bellido,

Si fierais como bueno,
 Que no ha faltado quien dixo
 Que invisteis asaz tiempo.
 Fasta el muro lo seguisteis,
 Y al entrar la puerta adeatro;
 Bien cerca estaba quien dixo,
 Que non ostateis de miedo.
 Y nunca fueron los mios
 Tan astutos y maneros,
 Que cuidasen que Don Sancho
 Muriese por mis consejos.
 Murio, porque á Dios le plugo,
 En su juicio secreto.
 Quizá porque de mi padre
 Quebrautó sus mandamientos.
 Por estas desaguisados
 Desavenencias y tuertos,
 Con título de enemigo
 De mis reynos vos destierro.
 Yo tendré vuestros Condados
 Fasta saber por entero
 Con acuerdo de los mios
 Si confiscárvoslos puedo.
 No repliquedes palabra;
 Que vos juro por San Pedro
 Y por San Millán bendito,
 Que vos enforcará luego.
 Estas palabras le dixo
 El Rey Don Alonso el sexto

Inducida

Inducido de traydores,
 Al Cid, honor de sus Reynos.

XII.

Respuesta del Cid.

Téngovos de replicar
 Y de contrallarvos tengo,
 Que no han pavor los valientes,
 Ni los non culpados miedo.
 Si finca muerta la honra
 A manos de los deavuestos,
 Menos mal será enforcarme
 Que el mal que me habedes fecho.
 Yo seré en tierra humildoso
 A guisa de vuestro siervo,
 Que teniendo los mis brazos
 Cuido alzarme sin los vuestros.
 Cúbranse, y non vos acaten
 Los ociosos falagueros,
 Que maguer yo no lo soy,
 Me puedo cubrir primero.
 Dos vegas habo Cortes,
 Desde antaño por invierno,
 Dix que por la piro común,
 O por los vuestros provechos.
 Vos en Leon las ficiesteis,
 Pero yo en los campos yermos,
 Haciendo las mizas, desfice

Tomo II.

26

Del contrario los pertrechos.
 Lo fecho en Alcalá vedes
 Non lo que fué primero,
 Y es mal jugador quien juzga,
 Sin notar todo el proceso.
 Folga que el Moro de aliende
 Respeto mis fechos buenos,
 Que si non me los respeta
 Non vos guardarán respeto.
 Assa me semejaís blando,
 Porque de tiempo tan luengo,
 De apretarvos en la jura
 Vos duele el escocimiento.
 Mentará el que me achacare
 Del traydor Dolfes el tuerto
 Que sabedes lo que fué,
 Y lo que no fué en el reto.
 Además, que sin espuelas
 Cabalgué entónces por yerro.
 Venen pesadas falsías
 Al noble y sencillo pecho:
 Y pues gasté mis haberes
 En prez del servicio vuestro,
 Y de lo que lubre ganado
 Vos fice Señor y dueño,
 Non me lo confiscarédes
 Vos ni vuestros compañeros,
 Que mal podrédes tollerlos.
 La facienda que no tengo.

De hoy mas seré facendoso
 Pues hoy de vos me destierro;
 Y de hoy para mi me gano
 Pues hoy para vos me pierdo.
 Estas palabras decía
 El noble Cid, respondiendo
 A las querellas injustas
 Del Rey Don Alfonso el sexto.

XIII.

Reconciliación del Rey con el Cid.

Cuñid los membrudos brazos
 Al cuello que bien os quiere,
 Por ser assa de tal dueño.
 Que el mundo otro par no tiene.
 No rehuysis de abrazarme,
 Que abrazos de hombre tan fuertes
 Desentollecen mis tierras
 Y las de Moros tollcean.
 Facedlo, que bien podeis,
 E cuidá no me mauchedes,
 Que sin finca en las vuestas armas
 La sangre Mora reciente.
 No atendid tuertos que os fice
 Pues tan buen premio merecen,
 Que no quise en mi servicio
 Home a quien le sirven Reyes.
 Si vos desterré, Rodrigo,

Fué porque á Moros que crecen,
 Desterreis sus fechorías
 Y las vuestras alto vuelen.
 No vos eché de mi Reyno
 Por falsos que vos mal quieren,
 Si por que en tierras agenas
 Por vos mi valor se muestre:
 De Albar Fañez vuestro primo
 Recibi vuestro presente,
 No en feudo vuestro, Rodrigo,
 Sino como de pariente.
 Las banderas que ganasteis
 A Sarraçenos de allende
 Por vuesa mandadería
 En San Pedro las veredes:
 La vuesa Ximena Gomez
 Que tanto vos quisio siempre,
 Por que la donaridé,
 Mil pleytos contra mi tiene.
 Non escuchéis sus querellas
 Quando á mi las enderece,
 Que á las fombas mas astutas
 Qualquier enojo las vence.
 Atended en su presencia,
 Que cuido que vos atiende
 Mas ganoza de vos ver,
 Que vos venides de verma,
 Que si malos consejeros
 Facen oficios que suelen,

En cambio de saludarme,
 Atendedes mi muerte.
 Non atendais, home bueno,
 Así os valga San Llorente,
 Y riñas, de por San Juan,
 Sean paz que dure siempre.
 Prended al cuello mis brazos
 Que vuestros brazos bien pueden
 Prender en paz vneso Rey,
 Pues en guerra cinco prenden.
 El Rey Don Alfonso el Sexto
 Le dice esto al Cid valiente,
 Que de lidiar con los Moros
 Victorioso á su Rey vuelve.

XIV.

Las hijas del Cid.

Al cielo piden justicia
 De los Condes de Carrion
 Ambos las filias del Cid
 Doña Elvira y Doña Sol.
 A sendos robos atadas
 Dan gritos que es compasion,
 Y no las responde nadie,
 Sino el eco de su voz.
 El menoscprecio y afrenta
 Sienten; que las llagas non;
 Que es dolor á par de muerte

26**

BIBLIOTECA DE BUENOS AIRES
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES" 4

Edn. 1888 IMPRIMERIA NAC.

En la muger un balden.
 Tal fuerza tienen contigo
 La verdad y la razon,
 Que hallan en los montes duros,
 Y en las fieras compasion,
 A los lamentos que hacen
 Por allí pasó un pastor,
 Por donde no puso pies
 Cosa humana si ahora no.
 Dáale voces que se acerque,
 Y él non osa de pavor;
 Que son lijos de inorancia
 El empacho y el temor.
 Por Dios te rogamos, home,
 Que llastas de nos compasion,
 Así tu ganado vaya
 Siempre de bien en mejor.
 Nunca le faltan las aguas
 En el estío y calor;
 Las yerbas no se le sequen
 Con la helada y con el sol.
 Tus tiernos byuelos veas
 Criados en bendicion,
 Y peynes tus blancas canas
 Sin dolencia y sin lesion,
 Que desates nuestras manos,
 Pues que las tuyas no son,
 Como las que nos aaron
 Con malicia y con traycion.

Ellas en estas palabras,
 Don Ordoño que llegó,
 En hábito de Bomero
 De órden del Cid su Señor,
 Piezamente las desata,
 Disimulando el dolor.
 Ellas que lo conocieron
 Juntas lo abrazan las dos.
 Llorando les dice, primas,
 Secretos del cirlo son,
 Cuya voz y cuya causa
 Está reservada a Dios:
 No tuvo la culpa el Cid,
 Que el Rey se lo aconsejó;
 Mas buen padre teneis, dueñas,
 Que vuelva por vuestro honor.

XV.

Querrilla del Cid contra las Condes.

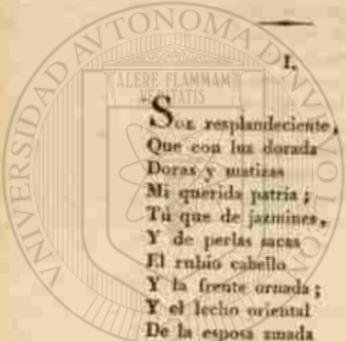
Años hace, Rey Alfonso,
 Que solo en vuestro servicio
 El arambre de Tizona
 Apenas lo he visto limpio,
 Y que mi pobre Ximena
 Nacida en contrario sino
 Fué por mi sola de padre,
 Como por vos de marido,
 Ella en mi ausencia ha llorado.

El medio lecho vacío,
 Mientras que yo derribaba
 Mil estandartes Moriscos.
 Testigos tengo presentes,
 Y vos Rey, sois buen testigo
 Que he atropellado mas lunas
 Que el sol ha durado siglos,
 Fuí en mi juvenil discurso
 Rayo en vuestros enemigos,
 Como agota son mis canas
 Terceros de mal nacidos.
 Todo lo gobierna el cielo
 Con su nivel y destino
 Desde la tierra á su altura
 Y desde el cielo á su abismo.
 Al pavon le dió sus pies,
 Al águila el rotho-pico,
 Y al leon la calcadura
 Porque estén menos altivos.
 Dos fillas tengo, Señor,
 Y porque robé al serviros
 El tiempo del engóndrarlas,
 Las engendré con delito
 Agraviar os las traydores,
 Y por haberse atrevido
 Aunque mi brazo padiera,
 Solo al suero lo reñito.
 Dos alevosos cobardes,
 Cuyos corazones tibios

Al temor hacen altares,
 Y le ofrecen sacrificios;
 Carrion les da tributo.
 Como la fama al olvido,
 Y como yo me querello
 De tal injuria ofendido.
 Levante vuestra justicia
 El peso con el cuchillo,
 Que aunque suyo sea el preso,
 El pesar ha de ser mio.
 Si la justicia en las armas
 Falló el natural abrigo,
 Ya sirvo yo con las mias;
 Faced justicia y castigo.

PARTE IV.

ROMANCES CORTOS Y LETRILLAS.



Sole resplandeciente,
 Que con luz dorada
 Doras y matizas
 Mi querida patria;
 Tú que de jazmines,
 Y de perlas sacas
 El rubio cabello
 Y la frente ornada;
 Y el lecho oriental
 De la esposa amada
 Dexas viudo y solo
 Lleno de esmeraldas;
 Pues ahora sales,
 Y dexas sus faldas
 Del precioso aljófar
 Que llora, hordadas;
 Y el concierto dulce
 De los que bien aman
 Alegre lo miras,

ROMANCES CORTOS Y LETRILLAS.

307

Y triste lo apartas;
 Las torres soberbias,
 Que ya fueron guardas
 De amorosos hurtos
 Victorioso asaltas;
 Y el lecho que tiene
 Dos cuerpos y una alma,
 Que tiempo los junta
 Y amor los enlaza;
 Tú rompes sus treguas
 Y escalas la casa,
 Quando las dos bocas
 Se beben las almas.
 Alegras el mundo,
 Y las aves cantau
 De tu luz divina
 Gloriosa alabanza.
 Los montes de yelo,
 Que al cielo se ensalzan
 En cristales puros,
 Te rinden sus parcas.
 Y con rayos de oro
 De las sierras altas
 Desnudas la nieve,
 Porque vean tu cara.
 Al pie de una de ellas
 Vive una Serrana
 Mas helada que ellas,
 Y que ellas mas alta.

En su blanco pecho
 Hay como en montaña
 Mármoles cubiertos
 De la nieve blanca.
 Cuidados produce,
 Libertades mata,
 Atropella glorias
 Y huella esperanzas.
 De verde vestida,
 De belleza armada,
 Persigue las fieras
 Y prende las almas.
 Así goces, sol,
 Del oro y la plata
 Que en las venas crias
 De la rica Arabia;
 Y el copioso censo
 Que la mar te paga
 De varias riquezas
 En sus conchas varias;
 Que si vieres hoy
 A mi amada ingrata,
 Tus rayos ardientes
 Su velo deshagan.
 Pero no podrá
 Tu fuego ablandarla,
 Porque con su furza
 Es la tuya fiera;
 Pues no han sido parte

Pasa

Para deshelarla
 De mi ardiente pecho
 Las ardientes llamas.

II.

Del tiempo infinito
 La imágen anciana
 Contempla Riselo,
 Y aquesto le canta.
 Oye mis desdichas,
 Inventor de usanzas
 Que lo crias todo,
 Y todo lo acabas.
 De tus alas libres
 Pinceles se sacan
 Para el desengaño
 Que es pintor de faltas.
 Tu guardañña añas
 Entre las pizarras
 De nuestros descuidos
 Y de sus mudanzas.
 Y luego con ella
 Tan sin dardo talas
 Árboles humildes,
 Como olivas palmás.
 Fugitivas sombras
 De pajas señalas
 Las noches que olvidas,

Tomo II.

27

Los días que gastas.
 A la muerte entregas
 Las desdichas largas,
 Quando el curso tuyo
 No pudo estorbarlas.
 Por los males nuestros
 Vagoroso pasas,
 Por el bien apenas
 El ayre te alcanza.
 Del Indio remoto
 Margaritas cotas
 Guerao tus sienes,
 Lucieran tus alas:
 Los metales ricos
 Te dieran medallas,
 Los pobres comunes
 Eternas estatuas;
 En tus aras vieras
 Las jamas halladas
 Preñeces ocultas
 Y partos de Arabia;
 El colmado cuerno
 De sus abundancias,
 FAVOR de la tierra
 Tesoro del agua,
 Venerablemente
 Amaltea sacra.
 Por mí le vertiera
 En tus nobles canas;

Con tal que tu industria
 Le diese á mi alma
 Soltura en mi pecho,
 Prision en quien ama.
 Para el pensamiento
 No te pido nada,
 Que yo le castigo
 Si no me regala.
 No será posible
 Tiempo que me valgas,
 Duros son mis yerros
 Mas que tu guadaña.
 Si la vida sobra,
 Si la muerte falta,
 Si penas consuelan,
 Si consuelos cansan;
 Que me otorgues quiero
 Tus horas menguadas,
 Y que de mi vida
 Volando te vayas.

III.

La niña morena
 Que yendo á la fuente
 Perdió sus zarcillos
 Gran pena merece.
 Dírame mi amado
 Antes que se fuese
 Zarcillos dorados

Hoy hace tres meses.
 Dos canchales eran
 Para que no oyese
 Palabras de amores,
 Que otros me dixesen:
 Perdidlos lavado,
 Que dirá no oyesente
 Sino que son unas
 Todas las mugeres?

Dirá que no quis
 Canchados que cierran,
 Sino falsas llaves,
 Mudanza y desdenes:
 Dirá que me hablan
 Cuantos van y vienen,
 Y que somos unas
 Todas las mugeres.

Dirá que me huelgo
 De que no parece
 En Misa el Domingo,
 Ni en mercado el Juárez:

Que mi amor sencillo
 Tiene mil dobleses,
 Y que somos unas
 Todas las mugeres.

Dírame: traydora,
 Que con alfileres
 Prendes de tu cofia

Lo que mi alma preude;
 Quando esto me diga
 Diréle que miente,
 Que no somos unas
 Todas las mugeres.

Diré que me agrada
 Su pellico el verde
 Muy mas que el brocado,
 Que visteu Marquesas.
 Que su amor primero
 Primero fué siempre,
 Que no somos unas
 Todas las mugeres.

Diréle que el tiempo
 Que el mundo revuelve
 La verdad que digo
 Verá si quisiere:
 Amor de mis ojos,
 Burlada me dexes,
 Si yo me mudase
 Como otras mugeres.

IV.

Blanca y bella niña
 De los ojos bellos;
 Huye los peligros
 Del hijo de Vénus.
 Los cidos tapa

A sus mensageros,
 Como el aspid libio.
 Al sabio hechicero.
 No digas : soy libre,
 Resistille puedo;
 Que muchas cautivas
 Lo mismo dixeron.
 Eres delicada,
 Y el fuerte en extremo,
 No están del seguros
 Los muros del cielo.
 Mira como siguen
 Su triunfo soberbio
 Salomones sabios,
 Davides guerreros.
 Y el que solo mata
 Los mil Filisteos.
 Un rapaz desuado
 Le corta el cabello.
 Ante el carro sayo
 En mil formas puesto,
 Va el supremo Jove
 Abecrojado y preso.
 Daule las coronas
 Vasallage y sueldo,
 Y sus leyes siguen
 Los que las hicieron.
 Ciérrale la vista,
 Que ella es el comienzo.

Por donde á las almas
 Camina su fuego.
 Que amor, como Ulises
 A los Polifemos,
 La luz de los ojos
 Les ciega primero.
 Son los gustos tuyos,
 Quando los contemplo
 Engañosas aguas,
 Dorado veneno.
 Miranse sus daños
 Los ojos abiertos,
 Sus dichas y glorias
 Pasan entre sueños.
 Vivora en el vientre
 Son sus pensamientos,
 Matan á la madre
 Que los tuvo dentro.
 Traen sus bienes alas,
 Pártense ligeros,
 Y sus males plouso
 Para estar de auiento.
 Mil placeres suyos,
 Dixo un sabio de ellos,
 A montar no llegan
 Un solo tormento.
 ¿Pues que si á tu alma
 Martirizan zelos?
 Librete amor, niña,

De tan duro infierno.
 Coge el labrador
 Del arado suelo
 El fruto del grano,
 Que escondió en su seno.
 Si recibe trigo,
 Trigo da á su tiempo;
 Y si flor, da flores
 El campo risueno.
 Mal haya semilla
 Que dá el fruto avieso,
 Y mal haya feuto
 Della tan ageno!
 Acá sembrarás
 Amor verdadero,
 Cogerás olvido
 De un ingrato pecho.
 A la niña hermosa
 Del rubio cabello
 Una escarmentada
 La da este consejo.
 Ella de ser libre
 La hizo juramento
 Y amor que la escucha
 Se queda riendo.

V.

Mal bayan mis ojos,
 Madre que los puse
 En otros que abrasan

Negando su lumbré!
 Fuérame yo, madre,
 Al mercado un lunes,
 Miento, Mártes era,
 Mil azares tuve.
 Compróme mi Pedro
 Un dorado estuche,
 Echéle mal grado
 Cordones azules.
 Sin mirar en ello
 Del mercado truxe
 Con yerros dorados
 Zelos que me apuren.
 Topóme el hidalgo,
 Aquel que le rogea
 Mucho los greguesos,
 Y tañe laudes.
 Dixome, Serrana,
 Los rayos illustres
 De tus bellos ojos
 Mil bienes descubren.
 Permite si mandas,
 Que mi fe se apure,
 Con las esperanzas,
 Que en la tuya puse.
 Habló tan rubledo,
 Que aguardando estuve
 Quando me mojaran
 Sus preñadas nubes.

Respondile á tiento:
 En otras procure
 Emplear sus galas,
 Y en mí no se ocupe.
 Asíame la mano,
 Soltar no me puede,
 Que me adorancierna
 Sus palabras dulces.
 Pedro que nos via
 Malicias presume,
 Que burla en veras
 Dix que no las sufre.
 Llámelo yo trate,
 Respondió, no busques
 Voluntad villana,
 Que la noble injurie.
 De mis esperanzas
 Ya llegó el Octubre,
 No quieras Pastores,
 Si atropellas Duques.
 De mi vista, madre,
 Con esto escaballe
 El que en mis entrañas
 Tan de asiento tuvé.
 ¡Ay de mí que muero!
 ¡Ay que me destruyen
 Suspechas de agravios,
 Que hacer yo no supe!
 Plégue á Dios, cuidado,

Pues tan mal me lucas,
 Que porque te acabes
 Viva me sepultes;
 Y al hidalgo malo,
 Pues por él me arguyen,
 Que cautivo muera
 En Argel ó en Túnez.
 Madre, la mi madre,
 No es justo que duren
 Mis ansias que tienen
 Mortales vislumbres.
 Busquen los mis ojos
 Quien su llanto enxugue,
 Sia que lloren tanto,
 Que mi vida enturbien.
 ¡Ay malvados hombres
 De ingratas costumbres!
 El mejor de todos
 Muera de arcabuces.

VI.

Riño con Jusnilla

Su hermana, Miguela,
 Palabras la dió,
 Que mucho la duelan.
 Ayer en mantillas
 Andabas pequeña,
 Hoy andas galana
 Mas que otras doncellas:

Tu voz son suspiros,
 Tus cantos endechas,
 Al alba madrugas,
 Al gallo te acuestas:
 Quando estás labrando
 No sé en que te piensas,
 Que al dechado miras,
 Y los puntos yerras.
 Dícnme que haces
 Amorosas señas;
 Si madre lo sabe,
 Hacerá cosas nuevas.
 Clavará ventanas,
 Cerrará las puertas;
 Para que haylemos
 No dará licencia.
 Mandará que tia
 Nos lleve á la Iglesia,
 Porque no nos hallen
 Las amigas nuestras.
 Quando fuera salga,
 Dirále á la dueña,
 Que con nuestros ojos
 Tenga mucha cuenta.
 Que mire quien pasa,
 Si miró á la reja;
 Y á quien de nosotras
 Volvió la cabeza.
 Por tus libertades

Ser

Seré yo sujeta;
 Pagáremos juntos
 Lo que malos pecan.
 ¡Ay Miguela hermana,
 Que mal que sospechas!
 Mis males presumeas,
 Mas no los aciertas.
 A Pedro el de Juana,
 Que se fué á la sierra,
 Afición le tuve,
 Y escuché sus quejas.
 Mas visto que es vario
 Despues de su ausencia,
 De su fe fingida
 Ya no se me acuerda.
 Fingida la llamo,
 Porque quien se ausenta
 Sin fuerza y sin gusto,
 No es quien le quieren.
 Ruégale tú á Dios,
 Que Pedro no vuelva.
 Responde burlando
 Su hermana Miguela;
 Que el amor empujado
 Con tan ricas prendas,
 No salirá del alma
 Sin salir con ella.
 Creciendo tus años
 Crecerán tus penas,

Tomo II.

28

Y si no lo sabes
Escucha esta letra:

*Si eres niña y has amor,
¿Que te harás quando mayor?*
Si al niño Dios te ofreciste
Desde niña, con la edad
Le darás mas facultad
De la que le prometiste:
Si pequeña te atreviste
En tenerle por Señor,
¿Que te harás quando mayor?

Como estás hecha á querer
Desde que sabes amar,
En saltando á quien amar,
Te verás aborrecer:
Segun esto, podrás ver
*Si eres niña y has amor,
¿Que te harás quando mayor?*

VII.

Elisa dichosa,
Haga larga el cielo
La corta madexa
De tus años tiernos.
Goza siglos largos
Ese rostro bello,
De la vista flecha,
Y de amor terrero.

Creczan, niña hermosa,
De uno en otro extremo
Las trenzas doradas
Del virgen cabello:
Si á la Iglesia fueres,
Compóngante versos,
A quien rinda parias
Y se humille el viento.
Quando al hayle fueres,
Al son del pandero
Tu donayre encienda
Libres pensamientos.
Tenga tu ganado
Próspero suceso
La lina en verano,
La leche en invierno.
Aquel que bien quieres
Goze de tu lecho
Con blandos abrazos,
Y amorosos besos.
Al son de los ramos
Ecos ojos bellos
Reposen la siesta
Vencidos del sueño.
Quando salga el alba
De Apolo correo,
Encuentre tus soles,
Y tórness dentro.
Tras todo, Señora,

Vivas en el suelo
 Mil siglos dichosos
 A pesar del tiempo.
 Niñez, hermosura,
 Amores, extremos,
 Las trenzas doradas,
 La Iglesia, y el viento,
 Abrazos, amores,
 Ramos, ojos, leche,
 Alba, sierra, soles,
 Sueño, siglo y tiempo
 Todo me late junto en este suelo,
 Si no eres tú, dichosa Elisa, un cielo.

VIII.

Eran dos Pastoras
 Libres de afición,
 Una blanca y rubia
 Mas bella que el sol;
 La otra morena
 De alegre color,
 Con dos ojos claros
 Que dos soles son.
 Y viéndose libres
 Del tirano amor,
 Hacen burla de él
 Entrámbos á dos,
 Dícen que no temen
 Su furia y rigor,

Pues en mil encuentros
 Nunca las venció.
 Y viendo que en muchos
 Las acometió,
 Járgalo por faza
 Y sin municion.
 Cuenta la morena,
 Que es una ocasion
 La tiró mil flechas,
 Y nunca la hirió.
 Y que viendo el niño
 Que no aprovechó,
 Sus lazos y redes
 De secreto armó,
 Ella con sus ojos
 Todo lo abrasó,
 Y el niño cortido
 La empresa dexó.
 Dice la que es blanca
 Que lo deslumbró,
 Y que estando ciego
 No tiene valor.
 Y burlando de él,
 Como así lo vió,
 Quitándole el arco
 Se lo desarmó.
 La morena un día
 Esto me contó,
 Y yo agradecido

Consejos les doy.
 Y aunque para darlos
 Me falta valor,
 Fido en su gracia
 Soltaré mi voz.
 Pastoras hermosas,
 Pues el cielo os dió
 Tantas gracias juntas,
 Tened discrecion.
 No fieis, pastoras,
 De lo que pasó,
 Que contra el rapaz
 No hay reparo, no.
 Su sosiego incierto
 Suele dar pasion,
 Su quietud mil penas,
 Su gusto dolor.
 Estad sobre aviso,
 Pues que yo os lo doy,
 Que sobre el descuido
 La ruina es peor.
 Tu blancura hermosa
 Baxez con razon,
 Y quando no pienses,
 Verás su traycion.
 De tus hebras de oro
 Texerás un cordón,
 Y con él al mundo
 Lo pondrá en prision.

Tus ojos, morena,
 De claro arrebol,
 Guárdate no sean
 Tu mismo dolo.
 Que podrá en su centro
 Meterte el traydor,
 Y de allí encender
 Fuego al corazon,

IX.

Fertiliza tu vega,
 Dichoso Tórnez,
 Porque viene mi niña
 Cogiendo flores.

De la fértil vega
 Y el estéril bosque
 Los vecinos campos
 Maticen y broten
 Lirios y clavelos
 De varios colores,
 Porque viene mi niña
 Cogiendo flores.

Vierta el alba perlas
 Desde sus balcones,
 Que prados amenos
 Maticen y broten:
 Y el sol envidioso
 Pare el rubio coche,
 Porque viene mi niña
 Cogiendo flores.

El céfiro blando
 Sos yerbas retoce,
 Y en las frescas ramas
 Claros ruisñores
 Salude el día

Con sus dulces voces,
 Porque viene mi niña
 Cogienda flores.

X.

Mientras duermo mi niña,

Céfiro alegre,
 Sopla mas quedito
 No la recuerdes.
 Sopla el manso viento
 Al sueño suave
 Que enséña á ser grave.

Con su movimiento:
 Dale el dulce aliento,
 Que entre perlas finas,
 A gozar caminas
 Y ufano te vuelves,
 Sopla mas quedito
 No la recuerdes.

Mira no despierte
 Del sueño que duermo
 Que temo que el verme
 Causará mi muerte:
 ¡Dichosa tal suerte!

¡Venturosa estrella!
 Si á niña tan bella
 Alentar mereces,
 Sopla mas quedito
 No la recuerdes.

XI.

Pensamientos me quitan
 El sueño, madre,
 Desvelada me dexan,
 Vuelva y vanse

Tristes pensamientos
 De alegres memorias:
 Con oscuras glorias
 Y claros tormentos
 Vienen por momentos
 A verme, madre,
 Desvelada me dexan, etc.

Cada qual procura
 Que mi lecho sea
 Campo á la pelea
 Y paz mal segura:
 Sueños sin ventura
 Me espantan, madre,
 Desvelada, etc.

Mis ojos despiertos
 Las noches y días
 Lloran mis purfias
 Por bienes inciertos:

Ya vivos, ya muertas
Mis males, madre,
Desvelada, etc.

Dichoso el sentido
Que desengañado
Despierta el cuidado,
Del pecho ofendido
¡Ay que me han vencida
Desdichas, madre!
Desvelada, etc.

XII.

Alamos del prado,
Fuentes de Madrid,
Como estoy ausente
Murmurais de mí.

Todos van diciendo
Mis tristes congojas,
El viento en las hojas,
Las fuentes corriendo:
A todos diciendo
Lisongera os vi,
Como estoy, etc.

Con razón me espanta
Dando al despediros
Las plantas suspiros,
Y las aguas llanto;
Que fingierais tanto
Nunca lo creí,
Como estoy, etc.

Estando en presencia
Música me hicistes,
Luego me vendistes
Que vistes mi ausencia:
Dios me dé paciencia;
Mientras peno aquí,
Como estoy, etc.

XIII.

Con el viento murmuran,
Madre, las hojas,
Y al sonido me duermo
Bajo su sombra.

Sopla un manso viento
Alegre y suave
Que mueve la nave
De mi pensamiento;
Dame tal contento
Que ya me parece,
Que el cielo me ofrece
El bien á deshora,
Y al sonido me duermo
Bajo su sombra.

Si acaso recuerdo,
Me hallo entre las flores,
Y de mis dolores
Apénas me acuerdo.
De vista los pierdo
Del sueño vencida,

Y dame la vida
El son de las hojas;
Y al sonido me duermo
Baxo su sombra.

XIV.

A coger el trébol, damas,
La mañana de San Juan,
A coger el trébol, damas
Que despues no holera lugar.
Salió con la aurora
Quando el campo dora;
Y verá bordado,
De aljófar el grado;
Cogeréis las flores
De varios colores,
De que en vuestras faldas
Texeréis guirnaldas,
Con que al niño ciego
Podréis coronar:
A coger el trébol, etc.
Veréis como el alba
Hace al mundo salva,
Y cantan las aves
Con voces suaves:
Cristal transparente
Que por mil soslayos
Le hieren los rayos,

Adonde

A donde del fresco
Podréis bien gozar:
A coger el trébol, etc.

Cogeréis la rosa
La violeta hermosa,
El jazmín preciado,
Y el lirio morado,
Los roxos claveles
Con los mirabeles,
Y á vueltas de grama
Pagita retama,
Con otras mil flores
Dignas de losir:
A coger el trébol, etc.

XV.

¡Ay ojuelos verdes,
Ay los mis ojuelos,
Ay hagan los cielos
Que de mí te acuerdes!

El último día
Quedásteis muy tristes
Y os humedecistes
En ver que partía,
Con el agonía
De tantos pesares
Quando te acostares,
Y quando recuerdes;

Tomo II,

29

¡Ay hagan los cielos
Que de mi te acuerdes!

Tengo confianza
De mis verdes ojos,
Que de mis enojos
Parte les alcanza;
Ojos de esperanza
Y de buen agüero,
Por quien amo y quiero
Los colores verdes;

¡Ay hagan los cielos
Que de mi te acuerdes!
¡Ay Dios quien supiese,
A que parte miras,
Y quando suspiras
La causa entendiése!
Y si te sintiese
Un cierto dolor,
De que un servidor
Verdadero pierdes:
¡Ay hagan los cielos
Que de mi te acuerdes!

Un solo momento
Jamás vivir supo
Sin que en tí se ocupe
Todo el pensamiento.
Mis ojos, si tuento,
Dios me dé el castigo;
Y si verdad digo,

Mis ojuelos verdes,
¡Ay hagan los cielos
Que de mi te acuerdes!

XVI.

Venticico murmurador
Que lo gozas y andas todo,
Hazme el son con las hojas del olmo,
Mientras duerme mi lindo amor.

Hoy, venticico suave,
Has de dar reposo a quien
Sabe desvelar mi bien,
Y dormir mi mal no sabe.
Procura tu mi favor,
Pues lo gozas y andas todo;
Hazme el son con las hojas del olmo,
Mientras duerme mi lindo amor.

Tú que entre las verdes hojas
Andas alegre, y murmuras
De mis pasadas venturas
De mis presentes congojas,
Fresco, mano y ballidor,
Que lo gozas y andas todo;
Hazme el son con las hojas del olmo,
Mientras duerme mi lindo amor.

XVII.

Ten, amor, el arco quedo,
Que soy niña, y tengo miedo.

Dicen que amor ha vencido
A las deydades mayores,
Y que de sus pasadores,
Cielo y tierra está ofendido;
Y habiendo aquesto sabido
No es mucho tener su cuidado,
Que soy niña, y tengo miedo.

Unos dicen el estrago,
Que en Piramo y Tisbe hiciste,
Otros quan tirano fuiste
Con la Reyna de Cartago;
Y viendo que das tal pago,
Atemorizada quedo,
Que soy niña, y tengo miedo.

No es, amor, mi condicion
Para sufrir tus honores,
Tus engaños, tus terrores,
Tus zelos y compulsion;
Y en esta jurisdiccion
No me cogeras, si puedo,
Que soy niña, y tengo miedo.

XVIII.

Aunque con semblante airado
Me mirais, ojos serenos,
No me negareis al ménos,
Ojos, que me habeis mirado,
Por mas que querais mostrarme
Airados para ofenderme,

¿Que ofensa podreis hacerme,
Que iguale al bien de miraros?
Que aunque de mortal cuidado
Dexeis mis sentidos llenos,
No me negareis al ménos,
Ojos, que me habeis mirado.

Pensando hacerme despecha
Me mirastes con desden,
Y en vez de quitarme el bien,
Doblado bien me habeis hecho;
Que aunque los hayais mostrado
De toda clemencia agenos,
No me negareis al ménos,
Ojos, que me habeis mirado.

XIX.

Ojos bellos, no os fiéis
Del buen tiempo que gozais;
Porque si hoy de mí os burlais,
Mañana me llorareis.

Como estais acostumbrados
A alcanzar siempre victorias,
Desterrais de la memoria
Mis dolores y cuidados,
La vida me acabareis,
Si en mi daño porlisis,
Y quando así me perdais,
De véras me llorareis.

Con tanta seguridad
 Vivis de vuestra belleza
 Que ese rigor y aspereza
 Es igual con la beldad:
 Si con estar qual me veis,
 Del remedio no curais,
 Avertid que os condenais,
 A que muerto me lloréis.

De esta burla habé mudanza
 Al tiempo que el tiempo acierte
 A descubrir os mi muerte
 En la qual no habrá tardanza:
 Entonces vos perdereis
 Ese rigor que mostrais,
 Y aunque de burlas matais,
 De veras me lloraréis.

Al compas del disfavor
 Va creciendo mi tormento;
 Mis suspiros lleva el viento,
 Y mi esperanza el dolor.
 ¿Que suceso pretendéis,
 Pues siempre en calma os estais,
 Sino que vivo querais
 Enterrarme, y vos lloréis?

XX.

El alba nos mira,
 Y el dia amanece;
 Antes que te sientan
 Levántate y vete.

Dexa los blandos regazos
 Aunque el dueño se detenga.
 Antes que á la tierra venga
 El sol desparciendo abrazos.
 No hay gusto sin embarazos,
 No hay contento sin pasion,
 Y á los enredos la ocasion
 Jamas les negó el copete;
 Levántate y vete.

Si mi amor tu pecho inflama
 Con honroso intento justo
 Por darle á mi alma gusto
 Olvida los de la cama;
 Que mi fama está en tu fama,
 Y mi honor está en tu honor:
 Levántate que el temor
 Ya que aqui estás no consiente,
 Levántate y vete.

Aunque con el sueño luchas
 Es justo que fin le des,
 Porque el gusto de una vez
 Podemos gozarle en muchas.
 Es gran razon que te acuerdes,
 Que el gusto que ahora pierdes
 Mayor gusto nos nós promete:
 Antes que te sientan
 Levántate y vete.

XXI.

En la cumbre, madre,
Tal ayre me dió,
Que el amor que tenia
Ayre se volvió.

Madre, allí en la cumbre
De la gentileza
Miró una belleza
Fuera de costumbre,
Caya nueva lumbre
Ciega me dexó,
Que el amor, etc.

Quisolo mi suerte
Fragua de mis males,
Que con ansias tales
Llegase á la muerte,
Mas un ayre fuerte
Así me trocó,
Que el amor, etc.

Dulce ausente mio,
No te alejes tanto,
Mueva ya mi llanto
Ese pecho frío,
¡Mas ay! que un dervio
Tal pena me dió,
Que el amor, etc.

XXII.

Romped, pensamientos,
El ayre sutil,
Y á mi bella ingrata
Mi mal le decid.

De todas sus señas
Os quiero advertir,
Que es en forma humana
Bello serafin:
Y para si acaso
Se olvida de mí,
A mi bella ingrata
Mi mal le decid.

Decidla que quedo
Cerca de morir,
Y de mí muy lejos
Despues que la vi.
Y aunque se resista
Y no os quiera oír,
A mi bella ingrata
Mi mal le decid.

Halláreis en medio
De su verde Abril,
Esparciendo rosas,
Clavel y jazmin:
Y aunque os espantase
El hallarla así,

A mi bella ingrata
Mi mal le decid.

XXIII.

De tu vista me privas
Con tu resplandor,
¡Quién séguila fuera
Que mirara al sol!

Despides tus rayos
Con tanto furor,
Que á las que te miran
Ciega tu arrebol:

Tus hermosos ojos
Dos luceros son,
Que llenan el mundo
De su resplandor.
¡Quién séguila fuera
Que mirara al sol!

¡ Bendigate el cielo,
Gloria de las que hoy
Renombres de hermosas
Las concede amor.

Qualquier criatura,
Puesta en parangon
De aquesta belleza,
Pierde su valor.

¡Quién séguila fuera, etc.
Luces mas que el oro
Puesto en el crisol,

Pues naturaleza
No hizo qual tú des.
Los cielos te alaben,
¡ Bendigate Dios,
Honra de este siglo,
Que por ti es mejor,
¡Quién séguila fuera
Que mirara al sol!

XXIV.

Tráxome á la muerte,
Madre, un disfavor,
Porque siempre zelos
Engendran dolor.

De favorecida
Vine á desleñada,
Quanto ante encumbra
Despues abatida;
Viéndome perdida
Creció mi temor,
Porque siempre zelos
Engendran dolor.

Fue sordo á mi llanto,
Y á mis tristes quejas
Cerró las orejas
Qual sierpe al encanto.
Creció mi mal tanto
Quanto el disfavor,

Porque siempre zelos
Engendran dolor

XXV.

Lágrimas que no pudieron
Tanta dureza ablandar,
Yo las volveré á la mar,
Pues que de la mar salieron.

Héme en lágrimas desecho,
Que la mar de amor me ha dado,
Y habré de salir á nado,
Pues mar del amor se han hecho:
Lágrimas que así crecieron
Sin poder á vos llegar,
Yo las volveré á la mar,
Pues que de la mar salieron.

Hicieron en duras peña
Mis lágrimas sentimiento,
Tanto que de mi tormento
Diéron unas y otras señas;
Pero pues ellas no fueron
Bastantes á os ablandar,
Yo las volveré á la mar,
Pues que de la mar salieron.

PARTE V.

ROMANCES JOCOSOS.

I.

LLEGÓ á una venta Cupido
A la mitad del invierno,
Las alas todas mojadas,
Boto el arco, y muerto el fuego.

Viéndole tan destrozado
Dixo el huero del Ventero:
Hermanito, no hay posada,
Pígame, que cerca está el pueblo.

Bien quisiera su venganza
Ponella luego en efecto;
Mas como se vió sin armas,
Probó palabras y ruegos.

Dixole como era hijo
De la bella diosa Venus,
A cuyo cetro y corona
Todo el mundo está sujeto.
Mas como la corteja
Jamás cupo en baxo pecho,

Haciendo burla del niño
 Responde con menosprecio :

Para ser hijo de reyna
 El trae muy bellaco pelo,
 Y aquí no hacemos nada
 Por amor y sin dinero.

Sepa si tuvo poder,
 Que ya se pasó aquel tiempo,
 Quando cantaban sus triunfos
 Con discantes a lo viejo :

Quando por ver á su dama
 Iba el otro majadero
 Hecho pez á media noche
 Nadando de Abido á Sesto ;

Aunque mejor que tanta agua
 Fuera una azumbré de zueño,
 Y echarse en su cama á nado,
 Y saliera salvo á puerto.

Aunque en medio de las ondas
 Halló de su alma el remedio,
 Pues hebió tal parte de ellas
 Que apagó de amor el fuego.

Y tambien el otro bobo
 Del Babilónico suelo,
 Que porque halló roto el manto
 Rompió con su espada el pecho.

Y luego la necia Tisbe
 Añadiendo yerro á yerro,

Se mató, queriendo echar
 La soga tras del caldero.

Y si no ve aquestas cosas,
 Sepa que es porque está ciego :
 Desotélese los ojos,
 Verá la razon que tengo.

Cupido entre aquestas burlas
 Fué las veras conociendo,
 Y de aquí adelante puso
 Nueva ley, y otro uso nuevo :

Y es tan discreto que tiene
 Ménos costa y mas provecho :
 Y tambien manda á las damas
 Que en su amor hagan concierto ;

Y que tengan sus medidas
 Conformes á cada precio,
 Y que al amante que diero
 No le envíen descontento.

Y al que no diere le digan
 Lo que le dixo el Ventero :
 Hermitano no hay posada,
 Pique, que cerca está el pueblo.

II.

Mariana, Francisca y Paula,
 Ines, Costanza y Elvira,
 Heridas de aquella víra,
 Que cuenta Amasis de Gaula,

Con pensamientos conformes
 Y con deseos forzados,
 Tienden sus paños lavados
 Sobre el arena del Tórnez.
 ¡Ay Tórnez como te ensanchas,
 Dixo Elvira, en ondas claras,
 Solo con mi pecho avatas
 Pues no le quitas las manchas!
 Pero no tengo razón
 En decir tal desatino,
 Pues no son telas de lino
 Las telas del corazón.
 Volvió Juana en canasta,
 Y sobre ella mal sentada
 Con la ventura empeñada
 Por la esperanza que gasta;
 Tomó de arena un puñado
 Considerando su pena,
 Y dixo: como esta arena,
 Es el bien de mi cuidado,
 Digo que quando procuro
 Apretarle dentro el alma,
 No me hallo mas que la palma,
 Porque no hay amor seguro.
 Alzando la voz luz,
 Dixo al agua suspirando:
 Agua no pases callando
 Por dó está mi Portugués.
 Dale cuenta de mis duelos,

Dile que lloro, y no llora,
 Que le adoro, y que él adora
 A la causa de mis celos.
 Que si tus ondas no dan
 Estas señas conocidas,
 Irán lágrimas perdidas
 Donde palabras no van.
 Costanza que no tenía
 Dolores de pensamiento,
 Dixo: mohina me siento
 De escuchar vuestra aguija.
 ¿Por hombres tenéis enojos?
 ¿De véras llorais por hombres,
 Traydores hasta en los nombres,
 Y hasta el fin de sus anteojos?
 ¡Qué donosa ceguedad!
 Volved, amigas, la hoja,
 Pues sabéis que es su congoja
 Mudanza y facilidad.
 Haciendo son con las palmas
 Paula, que tendido había,
 Esta letrilla decís,
 Que es el mote de sus almas:
 Amor quien no te conoce,
 Este te compere.
 Con vasallos te regalás,
 Maltratas Reyes y Reynas,
 Villanos cabellos peynas,
 Desprecias rizos y galas:

Para el mal te nacen alas,
Para el bien eres un monte,
Ese te compre.

Empeñas nuestras verdades,
Y con mentiras nos pagas,
Las voluntades estragas,
Destruyes las amistades;
Y para hacer crueldades
Traes un velo que te emboce,
Ese te compre.

Naciste en hora menguada
Y en señal de mal agüero,
Eres hijo de un herrero,
Y de una muger errada.
Haces la noche alborada,
Y alborcas á la noche,
Ese te compre.

O que donayre ha tenido,
Paula, tu copia donosa
Dixo Costanza quejosa
Del lavandero Cupido.
Dime si quieres ahora

¿Cuyo es ese consonante?
¿De aquel señor estudiante
Que visita á mi señora?
Ines que está algo prendada
De amores de Don Gaspar,
Así comenzó á cantar

Muy zelosa y muy lavada:

Aquel pagecito de aquel plumage,
Aguilica sería quien le alcanzase:
Aquel pagecito de los ayrones,
Que volando se llevó los corazones,
Aguilica sería quien le alcanzase:
Francisca se desmayó,
Y á concierto la traían
Las amigas que sabían
De su mal el sí y el no:
Y asida su ropa blanca,
Puesto el sol que la secó,
La esquadra en ala marchó
Camino de Salamanca.
Y mostrando llevaban
Mas contento que truxéron
Alegres se despidiéron,
Y esta letrilla cantaban:

Mas prende amor que la tarza:
Mas prende y mas mata,
Hace montes llanos
Y poblados yermos,
Sana los enfermos
Y enferma á los sanos,
Humilla los vanos,
Y humildes ensalta,
Mas prende y mas mata.
Los finos amores
Que del sayo pasan,
Los yelos abrasan

Doblan los ardores,
 Son nuestros dolores
 Sus perlas y plata,
 Mas prende y mas mata.

III.

Topáronse en una venta
 La muerte y amor un día,
 Ya después de puesto el sol
 Al tiempo que anochecía.
 A Madrid iba la muerte
 Y el ciego amor á Sevilla,
 A pie llevando en los hombros
 Sus caras mercaderías.
 Yo pensé, que iban huyendo
 Acaso de la justicia;
 Porque ganau á dar muerte
 Entrámbos á dos la vida.
 Y estando los dos sentados,
 Amor á la muerte mira;
 Y como la vio tan fea,
 No pudo tener la risa,
 Y al fin la dixo riendo:
 Señora, no sé que os diga,
 Porque tan hermosa fea
 Yo no la he visto en mi vida,
 Corrida la muerte de esto,
 Fuso en el arco una vira,

Y otra en el suyo Cupido,
 Y hacia fuera se retirau.
 Con un lanzon el Ventero
 De por medio se metia,
 Y haciendo las amistades
 Cenáron en compañía.
 Fuéles forzoso quedarse
 A dormir en la cocina,
 Que en la venta no habia cama
 Ni el Ventero la tenia
 Los arcos, flechas y aljabas
 Dan á guardar á Marina,
 Una moza que en la venta
 A los huéspedes servia.
 Aun no bien amanecido
 Quando amor se despedia:
 Sus armas al huésped pide
 Pegando lo que debia.
 El huésped le dá por ellas
 Las que la muerte traxa,
 Amor se las echó al hombro,
 Y sin mas mirar camina.
 Despertó después la muerte
 Triste, flaca, desahrida;
 Tomó las armas de amor,
 Y también hizo su guia,
 Y desde entonces así
 Mata el amor con su vira
 Mozos, que ninguno paa

De los veinticinco arriba.
 A los ancianos á quien
 Matar la muerte solia,
 Ahora los enamora
 Con las saetas que tira.
 Mirad qual está ya el mundo
 Vuelto lo de abaxo arriba,
 Amor por dar vida, mata,
 Muerte por matar, da vida.

IV.

Dueña, si habedes honor,
 Mirad bien por mi hacienda,
 Que ya debria ser tiempo
 Que mi dolor os empezá.
 Non pongais en al las mientes,
 Que non es de buenas dueñas,
 A quien tuerto non les faco
 Facer injurias derechas.
 Miémbreos, Señora mía,
 Que face esta primer fiesta
 Seis años, non dende ayuso,
 Que os fastidian mis requestas.
 Y en todos estos seis años
 Non firieron mis orejas
 Razones de vuestra boca,
 Que mis congojas desmentan.
 En los dos años primeros

Me distedes por respuesta,
 Que érades niña en cabello,
 Para usar homes pequeños.
 Los otros quatro, Señora,
 Non remediásteis mis penas,
 Tensiendo veros en cinta:
 ¡Ay Dios quien en cinta os viera!
 En los dos últimos meses
 Partime á las luénes tierras,
 Volví, y hallévos casada:
 ¡Triste de quien fia en fembras!

Distedesme por escusa,
 ¡Triste de quien la creyera!
 Que el vicio de vuestro padre
 Vos fizo casar por fuerza.

Que bien sabe el de lo alto
 Quantas lágrimas os cuesta,
 Porque vuestra voluntad
 Non es conmigo manera.

Si ello es vero, ó non, yo fio,
 Que esta vegada se vea,
 Pues ya no podrá estorballo
 Ser niña, ni estar doncella.

Faced como vais, Señora,
 Mañana á la Madalena
 A ganar la perdonanza
 Con quien puridad os tenga.

Venid vos á mis palacios,
 Donde tendrémos la siesta,
 Y folgarémos en uno
 Sin que mis homes lo vean.

Que si así satisficades
 Mi afición y vuestra deuda,
 Veré que non es falsa
 Ni mal querencia la vuestra,
 Donde no, caudad, casada,
 Que tarde ó temprano sea,
 Que destes desaguisados
 Tengo de tomar enmienda.
 Esto escribió Gerineldo,
 Camarero de la Reyna,
 A la duquesa Quintañona
 Estando en celada puesta.

V.

Cierta dama cortesana
 De las de arandela y toldo,
 De las de buen talle y pico,
 Y picara sobre todo,
 Picola con sus saetas
 Amor de amores de un mozo,
 Mas que Narciso galán,
 Y mas que galán zeloso,
 Gozó de ella algunos dias
 Sin pechar, que no fue poco,

Porque

Porque es la primer franqueza,
 Que en sus arclávos conozco.
 Cobróla el niño afición,
 Y puso en su bolsa coliro;
 Porque con sola su gala
 Pensó conquistallo todo.
 Pidióla zelos un dia,
 Y á vueltas del alboroto
 Algo enojado el galán
 La dió un puntapié en el rostro.
 Ella que nunca habia visto
 Semejantes terremotos
 En el cielo de su cara,
 Tocó á ñublo y conjurólos.
 Y fué la conjuración,
 Que en viniéndose de allí á un poco,
 Le escribió aqueste papel,
 De que yo doy testimonio.
 Dexe zelosas sospechas,
 Que vive Dios, que es un tonto,
 Quien no dando todo el gusto,
 No piensa pasar por todo.
 Huélguese pues que le dexan
 Y juegue, pues vamos horras,
 Y aunque encuentre mil encuentros,
 No me heraje uno solo:
 Y sepa vuesa merced,
 Que talto, que visto y como
 A costa de mis costillas,

Tomo II.

31

Por ser tan flacos sus lomos :
 Y entienda que es necesidad
 Pretender con sus adornos,
 No siendo el Marques del Gasto,
 Ser Conde de Puñonrostro.
 Sepa que ya con las damas
 Un metal que llaman oro,
 Es el discreto, el galan,
 El gentil hombre, el gracioso.
 Por este metal que digo,
 Habla el mudo, y anda el coxo,
 Alcanza el que está sin brazos,
 Y es de pluma el que es de plomo.
 Por aqueste halitio verdes,
 Y descendientes de Godos
 Dan su lado á quien los tiene
 En campo amarillo roxos :
 Por este amable metal
 En maridable consorcio
 De bien diferentes sangres
 He visto yo hacer mondongo.
 Por este arbolá bandera,
 Quien en su vida vió moro ;
 Ni sabe que es centinela
 Hebellin, trinchera ó foso :
 Pues si este por quien se alcanza
 Qualquiera premio dichoso,
 Le falta á vuesa merced,
 Y yo en el mundo no sobre,

¿Por que se mete en honduras,
 Adonde el mar es tan hondo,
 Que suele anegarse en él
 Un hombre aunque sea de corcho?
 Con las damas de este tiempo
 Es muy sabido el negocio,
 Que por un Magno Alejandro
 Trocáran catorce Apolos.
 Pasó ya el dorado siglo,
 Que Angélica con Medoro
 Se gozaban en la selva,
 Pagando un amor con otro.
 Belerina muy alligida,
 Hechos fuentes los dos ojos,
 Lloraba cinco ó seis años
 Sobre el corazón moloso.
 Gastaba la gran Cleopatra
 Sus tesoros con Antonio,
 Dábase Tíabe la muerte,
 Y hexábalá el demonio.
 Catalina por Pascual
 Andaba catorce Agostos,
 Y al fin de ellos sus amores
 Paraban en matrimonio.
 Ya está tan mudado el tiempo,
 Que aun negras de monicongo
 Se van tras el interés,
 Y dan al amor de codo.
 Yo por un poco fui necis,

Mas basta la burla un poco;
 Busque, si encuentra, otra hoba,
 Con quien él sea menos bobo:
 Y con ella su merced
 Sea mudo, ciego y sordo;
 Que á todo aquesto se obliga,
 Quien quiere mucho y da poco.
 Leyó el galán el papel,
 Y dixo entre risa y lloro:
 Quien zelos no tiene es simple,
 Y quien los pide es un loco.

VI.

Ventanazo para mí.
 Despues de un año de ausencia,
 Mal año para mis ojos,
 Si os vieran á vos, ni á ella.
 Quebrarásme las manos,
 Hermosa niña de á treinta,
 Primero que á la ventana
 Subieran á ver las vuestras.
 Por nuestro Señor que estuve
 Por daros con una teja,
 A no saber que hay en casa
 Un majadero de piedra,
 Que necio y favorecido
 Yo no dudo que saliera
 A vengar el tuerto hecho
 A la vuestra delantera.

Mas respetando los picos
 De vuestra hourada chinela,
 Acoginre á San Miguel
 A rezar en vuestras cuentas.
 Y de todo aquel reñido
 De fe falsa y obras muertas
 Hallo que os tengo alcanzada,
 Y que os alcanza qualquiera.
 Y si de esto estais quejosa,
 Y estuvistes satisfecha,
 ¿Por que se cierran ventanas
 A quien se abrieron las puertas?

Hame dicho cierto amigo,
 Que me hicistes harta afrenta,
 Porque habeis dado en beata,
 Y decia que sois dancella.
 Beata con leclanguillas,
 Y que á media noche reza
 Amorosas devociones,
 No quiera Dios que lo crea.
 Que de su vida y milagros,
 Los que la tratan, se quejan,
 De haber llevado á hurtas partes
 Brazos y piernas de cera.
 Respondéis que hicistes voto,
 Estando ociosa una fiesta,
 De castidad sacral,
 De que siempre andais enferma:

¡O voto lleno de filos,
 O por ventura de mellas!
 Pues ya no hay sangre que corra,
 Cortad deseo y vergüenza:
 Que si dan tormento á indicios,
 Yo se muchos que confiesan,
 Que orillas de Guadiana
 Apacentaron los vegas,
 Y si entre tantos testigos
 Se conociera mi letra,
 ¿Por que se cierran ventanas,
 A quien se abrieron las puertas?
 No importa, hermosa beata,
 Huelguese su reverencia,
 Que yo sé, que dixes Pruna,
 Quando ella rezó Completas.
 Que el zapato que desecho,
 Yo me huelgo que la venga;
 Pues ya ni será tan justo,
 Aunque piense que le aprieta.
 Ya he sabido que es bonete;
 Para bien, Señora, sea,
 Y tan lozano de cola,
 Que en vos deshace su rueda.
 Que contento quedaria,
 Pues no ha sido cosa nueva,
 De verme entrar al cielo,
 Donde vi vuestras estrellas.
 Que como yo no soy niña,
 Que de mañana soy vieja,

Al que espera vuestra gloria
 No quisistes darle pena;
 Colérico estoy por Dios;
 El ponga tiento en mi lengua.
 Que aunque allá distes el golpe,
 Dentro del alma me suena:
 No quiero ser vuestro Paris,
 Ni que vos seais mi Elena.
 Aunque tuviera mas furgo,
 Que Troya tuvo por esta.
 Ya, enemiga, me declaro
 Que la sangre se me altera,
 Y el son de aquellas ventanas
 Me toca al arma en las venas.
 Desengaños de palabras
 O de papel buenos fueran,
 Pero sabed, que son malos
 Desengaños de madera;
 Y pues lo estabades vos
 De que yo era mal poeta,
 ¿Por que se cierran ventanas,
 A quien se abrieron las puertas?

VII. VO LEÓN

Decídmela, recién casada,
 ¿En que vos ofendió yo,
 Que sin faltar justa causa,
 Ausentades vuestro sol?
 Maguer non viene la noche,
 Que en guisa de peccador

Erguida la mi cabeza
 Contemplo vuestro balcon.
 Bendigo vuestras andanzas,
 Para que vos logre Dios;
 Y por vervos dias vegadas,
 Hasta que el sol sale, estoy.
 Mirovos con tierno pecho,
 Y miratame con rigor;
 De que se aumentan mis males,
 Y crece mas el mi amor.
 Quando subides acaso
 En el vneso mirador,
 Non tenedes membramiento,
 Como está el mi corazon.
 Para encender mas mi fuego
 Vos servides de calzon,
 Con que de mis fechorías
 Está agostada la flor.
 Las dueñas de vuestra casa
 Me preguntan, si es amor,
 O si en alguna batalla
 Arrastraron mi pendon.
 Y si vades á visita,
 Porque yo presente estoy,
 Para ausentar vos de mi,
 Tomades de esto ocasion.
 Tanto desden y desdicha,
 Señora, causaislo vos,
 Que ya non puedo llevarlos,

Magder porque muchos són.
 Atended solo á decirme,
 Para quitar mi aficion,
 Si vos ofendo en mirar
 Los rayos de vuestro sol.
 Que vos fare juramento
 Por Señor San Salvador,
 De non causarvos pesar
 A costa de mi dolor.
 Mis barraganes preguntan,
 Quien es de mi mal autor;
 Y porque non vos maldigan,
 La respuesta non les doy.
 Mal pagades mis andanzas,
 Quiza que non son de pro;
 Empero suple el desseo,
 Donde meanga la razon.
 Páscase el tiempo ligero,
 Quando contemplo en los dos;
 En mi la verde esperanza,
 Y de ella la flor en vos.
 Cerrádesme las ventanas;
 Empero bien sabe Dios
 Que vos me cerrais ventanas,
 Yo vos abro el corazon.
 Aquesto cantaba Celio,
 De Marfisa cantador,
 Mirando de sos mexillas
 El transparente arrebol.

POESÍAS
DE LOPE DE VEGA.

LA CIRCE,

POEMA.

CANTO I.

*Llega Ulises á la isla y casa de Circe, donde
le refiere su peregrinacion, y lo que le sucedió
con los Lestrigones y Lotifagos.*

Tú que del sacro artífice del oro
Científica y hermosa procediste,
Circe, que al blanco cisne, al rubio toro,
En variedad de formas excediste,
De la excelencia del Castalio coro
La humilde musa de mis versos viste:
Harás que las corrientes del Leteo
Presuman otra vez que canta Orfeo.

Tú que pudiste dar con imperiosa
Voz, que tembló sin resistencia alguna
El sol en su corona luminosa,
Y en su argentada cóncavo la luna,

Naturaleza no, mas prodigiosa
Forma á la humana, que corrió fortuna
En el Tirreno mar, con nueva forma
En Platónico cisne me transforma.

Vos, única excepcion de la fortuna,
Que no suele premiar merecimientos,
Ilustrísimo Conde (*), á quien ninguna
Pudo sumentar mas altos pensamientos:
Vos ya del sol resplandeciente luna,
Que con su misma luz los elementos
Bañais de claridad y de alegría,
Entre dos mundos dividiendo el dia:

Si vuestro padre honró en Italia á España,
Y en España la sangre, que en Sevilla
Por tu alto valor, por tanta hazaña
Dió Reyes generosos á Castilla:
¿Que pluma os sirve? ¿Que lisonja engaña?
Pues en lugar tan alto maravilla
Que hablando en vos, aunque artificio sea,
La verdad á la pluma lisonjea.

Para satisfacer á vuestro claro
Ingenio, excelso Principe, debiera
Daros elogios, que de mármol Paro
Y oro inmortal la eternidad vistiera.
Las letras, de quien hoy divino amparo,

(*) Habla con el Conde Duque de Olivares.

Por las que vos tenéis, os considera
España, á vuestra sombra de honor llenas,
Crecen, y os llaman inclito Mecénas.

Así veneracion en la florida
Aurora de la edad vuestra dichosa
Os dió por tanto lustre agradecida
Del Torus la Academia generosa:
Y así de vuestra gloria enajucada,
En Pimpha y Helicon Enterpe hermosa
Os dá la proteccion que tuvo solo,
Como á sacra deidad, el mismo Apolo.

Oíd paces, generoso descendiente
De aquel heroyco Pedro y claro Henrique,
A quien Sidonia coronó la frente,
Sin que en la vuestra novedad implique;
Oíd de Ulises la virtud prudente,
Por mas que Circe venenosa aplique
La confesion de su heramosura y gracia,
Venena igual al Múxico de Tracia

Ya la discordia por muger nacida
De la hermosura fácil y el deseo,
En sangre, en fuego, y en furor tenida,
Y esparcido el cabello Meduseo.
De la llama fatal de la encendida
Miseria Troya, en hambros de Apogeo,
Vestida de una nube polvorosa
Miraha la tragedia lastimosas.

Ys

Ya caminaha fugitivo Eneas,
Incrédulo á la flecha de Laocontes,
Con los Penates y las sacras Deas,
Que trasladó por varios orizontes:
Coronado de mimbres y de neas
El Tibre levantaha á siete raontes
La florida cerviz, y el orbe Hesperio,
Nido á las aves del Romano Imperio.

Hécuba triste entre cenizas viles
Sus muertos hijos tremula buscaba:
Por otra parte la crueldad de Aquiles
Con triste voz Andrómaca lloraha:
Con puntas de marfil hebras sutiles
Casandra sobre el tálamo peynaha
De su difunto esposo, y de oro y nieve
Lloraha su dolor sepulcro breve.

Pitíu traydar con flecha rigurosa,
A su venganza bárbaro trofeo,
Sobre las aras de la fe piadosa
Dexaba muerto al hijo de Peleo:
En el jezmin y la purpúrea rosa,
Y en la flor que nació de su deseo,
Por su amado Memnon perlas llovía
La mensajera del inciente dia.

Como de polvo transdar al vuelo
Cayó perulita sobre la yerba, y como
Tortola blanca desde el nido al suelo,
Berida de los átomos de plomo:

Tomo II,

32

Entre los pechos de nevado yelo
Descubre apenas el dorado pomo
De la daga de Pirro, Polixéna
En roxas aras víctima azucena.

Arcos, testros, cúpulas, columnas,
Palacios, templos, muros, puertas, baños,
Rebelados en prósperas fortunas
Al cetro inevitable de los años:
Fábricas á las nubes importunas,
Cubiertas de mortales desengaños
Yacen en polvo, y lo estarán de olvido:
Así dexa de ser quanto es y ha sido.

Troya desierta al fin, Troya abrasada,
Fénix que en plumas reservó la vida
Por los engaños de Sinon vengada,
La fama infame del famoso Atrida:
Prudente Ulises con su Argiva armada
Por el azul tridente conducida,
Surgió en la Isla Eolia derrotado
De las fortunas de Neptuno airado.

El Rey allí de los discordes vientos
En una piel de buey los prende y ata
A la obediencia de su imperio atenta
Con hilo sacrosísimo de plata:
Furioso en la prisión, sus movimientos
El Aquilón Septentrional desata,
El Ahrego, de xantel Mediodía,
Romper la cárcel rápido porfía.

El hijo del Aurora, que valiente
La línea Equinoctial Levante llama,
Y el que purpúreo el mar vuelve en su Oriente,
Aura fértil de Abril, del árbol rama:
Los rumbos deciseis con torva frente
Murmuran presos que perdiéron fama,
Por no ser cárcel de Leon sangriento,
En que se ve que la soberbia es viento.

Lascivo solo con las velas juega,
De las flores anhelito amoroso,
Céfiro blando: Ulises luego entrega
El pardo lino al soplo vagoroso:
Mas quando el mar pacífico navega,
Y olvido de sus hados perezooso
Sueño le infunde, en que sus penas vengza,
Nuevas desdichas Némesis comienza.

Dormía Ulises (que quien tiene imperio
Se obliga á breve sueño) y los soldados
Hablaban de su honor en vituperio,
Por los cables y bordes arrimados:
El griego Laomedon del Beyuo Iberio,
Mostrando los venenos heredados

De Colchós, en que fue su nacimiento,
Con estas quejas dió silencio al viento.

¿Habeis visto, soldados valerosos,
La hinchada piel que Ulises lleva oculta,
Sin apartar los ojos cuidadosos,
De que tan justa presunción resulta?
¿Los que valientes siempre y animosos

Halló para trabajos, dificulta
Para guardar secretos? Mal responde
A nuestro amor, quien lo que lleva, esconde.

Sabed que ha sido tanta la riqueza
Del robo y saco del troyano incendio,
Que parece imposible su grandeza
Ser reducida á número y compendio.
Nosotros conducidos por ambición,
Que no por tan inútil estipendio,
Para comprar el dardano tesoro
Dimos la sangre, que ha trocado al oro.

Bastaba á un capitán la dulce gloria
De haber vencido; que á ningún soldado
Atribuyó la fama la victoria,
Aunque por él se hubiese conquistado.
Quando se escriba la Troyana historia,
Será el prudente Ulises celebrado;
Vosotros no, si bien por tanta herida
A ver la muerte se asomó la vida.

Vosotros al rigor del yelo frío,
Ya en la campana con la escarcha al yelo,
Ya en la embesada tabla de un navío,
Sin tierra el cuerpo, y por cubierta el cielo;
Vosotros en la fuerza del estío
Pisando vuestra sangre, mas que el suelo,
Sufriendo los Troyanos esquadrones;
Y ellos durmiendo en altos pabellones.
Creedme que esta piel toda es diamantes,
Egipto huey con las entrañas de oro,

Abrilde y lo veréis, ó Griegos, ántes
Que, si despierta, le guardéis decoro:
Rompedle, pues hay causas tan bastantes,
Aunque fuera este huey de Europa el Toro,
Que no es justo, si cumple lo que debe,
Que á Grecia el oro y honor se lleve.

Entónces los soldados presumiendo,
Que llevaba en la piel (¡que injusto pago,
La ambición al respeto preferiendo!)
El oro y joyas del Troyano estrago;
Mientras estaba el capitán durmiendo,
Rompen la piel, y por el ayre vago
Saleu los vientos, porque coge vientos
Quien siempre codiciosos pensamientos.

No de otra suerte, si de noche el fuego
La materia vela dispuesta enciendo,
La gente por el humo denso y ciego
Sino la puerta, la ventana emprende.
Que aqñeste arroja aquel, y el otro luego
Entre las mismas llamas le defiende,
Restalla en torno pertinaz Vulcano,
Inexorable al elemento cae.

Pues apenas salieron, quando embisten
Con las seguras naves y soldados;
Que con lo mismo que el furor resisten,
Su injusta perdición miran turbados.
Los que á la aguja y al timón asisten,
La viticora dexan desmayados,

32**

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Año. 1925. MAR 11 1927. REC 19

Y arrepentidos ya de sus cautelas,
Acuden á las xarcias y á las velas.

El campo ualoso, como fácil boyo,
Nadaba entre la rota obencadura
Las vanderas, que ya terror de Troya.
Dos lustros respetó la mar segura.
Coge en lugar de la preciosa joya
La escota el Oríego, y la rompida amura:
Mas cayendo y culpando el vil tesoro.
En espumosas ondas bebe el oro.

Como suele dormido en verde prado.
Alciz pobre pastor á los halidos
Del esparcido tímido ganado
Primero que los ojos los oídos,
Y el intrépido lobo, que acosado
De los perros con ásperos aullidos
No sabe á qual emprenda, y mira atento.
Iguales la venganza y el sustento:

Así despierta Ulises, y esparcidas
Mira las naves del Corinto Egeo,
Que con velas y flámulas tendidas
Despreciabas el gulfó de Nerros:
Las esperanzas de volver perdidas
Al patrio suelo, fin de su deseo,
Reservadas al cielo y á las naves,
En lágrimas bañó los ojos graves.

Cerca una isla el mar Tirreno, al monte
Opuesta, donde en hierro y bronce duro,
Estrope feroz, desnudo Bronte,

Defensa labran al celeste muro:
Aqui el ardiente padre de Faontote
A Circe truxo en plastro mas seguro,
Si el agua del Eridano que inflama,
Lámpara de cristal fué de su llama.

Habia dado Circe al Rey su esposo
Veneno sin razon, en que descalaba
El alma de su pecho casteloso:
Y el sol con ser tan claro á Circe encubria:
Que la sombra de un hombre poderoso,
Claro en linage, mil delitos cubre:
Pues muchas cosas de sufrirse duras
La misma claridad las hace oscuras.

No le recibe en nítido palacio,
Dorado signo, que humillando el vuelo,
Noeva Ecliptica forma, nuevo espacio
Entre los peces de la mar y el cielo.
Temió Circe el furor del Rey Sarmacio,
Llamando al claro sol que estaba en Delo:
Temióle con razon, porque sucede
Oidio al amor, quando el agravio excede.

Que habiéndose con ella desposado
Por hermosura humana y luz divina,
Fué quererle matar enamorado,
Del linage del sol baxeza indina:
Un monte que piramide elevado
El rostro de la luna determina,
Verde gigante al sol bañado en plata,
De sus eclipses el dragon retrata.

De mármoles y jaspes guarnecido
 Ocupa de la isla tanta parte,
 Que de pequeñas márgenes ceñido
 Darle no pudo habitacion el arte:
 Circe en su centro, ya de feras nido,
 Sus palacios esplendidos reparte,
 Que por la natural arquitectura
 Fundó la artificiosa compostura.

Sobre mármoles blancos, que al Indiano
 Marfil en lustre vencen, oro esmalta
 La insigne puerta Dórica, y de plano
 Perfil el claro pedestal resalta:
 Quanto permite el arte en diestra mano,
 En él levantan proporción tan alta
 Dos columnas de jaspe de Corinto,
 De bronce y oro el capitel y el plinto.

Aquí llegó perdido y derrotado
 El Capitan de Grecia tristemente,
 Su leño solo en tantos reservado,
 Que poblaron el húmido tridente:
 Alzó los ojos al penasco helado
 Que en pardas nubes escondió la frente:
 Que la sombra del mar por gran distancia
 Obligaba á mirar tanta arrogancia.

Y como mas al monte al vespertina
 Crepusculo la sombra dilataba,
 Por ella Ulises á la márgen vino,
 Donde la puerta habitacion mostraba:
 Y señalando fácil el camino

Que el arena entre céspedes formaba;
 A Euriloco mandó, sabio y valiente,
 Que el verde monte penetrar intentase.

Apénas con sus Griegos compañeros
 Selectos de los otros desembarca,
 Quando cercado de animales fieros
 Temió el rigor de la vecina Parca:
 Pero al sacar los fulgidos aceros
 Viendo en las olas fluctuar la barca,
 Los que temió llegar armados de ira,
 Postrados á sus pies humildes mira.

Al umbral de la puerta las criadas
 De Circe lisongeras los reciben,
 Y á los valientes Griegos inclinadas,
 Los brazos, no las almas apereciben:
 De la fingida risa acreditadas
 Les muestran los palacios donde viven,
 Asegurando que su Reyna bella
 Es Venus de aquel mar, del sol estrella.

Su gente anima Euriloco engañado
 A ver á Circe en tanto mal dispuesto,
 Que á quien grandes desdichas ha pasado,
 La esperanza del bien le engaña presto.
 Hallan los Griegos en un alto estrado
 De alfombras ricas de Zeylan compuesta
 La bella Circe con Real decoro,
 Quitando como el sol la gloria al oro.

Las piedras del dosel y las figuras,
 Con los vestidos varios en colores,

Suplicaran en las noches más oscuras
De la corona Austral los resplandores.
Lágrimas deusas del aurora en puras
Conchas del mar abiertas, como en flores,
Pendían por los hilos de oro al suelo,
Hurtando lustre al sol, cristal al hielo.

Circe de Regia púrpura vestida,
Sembrada de azucenas de diamantes,
Mostró la hermosa perfección unida,
Admirando los Griegos circunstantes.
La madeja bellísima esparcida
Por los hombros en ondas fulgurantes:
Preciándose de ser mayor tesoro
No permitía distinción al oro.

Eran los ojos esmeralda vivas,
Qual no las vió Jomas el Gange Indiano,
Con dos almas de fuego tan lascivas,
Que eran la esfera del deleite humano.
No suelen á la Aurora primitivas
Mostrar apenas el dorado grano
Las hijas de los pies de Venus bella,
Como resplandeció púrpura en ella.

Suerdiendo al marfil tan viva ardia,
Que compitiendo en su celeste velo,
El carmin de la boca desafia,
Como si fuera de diverso cielo:
Era lo que la risa descubría
El nítar que en clavel condensa el hielo.

Si se atreve la frígida mañosa
Tal vez con perlas á bordar su grana.

Brunida al torno la columna hermosa
Este edificio cándido y rosado
Sustentaba con pompa generosa
De tan divinos miembros ilustrado:
Que siendo de aquel alma cautelosa,
Y de tan falso espíritu habitado,
El principio y origen de la vida,
Perdió tener la estimación debida.

¡O quantas hermosuras han perdido
Del imperio mortal la gloria y palma,
O por tener el corazón fingido,
O por manifestar báthara el alma!
Blandura celestial, perdón te pido,
Si alguna vez, que me tuviste en calma,
Pensé que no era el alma que tenías
Fénix de las humanas gerarquias.

Euriloco mirando finalmente
La bella Circe, al suelo derribado,
Le dice: O Reyna, ó sol resplandeciente,
Deste palacio esférico dorado:
El Griego Ulises, Capitan valiente,
Reliquia del heroico y desdichado
Ejército, por quien yace en la arena
Troja con París robador de Feus,

Llega á tu monte en una nave solo,
Después de mil naufragios y desvelos,
Con que ha visto del uno al otro polo

Tantos diversos mares, tantos cielos :
Así los rayos de tu padre Apolo
Adore Delfos, y respete Delos,
Que de su error, que de su mal te duela
Que ni armas tiene ya, xarcias, ni velas.

Ampara un Rey que en Itaca y Zaquinto
Tuxa tan alto imperio, porque vuelva
Al mar de Grecia deste mar distiunto,
Antes que el fiero Boreas le revuelva :
Dexó por el uadoso laberinto
De Griegas naves una hilanca velva ;
Duelete de sus hijos y su esposa
Años ausente, poca edad, y hermosa.

Aun él no sabe que su ilustre casa
Ocupan hoy villanos pretendientes,
Cuya libre afición su hacienda abrasa,
Que á todo están sujetos los ausentes :
Ignora como dueño lo que pasa,
Y sabe los agenos accidentes :
Que esta es la causa, porque muchos vienen
A hablar en faltas que ellos mismos tienen.

No porque no es Penelope tan casta
Como la fama de sus obras muestra ;
Mas la porfia que los montes gasta,
Mejor podrá la resistencia nuestra :
Que para exemplo de recelos basta
Trayidor Egisto, ingrata Clitemnestra :
Que ni la nieve al sol está segura,
Ni en ausencia del dueño la hermosura.

Diez

Diez veces nuestra Argólica milicia
Sobre Troya miró flechando á Croto,
Y otras tantas el toro de Fenicia
Pacer estrellas al celeste soto.
Finalmente venció nuestra justicia,
El alto muro de Dardania roto,
Cayendo, como tiene de costumbre
Toda gloria mortal, que vió su cumbre.

Cobramos, Reyna, la robada Elena,
No porque ya cubriese el roxo labio
Cándidas perlas, ó por ser tan buena,
Que nos moviese á deshacer su agravio :
Que nunca la minger, que ha sido agena,
Venera el amador, ni estima el sabio :
Que aun en los brazos el agravio suele
Hacer que el fuego del amor se yele.

Venganza fué, que quando el fin alcanza,
No hay hombre que contento la posea,
Que es condición de la mortal venganza,
Que no sin daño de los dueños sea :
Tanto, que se ha perdido la esperanza
De que ninguno de nosotros vea
Su casa, esposa y hijos, convertidos
En peces por las aguas sumergidos.

Castigo fué tambien en parte alguna
De haber entrado los Troyanos muros
Con invencion tan alta, que la luna
Tenió su sombra en sus cristales puros.
Estaban del rigor de su fortuna

Tomo II.

33

Los engañados Dardanos seguros,
Que aun el honor para el ageno daño
No quiere la venganza en el engano.

Fingió partirse nuestra Griega armada,
Y en unas Islas se quedó escondida,
Aumentando la selva, que enramada
Juntó la verdadera á la fingida:
Con los olmos vecinos abrazada
De suerte se miraba entretejida,
Que las naves le diéron troncos rudos,
Y ella vistió sus árboles detraídos.

Con esto los Troyanos presumiendo
Que las ondas marítimas rompía,
Andaban por la playa discurriendo
Que aun despojos inútiles tenía.
Quantos miras aquí de aquel tremendo
Caballo para el parto de aquel día,
Ocupamos el vientre, en que estuvimos,
Y á ser fuego de Troya á luz salimos.

Mal defendida la ciudad, su goate
(Como salió del sueño la defensa)
Mas hora, que plega, y tristemente
Hallar piedad entre los Dioses piensa:
De Aquiles Piro imitación valiente,
Perpetra entre sus aras tal ofensa,
Que solo basta á despertar la ira
Del sol que su ciudad cenizas mira.

La venerable barba revolviendo
El fiero mozo á la siniestra mane,

Sin respetar su edad, con golpe horrenda
La cabeza cortó del Rey Troyano,
Sobre la sangre misera cayendo
Del triste hijo, que defende en vano:
La que estaba del padre desunida,
Quiso ayudar á quien le dió la vida.

Estas crueldades y otras, que tuvieron
Entonces la disculpa en la venganza,
Por ventura despues la causa fueron
Del castigo que á todos nos alcanza.
Al mar, al viento y á la luna diéron
Los cielos la firmeza en la mudanza;
Y en nuestro error mudó naturaleza,
Sin admitir mudanza su firmeza.

Fundó por nuestro mal con Fuego ardiente
Neptuno, Rey del mar, los muros Frigios,
Por esto navegando su tridente
Las ondas vuelve ya ligos Estigios.
Escucha tú de Ulises eloquente
Las iras, los portentos, los prodigios,
Dando licencia que te adore y vea,
Y sacro asilo tu presencia sea.

El te dirá como los dos Atridas
En la Isla de Tenedos surgieron:
Y como las esquadras divididas
Distintos rumbos por la mar siguieron:
Porque todas las cosas sucedidas
Los marítimos Dioses, que las vieron,

Las contáron á Palas, y ella á Ulises,
Y aun al Troyano sucesor de Anquises.

El roxo Menelao con ser discreto,

Volvió á su casa la traydora Elena:
¡Que necio amor, si fué de amor efeto!

Pero lloró muger, y cantó sirena.

Callar un hombre el deshonor secreto,

No por todos los sabios se condena;

Pero el público agravió es tanta culpa,

Que aun no puede el amor darle disculpa.

¡O nunca de Nestor se dividiera

Con menos amistad, que atrevimiento!

Que ya los puertos de sus Islas viera,

Y gozara á Penélope contento.

¿Quién vió tanto blason, tanta bandera,

Tanta lengua de bronce hablando al viento,

Tantos árboles mas que Egipcias piras,

Que imaginara las celestes iras?

Dimos velas al viento sonorouso,

Hinchada pompa de las lunas perdidas;

Las flámulas pintadas el undoso

Picélago peyanu libres y gallardas:

Las naves con el céfiro amoroso

Juzgan las alas de los ermos tardas,

Y como cisnes la nevada pluma,

Destando cristal, cortan espuma.

Mas luego un uracau, y travesa,

Tan fiero, tan voraz, tan iracundo,

Las acomete al espirar del día,

Que midieron el cielo y el profundo:

La Isla Eolia tenebrosa y fria,

Cárcel del ayre, que sustenta el mundo,

Casi en el fuego y cerca de la luna,

Nos recibió para mayor fortuna.

Cuando mostrando sentimiento y pena

De ver que el Griego Euriloco lloraba

Bañó la pura rosa y azucena

Con perlas, que á dos soles destilaba:

Maldice á Troya, llama infame á Elena,

Por quien sin culpa el mar peregrinaba

Tan fuerte Capitan, casado, ausente,

Sujeto á todo fácil accidente.

Fingiendo en fin el pecho enternecido,

Los manda regalar á las mesas poner,

Veneno en los manjares esparcido,

Que de yerbas venéficas componen:

Los cuidados, las zrnas y el vestido

Los soldados famélicos deponen:

Comen, hablan, blasonan, rien, brindan,

Hasta que al sueño la memoria zindan.

Euriloco discreto, como suele

El que mira pasar otro delante,

Y quando de su ciego error se duele,

Retira el pie que le afisruó constante,

Mas quiere que la hambre le desvele,

Y que el duro cansancio le quebrante,

Que no verse despues tal, que no pueda

Volver, con vida donde Ulises queda.

No hien sobre las mesas se caian
 Los Griegos, ya de llaco satisfechos,
 Quando de hirsutas pieles se vestian
 Las cervices, las manos y los pechos:
 Los unos elefantes parecian,
 Los otros ya rinocerontes hechos,
 Qual, tigre que engendrò Scítica Hircania,
 Y qual, leon de la Oriental Albania.

Mover quezia Eriseto la turbada
 Lengua: quando cubrio flexible trompa
 La boca descompuesta, y con la armada
 Frente Elnor no hay arbol que no rompa:
 Dulcino fué á tomar su fuerte espada,
 Antes que transformándose interrompa
 El racional distinto encanto fiero,
 Y con las uñas derribò el acero.

Quejarse quiso con acento humano
 De tal crueldad el joven Antidoro,
 De Ulises Almirante en el mar cano,
 Cuyos labios cercaban hilos de oro:
 Mas con mugido fiero y inhumano
 La rigida cerviz de airado toro
 Mostrò feroz, y en una clara fuente
 Se vió las medias lunas de la frente.

Del modo que bañándose Diana
 Fugitivo mirò las rumanas uuevas
 En la plata del baño sus cercanas
 El transformado Principe de Tebas,

Quisiedo articular la voz humana
 Peneo vió, ¡que horror! ¡que injustas pruebas!
 Las armas de la infancia, á que se obliga
 Quien por buscar muger hallò enemiga.

No ménos tú, beligerò Atsmante,
 A quien diò nacimiento la Morea,
 Critico de las Musas arrogante,
 Viste tu hermosa forma en la mas fea:
 Al animal mas rudo semejante
 Círces permite que tu imágen sea,
 Quedándote en aplauso vil plebeyo,
 No el alux, la corteza de Apuleyo.

En un dragon alado se transforma
 Alcidesante, bárbaro poeta,
 Sin agradarse Palas de su forma:
 Que era Palas científica y discreta.
 Un caballo feroz Tehandro infórma
 Que ni á espuela, ni á freno se sujeta;
 Al extremo del monte alargò el paso;
 Que quiere de sus cumbres ser Pegaso.

Por burlarse de todo (puesto en duda
 De Grecia si era Hericelito) Penteo,
 En ximio, ó cercopiteca se muda,
 Gracioso en gesto y en acciones feo.
 Euriloco pidiendo al cielo ayuda,
 Sale del monte al campo de Neseo,
 Y embargado agradece á su templanza,
 Que le librò de tan cruel mudanza

Enternecido el hijo de Anicla,
 Las manos alza á Júpiter divino:
 Lloro de ver que tantos años sea
 De Tétis naufragante peregrino:
 Que no llegue á la tierra que desea,
 Y que le niegue el vasto mar camino,
 Habiendo en tantos rumbos vueltas dado
 Al clima adusto, al frígido y templado.

En esta confusión, en este asombro,
 A la tierra baxó la noche helada,
 El viento desprendiéndose del hombro,
 Y la cara de nubes rehozada:
 ¡Ay! dixo, ó gran Mercurio, pues te nombro,
 En toda acción mirándome inclinada
 De trino tu retórica influencia,
 Por quien mi patria alaba mi eloquencia:

Dame remedio en tanta desventura,
 No permitas que dexen los soldados
 Que perdonó la mar, en la figura
 De animales tan fieros transformados:
 Mejor será que tengan sepultura
 Con los demás Argivos desdichados,
 Que no que el alma en tal fiera oculten,
 Que alzar el rostro al cielo dificulten.

Enseña la moral Filosofía,
 Que el hombre que jamas del baxo suelo
 Al cielo levanta la fantasía,
 Viviendo en pie para mirar al cielo,
 Es fiera, que la Libia ardiente cría

En su arena abrazada, ó en su yelo
 Seña feroz, sin que en su bien redunde
 El alma racional, que Dios le infunde.

Abriendo entónces con dorada llave
 El gran nieto de Atlante, el Argicida,
 La puerta celestial, tres veces ave,
 En nube de oro y resplandor vestida,
 Sobre la gahis esclareció la nave.
 Qual suele exhalacion, quando encendida
 Despues de tempestad serena el cielo,
 Y retrató su luz el mar en yelo.

Y sacudiendo con la diestra mano
 El dragon duplicado al caduceo,
 Con tierno afecto, con acento humano,
 Así fué de la mar celeste Orfeo:
 Gran hijo de Laertes, que el Troyano
 Incendio priva, que del patrio Egeo
 Los puertos goce: tanto Venus llora
 Su ciudad en los ojos del Aurora:

No temas el rigor de los encantos
 De la hija del sol, ni el ver tus Griegos
 En varias formas de animales tantos
 Por los montes indomitos y ciegos:
 Toma esta yerba, que los cielos santos
 Penetraron tus lágrimas y ruegos,
 Que con ella podrás vencer la fiera,
 Diomedes de esta hárbara ribera.

Aunque á la madre del Troyano aitoro,
 Dulce monstruo de amor, parto de espumas,

UNIVERSIDAD DE BAYONA LEON
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

ALFONSO REYES

Edo. 1425 MONTREAL, MEXICO

No es licito al valor de mi decoro,
 Que en tu favor ingratitude presumas,
 Dixo, y alzando los coturnos de oro,
 Resplandecieron las talaras plumas,
 Y la senda de luz al movimiento
 Hurtó á la vista poco á poco el viento.

Era la yerba de raíz redonda
 Negra en color, de flor vistosa y blanca:
 No hay veneno que della no se esconda,
 Pero con gran dificultad se arranca.
 Circe espera, que Ulises le responda:
 La casa ofrece liberal y franca,
 Y de su amor en viéndole segura
 Previene en el espejo la hermosura.

Riza el cabello, y en sortijas pone
 Pendientes mil diamantes, y la cara
 Al fingido jazmin fácil dispone
 Agua confeccionada entonces clara:
 Después de pura rosa la compone
 Densa en el medio, en los extremos rara,
 Y las cejas en arco á los despojos
 Previene con las flechas de los ojos.

Como en invierno suele añadir nieve
 El delirio mortal al agua fría,
 A la blancura, que á los cielos debe,
 Circe añadir la artificial porfia.
 A la garganta cándida se arreve,
 Que los dientes lustrosos desafia
 Del mas sabido animal, y de azucena,
 Teniéndola tan propia, viste agena.

Hacen lo mismo con igual deseo
 Y lustre adorno sus hermosas damas:
 El ámbar vuelve el ayre prado Hibleo
 Con fácil nube en olorosas llamas,
 Prevenidas al jóven Anticleo
 Las telas de oro, y las bordadas camas,
 Y á vueltas el veneno, da licencia
 Que venga con su gente á su presencia.

Ulises dexa al mar las blancas velas,
 Y mas fingido que de Europa el toro,
 La yerba prevenida á las cautelas,
 A tierra sale con real decoro:
 Solbre dos toneletes, ó escarcelas
 Cota de tela azul y escamas de oro,
 Pendiente el manto desde el hombro al suelo,
 Y el atado laurel revuelto al pelo.

La espada en un tahall, que tachonaban
 Ricos topacios y diamantes finos,
 Que la celeste eclíptica imitaban,
 Senda del sol por sus dorados signos:
 Su venerable aspecto acompañaban
 Los Griegos mas famosos y mas dignos,
 Euriloco, Auriflor, Polidamante,
 Filemo, Palamedes y Toxate.

Todos caminan de esperanzas llenos
 De hallar en Circe prospera ventura,
 Que no hay para sentir males agenos
 Fé firme, limpio amor, lealtad segura:
 Circe aumentando luces y venenos,

Y juntado al engaño la hermosura,
Sale á la puerta, y con fingidos brazos
Le recibe en los ojos y en los brazos.

Con blanca nieve, cuyo efecto es fuego,
Tierna le ciñe la robusta mano,
Por ver si fácil de la vista el Griego
Le entrega el pecho que conquista en vano:

Discreto Ulises con mayor sosiego
Defiende el alma del primer tirano.

¡Ay de quien necio por la mano bebe
Veneno ardiente en aspides de nieve!

Así le lleva por las altas salas
De oro vestidas y pinturas bellas,
Aumentando los ámbazes y galas
Lascivo resplandor en sus estrellas:

Tiernos Cupidos las purpúreas alas
En torno mueven, y derriban dellas,
Las flechas encendidas sin efecto:
Que era la yerba defensor secreto.

Y para que moviese, como suele,
Lo imaginado mas que la hermosura,
Quiere que el sueño honesto le deuele
De los famosos cuadros la pintura:

Mira la madre del amor que ímpete
Corriendo el ayre, y de la sangre pura
Las hojas de la rosa agradecidas,
Curando á los jazmines las heridas.

Adónis rio ya, que al mar Fenicio
De las faldas del Líbano descende,

Diestramente

Diestramente pintado, al exercicio
Del campo, no á la Diosa, libre atende:
Con blando rostro, con piadoso oficio,
Que persiga las fieras le defiende,
Tan bella, que la rosa con los zelos
Ser lirio quiso, y lo pidió á los cielos.

En otra parte el haño de Diana
Desuadas le mostró Ninfas tan bellas,
Que el Indiano marfil, la Tiris grana
No presumieron competir con ellas:
Vestido blanca pluma, riza y cana,
El que lo está de sol, luna y estrellas,
Engañaba de Leda la hermosura,
Pero con mas efecto la pintura.

Valiente quadro, abriéndose los cielos
La lluvia de oro esplendida enseñala,
Que á pesar de cuidados y desvelos
Entró donde jamas de amor la aljaba:
Enfrente Egina los nevados hielos
Al mentiroso fuego calentaba:
Todo lo mira el Griego, mas de un modo
La severa virtud lo vence todo.

Descansan en estrado que pudiera
Ser el sitial del sol, y los soldados
Con ménos gravedad hacen esfera
A los rayos que miran eclipsados:
No templa á todos rigida y severa
La virtud de Caton, que están templados.

Tomo II,

34

En las leyes comunes; y estas tales
 Convierte Circe en fieras y animales.

Sentado estaba el Griego, y le tenía
 Circe la mano diestra, mas la hermost
 Presencia que miraba, suspendía
 La fuerza de la vara venenosa:
 El encanto á los ojos remitía
 Arsénico mortal, flecha amorosa.
 Indecisa se vió la Efluge, ó Lamia;
 Que hechizos, si hay belleza, son infamia.

Pero viendo que el hijo de Laertes
 No la miraba tierno, con la vara,
 Que dió tan fiera cruz a tantas muertes,
 Vencerle quiso, y al tocarle para.
 El Griego entónces con líz múnos fuertes
 El golpe venenífero repara,
 Y sacando la espada, ardiente rayo,
 Cubrió sus ojos de mortal desmayo.

Pero animada del temor cobarde,
 (Que hay ánimo tambien que es cobardía)
 Le ruega que la escuche y que la guarde,
 Y el acero con lágrimas desvia:
 De sus ruegos al fin vencido tarde,
 Como en la yerba mercurial conía,
 Paró el rigor: que nunca fue sangriento;
 El hombre de sutil entendimiento.

Circe promete al cielo, y interpone
 La autoridad de su Milsio hermano;

No hacerle agravio, y en la statua pone
 De Júpiter Olímpico la mano.
 Con esto mereció que la perdona,
 Y que la mire con semblante humano:
 Y luego amor en dulces amistades
 Con los brazos juntó las voluntades.

Sucedo en esto con aplauso y fiesta
 La artificiosa luz á la del día,
 Porque la noche tímida intempesta
 Con la sombra del monte el mar cubría.
 La mesa y cena espléndida se apresta,
 Y entre tanto á la forma en que vivía,
 Vuelve todo soldado, y las crueles
 Armas desnudan con las duras pieles.

Qual suele el que salió de algun cuidado,
 En que su loco error le tuvo asido,
 Contento, libre, alegre y admirado,
 Cobrar nueva razon, nuevo sentido;
 Desnudo de animal todo soldado
 Está con los amigos divertido:
 Danse estrechos abrazos, y en la mesa
 La memoria del mal trágica cesa.

Ya Baco entiende á Vénus, ya los vasos
 En los aparadores altos suenan,
 Ya los siervos, los platos y los pasos
 De las salas los cóncavos atrapan:
 Beberen los alegres tristes casos;
 Unos dicen amores, y otros cenan;

Quales mirando están tantos tesoros,
Quales oyen cantar distintos coros.

Ya mira Circe á Ulises sin recato,
Quien tierno mira, blandamente ruega:
Ya no responde el Capitan ingrato,
Que mas concede quien de presto niega:
Y puesto fin al opulento plato,
Con altas voces á la usanza Griega
Himnos al alto Júpiter ensalzan,
Agua previenen, y las mesa alzan.

En rico estrado sin guardar se sientan
Lo que se debe á las honestas dainas:
Ellas mirando la hermosura aumentan,
Y ellos de amor las encendidas llamas:
Con privacion los Griegos se contentan,
Y como suelen por las verdes ramas
Las tórtolas gemir arrullos tiernos,
Llaman breve esperar siglos eternos.

La noche estaba sin temor de Apolo,
Y en el collar del Can respiciencia
La estrella mas vecina á nuestro polo,
Que airada entónces abrasaba el dia:
Quando el astuto, en las desdichas solo,
Vencido del amor y la porfia
De Circe, que no luy cosa que no vengza,
Así su historia trágica comieçaza.

Despues de haber Agamenon vengado
La infame afrenta del tirano fiero,

No sé qual Dios con nuestra gente airado
Vibró de su rigor el fuerte acero.
Yo mas, que quantos fueron, desdichado,
A la conquista, aunque al honor primero,
Tales tormentas padeci, que admiró
Como en articulada voz respiro.

Cantarte por extenso mis historias
Seria loco error, Circe divina,
Y revolver ahora las memorias
Y tragedias de un alma peregrina:
Que como alegran las pasadas glorias,
A que el gusto mortal facil se inclina,
Le mueven á dolor penas presentes,
Que se han de referir, estando ausentes.

Entre otras desventuras con mis naves
Y dolores compañeros llegué un dia
A Lestrigonia, que entre peñas graves
Del mar de Italia su delicia ha.
Aquí gente cruel, si no lo sabes,
Barbara en todo, aunque con Rey, vivia,
Gigantes de estatura y de fuerza,
Que dellos se admiró naturaleza.

Antifates su Príncipe, excelsito
La gran proceridad del Centauro.
Era de aspecto furibundo, burrondo,
Fuera del natural limite humano:
La barata borba y el cobello haciendo
Feroz el rostro, entre vermejo y caño,

Daban temor, á quien formaban lasca
 Dos ramas de laurel como dos brazos.

De marítimas conchas guarnecido
 Vestía un peto y espaldas, trabadas
 Con firmes puntas de metal bruñido,
 De los rinocerantes imitado:
 Desamdo el brazo, á la mitad vestido,
 Las piernas de coturnos enlazadas
 De correas de tigres y leones,
 Tachonadas de evillas y botones.

Por arma desigual un fuerte pino,
 De sus menudas hojas despojado,
 Que parece que el monte le previno
 Por una verde línea dilatado.
 Yo triste y derrotado peregrino
 Pacífico llegué como engrasado:
 Dos soldados prevengo á la embajada,
 Con dos pavese y una antigua espada.

Parten Cinto y Ladon con el presente,
 Pidiéndole licencia un nuevo Acates,
 Para que tome tierra nuestra gente.
 Con los primeros de la mar embates:
 Pero apenas la voz del Griego siente,
 Cuando el gigante bárbaro Anfites
 Dexa caer el pino, en quien impreso
 Quedó revuelto en sangre el cráneo y seso.

Apenas le miró, que palpitando
 Estaba en el arena, quando rriendo

De un brazo el cuerpo, se le fué arrancando,
 Y con estruendo horrísono comiendo:
 La sangre de la boca destilando,
 Por la cerdosa barba discurriendo
 Entre calientes linos y pedras,
 Le bañaba los pechos y los brazos.

Suenan los cartilagineos, y sueñan
 Los huesos con horribles estallidos,
 Como en el fuego la montaña atruenan
 Los ramos nuevamente divididos.
 Viendo Ladon que bárbaros condenan
 La ley de Embaxador en los rendidos,
 Antes que coua á Cinto se la quite,
 La vida al vuelo de los pies remite.

Qual cielo el Irisales pazo animoso,
 Dividiendo las eudes que no hebe,
 Formar en ellas círculo espumoso,
 Mantay cristal, y removida nieve;
 Se arroja al agua el joven temeroto,
 Y en el cabello y ropa las embehe:
 Aborda, darle un cabe, y en la popa
 Sacude ántes de hablar cabeza y ropa.

Pero apenas refiere la fortuna
 Del misero Ladon, quando feroces
 Cercan la margen sin defensa alguna,
 Con armas, que el furor ministra, y voca.
 No suelen espantados por laguna,
 Quando rranos los bárbaros atroces,
 Anades por las cañas escondidas,
 Del Aguila voraz librar las vidas;

Como nosotros, vicada la firmeza,
 Con que nos acometen los gigantes,
 Arrojándonos peñas de grandeza
 No vista de los montes circunstantes.
 Levó la amarra, con igual presteza
 Las alas de los árboles volantes
 Al ayre entrega, haciendo que las hayas
 Azotando la mar dexen las playas.

Mas ellos en sus Griegos compañeros,
 Cercando quanto mira el horizonte,
 Intentan juntos con peñascos fieros
 Cubrir el mar y deshacer el monte:
 Allí quedaron muertos los primeros
 Lisandro, Alfeo, Peñas y Filote,
 Capitanes de naves, que diez años
 Sufrieron sobre Troya eternas daños.

Como el furioso Alcides revolviendo
 El brazo, en que tenia al desdichado
 Lícas, al mar le echó con grito horrendo,
 Sin alax por el ayre levántido:
 O como suele, círculos haciendo

Del cáñamo tejido, en verde prado
 Disparar el pastor, porque se espante,
 Al ganado la piedra resonante;

Así del brazo un Lestrigon despidió
 A Doriéolo como facil pluma,
 Que donde el agua tímida divide
 Las ondas penetró con breve espuma:

Con su estatura prócera se mide
 (Porque el valor en el morir presume)
 Dulcino Atayo, y quando mas anhela,
 No llega con la espada á la escarcela.

Pero arrojáde con el pie de suerte,
 Que haciéndole pedazos las costillas,
 Iba tras él círculos la muerte,
 Y le alcanzó del agua en las orillas.
 Las naves de uno y otro encuentro fuerte
 Temblaban de las gabias á las quillas,
 Rechinaba la xarcia, y los extremos
 Mezclaban las antenas y los remos.

Alargado á la mar, sin retirarme
 Mas de lo que bastaba á no perderme,
 Si bien mil veces intenté arrojarme,
 A no venir Penelope á tenerme:
 Mas della y de Telemaco acordarme
 Aun no sé si pudiera detenerme,
 Palamedes bastó, que un grande amigo
 Es el mayor poder para comiango.

Y mas quando miré, que por las ondas
 Iban algunos bárbaros gigantes,
 Que hasta los centros, que no alcanzan ondas,
 Sepultaban los Griegos naufragantes:
 No así en los rios por las partes hondas,
 Dexan pasar los cuerdos elefantes
 Los pequeños primero, antes que crezcan
 Las aguas con los grandes, y perezcan.

Con griega sangre el vasto mar tenía
 Las algas de la bárbara ribera,
 Los juncos en corales convertía,
 Como si el tronco de Medusa fuera;
 No escupe celestial artillería
 Mas balas de granizo, que la fiera
 Gente peñas al mar, que á la montaña
 Surtiendo el agua los extremos hana.

Añi desafiada, con valiente
 Brazo suele tirar piedras, ó barras
 Con aplauso vulgar rústica gente,
 Como ellos peñas, troncos y puzarras:
 El mar sembraban lastimosamente
 Xarcias, hauprestes, gumenas y amarras,
 Escudos, lanzas, armas y vestidos,
 Teniendo el agua cuerpos divididos.

Qual saca la cabeza medio vivo
 Para cobrar aliento; pero en breve
 Se la sepulta el golpe ejecutivo,
 Y propia sangre entre las ondas bebe.
 Aquí de aliento; ay misero! me privo;
 Tanto el dolor mi sentimiento mueve:
 Pues ya que de la vida los despojan
 Para convertirlos, á la mar se arrojan.

Y como el fiero armado cocodrilo
 Se arroja de la margen Egipciana
 Al pez, ó barca del fecundo Nilo,
 Al apuntar la cándida mañana;
 Entre las ondas por el mismo estilo

Comen y beben carne y sangre humana,
 Haciendo que la mar su freno exceda,
 Como tan llena de los cuerpos queda.

Decirte vo que lágrimas vertía,
 Mirando las tragedias lastimosas,
 Era llegar al término, en que el día
 Rie en jazmines, y amanece en rosas:
 Dexé aquel mar, y la tristeza mía
 Aumentaba sus ondas procelosas,
 Sintiendo que dexaba con vil guerra
 Lo mejor de mi armada tute agua y tierra:

Dos dias no comí, pero al tercero
 Persuadido de Albante y Glorinardo,
 Venci con el sustento el dolor fiero,
 Y el triste fin de mi fortuna aguardo:
 Con la bonanza que jamas espero,
 Todo el velamen de las lons pardo
 Doy al fyonio occidental, y sea
 Que por jardines de cristal pascó.

Trece veces habia el sol vestido
 De luz y claridad el polo opuesto,
 Y tantas por las ondas sumergido
 Con encendido círculo traspuerto:
 Quando el piloto me llevó el oido
 Con voces de la tierra descompuesto;
 Cuyos celages suspirando miro,
 Y quando mas mi patria espero y espiro,
 Era parte del África, que tienen
 Los Trópicos en medio en dos gigantes

Écollos defendida, que detienen
 Por el Líbico mar las navegantes :
 Las que á Cartago fluyendo vienen,
 Temen su arcua y olas arrogantes :
 Sietes las llaman ; pero en fin perdonan
 Mi nave entre las peñas que coronan.

Hacia el mar unos profundos lagos,
 Recodos de su margen, y surginos
 Por ellos con temor de los estragos,
 Que ya por tantas partes padecemos :
 Habitaban allí los Lotofagos,
 A quien licencia para entrar pedimos :
 Mas quedaron allí Celio y Pentec,
 Ni volviendo á la nave, ni al deseo.

Yo entónces á morir me determino,
 Que ya la vida, ó Circe, me causaba,
 Desesperado á la ciudad raximo,
 Con arco persa y con póstada aljaba :
 Luego su Rey á recibirme vino,
 Su Rey que Láocroente se llamaba :
 Todos con paz y amor me abrazan, todos
 Me muestran almas de diversos modos.

Mas luego por mis tristes compañeros
 Pregunto con dolor, y ellos sin pena,
 Depuestos con los mantos los azeros,
 Me los muestran dormidos en la arcua.
 No somos, dicen, Estrigones fieros,
 Que esta tierra que veis fértil y amena,

Produce

Produce la ocasion que sueño infunde,
 Sin que otro dueño al huésped le redunda.
 Hay un árbol somnifero nacido
 En estos campos fértiles y sotos,
 De hacas como el mirto revestido,
 Negro de ramas, á quien llaman Lotos :
 De tan suave fruto, que comido,
 Quedan los estrangeros tan remotos
 De su memoria, y de su patria ausente,
 Que no vuelven á verla eternamente.

Ninfa dicen que fué, Ninfa Africana
 Aquel árbol primero, que temiendo
 De un feo amante la traicion villana,
 Bústico Apolo, que la fué siguiendo,
 La forma, que primero tuvo, humana
 En su corteza dura convirtiendo,
 Le dió su nombre : y fué de amor tributo,
 Que nazca de un desden tan dulce fruto.

En fin porque mis dulces compañeros
 No comiesen tambien, y se olvidasen,
 Despertando con voces los primeros,
 Eché un bando que todos se embarcasen :
 Temi que las lisonjas, monstros fieros,
 Mis Griegos detuviesen y engañasen :
 Que no los puede haber de mayor daño,
 Que con dulces palabras dulce engaño.

Con solo el treso salgo poco á poco,
 Y en refrescando el viento doy las velas ;
 Mas luego vuelve enfurecido y loco,

Tomo II.

35

Si en tantos males algun bien roceas :
 ¿ Que cielo ofrudo ? ¿ que deidad provoco ?
 ¿ A quien hicieron daño mis cautelas ?
 Que tal persecucion solo seria
 De gran poder , ó gran desdicha mis.

¿ Mas quien tan brevemente imaginara ,
 Quando parece que mi mal se alivia ,
 Que el viento al mar de Italia me arrojava
 Desde la márgen del que baña á Libia ?
 Donde el rigor de mi fortuna para ,
 Donde imagino que el rigor entubis ,
 Hallo vida y desdichas : que mi suerte
 Ya tiene por piedad darme la muerte.

Levántase un espeso torbellano ,
 Tolito presine al mar nube tronante ,
 Cerrando por las olas el camino
 Con promontorios líquidos delante :
 Pálido trepa hasta la gobia Alcino ,
 Suspenso por el cañamo bramaute :
 Amayua , dice , amayua , quando mira
 Que se araza el Orion de rayos de ira.

Suspende sobre el agua el vil gramete :
 El cuerpo que aligera asido á un cable :
 No huelga trizas, trozas, ó chasfaldete,
 Todo trabaja en acto miserable :
 Las roxas luyas, que en las ondas mete
 Con firmes pies y con furor notable
 El remero veloz, convierte en pluma,
 Y á costa del sudor levanta espuma.

Las rocas altas huyo, aunque parezca
 Error de su firmeza dividirme,
 Que no hay con que el furor mas encarezca,
 Que con ver que me alejo de lo firme :
 Ya no hay amarra, ó cuerda que me ofrezca
 Remedio ó fuerza, en que poder asirme :
 Que á la furia del Euro yacen rotas
 Muras, brazas, silicigas y escotas.

Dichoso aquel que al esconder turbada
 La oscura noche tenebrosa y fria,
 Los diamantes, que á veces descuidada
 Con las manos del sol le roba el dia,
 Despierta entre la cándida manada
 Al eco de su rústica armonia,
 Y dexitando del redil la puerta,
 La lleva á apacentar por seuda incierta.

Alli le ofrece el prado varias flores,
 Las puras fueates el cristal deshecho,
 Y escucha de las aves los amores,
 En el duro cayado puesto el pecho :
 No las templadas caxas y stamblores,
 Ni del aliento por el bronco estrecha
 El ayre transformado en voz tan viva,
 Que del sosiego, ó del honor le priva.

¿ Quanto es mejor con restallar las ondas
 Recoger á la noche las ovejas,
 Que ver por las mirallas y las rondas
 Sangrientas muertes, listinosas quejas ?
 Prado es el mar, quando espumosas ondas

Retratan del ganado las gudejas :
Mas no es calaña una velera nave
Que admite sueño, ni sueño sabe.

La nuestra con tan áspera tormenta
Ya no conoce rumbo por quien vaya,
Ya en el fondo del mar nos aposenta,
Ya como el alba las estrellas raya :
Con altas olas tímido rebienta,
Y solo es el morir última playa :
Todo se rompe, todo se deshace,
Y entre las xarcias la esperanza yace.

El arrogante mar, nuevo Tifonte,
Por escalas de espuma sube al polo,
Para ser de una vez del sol Factonte,
De muchas que por él se esconde Apolo
A la luna subió de monte en monte ;
Pero templóle con mirarle solo
Vénus su hija, que con presto vuela
Baxó á la tierra, arrojando el cielo,

CANTO II.

*Prosigue Ulises su relación con los amores de
Polifemo y Galatea; y lo que le sucedió
hasta que salió de la Isla.*

REYNA del mar Mediterraneo mira
Sicilia á Italia por espacio breve,
Que de ella á viva fuerza se retira,
Y á sus montañas fértiles se atreve :
Aqui por varias partes fuego espira
Vestido un monte de perpetua nieve,
Imágen natural de la hermosura,
Alma de vivo fuego en nieve pura.

Por varias sendas, prados y caminos
Corre Aretusa hermosa y diligente
Al mar con los coturnos cristalinos,
Por belleza deidad, por rigor fuente :
Tocar parecen los celestes sinos
Tres puntas en triángulo eminente
De Pachino, Peloro y Lilibeo,
Prisiones del intrépido Tifeo.

Aqui me traxo mi contraria suerte,
Por donde mira la feroz Cartago,
A darme mas desdicha y menos muerte,
Que pudo el Lestrigon y el Lotofago :
Vénus entónces del rigor me advierte,
Si puede ser ; de mi fatal estrago.

Y con sus rayos fulgidos me guía,
Hasta la aurora del siguiente día.

Veo nua Isla de Sicilia enfrente
De solos animales habitada,
Y de algunos Pastores pobre gente,
Que hay de Calabria allí breve jornada:
Tiene fácil el puerto, y una facate
De laureles y Mirtos coronada,
Que dividida en diferentes venas,
A donde coge flores dexa arenas.

Si afezzer las fencoras surgimos,
Y por la verde y libre selva entramos,
Revestida de yerbas y ramos,
Que formaban doseles de los ramos:
A los silvos y voces que le dimos
Correspondientes ecos escuchamos,
Que la repercusion de nuestro acento
Al mar pueda dar almas y voz al viento.

Quando pobre pastor se nos presenta:
A quién pieles de cabras moetasinas
El negro cuerpo adornan, que alimenta
El fruto de las rústicas encinas:
La Griega gente á su consuelo atenta,
Conduce por los bosques y marinas,
Donde los arcos y persianas flechas
Quedaron de los tiros satisfechas.

Los ciervos traen acaesivos los soldados,
Abren, desuellan, parten, cortan, hienden
Los verdes ramos, que en el fuego echados

Con el humor que floran, se defienden;
La carne caclavan en los uñas delgados
Que medio asada, envuelta en sangre empuenden,
Y Febo á ser antorcha del coavite
Sale por las espaldas de Amárite.

Allí sobre la yerba parecia
Que era lotos la caza que comiéron,
Quando igualando el sol la sombra al día,
Estas palabras sin rigor me oyéron:
No perdamos, ó dulce compañía,
La memoria del mal, que nos traxéron
Tristes hados aquí, ni desconfiados
Nos halle en ocio y sueño sepultados.

Sepamos á que tierra nos conduce
La fortuna cruel, si bien entiendo,
Que un breve bien tan fácil os induce
A que olvideis el mal que estais sufriendo:
Agua y sustento este lugar produce,
Mas no para que en él vivais muriendo
Tan lejos de la patria, en que tenemos
Las dulces prendas que perdidó habernos.

Entónces Triptolemo, que tenia
Menos de Baco, y mas de entendimiento,
Rogó al pastor, que nos sirviesse de guía,
Satisfecho un forzoso intento:
El que que la lengua Dórica sabia,
Por el silencio dió la voz al viento,
De suerte que una suspensa en su corriente
Dexó tambien de murmurar la fuente.

No soy como pensais, fumosos Griegos,
 Pobre pastor, que soy tambien soldado,
 Yo vi la guerra y los Troyanos fuegos,
 A Hector muerto, á Menelao vengado:
 De Polixena los humildes ruegos,
 Y á Pirro en sangre y en dolor bañado,
 De su valor y edad hazanas feas,
 Y fugitivo con su padre á Eneas.

Aquí me truxo vuestra misma estrella
 Arrojado del mar y de un navio,
 Digo á Calabria, porque vivo en ella,
 Siendo Corinto nacimiento mio:
 Mas ha de un lustro, ó Griegos, que por ella
 Llevo al invierno helado, al seco estio,
 El ganado que veis: mirad si puedo
 Con lo que de ella se poneros miedo.

Esa vecina Isla es Siracusa,
 Habitación de Cyclopes gigantes,
 Gente sin ley, República confusa,
 A los fieros Bracones semejantes:
 De las terrenas ondas circunfusa
 Parece que la ciezran tres Atlantes:
 Si bien nadie se atreve á su conquista,
 Que causa espanto, desde lejos vista.

Estos son los ministros de Vulcano,
 Que á Júpiter furjaban en su monte
 Los rayos, por quien hoy Heirreo tirano
 Yace en las negras aguas de Aqueronte:
 De la tierra y del cielo soberano,

Dicen, que fueron hijos Harpes, Bronte,
 Estéropé, y Piracmon el desnudo,
 Autor de la celada y del escudo.

Pero de todos estos apartado
 Vive en un alto monte Polifemo,
 Que mirándole no he determinado
 Qual es el monte y de mirarle temo:
 Que puesto que se ve proporcionado,
 La frente mide con su verde extremo,
 Tanto que el monte de árboles se vale
 Sobre las peñas, porque no le iguale.

Pero por mas que crezca, al fin le excede,
 Y es tal la pesadumbre de su exceso,
 Que se queja la mar de que no puede
 Dos montes sustentar de tanto peso:
 No hay yedra que pared de muro enrede,
 Como la harba y el cabello espeso
 El rostro y frente, en quien un ojo solo
 Imita al cielo, mientras duerme Apolo.

Un peynte tiene, que de juntas cañas
 Hizo para igualarse las guedejas,
 Que á una Ninfa cruel de estas montañas
 Le dice enamorado tiernas quejas:
 Tanto que entre unos lirios y espadañas
 Esenchándole solas sus ovejas,
 Dicen, que al son de su zampujo un dia
 Estos rústicos versos le decía.

O mas hermosa y dulce Galates,
 Que entre las mimbres de la encella helada

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO BETES"

Beds. 1625 OCTUBRE, 1925

Cándida leche pura de Anaites,
 Que en el cielo fosforesca segrade:
 Mas blanca me parece, aunque sea
 De tus hermosas mallas espartada:
 Que si quieran entrar en suspatencia,
 De tu parte será la diferencia.

O Niña mas hermosa, que de mis ojos
 Las verdes cañas de alcacer que asen,
 Pasados del invierno los enojos,
 Cuando esta pura nieve el sol desluce:
 Blanco jazmin entre claveles rojos
 Menos á quien te mira, satisface,
 Que tu boca amorosa, quando iguales
 Muestra la riza perlas y corales.

El mas temprano almendro, el mas florido,
 Preludio de la dulce primavera,
 Entre cándido y nácar dividido
 No iguala, imita tu bellad primera:
 Yo he visto de mastranzos guarnecido
 Este arroyuelo, que la mar espera:
 Mas no tienen olor, aunque pisados,
 Como tus miembros de correr cansados.

Si miro alguna cándida azucena,
 Se me acuerdan tus pies, quando desnudos
 Con breve estampa al campo y á la arena
 No dexan senda de sus pasos mudos:
 Sale una fuente en esta orilla amena,
 Jmas tocada de animales rudos,
 Y aquellos golpes, con que vuelve arriba,
 Me parecen tu riza fugitiva.

Calle la flor azul del verde lino,
 Calle este monte, quando vuelve Apolo
 Su nieve en plata en el ardiente sino,
 Que fué del Griego Alcides triunfo solo:
 Murmurar este arroyuelo cristalino
 Del marfil de tus pies Lidio Pactolo:
 Pues que bañando en el mayor tesoro
 Engendras perlas por arenas de oro.

El vuelo vences de la limpia garza,
 Quando haza el azor, rayo de pluma,
 En el olor la flor de espino y zizra,
 Aunque de Vénus el rosal presuma:
 El palido vellizo y la gamarza
 En vista por Abril, aunque consuma
 Tal vez el trigo y desde lejos solas
 En sangriento esquadron las anapolas.

Muerto pareces, quando estas sentada,
 O Galates, en estos verdes llanos,
 Un cedro, ó cinamomo levantado,
 Y rayos de cristal tus blancas manos:
 Abierta en el Otoño la granada
 Descubre aquel ejército de granos:
 Así mostrar á tornosoles sueles
 En tu rostro jazmines y claveles.

O mas sabrosa Niña, aunque eres fiero,
 Que dulce miel del liquido rotio,
 Que de los vasos de la blanda cera
 Se destila al calor del seco estio:
 Mas bella vienes tú de la ribera,

(*Quan varia de color, firme de brío*)
 Que el pintado esquadron, quando al Aurora
 Desnuda el campo y los panales dora.

¿Que becerrilla tierna mas lozana
 Retoza en verde prado y hace amores
 A la yerba, saltando tan liviana,
 Que apenas puede lastimar las flores:
 Como te vi pasar una mañana
 Entre aquestos laureles vencedores,
 Cogiendo aqui y alli de estas orillas,
 O ellas á ti las blancas maravillas?

Durmiendo estabas una siesta ardiente
 Al fresco de esta fuente sonora,
 Y en tus mejillas roxas y en tu frente
 Me pareció el sudor rocio en rosa:
 Mas todo aqueste bien turbar consiente
 Tu condicion conmigo rigurosa
 Amando un hombre indigno, amando un mozo,
 Que apenas tiene la señal del bozo.

Yo sí que tengo cresta, barba y yerba,
 Como ha de ser en hombres belicosos,
 De la color del sol, quando despierta
 Entre rayos apenas luminosos:
 Pero la boca en ella descubierta,
 Cuyos labios tan gruesos, como hermosos
 Descubren, si te ven, con blanda risa
 Mas blancos dientes, que el marfil de Orisa.

Mas tú, cruel, que por matarme tienes
 Gusto de amar un jóven delicado,

Con

Con poco honor de tu hermosura, vienes
 A verte por el monte, selva ó prado:
 Con él desde el Aurora te entretienes,
 Pues luego que la mira el sol dorado,
 Dexas el mar, y por decirle amores,
 Desprecias el coral, y pisas flores.

Si yo te quiero hablar, así te enojas,
 Que apenas llevo á verte, quando airada
 Desde la blanca playa al mar te arrojas,
 De círculos de plata coronada:
 Pero con ser tan fieras mis congojas,
 Al cortar de las aguas, Ninfa amada,
 Templan la furia á mis zelosas iras
 Las perlas que, arrojándote, me tiras.

Si canta ese rapaz, sutil parece
 Su voz de grillo negro en verde trigo:
 La lira que le adorna y desvanee,
 Sierra en nogal tan desigual conmigo:
 Mi voz los altos montes estremee,
 Y asombra el mar de mi dolor testigo,
 Donde me escuchan, con sus Ninfas bellas,
 Los peces igualmente y las estrellas.

Querer con mi grandeza y hermosura
 Sus partes competir afeminadas,
 Era igualar al sol la sombra oscura,
 Supuesto que de mí jamas te agradas:
 Diga el cristal de aquesta fuente pura,
 Quando estaban las ondas sosegadas,

Tomo II.

36

Si pudiera ser yo con poco aviso
Mas disculpado, que lo fue Narciso.

Compite en igualdad conmigo en vano
El mas alto ciprés, el mayor pino :
Puedo alcanzar estrellas con la mano,
Y sacarte del mar, si al mar la inclino :
Que quando viene el sol del orbe Iadiano,
Primero que á este monte convencino,
Me toca á mí, y al irse al Occidente
Se parte con la sombra de mi frente.

Si me estimaras tú, si me quisieras,
Hermosa Galatea, quanto ingrata,
¡Que regalos de mí, que amor tuvieras!
Que vale mas amor que el oro y plata :
¡Que huertas tengo yo, si tú las vieras!
Y en ellas un manzano, que retrata
Tus pechos en su fruto, y en sus flores
De tu divina cara las colores.

No lejos de mi cueva se levanta
Un pomposo nogal, á cuya sombra
Mil ovejas seorean, porque es tanta
Que hasta la margen de la mar zombra :
Tengo la fruta de una verde planta
Que sabe amar, alficugo se nombra,
Sin hembra no produce, y triste muere,
Que sin sentir su semejante quiere.

Guardado tengo un limpio canastillo
De conservados nisperos y servas,
Y antes que llueva, el pálido membrillo,

Para que dure entre olorosas yerbas :
Máchase en oro un cándido novillo,
Que si por estos montes le reservas,
Tendrás un toro, que les dé codicia
A las damas de Creta y de Fenicia.

Cogidos en los ásperos hibernos
Dentro en su cueva tenebrosa y fría
Dos osos tengo que retoran tiernos,
Atados á la puerta de la mia :
Pero mis males, que ya juzgo eternos,
Mis regalos, mis ansias y porfias,
¿Como podrán vencer tantos desdenes,
Quando otro amor entre los brazos tienes ?

Mas conforme parece mi deseo
Con tu valor, que el de pastor ninguno,
Si eres hija de Tetis y Nereo,
Y yo del Rey del mar, del gran Neptuno :
Mas pues tan firme y áspera te veo,
Que no me queda ya remedio alguno,
Yo mataré tu gusto, Galatea,
Aunque te pierda, aunque jamas te vea

Mordiéndose los picos una siesta
Prevenian sus hijos dos torcaces,
Y dixó yo : ¡que dulce vida es esta,
Quando zelos y amor confirman paces !
Mas pardo gavilan el vuelo apresta,
Aire las puntas cõrvas y voraces,
Mata el esposo arrullador : y digo :
Lo mismo haré con Acis y contigo.

No fué yans sinenaza, pues un día
Que este pastor en su regazo estaba,
Al tiempo que el Aurora se reía,
Y pensaban las flores que lloraba:
Polifemo, que al valle descendía,
Alzó una pena que la mar bañaba:
Acís corrió, mas eran, ¡triste caso!
Cien pasos suyos del gigante un paso.

Rompióse por el ayre la gran pena,
Y alcanzóle de tantas una parte:
Aunque á sus manos y furor pequeña,
Tal que las sienas le penetra y parte:
Cayó como la blanca flor de alieña
Al sol ardiente, ó al furor de Marte
Opuesta vida, y espiró en el viento:
Así fué el golpe rígido y violento.

Volvióse luego en líquido rocío,
Y poco á poco fueron sus despojos
Formando arroyos, que el lugar sombrío
Cubrieron de cristales y de enojos:
Porque si no se transformara en río,
Le hiciera Galatea de sus ojos:
Puesto que fué despues su llanto ausente
Del río amento, y de sus aguas fuente.

Acís, decía la Nayada hermosa,
Puesto que lloro tu infelice suerte,
Mas siento, que por mí la rigurosa
Mano de un monstruo vengativo y fuerte:
Como derriba el sol la fresca rosa,

Te marchitase en brazos de la muerte,
Quitándote la vida, que en la mía
Por forma y por primera acción vivía.

¡O fiero monstruo! si lo son los zelos,
Tú lo debes de ser contra mi olvido,
Tú lo debes de ser; tú, que los cielos
Ningun monstruo mayor han producido:
¡O quieran que jamas sus puros velos
Tus verdes prados en Abril florido
Cubran de yerba, ni sus mansas lluvias
Tus blancas eras con espigas rubias!

Envidioso pastor de ponzoñosas
Yerbas siembre el arroyo y la corriente,
Que beben tus ovejas, y de rosas
De adelfa, para tí, la mejor fuente:
Las que tú quieres mas, las mas hermosas
Rabioso lobo emprenda y ensangriento:
Y quando mas esta montaña asombres
Te mate el mas astuto de los hombres.

Acís, contigo se acabó mi vida,
Aunque soy inmortal, pues con tu muerte
El alma, que en los dos estaba unida,
Se divide, se parte y se divide:
Mas no porque la tuya se olvida,
Dexará mi memoria de quererte:
Que imprime amor la tuya con mis quejas
En la mitad del alma que me dexas.
Ya no saldré del mar, como solía
Al regalada son de tus amores,

Ni estos prados verán estampa mía
De ramos de coral, fingiendo flores :
Ni yo la márgen desta fuente fría,
Que en vez de sus cristales y colores
Viviré las arenas mas oscuras,
En soledad de tus estrellas puras.

En tanto que estas cosas refería
El perdido soldado, ó Circe hermosa ;
Betataba mi libre fantasía
Del gigante la jangén portentosa :
Deseos tan ardientes me encendía,
Que apenas de Títan la amada esposa
Salíó otra vez, y descansó mi gente,
Quando me fuerzan que buscalé intente.

Parto á la Lisá con favor del viento,
Y sia amayna, viru, ni zaborá,
Con silencio, valor y strevimiento
Mi nave con sus árboles aborda :
Entre laureles, que de ciento en ciento
Formaban una selva muda y sorda,
Me ofesce su espantoso frontispicio
Un natural rústico edificio.

Entónces yo, que siempre por lo astuto
De notables peligros me he librado,
Hago cargar mi cuerpo del tributo
Al Dios de los racimos dedicado :
Era tan fuerte y parecido fruto
A Isuaro fértil en que fue criado,
Que derribara al hombre mas valiente
Con solo que le asiera de la frente.

Entramos poco á poco por la cueva,
De donde el fiero dueño ausente estaba,
Donde hallamos tambien por órden nueva
La hacienda de pastor en que trataba :
En tablas que con alta cuerda eleva,
De diez en diez los quesos que guardaba,
Con mas labores de textiles números
Que tienen los follages de los timbres.

Los vasos que corriendo estaban suero,
Los barreños labrados y los tarros,
Donde la leche se ordeñó primero,
Las esteraz, eucellas y los jorros :
No se pudiera el aparato entero
Mudar con mulas en sogasites carros :
Que no vió á Polifemo, ni oyó el nombre,
El que llamó pequeño mundo al hombre.

Tenía los corderos divididos,
Los tiernos cabritillos apartados,
Y en mas abrigo los recién nacidos,
Como de mas calor necesitados :
Mis compañeros ménos atrevidos,
Aunque en igual fortuna exercitados,
Me rogáron que luego me partiese,
Robándole de allí quanto pudiese.

Mas yo que tantas cosas visto había,
No queriendo perder la mas famosa,
Hago que enciendan fuego, porque el día
Bañó el Ocaso de color de rosa :
Sentadas á cenar con osadía,

Estremeció la cueva tenebrosa
Con silvos el pastor, y habiendo entrado
En nosotros el miedo, entró el ganado.

Derriba un haz de mal partidos ramos
De la dura cerviz, y luego cierra
Con Peña tan inmensa, que temblamos,
Y se espantó pariténdola la tierra:
Hacia la escuridad nos retiramos;
Pero él nos sienta, y prevenido á guerra:
¿Quién más, ladrones, dice, que fortuna
Os truxo aquí, si hay en mi daño alguna?

Griegos, respondo yo, gran Semideo,
Desde Troya perdidos y arrojados
Por alta mar, que Agamenon Atreo
A su venganza nos llevó soldados.
Ver vuestra nave, respondió, deseo,
Y los despojos de que vais honrados,
Mas yo que le entendí, le digo: ¡ay triste!
La que lienzo vistió, nacares viste.

Que por haber á Troya destruido
Sinon con el caballo Durateo,
Arrastrado al gran Hector, y teñido
A Andrómaca de humor sangriento y feo;
Los Dioses, Polifemo, han permitido,
Que al pis del Siciliano Lilibeo
Se rompiese la nave, y sus riberas
Sepultasen de Troya las vanderas.

Mas tú temiendo á Júpiter, que ampara
Los huéspedes, y dió muerte á Diomedes,

Honra de algun presente á quien tu cara
Merece ver, porque en su gracia quedas.
El dixo entónces: ignorante, para,
Para y estima, que mirarme puedes:
Yo no temo los Dioses, que á ninguno
Respeto debe el hijo de Neptuno.

Diciendo así frenético arrebatá
Dos tristes compañeros, y de fuerte
El golpe con la tierra los maltrata,
Que nuestras caras salpicó su muerte:
Con ellos el estómago dilata,
Cruze el hueso mas sólido y mas fuerte,
Y hartándose de leche, no pequeño
Lugar ocupa, y se remite al sueño.

Yo entónces que le ví sacar del pecho
El ayre en los pulmones detenido,
Saqué la espada en lágrimas deshecho,
Mas fui de Oróntes Delfico advertido:
Pues era hacer sepulcro mas estrecho
Matarle entónces, ó dexarle herido,
Teniendo un escuadron fuerza pequeña
Para poder aligerar la pena.

Pasó la oscura noche, detenida
En este miedo mas que en su tardanza,
Quando el aurora entró de luz vestida;
Mas no vino con ella la esperanza:
Que levantado el bárbaro homicida
Dió principio á su rústica labranza,
Ordenó sus ovejas, y vacías
Puso á las madres las balantes crías.

Luego otros dos soldados rinde al suelo
 Con tremendo estallido, y almorzando
 Voraz la carne, sale al claro cielo
 El ganado solícito guiando :
 Y de que no me hayese con recelo
 El puésco á la cueva acomodando ,
 Como si fuera fácil puerta en quicio ,
 Por verdes selvas prosiguió su oficio .

Yo triste la venganza imaginando
 Halléme cerca un gran baston de oliva ,
 De que una braza, ó poco mas cortando ,
 Hice una aguda punta en lo de arriba :
 Tostéle bien al fuego, y ocultando
 La muerte que esperaba executiva ,
 Hice eleccion de quatro compañeros ,
 Que me ayudasen á los golpes fieros .

El sol de su carrera desmayado
 Cayóse en el cristal del mar Tirreno ,
 Y el Héspero planeta levantado ,
 El ayre puro esclareció sereno ;
 Quando á la cueva entró con su ganado
 Las ubres llenas del herbage ameno :
 Cerró la puerta, y alargó la mano
 Al Tracio Floro , y al Arcadio Albano .

Yo entonces de aquel vino colino un vaso ,
 Y le digo atrevido desta suerte :
 ¿ Qual hombre, ni de estancia, ni de paso
 Querrá venir desde su tierra á verte ?
 Los Dioses muera tan horrendo caso ,

Como ofrecer á la violenta muerte
 Los inocentes huéspedes, y tomen
 Venganza de hombres que los hombres comen.

Mas como suele perro que otro mira,
 Quando la presa entre los dientes tiene,
 Que con envidia del ladra y suspira,
 Cruziendo un hueso para mi se viene :
 Alzo la tana por templar su ira,
 Y la color del vino le detiene
 Con el olor que al gusto le fué grato,
 O ya fuese la vista, ó el ollato.

Bebió, y alzando la robusta frente
 Dió muestras del contento que sentia,
 Y me pidió otra vez, que diligente
 Le di con humildad y cortesia :
 Y dixome : licor tan excelente
 Parece dulce néctar y ambrosia ;
 El vino de Sicilia, aunque es snave,
 Es inferior, ó Griego, al de tu nave.

Un don te quiero dar por este gusto.
 Dime tu nombre, que por bien tan grande
 Te matare el postrero, que es injusto
 Que á la razon el apetito mande.
 Yo dixi : Si es honor de un varon justo
 Que liberal con peregrinos ande,
 Baucis y Filemon te dan exemplo,
 Que de los Dioses huéspedes contemplo.

Mira con la piedad que les lavaron
 Los pies, y aquel panal sabroso diéron,

Con que tanto á los Dioses obligáron,
Que sacerdotes de su templo fuéron:
Inmortales en árboles quedáron,
Que de la muerte el tránsito no víéron;
Pero quien trata mal á un noble amigo,
Presto verá de su maldad castigo.

Esto decia yo, quando turbados
Los ojos, y la boca retorcida,
Al suelo dió los miembros dilatados,
La cabeza fantástica dormida:
Ninguno, dixé, soy, destes soldados
Ya Capitan en Troya destruida,
Ninguno me llamó mi padre en Grecia;
Si no eres tú, ninguno me desprecia.

Ninguno, replicó, casi trabada
La lengua, ¡ que placer! que bien me has hecho!
Mucho, ó Ninguno, este licor me agrada,
En mi vida me ví tan satisfecho.
Aquí perdió la voz, aquí turbada
Volvió el ayre ambiente al ronco pecho:
Y así quando otra vez le despedia,
El vino por la barba difundia.

Entonces pues el leño al mismo fuego,
Porque se calentase, y avisando
Mis quatro compañeros, parto luego,
Si te digo verdad, todos temblando:
Las tunicas le paso, y dexo ciego,
A la dura membrana penetrando,

Que

Que toma su principio del cerebro,
Y los nervios y músculos le quiebro.
Las manos echa al leño dando voces,
Y de los huesos con furor le saca,
Creee el rigor con ansias tan atroces,
Que le vimos morder la sierra estaca:
Acudiéron los Ciclopes feroces,
Porque en toda la noche no se aplaca:
Y todos á la puerta en que se juntan,
La causa de las voces le preguntan.

¿ Quien te ha herido? le dicen, ¿ quien ha sido
La causa de tus voces, Polifemo,
Que por toda la mar no se ha sentido
Ligera vela, ni pintado remo?
Ninguno me mató, Ninguno (herido
Responde á su querido Tepolemo)
Ninguno fué, porque ninguno hubiera,
Que mas astuto que Ninguno fuera.

Ducme, responden, si te hirió Ninguno,
Que ninguno pudiera hacerse ofensa:
Todos se parten, sin que entienda alguno
Que fui el Ninguno que el gigante piensa.
Con esto el hijo del feroz Neptuno
De la puerta quitó la peña inmensa,
Porque atentando las paredes iba,
Y á un lado de la cueva se derriba.

Sentóse en medio y el ganado llama,
Porque atentando los que van saliendo,
Cogiese aquel Ninguno que decama,

Tomo II.

37

Los oídos y el tacto previniendo :
 Pensé yo el hecho entónces de mas fama
 Que han referido historias, eligiendo
 Los mayores carneros, y que hacian
 Escobas de la lana que vestian.

De tres en tres los ato, y pongo en medio
 Un compañero atado, de tal suerte
 Que no pueda stentarlo, y remedio
 El peligro forzoso de la muerte.
 ¿Quando se vió ciudad en duro asedio
 Con enemigo tan airado y fuerte?
 Pues salir, ó morir era preciso,
 Antes que á los demas les diese aviso.

Coronada de flores la mañana
 Asomé por un monte la cabeza,
 Teñido el puro rostro en nieve y grana,
 Aunque esperada con igual tristeza :
 Salió el ganado, y en la crespá lana
 Las manos ocultaba su fiera.
 Exálmiaando á todos pelo á pelo,
 Mas nadie ofende á quien defiende el cielo.

Yo que escogido un gran carnero habia,
 Y en su grandeza y lana vida espero,
 Que un toro de seis años parecia,
 Salir quise de todos el postrero :
 Asíóle y conocióle en que tenia
 El vellón y grandeza que refiero :
 Y llorando sin ojos, con prolixo
 Razonamiento estas palabras dixo :

Querida manso mio, que criado

Fuistes á blanca sal de vuestro dueño,
 ¿Como el postrero sois de mi ganado,
 Qual suele el que es mas débil y pequeño?
 ¿Sentis por dicha el miserable estado?
 Eu que el Griego furor, rendido al sueño
 Puso quien os crío, y amaba tanto?
 Troquemos mi razon á vuestro llanto.

Agua me falta, ya lo veis, pues vierto
 En vez de tiernas lágrimas un río
 De humor sangriento, y que abrazar no acierto
 Vuestro cuerpo, que fué regalo mio :
 Paréceme que estais mas crespo y yerto,
 Y que al campo salis con ménos brio,
 La esquila y el collar os han quitado
 De piel de tigre y de metal dorado.

¿Que lozano os vi yo por esta puerta
 De mi ganado capitan famoso,
 El alba apenas cándida despierta,
 Barriendo flores por el valle umbroso !
 Ahora con el sol purpúreo abierta
 Desmayado salis y perezoso :
 Que como no escuchais mi voz sonora,
 En la noche en que estoy, no veis aurora.

¿Quien primero que vos por las orillas
 Dextos arroyos los dexó afeytados
 De blancas y doradas manzanillas
 Con el hoclo y dientes afilados?
 ¿Quien primero que vos las campanillas
 Roxas y azules de los verdes prados?

¿ Quien los tomillos , retozando á saltos ,
Por los repechos de los montes altos ?

¿ Sentis el verme aquí morir rendido
Por la maldad de aquel traydor Ninguno ?
Ay ! si para mostrármele escondido

Hubiera en vos entendimiento alguno.
Quitóme con engaños el sentido,
Híndiöse á Baco el hijo de Neptuno :
Eran contrarios , y se hicieron guerra ,
Bebí mi muerte , y abracé la tierra.

Dixo , y dexó salir el manso , y luego
Que yo me ví apartar , lo que bastaba ,
Del arrogante monstro , airado y ciego ,
Dexé el lugar , donde escondido estaba :
Con mis soldados á la nave llevo ,
Que escondida en las peñas me esperaba ,
Llevando por delante del ganado
Lo mas lúcido , que embarqué forzado.

Lloráron mis soldados de alegría ,
Y luego por los muertos de tristeza ,
Que engendra en tanto mal la compañía

Mas tierno amor , mas ansia y mas firmeza.
Ya se esforzaba al sol dorando el día ,
Y sacando del agua la cabeza ,
Quando vuellan los remos como plumas ,
Y del cerúleo mar surten espumas.

En viendo yo por alto mar la nave ,
Quanto bastó para escuchar mis voces ,
O Polifemo , digo : ó luésped grave ,

Mi voz escucha , si mi voz conoces :
Mira si castigar Júpiter sabe
Los pecados de bárbaros atrocés ,
Pues por comer la noble gente amiga ,
Con tan horrible pena te castiga.

¿ Eras el que sus rayos no temias ?
¿ Eras el que arrogante blasfonabas ?
¿ A un hombre como yo niatar querias ,
Y de los altos Dioses blasfemabas ?
Mira si fuéron necias tus porfias ,
Mira con el poder que te hacías ,
Que por hacerla en tu soberbia fieras ,
Te ha muerto con un rayo de madera.

Para Encelados fuertes y Tifantes
Toma Júpiter rayos de Vulcano ,
Para el fuerte valor de Oromedantes
Toma la llama trífida en la mano :
Para tí , que eres fiero de estos montes ,
Rayo de oliva finé mostrarse humano :
De roble se le dieran las montañas ,
Tan duro como fuéron tus entrañas.

Oyendo aquesto , airado se levanta ,
Y con horridas voces al mar viene ,
Los animales de la selva espanta ,
Y los arroyos líquidos detiene :
Pone en la playa la disforme planta ,
De una mina de minerales previene
Un gran peñazo , y tan feroz le arroja ,
Que la cara del sol retira y moja.

Tan cerca dió la pena de la nave,
 Que creciendo las aguas, vino á tierra,
 Las ondas abre, y con el peso grave
 En las arenas fáciles se entierra.
 Turbado pido un remo: el cielo sabe,
 Que en quanto la fortuna me desierta,
 Peligro no temí, como el que digo:
 En fin le aparto, y en hablar prosigo.

Deténeos mis fuertes compañeros,
 Mas no aprovecha el ruego á la venganza,
 Vuelvo á decir: Si alguno de los fieros
 Cielopes ántes de morir te alcanza;
 O por ventura llegan extranjeros
 Por fortuna de mar, ó por bonanza,
 Y quisieren saber, quien fué el valiente,
 Cuyo valor te penetró la frente,

Ulises soy, aquel varon famoso,
 El hijo de Laertes y Anticles,
 De Itaco señor, y dulce esposo
 De Penélope, casta Semidea:
 En las Troyanas guerras animoso
 Coronado me vió la Ioz Febea
 Dos lustros por hazañas inauditas,
 Que en la inmortalidad quedan escritas.

Tan eloqüente soy, y tan astúcia
 Mis argumentos dulces y razones,
 Que de estas armas del divino Aquiles
 Me adorno entre magnánimos varones:
 No he castigado tus hazañas viles

Con armados y fuertes esquadrones,
 Con sola industria fué: que tu fiereza
 Excede la común naturaleza.

¡Ay triste! con la voz trémula díxo,
 Que esta desdicha muchos años ántes
 Tepolemo mi amigo me predixo:
 ¿Mas quien pensara engaños semejantes?
 Alguna Parca airada me maldixo,
 Por humillar mis fuerzas arrogantes,
 Pues ese Ulises no pensó que fuera
 Hombre tan vil, ni que á traición viniera.

¿Quien pensara que fuera tu estatua
 Tan desigual, y que por tal camino
 Me vinieras á dar muerte tan dura
 Venido de la fuerza de aquel vicio?
 Morir á manos yo fuera ventura
 De un hombre fuerte de mi muerte digno,
 Que no viniera de traiciones lleno
 Con aquel aromático veneno.

Mas vuelve Ulises, vuelve, amigo,
 Tu industria alabo y tu valor venero,
 Nueva amistad y paz haré contigo,
 Darte por huésped un presente quiero:
 No pienso yo, que hicieras tú conmigo
 Esta crueldad, si habláramos primero
 Que la vida también de quien la ofende
 Por natural derecho se defiende

MI PADRE EL GRAN NEPTUNO TIENE IMPERIO
 EN TODO EL MAR, QUE VICIEN NAVIGANDA,

Desde que Menelao el adulterio
 Vengó de París, su ciudad postrando :
 Para que salgas del distrito Hesperio,
 Y te pueda llevar cesiro blando
 A Grecia libre y á tus dulces Griegos,
 Le venceré con amorosos ruegos.

Adóstrame, respondo, tu ignorancia,
 Fiero devorador de humana gente,
 Que ya no son engaños de importancia,
 Por mas que tu grueso ingenio intente :
 Aquí pienso que estoy breve distancia
 De tu furor y espíritu impaciente :
 Quisiera haberte muerto, y que tu grave
 Cabeza fuera lastre de mi nave.

Desatinado entonces, dixo, alzando
 Las manos : O Neptuno, ó padre mio,
 O gran muro del mundo, que cercando
 Siempre le estás con tu elemento frio,
 Si soy tu sangre, y si te acuerdas, quando
 (Que suele amor pasar de Lete el rio)
 La amabas tiernamente, oye mi ruego
 Por el incendio de tu dulce fuego.

No llegue, si es posible, á salvamento
 Este Griego traydor, ni goce y vea
 A su casta Penélope, y el viento
 Contrario siempre á sus intentos sea,
 Luego arranca de su nativo asiento,
 Ayudando á la fuerza gigantea.

La ira, un gran peñasco, y con furioso
 Golpe rompió otra vez el mar nudoso.

Nosotros casi muertos, y de espuma
 Y agua las xarcias, que bañó, cubiertas,
 La nave hicimos con los remos pluma,
 Y escribimos al mar letras inciertas :
 Temiendo la cruel frígida bruma,
 A donde son las tempestades ciertas,
 Porque si al Capricornio el sol llegaba,
 El solsticio vernal ameoazaba.

Dimos presa á los remos, y llegamos
 A la Isla del Rey Eolo Hippota,
 Donde los vientos en prision hallamos,
 Que quando quiere, espance y alborota :
 Allí todas las xarcias renovamos
 De la menor filéiga á la escota :
 Tal nos dexo la nave Polifemo
 De la popa al haupres, del lienzo al remo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
 GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Edo. 1422 MICHOTTE, MEXICO

CANTO III.

*Pide Ulises á Circe licencia : parte á la Isla
Cimmeria : baxa al infierno con Pala-
módes, donde Tirésias le cuenta lo que le
ha de suceder hasta que llegue á su casa.*

Y a llamada el Aurora en los cristales
Del palacio de Circe, y las herían
Los rayos de su padre transversales,
Con cuya nueva luz resplandecían:
Quando acabó sus listimas fatales,
Que los ojos á lágrimas movían,
Sin que pudiese hallar lugar el aseo,
Con ser de quanto vive entónces dueño.

Así nos mueve á admiración y espanto
Un caso extraño y triste la memoria,
Así provoca á compasión y llanto
Una nueva y cruel trágica historia:
Lasciva Circe presumió entre tanto
Tan larga pena reducir á gloria,
Del Capitán prudente enamorada,
Mas atenta á su ingenio, que á su espada.

Miraba su persona honesta y grave,
De su cuerpo la ilustre compostura,
La dulce lengua y el mirar suave,
Del ánimo interior firme hermosura:
La valentia de dexar su nave

Entre escollos del mar á la ventura,
La industria de vencer peligros tales,
Tal vez contra las iras celestiales.

Era Ulises un hombre bien formado,
De cuerpo no muy alto, aunque fornido
De músculos y nervios relevado,
Copioso de cabello y esparcido:
Moreno de color algo tostado,
Pero no le salió del patrio nido,
Que en los trabajos no hay color segura,
Que harán mudanza en una piedra dura.

Los ojos eran negros, y las cejas
Gruesas y en arco, largas las pestañas,
La voz sonora y grave, dulce en quejas,
Que moviera las asperas montañas:
La lengua y las entrañas tan parejas,
Que en la lengua se vieran las entrañas:
Pero también astuto en ocasiones,
Que no es defecto en inclitos varones.

Sufrido en los trabajos y fortunas,
Eloquente, sagaz, determinado,
Y tan dichoso y próspero en algunas,
Como en ponerse en ellas desdichado:
Corrido habían ya dos nuevas lunas
Su rápido, veloz curso, argentado,
Y el firme honestamente defendía
La lealtad, que á Penélope debía.

Circe solicitaba el mal nacido
Fuego de su lascivo pensamiento,

Diligencias que hubieran divertido
 El mas firme de amor conocimiento :
 Mas puestas á la vista y al oido
 Contra el combate de su loco intento
 Las guardas del respeto y del recato,
 Ni ella fué victoriosa, ni el ingrato.

Amaba Circe á Ulises, no tenia
 Correspondencia amor, saltaba Antébros,
 Sin quien poco se aumenta, aunque se cria,
 Sin pasar de los términos primeros :
 Con quanta diferencia sucedia
 En sus ya descansados compañeros !
 Todos amaron, y por varios modos
 Sugeto de su amor hallaron todos.

Amó á Dórida Antimachó, mozo cebo
 En el extremo de su edad florida,
 Quando se suele vez con poco cebo
 A todo amor la voluntad rendida :
 A Casandra bellissima Corebo,
 Natural de Micenas, y á Deífrida
 El valiente Filemo, hijo de Antandro,
 A Lisís Timo, á Nisida Alexandro.

Los verdes ojos de Neóulle hermosa
 Enlazaron el alma de Toante,
 Capitan de la nave mas famosa,
 Que vió el tridente en todo el mar de Atlante :
 Rindió toda su fuerza belicosa
 A la bella Antiflor Polidamante :

Que

Que donde estaba Circe ; Ulises solo
 Se pudiera librar de polo á polo.
 Dilataba las hebras del cabello,
 Que fué del sol envidia y competencia,
 Por el marfil del mas hermoso cuello,
 Que tuvo con la nieve diferencia,
 Pálida al viento : cuyo rostro bello
 Pudiera mas con ménos diligencia,
 Y fueron dulces y amorosas redes
 Del Achates de Ulises, Palmedes.

Aunque con poca edad, con alto ingenio,
 Y no ménos donayre y hermosura,
 Rindió la hermosa Andróméda á Partenio,
 Mozo de honesta, y grave compostura :
 Y aunque en edad mayor, Lisandro Armenio
 A la suave voz, á la dulzura,
 A la belleza de Amarilix bella,
 Sirena de aquel mar, del cielo estrella.

A los campos Eliseos parecian
 Los palacios de Circe semejantes,
 De dos en dos la soledad vivian,
 Que dió la antigüedad á los amantes :
 Ya por las fuentes, que cristal corrian,
 Penetrando los montes circunstantes,
 Ya ribera del mar, donde la nave
 Ni teme el viento, ni del dueño sabe.
 Solos Circe y Ulises monte y prado
 Habitaban con gusto diferente ;
 Ells le sigue triste, él huye airado,

Tomo II.

38

Ella zelosa llora, el muere ausente :
Ella siente el desprecio, y el turbado
La desengaña astuto y eloquente ;
Mas que no bastan las palabras creo ,
Benéfico á las obras el deseo.

Salia Circe al mar tan cuidadosa ,
Que cerca de las aguas parecia ,
Tocándole la espuma bulliciosa ,
Vénus, que de ellas esdrida nacia :
Como se suele abrir piropollo en rosa ,
Primera risa del luciente día ,
Quando en las hojas con cristales bebe :
Así mezclaba el nisar en la nieve.

Tal vez en una haza defendida
Del rayo de su padre, que baxaba
Mas presto al mar por verla, y guarnecida
De tapetes, que el agua codiciaba :
Los desdenes de Ulises strevida
Con lascivo mirar solicitaba ,
Por ver si hallaba su amorosa guerra
Mas dicha por el agua, que en la tierra.

Severo el Griego á Circe entretenia ,
Tan cortés y galán, como discreto,
¡ Ay del amor pagado en cortesía !
Que no quiere el amor tanto respeto :
Los infernales dioses maldecia
Desesperada Circe, en lo secreto
Del alma ; viendo su poder burlado
De un hombre vivo en hielo retratado.

Si en la caza tal vez, última prueba,
Quedaban de sus damas divididos,
Nunca de Encas codició la cueva,
Ni á Vénus le pidió rayos fingidos :
Resistencia al amor única y nueva,
Que enfrear la virtud á los sentidos
En tan dulce pasión, es un ejemplo
Digno de eterno bronco, fama y templo.

No quedó yerba ni conjuro alguno,
Que los fieros espíritus llamase,
Ni cerco sobre el campo de Neptuno,
O que la luna en él retrogradase ;
Que con apremio fiero y importuno
No hiciese, no buscase, no intentase :
Y así decía al mar, al monte, al viento,
Vencida deste loco pensamiento.

Dulce pasión de amor, dulce homicida
De un tierno corazón, ¿ por que me matas ?
Si á quien me obligas que remedio pida,
Aun las palabras ha tenido ingratas ?
Si no puedes con yerbas ser vencida,
¿ Para que por las revas te dilatas ?
Que para tu helada resistencia
Ni bastan la hermosura, ni la ciencia.
¿ Que peregrino huiera regalado
Muger como yo soy, que ingrato fuera
Llegando con su nave destrozado
Sin velas al favor de mi ribera ?
¿ Soy Lotofago, ó Lestrigón airado ?

¿Devoré por ventura, aunque pudiera,
 Como el hijo del mar, sus compañeros?
 ¿Fui alguno yo de los Troyanos fieros?
 ¿Maté á Proteílao? ¿Quitó la vida
 Como Hector á Patroclo generoso?
 ¿O como París, que habitaba en Ida,
 Quitó el honor á Menelao esposo?
 ¿Fui como Elena incauta y fementida
 Al lecho conyugal del noble esposo?
 ¿Soy Clitemnestra yo? ¿Quando me han visto
 Mataado á Agamenon, y amando á Egisto?
 Era ya la sazón, en que se via
 El arco Austral de la corona hermoso,
 Que con sus quatro estrellas difundia
 Los rayos de su imperio luminoso:
 Quando Filemo Acayo, que tenia
 Zelos de Palamedes heliense,
 Por no atreverse á desnudar la espada,
 A Ulises dixo con la lengua airada.
 ¿Hasta quando presumes, fuerte Griego,
 De la patria vivir tan olvidado?
 Años ha ya desde el Troyano fuego,
 Que vives por los mares desterrado.
 ¿Es posible que tienes por sosiego
 Tan triste, injusto y miserable estado,
 Vencido de una hermosa encantadora,
 Que te lleva á la muerte de hora en hora?
 Conozco tu virtud y resistencia,
 Pero no lo dirá después la fama,

Que la conformidad y la asistencia,
 Aunque sin obras, la opinion disfama.
 ¿Que puede prometer tan larga ausencia
 De tu querida esposa, que te llama?
 Mira que la memoria con los años
 Se rinde facilmente á los engaños.

No digo yo que no eres tú dichoso
 Entre quantos ausentes no lo han sido;
 Mas para la inquietud de ser zeloso
 Basta el temor, sino es agravio olvido:
 Repara en que Telémaco amoroso
 Apenas puede haberte conocido:
 Déxale, Ulises, que te llame padre,
 Como esposo Penélope, su madre.

El peligro tambien, si alguno intenta
 Decir, que ya eres muerto, con engaño,
 Y la fama del mal, que siempre aumenta
 Las nuevas, que han de ser para mas daño,
 Quando no surta en deshonor y afrenta,
 Alegando la fama al desengano,
 Podrá casarse, y ocupar tu cama
 Varon de mas presencia, y ménos fama.

¿Que quieres de nosotros desechados,
 Por tanta tierra y tanto mar perdidos?
 Ya muertos de Antífates anegados,
 Ya de un gigante bárbaro comidos:
 No todos halláremos bien casados
 Los lechos despreciados defendidos,

Quando dichoso tú la patria pisas :
No son todas Penélopes, Ulises.

Vuelve á la patria, y dexa el ocio infame
De esta hechicera vil y sus conjuros,
Aunque presa de amor provoque y llame
Contra ti los espíritus impuros :
No quieras que otro invierno airado brame
El cierzo aquilonal entre sus muros,
Que bien podrás vencer con tu prudencia
Su amor, si no es fatal su resistencia.

Ulises conociendo que Filemo
Le aconsejaba bien, aunque ignoraba
Que eran celos de Lidio, que en extremo
Desde el instante que la vió, la amaba ;
De Antífates cruel y Polifemo
El peligro menor imaginaba,
Que estar de Circe en la prision cautivo
Muerto á la fama, y á la infamia vivo.

Entró luego en la quadra, en que dormía,
Que no la resistieron las criadas,
Que aunque era novedad, no era osadía,
Así todas estaban enseñadas.

Abrío los ojos Circe, tuvo el día
Mas sol, mas oro, y víesele adornada
Las cortinas de luz resplandeciente,
Como al nacer del sol el roxo Oriente.

Circe tenía en el marfil un vela
Transparente y sutil, que descubría
Nieve animada, como muestra el suelo.

Con arena de plata fuente fría :
Tal suele puro arroyo á medio hielo,
Que por nevados mármoles corría :
Las anchas mangas descubrían los brazos,
Todo prision de amor, redes y lazos.

La garganta bellissima coronan
Los tesoros del Sur, que afrenta fueran
De los que tanto de Cleopatra abonan
La luzana, que otras plumas vituperan :
Los cabellos nudigavos perdonan
(Como eran rizados, como soles eran)
El adorno al diamante, que distinta
Los prende junto al cuello breve cinta.

¿Que quieres, dixo, dulce ingrato mio ?
¿Por dicha tu desden mudó semblante ?
¿Rindióse ya tu desdenoso hrio ?
¿Labró mi sangre tu feroz diamante ?
Si ya cesó el rigor de tu desvia,
No descanse despreciada amante :
Pues yo te tengo, quando tal estuve,
Que ni aun señales de esperanza tuve.

Diciendo así, los blancos brazos luego
Extiende al cuello de su amado ingrato ;
Mas detenidos, suspendióse el ruego
De Ulises, retirada á mas recato.
No vengo, dixo, de amoroso fuego
Venido, ó Circe, tú por largo trato,
Ni por obligacion á tu hermosura,
Dónde no hubiera libertad segura.

Yo te amo con aquel conocimiento,
Que debo á tu belleza soberana,
Y á tu divino y claro entendimiento,
Indigno de admitir pasión humana.
Eres hija del sol, que vive esento
De toda mancha y opresion tirana:
En tí sus limpios rayos acrisola,
Que por hija del sol te llaman sola.

Piedad me trae de mis tristes Griegos,
Que lloran por la patria desterrados,
Desde que vieron en los Teucros fuegos
De Troya los Penates ohrasados:
Pidieronme con lágrimas y ruegos,
De sus hijos y esposas obligados,
Que te pidiese esta licencia justa,
Circe, si tu Deidad no te disgusta.

Ya sabes mis trabajos, ya mis penas,
Ya mis destierros te conté, Señora,
Por puertos de tan bárbaras arenas,
Que á la playa el mar, ni el sol las dora:
Quando rompió de Troya las almenas
La máquina de Palas vencedora,
Deberia yo morir: que aborrecida
Es larga muerte dilatar la vida.

Quando en el vientre horrisono estuvimos
Del preñado caballo cien soldados,
Como suelen estar en los ramos
Los granos ya maduros apretados:
La fiera lanza de Laocoon sentimos,

Y sonado los árboles dorados
Dió tan cerca de mí, que si pasara,
La vida que desprecio, me quitara.

Faltárale sugeto á la fortuna
Para lucir sin mí, si allí muriera,
Yo descansara sin ofensa alguna,
Y ella la fama, que le di, perdiera:
Hallara yo de tantas muertes una,
Que dulce fin á mis trabajos diera:
Pues no hay rigor, Señora, mas airado,
Que hacer vivir por fuerza un desdichado.

¿Que penas faltan ya para matarme?
¿Que agravios, que rigor para ofenderme?
¿Que enemigo ha dexado de probarme?
¿Que amigo se ha olvidado de venderme?
Penelope cansada de aguardarme,
Con esperanza de mis brazos durarme;
Pero quando es tan larga la esperanza,
Sucede á gran firmeza gran mudanza.

Sábeslo tú, divina esposa mía,
Sábeslo tú, que nunca te hice ofensa.
¡O quien pudiera aquel tan dulce día
Llevarte para hablar en mi defensa!
Que si tu gran valor no me desvia
Desta firmeza y voluntad inmensa,
¿Adonde hallara yo mejor testigo,
Pues con tan casto amor viví contigo?
Si tu hermosura, Circe, si tus ojos
Rayos de amor, gastando tantas flechas,

Solo tienen del alma los despojos,
 Donde tal vez sin cuerpo me sospechas;
 Si tus regalos ya, si tus enojos,
 Y obligación de las mercedes hechas
 No han podido mudar mi pensamiento,
 Serán para Penélope argumento.

Permíteme que vea el hijo mío,
 De cuya ausencia nace mi tristeza,
 Que en tu piedad, sino en tu amor confío,
 Efecto que nace de la nobleza.
 Tu ciencia no ha forzado mi albedrío,
 Lo que mejor pudiera tu belleza,
 ¿Pues que aguardas de mí, que ausente manero,
 Y no te quiero; Circe, porque quiero?

O clara hija del mejor planeta,
 Da lugar á mi gente, que en la playa
 Aderece la nave, que sujeta
 Al fácil viento por las ondas vaya:
 En pocas horas quedará perfecta
 De blancas velas; y de remos de haya,
 Y saldrá con tus armas y tu nombre,
 Que expante el mar, y que la tierra asombre.

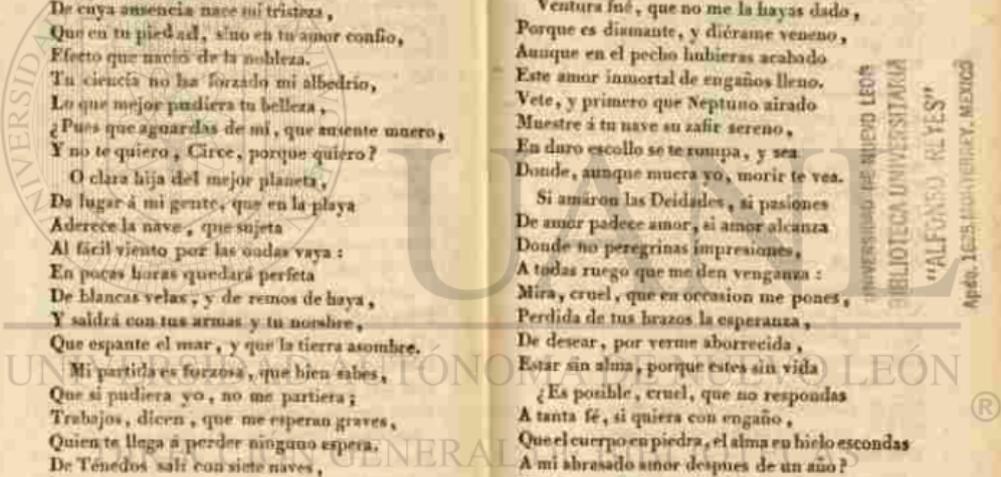
Mi partida es forzosa, que bien sabes,
 Que si pudiera yo, no me partiera;
 Trabajos, dicen, que me esperan graves,
 Quien te llega á perder ninguno espera.
 De Tenedos salí con siete naves,
 Y apenas una truxo á tu cibera;
 Si me dexas partir amante ingrato,
 No por lo ménos huésped de mal trato.

O cruel, le responde, (que el semblante
 Mudó con el enojo la hermosura)
 Asunto en ser traydor, no en ser amante,
 ¡Que bien has castigado mi locura!
 Alma tienes de indómito diamante,
 No forma substancial, materia dura:
 Pues mientras mas te labra mi paciencia,
 Ménos puede limar tu resistencia.

Ventura fué, que no me la hayas dado,
 Porque es diamante, y dírame veneno,
 Aunque en el pecho hubieras acabado
 Este amor inmortal de engaños lleno.
 Vete, y primero que Neptuno airado
 Muestre á tu nave su zafir sereno,
 En duro escollo se te rompa, y sea
 Donde, aunque muera yo, morir te vea.

Si amaron las Deidades, si pasiones
 De amor padece amor, si amor alcanza
 Donde no peregrinas impresiones,
 A todas ruego que me den venganza:
 Mira, cruel, que en ocasion me pones,
 Perdida de tus brazos la esperanza,
 De desear, por verme aborrecida,
 Estar sin alma, porque estes sin vida.

¿Es posible, cruel, que no respondas
 A tanta fe, si quisiera con engaño,
 Que el cuerpo en piedra, el alma en hielo escondas
 A mi sbrasado amor despues de un año?
 Veniste aquí, desprecio de las ondas,



Propio traidor, y peregrino extraño,
Arrojado del agua, y en mi zelo
Hallaste mas piedad que en tierra y cielo.

Truxiste el alma que esta deuda niega.
Apénas en el pecho, que resuelve
A tal crueldad, y con tu gente Griega
Cargado de almas á tu patria vuelves.
¿Que estrilla, que deidad, que amor te ciega,
Que tantos lazos de amistad disuelves?
¿De que contrariedad, de que aspereza
Nacióron tu crueldad y mi firmeza?

Esto decia Gíree, y como hacía
Afectos de muger desesperada,
La nieve de los brazos descubrió,
Artificiosamente descubrida:
El Griego, no mirando lo que via,
Entre las olas fluctuando nada,
Quien no se ha visto en tan confuso abismo
No sabe que es guardarse de sí mismo.

Decis (prosigue con mayor locura)
Si amais alguna vez, que os hechizamos;
Ahora el desengano os asegura,
Pues veis que de vosotros lo quedamos:
El trato puede mas que la hermosura,
Con él quando lo estais, os obligamos.
No á ti, que entre los hombres peregrino
Eres mortal con proceder divino.

Que ninguna muger servir se vea,
Que se queje de amor, ni indigno trato,

Y

Y que yo sola desdichada sea;
¿De que tienes el alma, Griego ingrato?
O padre, ó sol, ¿quien ha de haber que crea,
Que soy tu hija yo, ni tu retrato?
Pero si di veneno al Rey mi esposo,
Venganzas son del cielo rigurosa.

Diciendo así, con miseros efectos
Dexó caer el rostro entre las manos
Del Griego Capitan, que los afectos
En la patria del alma siente humanos,
Las lágrimas prision de los discretos,
Y á los que no lo son, lazos tiranos,
Imprimieron en el tanta clemencia,
Que casi se turbó la resistencia.

Descomponerse quiso la armonía
De las potencias con pisados intento,
Mas á la voluntad, que se rendia,
Le dió la mano el cuerdo entendimiento:
Y díxole mas tierno que solia,
Con mas vivo dolor y sentimiento:
No permítas, Señora, que al partirme
Tú dexes de ser sol, yo ausente firme.

Ni yo partiera bien, ni tú quedaras,
Si amor á lo que puede nos rindiera,
Mas de verme partir te lastimaras,
Mas de verte quedar morir me viera:
Donde no tiene amor prendas tan caras,
Ni el alma teme, ni el temor espera:

Tomo II.

39

Que donde quedan libres las memorias,
Ni sienten penas, ni imajinan glorias.

Mucho quisiera yo, si yo pudiera
Ser tuyo, ó sol, del sol efecto hermoso;
Tu esposo fuera yo, si libre fuera,
Y fuera digno, como fui dichoso.
Bien sabes que Penélope me espera
Con fe de amante y lealtad de esposo:
Pluguiera á Dios que el alma dividida
Se pudiera partir como la vida.

Ay! le replica Circe lastimada
De tantas arrogancias y desprecios,
Amar un alma donde no es amada,
Mas es de desdichados, que de necios!
No harás, ingrato Ulises, tu jornada,
Si estiman Dioses los humanos precios,
Que yo con inauditos sacrificios,
Para tenerte, los tendré propicios.

Dexarte, dixo Ulises, despreciada
Fuera, habiendo engañado tu hermosura,
Yo siempre te serví desengañada
De aquesta voluntad honesta y pura:
Ingrata has sido tú, pues siendo amada
Con esta noble y grave compostura,
Dando lugar al exterior sentido,
Quieres amor que esté sujeto á olvido.

El que yo con el alma te prometí
Es amor inmortal, amor tan casto,
Que tiene al mismo cielo por objeto,

Como la tierra el que es amor incasto:
Es un amor tan cándido y perfeto,
Que en su virtud á defenderme basto
De tu hermosura humana, con que ha sido
Este divino amor encarecido.

Ya te conozco yo, Circe, responde,
Y conozco tambien vuestras verdades:
Todo es fácil, si amais, todo se esconde,
Todo, si no quereis, dificultades.
Esto, replica Ulises, corresponde
A las debidas del amor lealtades:
No puedo mas, permíteme, Señora,
Ver en el agua la primera aurora.

Por tu querido padre, así le veas
Medir los tiempos infinitos años,
Antes de ver las márgenes letezas,
Sin sentir los efectos de sus daños:
Por los silvestres Dioses, por las Deas,
Que habitan selvas, y refrescan baños,
Que nos dexes partir tras tanta guerra
De tierra y mar á nuestra amada sierra.

Lloraba el Griego venerable, y tanto
Movió de Circe el pecho, que le dixo:
No quiera, ó Capitan, Júpiter santo,
Que dure mas destierro tan prolixo:
Parte, y consuela de tu gente el llanto,
Advirtiéndome primero que predixo
Mayor desdicha el hado á tus fortunas,
Porque aun te faltan de sufrir algunas.

Para sáberlas, y saber que estado
Tienen tus cosas, haxarás primero
Al Reyno de Pluton, dexando atado,
Hércules nuevo, el rígido Cerbero.
Tiresias finalmente consultado,
Dando licencia Radamanto fiero,
Te dirá los sucesos que te esperan,
Que yo quisiera que felices fueran.

Lloraba Ulises, viendo que faltaban
Mas penas que sufrir, mayores igales,
Que ya mortales hombros no bastaban
Para oponerse á desventuras tales.
Enfin le preguntó, que pues baxaban
A tal lugar sin muerte los mortales,
Le dixese, por donde, ú de que modo:
Y ella amorosa le informó de todo.

Vistióse de oro y nácar, y un vestido
Dió á Ulises sobre azul de tersa plata:
Ella a la hermosa madre de Cupido,
Y él á Marte beligero retrata.
Ya suena la partida, ya el olvido
Los fuertes lazos del amor desata
A los alegres Griegos de los cuellos,
Y ellas mirando el mar, lloran por ellos.

Cubre de aljófar candido rocío
Los claveles do Dárdida llorando,
Como al primero albor líquido y frío
Se mira entre las hojas relumbriendo.
¿En fin te vas, ingrato dueño mio?

A Antimaco le dice suspirando:
Y él responde sin lengua á sus entijos,
Poniéndose las manos en los ojos.

Filida hermosa tiernamente asida
Del fuerte Palámedes, tambien llora;
Pero él tiene los ojos en Deifrida,
Que por Filemo de secreto adora.
Filemo que dió causa á la partida,
De zelos en ausencia se mejora:
Que donde para zelos no hay paciencia,
De los dos males es menor la ausencia.

Andrómeda, que ya parece tanto
A la que atada al mar en alta roca
Dió principio á sus perlas con su llanto,
Las de la playa á lágrimas provoca:
Neofile de Toante asiando el manto,
Esmalta los corales de la boca
De los tiernos diamantes que corrian,
Por ver si el llanto y voz le detenan.

Con blancas manos cuello y pecho enlaza
De Alexandro tambien Nisida bella,
Y si jamas la olvida, le amenza
Con que Circe saldrá volver por ella:
Lisis á Timo dulcemente abraza,
Porque quedaba retratado en ella:
Que como temen que volver no puedan,
Algunos que se van, tambien se quedan.

Llora Antiflor, Polidamante siente
Con mas rigor la fuerza en la partida,

39**
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Edo. 1673 BOSTON, U.S.A.

Y Amarillis discretas tiernamente,
No quiere que Parteno se despida
La Isla queda sola, Amar ausente
Doade no ha de volver, dicen, que olvida:
No soy testigo yo, que no se atreve
Su fuego á penetrar mi helada nieve.

Teudida sobre el agua, entre alga y nex,
Calafetean la olvidada nave.

A los árboles dan nueva librea,
Y ya la estrena el céfiro suave:
Ya grita la zamola, ya vocera,
Ya siente el cano mar el peso grave,
Ya suena mal conforme á las estrellas
En ellos la alegría, el llanto en ellos.

Ara líquida sal la fuerte quilla
Con los pinos y abetos de Tesalia,
Ocupa con la aguja la alta silla
Lauro ya diestro en todo el mar de Italia.
No estaban una legua de la orilla,
Quando apenas tocando la sandalia
De Circe el agua, por la blanca espuma.
Qual cisne pasó, sin mover la pluma.

Ata un cordero negro y una oveja
A la mesana, y entre dientes habla;
Temblando Ulises proseguir la dexa,
Y ella sus rumbos mágicos entabla:
Vuelvese al mar, y quanto mas se aleja,
Mas vivos se descubren en la tabla
Los caracteres roxos que escribía,
Turbando esta tristeza su alegría.

Mas trabajos nos faltan, compañeros
Ulises dice, no penseis que vamos
Con velas y con remos tan ligeros
A la querida patria que esperamos:
Los Reynos de Pluton, los Reynos fieros
De Radamanto y Minos conquistamos,
Que consultar me manda mi destino
El alma de Tiresias adivino.

Aquí todo placer prorrumpie en llanto,
Y como van contentos y seguros
De los trabajos que sufrieron tanto,
Por los pasados lloran los futuros.
Cerca una Isla con horrible espanto
Helado el mar entre peñascos duros,
De los fieros Cimerios habitada,
Digna de tales hombres tal morada.

Siempre cubierta de tiniebla oscura,
En negro horror caliginoso yace,
Donde ni fuente cristalina y pura,
Ni flor de buen olor produce y nace:
Ni Filomela canta en su espesura,
Ni brama toro, ni cordero paxe:
Háyela el sol, y apenas amanece,
Quando se cubre el rostro y anochece.

A la diestra del Ponto está sentada,
No lejos de su Bósforo, en la nieve,
De quien eternamente coronada
Frias el sol exalaciones bebe.
Aquí llegó la nave descansada.

Que con soplo veloz cifro nueve,
Y de cipreses lúgubres cubierto
Halló entre peñas por la costa el puerto.

Saltan en tierra Ulises el prudente,
Y el helicoso Palamedes, quando
Desde las puertas del rosado Oriente
Estaba el sol á Dafne contemplando.

Ulises á la Mágica obediente,
Con la espada beligerá cayando
La madre universal, al sacrificio
Previene el agua y el piadoso oficio.

Hecho á las sombras de los manes frios,
Al rededor oyó tristes clamores,
Que daban en los cóncavos vacíos,
Viéndose de la luz habitantes:

Luego buscó los infernales ríos,
En cuya margen vió sierpes por flores,
Por árboles también espinos secos,
Y le dieron terror los tristes ecos.

Aquí donde lloró cantando Orfeo,
A quien las liras trágicas imitan,
Y templaron su pena en su deseo
Las almas, que en eterna noche habitan:

Privado ya del resplandor Febeo,
Sin que lugar las sombras le permitan
Llegó el astuto Ulises por un monte,
Que se mira, sin verse, en Agueronte.

Desotra parte en una parda pena,
Que de cardeno moho le servía,

El tostado y nervioso cuerpo enseña
Fiero Caronte, que á dormir yacia:
De sacio lienzo túnica pequeña
Parte adornaba, y parte descubría,
La cana barba casi azul pendiente,
Con mil arrugas por la negra frente.

Culebra parda, quando al sol se enroscó,
Parece el fiero monstró, que al ruido
De humana planta tímida se embosca,
Así era el cuerpo infame, así el vestido:
Y así también por la corteza tosea
A círculos estaba dividido,
Mostrando tal fiera el pardo vulto,
Como suele cadáver insepulto.

Intrépido le llama, y él desata
La horrible harea, á una cadena asida
De un seco tronco, y á los polos ata
Dos viejos remos de haya carcomida.
No dividen cristal, ni azotan plata,
Que la turbia corriente removida.
En negras ondas encrespó las aguas,
Que templa el hierro á las ardientes fraguas.

Apénas en la margen contrapuesta
Aborda y mira los valientes Griegos,
Quando les dice (y la partida apresta,
Brotando flamas de los ojos ciegos)
¿Que pronuncion? ¿Que libertad es esta,
Donde las amenazas, ni los ruegos

Tienen lugar? Volved, volved, humanos,
A la luz de los cielos soberanos.

Detente, le responde el eloquente
Duque de Grecia, ó gran Caronte, y mira,
Que la hija del sol resplandeciente,
Circe, cuya hermosura y ciencia admira,
No con soberbia y ánimo impaciente,
Como el esposo entró de Dejanira,
Nos envia á saber futuros casos
Del gran Tiresias con humildes pasos:

Acosta el barco sin temor, que llevas
A Ulises y al valiente Palamedes,
No al gran Teseo, el Hércules de Tebas,
De quien ahora recelarte puedes.
Ya tengo, dixo, de vosotros nuevas:
Pues ¿por que, replicó, no me concedes
El paso libre al Tártaro profundo,
Si por desdichas peregrino el mundo?

Tengo, replica, en la memoria vivo
El duro estrago del Tebano fiero:
Rompió este muro eterno, y vengativo
Ató las tres gargantas del Cerbero,
Quiso robar á Proserpina al vivo,
Y volverla otra vez al hemisfero
Que baña el sol, huyendo sus injurias
Las Fénices, Górgonas y Furias.
Valiose el Griego allí de su eloquencia,
Y tanto pudo, que acostó la barca,
Y despues de prolixa resistencia,

Donde almas embarcó, cuerpos embarcó.
El peso siente el barco, y la licencia
Que no les dió la inexorable Parca,
Parte el viejo feroz, haciendo extremos:
Y anueve en los escalamos los remos.

Salta en la tierra Ulises, llega al muro
De rigido diamante, y al Cerbero,
Dió sueno con el rumbo de un conjuro,
Que Circe sabia le enseñó primero:
Por negras sendas sobre hierro duro
Llegó al palacio del horrible y fiero
Amante de la bella Proserpina,
Y con humilde paz la frente inclina.

Era todo el palacio de un oscuro
Diamante, que no claro, fabricado
Dentro de un fuerte y inexpugnable muro,
De jase y negro pórvido labrado:
En un roxo sitial de bronce duro
Estaba el Rey flamigero sentado,
Con el hórrido cetro que gobierna
Sin tiempo y luz la confusión eterna.

Cercaronse los aires infernales,
Por ver un cuerpo, y admirarle mudos,
Donde jamas tocaron pies mortales,
Sino solos espiritus desnudos:
Y viniéron las sombras descalces,
Que en vida fueron animales rudos,
A ver por novedad un casto ausente,
Que nuestra humana condicion desmiente.

Entre ellos mira el Griego á Clitemnestra,
Y así le dice en lágrimas bañado:
¿Que fortuna tan mísera y siniestra,
O Reyna, te ha traído á tal estado?
Que si el castigo los delitos muestra,
Graves deben de ser, pues no has pasado
Al campo Elisio, en que descanso tiene
Quien á los Reynos de la noche viene.

Ausente Agamenon, responde, ¡ay triste!
La sombra en sangre y en dolor bañada,
Con quien á Troya por Elena fuiste,
Mi hermana, mas dichosa y más culpada:
La ausencia que muger tan mal resiste,
Me dió ocasión de amar, de Egipto amada:
Volvió mi esposo de la guerra, y luego
La privación de amor aumentó el fuego.

Matámosle los dos con esperanza
De gozarnos mejor; pero creciendo
Mi hijo Oréates, que de Electra alcanza
La vida, que yo andaba persiguiendo,
Executó de suerte la venganza
De Agamenon su padre, que volviendo
Ya con adulta edad, nos dió la muerte:
Dixo, y de sombra en ayre se convierte.

Ulises admirado del suceso
Tembló el peligro de su ausente esposa,
Que se debe temer qual quier suceso
De ausencia larga, y de muger hermosa.
Con este miedo en la memoria impreso

Pasó

Pasó temblando la ciudad fogosa,
Hasta llegar al fiero Radamanto
Juez del Reyno del eterno llanto.

Allí tuvo licencia, y libremente
Fué mirando las almas inmortales,
Que en privación del sol eternamente
Padecen penas á su culpa iguales.
Vió la soberbia de ánimo impaciente
Cercada de gigantes desiguales,
Que haciendo al hombro de los montes alas
Pusieron al celeste globo escalas.

No lejos vió tendido un nuevo Atlante,
Y conociendo á Polifemo huyera,
Si no viera ponérsele delante
El fuerte vencedor de la Chimera:
En pie se puso el bárbaro gigante,
Diciendo: Espera, Ulises, Griego, espera,
Vengaré la traición que me traído
Desde el Reyno del sol al del olvido.

No me mataras tú, si no truxeras
El vino, que ya fué muerte de tantos,
Para veneno de mis furras fieras,
Decreto oculto de los cielos santos.
Polifemo, responde, si tuvieras
En tu cueva piedra de nuestros llantos,
Si fueras noble huésped, hoy gozaras
De los rayos del sol las luces claras.

Tú tienes el castigo que merece
Tu villano rigor inhospitable:

Tomo II.

40

Diciendo así, se aparta y desvanece
 Con un suspiro horrendo y miserable.
 La Ira luego en forma se aparece.
 De un tirano feroz inexorable,
 Y cerca la Ambicion y la Codicia,
 La injusta Deslealtad y la Malicia.

La Desvergüenza vió con rostro infame,
 Y la Lisonja y Amistad fingida,
 Tan digna de que el mundo la desame
 Por perjura, enganosa y fementida.
 No hay aspid de la Libia que derrame
 Mayor veneno, ni la humana vida
 Tiene de que guardarse mas castigo,
 Que del engño vil de un falso amigo.

El Amor desonesto, el Odio injusto
 Estaban juntos, siendo tan contrarios;
 La dormida Pereza de robusto
 Cuerpo entre topos y animales varios:
 Los fieros Zelos con mortal disgusto,
 De la cobarde Ausencia tributarios:
 Que en vano el nombre imitan á los cielos,
 Si en el infierno han de vivir los zelos.

La ingratitud, que al mismo cielo asombra,
 La Ignorancia preciosa de discreta,
 Lo que Servir; que extraño mal! se nombra,
 Y la Crueldad á la traicion sujeta:
 La fiera Envidia de los buenos sombra
 En figura de bárbaro Poeta,
 La Confianza, el Ocio y el Desprecio,
 La Gravedad de un poderoso necio.

Allí la melancólica Tristeza,
 A quien la muerte de su engaño avisa,
 Y la Necesidad con la Baxeza,
 Que á coces el honor deshace y pisa:
 Allí la Necesidad con la Simpleza,
 Naturales del Reyno de la Risa,
 La Vanagloria vil, Pampa y Locura,
 Y el Juego, indigno de honra, en cárcel dura.

Con Miserable voz y compasiva
 Entre uno y otro anhélito y singulto
 Un espíritu vió, que se derriba
 De un parido risco, donde estaba oculto.
 Detúvose la sombra fugitiva,
 Formando un blanco, aunque sangriento hulto,
 Y el corazon de Ulises, vivo apenas,
 Previno á horror el alma de las venas.

Qualquiera, ó fiero espíritu, que fuiste
 En el orbe luciente que habitaste,
 Ulises dixo, á que ocasion veniste,
 Que con tu propia sangre me hañaste?
 Palamedes, responde con voz triste,
 Que á tan horrible muerte contenguiste,
 Palamedes soy yo, mas no el amigo
 Que al Reyno de Pluton viene contigo.

Quando por no dexar moza y hermosa
 Tu querida Penelope en Zacinto,
 Fingiste la coeura cautelosa,
 Efecto vil de tu valor distinto:
 Viendo que Agamenon con imperiosa

Mano te daba término sucinto
 Para partir, yo descubri tu engaño,
 Y á Troya te llevaron por mi daño.
 Airado tú despues, que me escribías
 Con Priamo dixiste, y afirmabas
 Que á Agamenon y á Menelao vendías,
 Con la fingida carta que mostrabas:
 Con esto y tu eloquencia, que podia
 Persuadir quantas cosas intentabas,
 Con piedras me daa muerte, y me sepultan,
 Mi error publican, y tu infamia ocultan.

Mas yo pienso que estoy de tí vengado
 En los grandes trabajos que has sufrido,
 Sin los que esperas de Neptano airado,
 Por la muerte del Ciclope ofendido.
 Tú, Palamédes, méanos deudizado,
 Y á mi solo en el nombre parecido,
 Huye de su amistad, que en muchos años
 Tendrás por grande amor grandes engaños.

Por tí, responde Ulises, Palamédes,
 Por tí me veo en tanta desventura,
 Si no lo está de mí, vengarte puedes
 En que tiene Penélope hermosura:
 Pero en quejarte la razon excedes,
 Pues contra la amistad sincera y pura
 Descubriste el secreto que sabías,
 Causa fatal de las desdichas mías.

En estos monstruos ocupado estaba
 El astuto eloquente peregrino,

Quando sabiendo ya que le buscaba
 El alma sabia de Tiresias, vino:
 O tú, le dixo, sin Hércules clava,
 Sin escudo de Marte diamantino,
 Transgresor de las leyes infernales,
 ¿Como pisas los Tartaros umbrales?

¿Que me quieres á mí, que no tenia
 De hablar con hombre vivo pensamiento?
 ¿Que privilegios tienes? ¿Quien te envia,
 Exceso del mortal atrevimiento?
 O Tiresias, le dixe, ¿quien podia
 Venir á tal lugar sin fundamento?
 Deidad me envia, que movió mis pasos
 Para saber de tí futuros casos.

Yo soy Ulises, hijo de Anticlea
 Y del viejo Láertes, que el estrago
 De Troya me conduce, donde vea
 Las negras sombras del Estigio lago,
 Entre Italia y el golfo de Malea,
 Entre el Cimerio Bósforo y Cartago
 Pasé grandes fortunas: ¿Mas que digo
 Tan olvidado de que estoy contigo?

Circe me envia, Circe, aquella hermosa
 Hija del sol, responde al ruego suyo,
 Mexida de mi mal, alma piadosa,
 Que estoy pendiente del remedio tuyo.
 La mar, le respondi, la mar quejosa,
 A quien tus desventuras atribuyo,

Contraria al fin de tu esperanza temo,
Porque diste la muerte a Polifemo.

Mataste, Griego, al hijo de Neptuno,
Sagrado Emperador del Oceano,
¿ Como te puede dar favor alguno,
Mientras habitas por su imperio caño?
Con sacrificios a la Diosa Juno
Pide favor que no serán en vano:
Ella te llevará, mas tarde creo,
Al término que tiene tu deseo.

Zelosa Circe de la hermosa Scila
Vertió veneno en una pura fuente,
Que el Lílibeo Sículo destila,
Y bañóse una siesta en su corriente:
De suerte entre las aguas se aniquila,
Que solo desde el pecho hasta la frente
Quedó muger, que lo demás es fuma,
Que en pez ligero se vistió de escuma.

Por esta has de pasar, temiendo enfrente
De la voraz Caribdis el veneno,
A quien con el ignífero tridente
Júpiter hizo escollo al mar Tirreno.
Primero que vengado se contente
El fundador de Troya de irz lleno,
Para gozar la patria que deseas,
Las Sirenas verás Partenopeas.

La Isla Ogigia entre los mares yace
Fenicio y Sirio, allí Calipo vive,
Allí sus rumbos y conjuros hace,

Y en la hermana del sol letras escribe.
Siete veces verás que en Aries nace,
Y que la blanca plata le recibe
De los peces del Eufrates, en tanto
Que te detiene con su dulce canto.

Istmos, Islas, Penínsulas y rocas
Varias verás entre las ondas fieras,
Monstruos marinos, cetos, altas focas,
Antes de ver las Itacas riberas:
Pero todas serán desdichas porras,
Quando llegues a ver el bien que esperas,
Y tu muger con alma compasiva
Entre sus costos brazos te reciba.

Ella te aguarda aunque deshecha y triste
De tu ausencia, y de ver tantos amantes,
Que dos años despues que a Troya fuiste
Les sirven y pretenden arrogantes:
Con ingenua castidad resiste,
Con esperanzas firmes y constantes,
Su loco amor: que es alta resistencia
En pecho de muger, y en tanta ausencia.

De rendir su constancia a su porfía
Para el fin de una tela dió palabra:
Mas deshace de noche quanto el día
De oro y varias colores teje y labra.
Al herm. so Telémaco, que eras,
Le obliga siempre a que los ojos abra,
Para ver tu valor, y con recato
Le provoca y enseña tu retrato.

El jóven como el águila le mira,
Sin perturbarle el sol, y á la veoganza,
Si tardas tú, con arrogancia aspira,
Que ya sabe empuñar espada y lanza:
En el fuerte bridon el vulgo admira,
De tus vasallas única esperanza,
Que en tantas desventuras quiere el cielo,
Que estas nuevas te sirvan de consuelo.

Este amor debes á tu casta esposa:
No vence su firmeza la distancia;
Mira que has de volver á Circe hermosa,
Guardate de ofender tanta constancia.
Con esto queda en paz, que la forzosa
Ley deste centro á mi perpetua estancia,
Volver me manda, tú la lumbre pura
Goza del sol, y yo la noche oscura.

Dixo, y volviendo Ulises á la barca,
Si bien en tiernas lágrimas bañado,
Del vil Caronte, que á los dos embarca
De verlos tan pacíficos templado:
En la opuesta ribera desembarca,
Y vuelve al puerto, donde ya turbado,
Lloraba su escuadron su larga ausencia:
Que no sabe el amor tener paciencia.

Con esto al mar el Capitan se alarga,
Vira dice el piloto, y todos vira,
Donde con mano impetuosa y larga
El blando viento los trinquetes gira:

Ya siente el mar undisono la carga,
Y del peso parece que suspira;
Ya llegan donde Circe los recibe,
Que aun tiene amor, y en esperanzas vive.

Vos honor de las letras, vos Mecénas,
Alieuto de las Mnas que espiraba,
Por quien están de aplauso y gloria llenas,
Quando sin voz, quando sin alma estaban;
En tanto que la sangre de mis venas
Los elementos de mi vida acaban,
Seréis mi sol, sin que otra luz alguna
Respete en sus tinieblas mi fortuna.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ÍNDICE

DE LOS POETAS

Cuyas composiciones escogidas se contienen en este Tomo segundo.

<i>Diego de Mendoza</i>	p. 3
<i>Francisco de Figueroa</i>	9
<i>Jorge de Montemayor</i>	14
<i>Gil Polo</i>	18
<i>Pedro de Espinosa</i>	28
<i>Luis Barahona de Soto</i>	37
<i>Vicente Espinel</i>	49
<i>Juan de Argujo</i>	54
<i>Baltazar de Alcazar</i>	64
<i>Gutierre de Setina</i>	70
<i>Luis Martín</i>	71
<i>Luperco Leonardo de Argensola</i>	72..140
<i>Bartolomé de Argensola</i>	86..163
<i>Estevan Manuel de Villegas</i>	107

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

León, 1625 BOUTHERBY, MÉXICO

<i>Romances Moriscos</i>	173
— <i>Pastoriles</i>	233
— <i>Heroicos</i>	270
— <i>Cortos y Letrillas</i>	306
— <i>Jocundos</i>	345
<i>Lope de Vega</i>	366



U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

